

BIBLIOTECA RIVADENEYRA

Clásicos Rivadeneyra.

Selección de obras desde los orígenes hasta fines del siglo XVIII. Tomos lujosamente encuadrados en tela y estampaciones en oro, 5 pesetas.

Ediciones selectas.

Obras notables de la literatura universal, antiguas y modernas. Tomos primorosamente encuadrados en tela, con estampaciones en plata, 6 pesetas.

Escritores modernos.

Obras de los más célebres escritores nacionales y extranjeros del siglo XIX. En rústica, bajo artísticas cubiertas, 5 pesetas.

Escritores contemporáneos.

Obras de los más ilustres escritores contemporáneos nacionales y extranjeros. En rústica, con elegantes cubiertas, 5 pesetas.

Lecturas para mi hija.

Colección de novelas escogidas que pueden leerse por todas. En rústica, con primorosas cubiertas, 4 pesetas.

Viajes y aventuras.

Viajes célebres y novelas de aventuras, con ilustraciones, 5 pesetas.

Biblioteca novelesco-científica.

Colección de todas las obras del ilustre escritor D. José de Elola, Coronel Ignotus, ilustradas, a 4 pesetas.

Tomos publicados.

VIAJES PLANETARIOS EN EL SIGLO XXII

- I.—*De los Andes al Cielo.*
- II.—*Del Océano a Venus.*
- III.—*El Mundo Venusiano.*

LA DESTERRADA DE LA TIERRA

- IV.—*El Mundo-Luz.*
- V.—*El Mundo-Sombra.*

En prensa.

- VI.—*El Amor en el Siglo Cien.*

En preparación.

LA MAYOR CONQUISTA

...

ALVAREZ PUENTE (M.).—*El naviero Mas;* I, *Los signos*, novela; 4 pesetas.

ALVAREZ Y SOTOMAYOR (J.).—*Rudezas*, poesías regionales; 4 pesetas.

BRANDAO (R.).—*Los pobres*, novela; traducción del portugués; 4 pesetas.

GABRIEL Y GALÁN (J. M.).—*Obras completas*; dos tomos; rústica, 10 pesetas; tela, 14 pesetas.

LÓPEZ MARTÍN (F.).—*Blasco Jimeno*, drama premiado por la Real Academia Española; 4 pesetas.

—*El rebaño*; drama; 4 pesetas.

MATA (P.).—*Irresponsables*; 5 pesetas.

TORAL (J.).—*Flor de pecado*; 5 pesetas.

En prensa.

MAS (JOSÉ).—*El rastrero*; novela castellana.

VILLAESPEA (F.).—*Vasos de arcilla*; poesías inéditas.

BIBLIOTECAS PARA NIÑOS

(Encerradas en artísticos estuches.)

Serie Lilliput.

40 cuentos; 200 dibujos en colores, por los más populares dibujantes humoristas; 400 páginas; 2,50 pesetas.

Serie Velázquez.

Método simplificado de dibujo y colorido, por el popular dibujante «Karikato»; 100 dibujos; 1,50 pesetas.

Serie Mignon.

Celebradas aventuras de la popular Mariquita; una peseta.

Serie Rosa.

Cuentos escogidos: El gaitero de Hameling; Viaje a Marte; El Rey del Río de Oro; Ratoncita Blanca; 1,50 pesetas.

Serie Blanca.

Cuentos para niñas: Corazoncito del Bosque; Flor de Almendro; El vestido de baile; Las dos amigas; 1,25 pesetas.

Serie Maravilla.

En colores, ocho cuadernos de interesantes cuentos de aventuras, caza y viajes; una peseta.

Serie Fantasia.

Alicia en el País de las Maravillas; original presentación con artísticas ilustraciones, encuadrada en cartón; 2 pesetas.

Serie Oro (en prensa).

Buby encuentra un tesoro; Buby se convierte en pájaro; Buby escribe a los Reyes.

LA DESTERRADA DE LA TIERRA

SEGUNDA PARTE:

EL MUNDO-SOMBRA

POR EL CORONEL IGNOTUS

BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA



LIBRERIA Y EDITORIAL
RIVADENEIRA

BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

EL
MUNDO-SOMBRA



EL MUNDO-SOMBRA

Es propiedad. Prohibida la reproducción, incluso la "cinematográfica", sin permiso del autor.*

LA DESTERRADA DE LA TIERRA

AVENTURAS EXTRATERRESTRES

POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA

SEGUNDA ETAPA

EL MUNDO-SOMBRA



MADRID, LIBRERÍA RIVADENEYRA

1921

INDICE

	Págs.		Págs.
I.—Sumaria historia de unos cuantos meses.	7	XVIII.—En donde Jum cambia de plan.	82
II.—Donde se desvanece el fantástico esposo de la viuda.	11	XIX.—La taberna de Orgo y las marullerías de Ilú-Kuno....	86
III.—Sara siente vergüenza de sí misma.....	15	XX.—Un observatorio y el calendario venusiano ...	91
IV.—La gran sima geológica de Venus.....	19	XXI.—El marítimo troglodismo de los hombres negros.....	96
V.—La desterrada de la Tierra va sacudiendo añejas lacras.	25	XXII.—De pillo a pillo, y a cual más engañado.....	102
VI.—Los anteojos de Len.....	30	XXIII.—La complicada policía de Len y Rag.....	104
VII.—El triunfo.....	34	XXIV.—Ilú en Lasga.....	106
VIII.—Un concierto fonofónico en Lasga... ..	38	XXV.—Donde Rag y Len se enteran de lo que es policía.....	108
IX.—Una excursión por varios corrales (de las notas de Sara.).....	43	XXVI.—Donde Ilú vuelve al pellejo de Kuno.....	110
X.—Ojos vendados.....	47	XXVII.—Una ciudad de topes y una dispensa internacionalmente intervenida.....	112
XI.—En donde Sara echa de menos sus pistolas.	51	XXVIII.—En la boca del lobo.....	116
XII.—El artero complot de un loco y dos bandidos.....	56	XXIX.—Donde Ilú sube a general en jefe.....	118
XIII.—El segundo atentado.....	62	XXX.—La fuga.....	121
XIV.—Otra explosión más no frustrada.....	66	XXXI.—Un proceso sensacional, y un incidente triste en Tati... ..	123
XV.—Un plan bien meditado.....	68	XXXII.—Redimida... ..	126
XVI.—Al mundo de la noche.....	71		
XVII.—Una travesía subglacial.....	77		

BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

Pesetas.

DE LOS ANDES AL CIELO.—Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición..	4
DEL OCEANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.....	4
EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.....	4

EN PRENSA:

EL AMOR EN EL SIGLO CIE.

EN PREPARACIÓN:

LA MAYOR CONQUISTA

OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

EUGENIA.—Novela.....	3
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos.....	3
BOSQUEJOS.—Cuentos.....	3
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos.....	1
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada).	
REMEDIO CONTRA CEGUERA.—Comedia en dos actos (agotada).	
LA NIETECILLA.—Idem en íd., íd.	
IN ARTÍCULO MORTIS.—Idem en un acto, íd.	
PRECOCIDAD.—Idem en íd., íd.	
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare.....	2
OBRAS DRAMÁTICAS.— <i>El salvaje, Luz de belleza</i>	2
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo IGNOTUS.....	3,50
<hr/>	
EL CREDO Y LA RAZÓN.—Segunda edición.....	3
LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés (agotada).	
LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo IGNOTUS (agotada.)	
LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo <i>Don Nuño</i> (agotada).	
LA ENFERMEDAD DE LA PESETA.....	2
LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1
<hr/>	
PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.—Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes..	50
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	30
AGENDA DEL TOPÓGRAFO.	7
ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española.....	3

I

SUMARIA HISTORIA DE UNOS CUANTOS MESES

Estamos en Kanka, centro de la región minera de que Aol es propietario, adonde había escapado, más todavía que para eludir la prisión contra él decretada, para substraerse al entusiasmo popular, que pretendía encumbrarlo al poder supremo mediante revolución rechazada por su austera conciencia: prefiriendo la proscripción y el ostracismo a escalar el poder hollando leyes. A su destierro había llegado con Sara mal herida y acompañado de sus fieles amigos Len y Ko.

Llevaba meses ya de residencia en Kanka, donde el gobierno lo había dejado tranquilo, no por falta de deseo de echarlo más lejos todavía de Lasga, sino por temor a la impopularidad que tal determinación acarrearía al Podestá, y por certeza de que los kankanos se opondrían violentamente a la ejecución de todo decreto dictado contra Aol, a quien idolatraban desde su heroico y magnánimo comportamiento en la catástrofe minera relatada en la primera parte de esta historia.

Aunque numerosas, no eran profundas las heridas de Sara: así, que a la semana de llegar a Kanka ya estaban en vías de franca cicatrización: siendo lo que más dilató su restablecimiento el estado de debilidad consiguiente a la gran cantidad de sangre que había perdido. Mas como los reconstituyentes empleados fueron enérgicos, y la naturaleza de la yanki era de acero, muy pronto entró en convalecencia, que fué breve.

En los cinco primeros meses de su estancia en las minas acabó de aprender el *puk*, hablándolo, no cual nacida en Venus, pues el acento no podría jamás perderlo, mas sí con la soltura de cualquier venusiano; lo cual no es de extrañar en mujer de su inteligencia, de su cultura y de su aplicación extraordinaria, que en los pri-

meros meses de estudio llegó hasta hacerla dar tres lecciones de conversación por día (o sea por *nipo*), cada una de dos *ufos* (hora y media), con Aol, Len y Ko; pues los dos últimos aliviaban al primero en la faena, que al principio soportaba solo, de instruir a Sara en el idioma. Como además empleaba ella alrededor de otras tres horas en preparar cada lección, a los tres o cuatro meses no tenía dificultades en la conversación corriente; quedándole tan sólo irse soltando en adquirir superior rapidez de expresión y habituar el oído.

Al cabo de tal plazo cesaron, pues, las lecciones de idioma, en el cual ya podía perfeccionarse sola, aprovechando para ello sus estudios de geografía, costumbres, leyes e instituciones venusianas, realizados en libros que le dió su protector, así como otros científicos, por lo pronto limitados a las matemáticas y a ciencias físicas, que eran en las que más brillaba Aol.

Pero oigamos a la misma protagonista de esta historia, que cada *nipo* redactaba notas, breves por lo común, pero no tanto cuando en ellas quería reflejar personales impresiones, que no transcribiremos por entero, limitándonos a pizcar en ellas para escudriñarle ideas y sentimientos, que es mejor lleguen al lector directamente que no pasando por segunda mano.

Febrero-5-2188.

Hoy me han dado de alta en *puk* mis tres profesores de idiomas, digo de idioma, no porque no me quede todavía que aprender, sino porque lo que me resta para hacerme una hablista puedo aprenderlo sola al estudiar obras escritas en *puk*, al distraerme con las de literatura y en mi comunicación diaria con mis amigos, con los criados y con los concurrentes a la tertu-

lia de Aol, a la cual asisto cotidianamente; pues ya puedo decir cuanto se ha menester en vulgares paliques y entiendo bien si no me hablan muy de prisa.

Durante el tiempo que Len y Ko han oficiado de pasantes de Aol, han sido muy buenos conmigo. Ambos son muy inteligentes: Len, más vivo, más brillante; Ko, más sesudo; pero ¡qué diferencia entre sus bondades y sus inteligencias y las de Aol!... Verdad que éste tiene delicadeza de sentimientos única en él y rapidez de percepción rayana casi en don adivinatorio; y es para mí evidente que inteligencia y corazón como los suyos no los hallé jamás en hombre alguno: ni en Venus ni en la Tierra.

Por eso, ni una sola de las veces que en la pasada temporada entraba alguno de los otros a darme su lección diaria he dejado de echar de menos que no fuera Aol quien llegara en vez de ellos, pues cada lección de él me aprovechaba por tres de Len o de Ko.

Claro es que lo he disimulado cuidadosamente: no sólo para no ofender a quienes me dedicaban su trabajo y su tiempo, sino por no abusar de los de mi maestro: bueno, maestros son los tres, pero, para mí, él y sólo él será siempre MI MAESTRO.

Y, sin embargo, aun estando segura de que ni Len ni Ko me han conocido las preferencias por Aol, no estoy tan cierta de haber engañado a éste, pues sabe leerme los pensamientos en los ojos cuando no adivinarlos, antes de que en mi mente acaben de formarse. Adquirí tal certeza un día en que, creyendo tener ya suficientes palabras para expresar con ellas los sentimientos de mi corazón, me dí el placer, de muy atrás ansiosamente deseado, de expresarle cuán hondo y cuán ferviente es mi agradecimiento a los innumerables beneficios que le debo desde que en mis párpados cayeron aquellas lágrimas suyas haciéndome ver, no con los ojos, sino con el corazón, los tesoros inagotables de la bondad del suyo: antes que sus miradas de los tiempos en que tan sólo con miradas podíamos entendernos, me hicieran ver la poderosa luz de su privilegiada inteligencia...

Le hablé cual debía hablarle quien por él fué sacada de la abyecta condición de bestia irracional, donde todos me habían relegado, a la dignidad de criatura humana y semejante suya; quien ha encontrado en él no padre, sino mucho más que padre; como debía hablar a quien cual maestro afectuoso e incansable ha derrochado,

sin contarlos, tiempo y esfuerzos en instruirme en este idioma; a quien debo que por sostener ante el mundo mi derecho al respeto otorgado a los seres racionales y por honrarme como a tal, haya luchado contra todos en Lasga, sufriendo persecuciones que me calla él y Len y Ko me han referido; a quien por defender mi vida ha desafiado los poderes del Estado, amotinando al pueblo, atropellado la fuerza pública, convirtiéndose de primer magnate de Lasga, por el mismo Podestá respetado y temido, en el pobre proscripto de Kanka.

¡No he de quererlo!... No, ¡no he de adorarlo!... Más, más; mucho, muchísimo más que a padre; porque no hay padre en este, ni en aquel, ni en ningún mundo, que haya hecho por hijo lo que este hombre, grande y noble, ha hecho por quien él creía, en un principio, pobre bestezuela.

Le hablé con el calor, no, con el fuego de mi agradecimiento inmenso... Y ahora caigo en que tal vez por ser la gratitud sentimiento inasequible hasta ahora a mi alma—por creer, sin duda, serme, de derecho, debido cuanto bien me hicieron en la Tierra—, la siento ahora con inusitada intensidad, a la cual debo los cálidos acentos de expresión que han sabido conmover a mi bienhechor, y que tal vez, por ser cosa tan nueva en mí, halla mi alma en ella suave frescor y sus dulzuras hinchen mi corazón, que no se cansa de paladearlas.

¡Qué rareza!... Cuando yo vivía allá, en la Tierra, siempre me parecía la gratitud un sentimiento deprimente, viendo en el agradecimiento carga penosa, duro tributo que, por rendido a otros, denigraba. Mentira me parece sea la gratitud cosa tan grata cual la que siento ahora.

Después de oír la expresión de la mía, con la sencilla grandeza propia de las criaturas verdaderamente magnánimas al acoger estas demostraciones de sus favorecidos, entablamos conversación, pasando retrospectiva revista a todo lo ocurrido desde mi captura en el ictiókino; y al llegar a la época de nuestra venida a Kanka y de su determinación de tomar a Ko y a Len para auxiliarle en la tarea de instruirme en el puk, se disculpó de ello, invocando el gran trabajo que le proporciona el proyecto de una nueva organización de las faenas de las minas, encaminada a imposibilitar la repetición de catástrofes tan terribles como la pasada. Tales excusas, y todavía más la expresión de su rostro al exponerlas, me dieron la certeza de haberme él conocido cuánto más útiles estimaba yo sus

lecciones que las de sus pasantes: más útiles y más gratas.

Felizmente, ya he pasado de la instrucción primaria a la segunda enseñanza, y como la práctica tiene gran importancia en ésta, la mayor parte del tiempo que dedique al estudio de las ciencias físicas la pasaré, en lo sucesivo, en los gabinetes y laboratorios de Aol, los cuales son cinco: óptico, acústico, térmico, mecánico y eléctrico. Y como él está en ellos muchas horas, nuestra comunicación, la más instructiva de todas para mí, volverá a ser tan frecuente como lo era en los pocos días que juntos trabajamos en el despacho de Lasga.

Estos laboratorios no son tan ricos como los de allá, pues se han establecido mirando únicamente el concreto objeto de la explotación minera, pero se han aumentado recientemente con no pocos instrumentos que Aol ha mandado traer de los gabinetes del palacio de Lasga. Por lo visto, nuestra estancia aquí va para largo.

Marzo-19-2188.

La grandeza de la Ciencia, así, con mayúscula, pues no me refiero ahora a ninguna ciencia determinada, sino al saber en general, se me manifiesta aquí, en Venus, más clara que en mi patrio mundo; pues advierto en ella caracteres de universalidad (a lo menos en lo referente a las matemáticas y a las ciencias físicas), los cuales jamás habría sospechado a no haber salido de la Tierra. Efectivamente, ni en matemáticas ni en física venusiana necesito aprender, por suerte mía, sino detalles y particulares modalidades, naturalmente diferentes entre mundos que entre sí ofrecen tan grandes diferencias como la Tierra y Venus; pero no he menester ni olvidar los principios fundamentales aprendidos allí ni asimilarme otros que no me sean conocidos, pues las columnas miliarias de estas ciencias son los grandes principios esenciales que yo aprendí en Harward (1),

(1) Soberbia Universidad establecida en Cambridge-Massachusetts, fundada en 1636, y engrandecida dos años más tarde con la biblioteca de John Harward que, con la mitad de su fortuna, le legó.

Actualmente es un emporio del saber humano verdaderamente grandioso, donde se da toda suerte de enseñanzas, poniendo a disposición de éstas multitud de museos, observatorios y laboratorios.

Con independencia del valor de los edificios, que son en número de 70, y del que tiene el material acumulado en los museos y los laboratorios, dispone este establecimiento, cuyo funcionamiento es

traducidos, claro es, y no al idioma solamente, sino a la especial manera de pensar de esta raza, muy diferente de la nuestra. Pero siempre es más fácil traducir cosa conocida que asimilarse ideas en absoluto exóticas.

En aritmética, por ejemplo, la principal diferencia estriba en que el número 6 (el de los dedos de las manos venusianas) desempeña en la numeración el papel del 10 en la nuestra: con lo cual, estando las decenas sustituidas por seisenas, el 6, el 12, el 18, juegan en esta numeración como el 10, el 20, el 30 en aquélla; el producto de 6 por 6 reemplaza a nuestra centena; 10×100 , el millar terrestre o 10 centenas, es correlativo en significación a $36 \times 6 = 216$ (2).

La geometría es casi idéntica a la estudiada en las aulas de la Tierra, las matemáticas superiores son algo más engorrosas para los habituados a las nuestras, por diferencias, no de esencia, pero sí de procedimiento; pero como todas las aplicaciones prácticas se hacen también a máquina o por medio de tablas de sencillísimo manejo, he dado, por ahora, de lado a las sublimidades de las teorías, sobre las cuales volveré cuando no me soliciten las cuestiones, hoy más interesantes, de las ciencias físicas, en las cuales quiero soltarme pronto.

Abril-20-2188.

Bien decía yo cuando por primera vez vi los gabinetes y laboratorios del palacio de Aol, en Lasga, que pronto me hallaría en ellos como Pedro en su casa.

Tan es así, que en el mes que llevo de enredar en éstos he reconocido ya antiguos conocidos en estas máquinas e instrumentos: alternadores y dínamos, galvanómetros, espectroscopios, solenoides, higrómetros, polarizadores, etc., etc., convenciéndome de que el aspecto externo de todos estos ingenios de la ciencia venusiana no es sino careta con la cual se disfrazan para engañar a los forasteros llegados de la Tierra. Pero conmigo no les vale, pues no ha

completamente autónomo de los Gobiernos, de un capital que excede de 150 millones de pesetas. Los alumnos son un año con otro 5.000; los profesores, en número de 800; la biblioteca encierra dos millones de volúmenes.

(2) Consecuencia: que no hay más guarismos que el cero y los del uno al seis; que los números grandes tienen, a igual valor numérico, más cifras, lo cual sería engorroso para las operaciones aritméticas, si aquí no se hicieran siempre todas a máquina; empleando las grandes para los números crecidos, y otras de bolsillo para las pequeñas, cuentas de la vida doméstica.

habido hasta ahora máquina ni aparato que yo haya tardado más de diez a doce *ufos* (siete o nueve horas) en desenmascarar: aun cuando alguna vez haya necesitado para conseguirlo pedir ayuda a Aol o al ingeniero Rag, un viejecito muy simpático.

Este y mi bienhechor están maravillados de mis progresos, y en nuestras tertulias con Len y Ko se hacen lenguas del talento de la discípula, todavía exagerado por Aol, pensando que todo esto lo aprendo ahora por la primera vez: error que, no queriendo darme más tono de lo justo, he desvanecido, haciéndole saber que antes de mi viaje a Venus ya tenía yo, en mi mundo, reputación bien cimentada de culta y aun de sabia; mas no por ello han cesado sus ponderaciones de mi inteligencia, las cuales hacen efecto de espolazos en mi afán de trabajar con redoblado ahínco para ponerme pronto por completo al corriente en estas ciencias, pues tengo un ambiciosísimo proyecto para lo venidero... Pero de esto no quiero todavía hablar ni aun a mí misma.

A nuestras diarias tertulias asisten Len, Ko, Rag y Aol cual habituados fijos; frecuentemente, algún que otro venusiano de Kanka, y de tanto en tanto, gentes venidas de Lasga o de diversas ciudades, que, aun pareciendo venir a visitar a Aol, mucho más que con él hablan con Len, en secretes de los cuales sospecho estén relacionados con las frecuentes ausencias de éste por cuatro o cinco días. Y también creo que en esos viajes y conciliábulos ha de andar mezclada la política.

En esas tertulias no voy desempeñando mal papel, que a veces raya en principal, sobre todo al hablar a estas gentes de la Tierra y de mi viaje de ella a Venus, pues entonces me escuchan con interés extraordinario.

Una de las cosas más sorprendentes para mí es que aquí casi nadie ha visto la Tierra... Cuidado que no quiero decir "haya estado en ella, ni visitádola cual mundo", sino vístola siquiera como astro en el cielo, según desde ella se ve a Venus, o mejor dicho, a Marte, puesto que para Venus es la Tierra un planeta superior.

Y ni debía sorprenderme y hasta deberlo, pues a poco que de antemano hubiera reflexionado en ello habría caído en la cuenta de que no anocheciendo nunca en este hemisferio, donde moran mis habituales tertulianos, nadie, como no sea quienes hayan tenido ocasión, no frecuenta, de visitar el nocto-hemisferio, puede

haber visto el mundo de mi nacimiento, ni ningún otro planeta, ni siquiera las más brillantes estrellas del cielo, de las cuales no tienen noticia sino por las obras de astronomía escritas sobre las observaciones hechas en los observatorios de dicho hemisferio negro, donde, a la inversa, nadie conoce el Sol ni sabe nada de él sino por referencia.

A uno de estos observatorios, situado en ese mundo de la noche, me ha prometido Aol llevarme en cuanto se desocupe un poco. Y más valiera no me lo hubiera dicho, pues desde entonces me consume la impaciencia de ver las novedades que espero hallar en ellos. Pero la expedición requiere no pocos días, aun cuando Kanka está relativamente cercana al *umbrihemisferio*, de cuyo borde solamente dista 1.800 kilómetros, mientras para llegar a él desde Lasga es preciso recorrer más de 4.000.

Esta diferencia de situación de ambas ciudades se conoce perfectamente en la existente entre la luz disfrutada y la temperatura que se experimenta en una y otra; pues Lasga está alumbrada siempre como nuestras zonas tropicales a medio día y el termómetro marca allá temperatura de 32 grados, en tanto en estas minas no tenemos sino la luz de San Petersburgo en los equinoccios y el termómetro señala 17 grados, lo cual se explica por la mayor proximidad a que del Sol estamos en Venus y por la continuidad no interrumpida de su acción sobre esta parte del planeta: es decir que en Kanka disfrutamos eterna primavera.

Roní, soberbia urbe de más de dos millones de habitantes, y distante de Kanka 600 kilómetros en la dirección del otro hemisferio, no tiene nunca mayor ni menor claridad que la disfrutada en marzo o en septiembre en Madrid, Buenos Aires y Nueva York a las ocho de la mañana, y allá marca el termómetro, también constantemente, nueve grados: siendo, por tanto, invierno siempre en Roní, aun cuando invierno suave, y dicha población una de las pocas que en este hemisferio han menester calefacción, obtenida transformando el viento de la superficie del planeta en calor, llevado con toda sencillez a estufas, no iguales, pero sí similares a las usadas en la Tierra, por la corriente eléctrica engendrada en los alternadores movidos por las turbinas y las ruedas de las *aspianedinos* o *áspiros*, ya descriptos en las primeras notas que escribí cuando aun me hallaba en Lasga.

Junio-11-2188.

Hoy ha sido para mí un hermoso día, pues he enseñado a Aol algo que ignoraba: un nuevo sistema de telegrafía sin hilos, no nuevo en la Tierra, pero sí nuevo en Venus.

Estábamos en el laboratorio de electricidad cuando...

Permitirá el lector que suspendamos la copia de las notas de Sara, dejando para más

adelante el experimento relatado en la correspondiente a la fecha anterior; pues urge dar cuenta de interesantes hechos ocurridos en los primeros meses del destierro de Kanka, los cuales conviene al orden de esta narración no queden demasiado rezagados.

A reserva de reanudar, después, la narración de los científicos progresos de Sara, y de sus trabajos de igual índole, en colaboración con su protector.

II

DONDE SE DESVANECE EL FANTÁSTICO ESPOSO DE LA VIUDA

Cuando aun no hablaba sueltamente el puk, pero ya se iba haciendo entender en tal idioma, conversaba un día Sara, en el patio central de la oficina de las minas, con Aol, el médico, Len y el ingeniero Rag, sentados todos en torno de un velador, y teniendo cada uno junto así un recipiente de refresco, al cual no cuadra nombre de botella ni *bock*.

Tales recipientes son grandes cilindros metálicos cerrados, y de altura muy cercana a un metro, de los que, por tubos provistos de anchas boquillas adaptables a la nariz de los consumidores, sale el refresco por éstos saboreado, cuando, de tanto en tanto, dan a la manivela de la bomba de que cada cilindro está provisto.

La palabra refrescar, según en los idiomas terrestres la entendemos, no es en realidad adecuada al caso, pero no encuentro otra más propia para la sensación experimentada al aspirar la substancia que, por los tubos, impelen las bombas a las narices de los consumidores; y ahora caigo en que para artefacto aplicable a la nariz tampoco es pertinente el nombre de boquilla, y en que la diferencia entre las narices de Sara y de los venusianos había hecho necesario modificar el aparato de succión por ella usado para refrescar en compañía de sus amigos.

Acaso, en técnica medical, fuera la palabra inhalación más propia que la de refresco; pues gaseosa es la substancia contenida en los cilindros; pero la sensación fisiológica por ella despertada, y su carácter de golosina, no de aplicación terapéutica, me hacen preferir la segunda, a despecho de su evidente impropiedad.

La composición del refrescante gas es en su integridad un secreto, pero se sabe que entra el ozono en ella, mezclado con leves

cantidades de vapores de fósforo, con lo cual, además de producir gratísima frescura en pulmones y bronquios, aumenta la actividad respiratoria, engendra perceptible más discreta alegría, en tanto no se abuse del refresco, y, por último, estimula la inteligencia, a expensas del vapor fosfórico, con aumento de percepciones y agudeza del entendimiento: haciendo más sutiles y más ingeniosas a las personas que ingieren el notable gas. No es, por lo tanto, éste, material deleite del tubo digestivo, sino refresco incomparablemente más delicado y noble que los uulmones y del cerebro: efectos que no sorprenderán a los químicos, ni a los médicos de la Tierra, visto lo poco que, por no saber más, se ha dicho de su composición.

* * *

Entre las cosas relativas a Sara, una sobre todas preocupaba a Aol: qué se había hecho del supuesto marido de ella y cuanto hiciera referencia al lugar del nacimiento de ambos cónyuges: que se recordará había Aol colocado, hipotéticamente, en las simas centrales de Venus, por creerlos nacidos de una supuesta raza de gnomos o nibelungos: atrevida hipótesis recibida de uñas por casi todo el mundo sabio.

Mientras la discípula no hizo suficientes progresos para poderse expresar en el idioma, abstuvo el maestro de interrogarla sobre tales cuestiones, por comprender que ni ella entendería, ni, por carencia de necesarias y adecuadas voces, podría contestar a las preguntas de orden geográfico, geológico y biológico, que a Pi Aol le bailaban en la punta de la lengua; pero tan pronto vió que, aunque no sueltamente, ya

se podía hablar con ella de casi todo, quiso salir de dudas; y de ellas salió, en la tertulia, el día en que los personajes citados al comienzo del capítulo conversaban entre succión y succión del gaseoso refresco estimulante.

Oigamos la conversación, y no se extrañe hablen de tú por tú con Sara, porque en *puk* no se da a las personas otros tratamientos que el de tú, salvo el de excelencia, solamente oficial, al dirigirse a grandes dignidades, y el de alteza cuando se habla al Podestá.

AOL.—Perdona, amiga mía, si reavivo tus dolores, en los que por respeto no he querido urgar hasta ahora, cuando supongo que ya el tiempo debe de haber limado sus más agudos filos.

KO.—¡Ah! ¿Vas a hablar de él?

AOL.—Sí.

SARA.—¿De él?... ¿A quién os referís?

AOL.—A tu pobre esposo, que todos suponemos, y ojalá nos equivoquemos, perecido en...

SARA.—¡Mi marido!... ¡Alvaro!...

AOL.—¿Alvaro?... ¿Qué quiere decir Alvaro?...

SARA.—El nombre del que fué mi marido.

AOL.—(Dirigiéndose a los otros.)—¿Lo veis?... ¿Veis si tenía yo razón al afirmar que la infeliz es viuda?

A Sara, que se había inmutado al oír a Aol hablarle del que en la Tierra había sido su marido laico (1); que no concebía cómo podían tener aquellos venusianos ni remota noticia de la existencia de Alvaro; Sara, a quien le dió un vuelco el corazón al pensar que el maestro pudiera estar informado de la vida en la Tierra, de su discípula y de sus terribles hazañas en el viaje a Venus, se aprovechó del tiempo que la daba la pregunta de Aol a sus amigos, para poner un poco de orden en el confuso tropel de ideas, recuerdos y temores que a la vez la asaltaban; y no queriendo, en modo alguno, informar a sus amigos de más de lo que de ella ya supieran (caso de resultar verdad el imposible de que algo conocieran de su vida), resolvió defenderse aparentando, mientras la conviniera, mayor dificultad para expresarse en *puk* de la que en realidad tenía: a fin de hacerlos hablar a ellos, sin soltar prenda, por su parte,

hasta enterarse de si efectivamente sabían algo, y qué, de su vida pasada.

AOL.—Vuelvo a pedirte me perdones. Veo que he exacerbado imprudentemente tus pesares; pero crecía que habiendo transcurrido ya cerca de cuatro mogos...

LEN.—Sara, es preciso ser más fuerte.

KO.—Yo te creía ya resignada.

Estas palabras de Len y del médico nacían de la impresión que les produjo ver a Sara llevarse el pañuelo a los ojos, no para llorar, cual aquéllos creyeron, sino para ocultarlos a las miradas de Aol, de las cuales temía leyeran en su rostro, no penas, sino inquietudes que no quería dejarle conocer.

AOL.—Perdona mi indiscreción. No he dicho nada; nuestro deseo de saber si efectivamente ha perecido tu marido, y, de ser así, conocer algo de su muerte, y sobre todo de su vida y del lugar de vuestro nacimiento, ha sido la causa del disgusto que te he dado; no por curiosidad, créeme, sino por interés afectuoso: interés de saber si escapó del submarino antes de haber sido éste capturado, o si fué arrojado al mar por el golpe del ictiókino; porqué te ató a la columna... Pero dejemos todo eso para cuando, más adelante, puedas recordar con mayor tranquilidad esos tristes sucesos, de los que, si no quieres, no hablaremos nunca.

Las referencias al submarino, al *ictióquino*, al amarre a la columna y a la muerte imposible, en Venus, de su marido, o mejor dicho, de su ex marido, en época en que debía llevar meses de estar ya de regreso en la Tierra, fueron para Sara indicio de que en cuanto Aol decía no podía haber nada referente a su antiguo esposo; de que en Venus nadie podía saber nada de su matrimonio ni del divorcio que lo rompió, y de que el suponerla viuda debía de obedecer a alguna equivocación de los venusianos, inexplicable, por lo pronto, para ella, pero la cual necesitaba conocer a toda costa. Para lograrlo, dijo:

—No, Aol; nada tengo que perdonarte, porque comprendo y agradezco tu interés, cuya satisfacción no quiero demorar; pues si el recuerdo de mis desgracias me ha impresionado, ello ha de ser siempre inevitable, y prefiero acabar ahora de hablar de ellas a removerlas otro día.

AOL.—No, no; estás muy afectada.

KO.—Creo que tiene razón Sara.

LEN.—Y yo pienso lo mismo.

RAG.—Y yo, y yo.

SARA.—Pero como todavía no entiendo el *puk* sino difícilmente, no me he dado cuen-

(1) Ingeniosa forma de matrimonio cómodo, ideado en Norte América, del cual da amplias noticias la obra *Viajes planetarios en el siglo XXII*, de esta Biblioteca.

ta cabal de tus preguntas, y te agradeceré las repitas despacio, aclarando sobre todo, y en primer término, cómo y por dónde tenéis noticias, que yo no creo posible podáis saber, y me confunden, de la existencia de mi marido.

Convencido Aol, por las instancias de ella y las opiniones de los otros, de que era lo mejor dejar zanjadas de una vez las dudas sobre el punto suscitado, dijo:

—Cuando después de haber visto, en la plataforma de tu barco, a la inteligentísima criatura que con su anteojo y su rifle supo entenderse con nosotros e indicarnos su deseo de reconocer el ictióquino, entramos en el submarino, y únicamente a ti, desvanecida y con la cuerda a la cintura, te hallamos allí, pensamos que él habría huido, o que, cayendo al mar, se habría ahogado.

Al llegar a esta parte de su relato hizo una pausa Aol, por parecerle que Sara se disponía a hablar; pero ésta, que efectivamente dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver un primer rayo de luz entre la oscura confusión de sus ideas, optó por seguir callando hasta oír más y ver si aquel destello subía a claridad.

AOL.—Si aquel hombre se había escapado, y perdona si en mis palabras ves una censura a él, su huida imposibilitaba se nos ocurriera que quien te dejaba abandonada en el peligro fuera tu marido; si había muerto, tampoco daba esto base lógica para suponer pudiera ser su esposa quien veíamos atada como...

SARA.—(Terminando la frase que a Aol le costaba trabajo acabar.)—Como una bestia.

AOL.—Justo... De eso y de nuestra semejanza contigo nació el deplorable error de que fuiste víctima... Después, el interés con que te observamos despertó nuestras dudas.

Ko.—No, Aol; las tuyas. No nos atribuyas a los demás el mérito, únicamente tuyo, de haber sabido conocerla cuando todos estábamos estúpidamente ciegos.

AOL.—Bueno; lo interesante es que te conocimos, y que cuando tuve la certeza de que eras una mujer—con su habitual delicadeza pasaba Aol como sobre ascuas sobre la escena de la desnudez de Sara, lo cual no escapó a ésta—, te supuse viuda del desgraciado naufrago, y a él y a ti hijos de una ignota raza de las simas centrales de nuestro planeta, ya que en la superficie de éste no existe ninguna diferente de la nuestra. Por último, y además de mi vivo

deseo de saber, en primer término, lo que tú sepas de la suerte que haya corrido tu esposo, tengo interés de comprobar si he acertado al suponerlos nacidos a ambos en las simas centrales.

SARA.—(Ya completamente tranquila de que nada sabían sus amigos de su verdadero marido, de su divorcio ni de sus aventuras en el planetoide.)—El hombre que visteis en la plataforma del submarino y con vosotros se comunicó mediante los disparos de su rifle; el que llevó su barco sobre la trampa que adivino abríais en el ictióquino tan pronto lo viérais encima de las compuertas señaladas con las pértigas, ni era mi marido, ni era hombre, porque en el submarino no había nadie más que yo.

AOL.—¡Tú!

Ko.—No puede ser.

LEN.—Pero la descripción que de aquel hombre envió Aol a los periódicos no te cuadra a ti en nada.

RAG.—Tenía un solo ojo enorme, una cabeza doble que la tuya.

Ko.—Y dos jorobas muy altas a ambos lados de la cabeza.

SARA.—Pues, a pesar de todo eso, era yo misma; sólo que revestida con un traje especial (Sara no sabía decir buzo en *puk*), provisto de una capucha (tampoco sabía decir casco) de metal gris; las jorobas eran dos grandes bolsas de helio para ayudarme a flotar si tenía que pasar mucho tiempo en el agua; el ojo único, el cristal para ver al través de la capucha... La cuerda me la amarré yo misma, en previsión de accidente que pudiera sobrevenirme al choque del ictióquino contra el submarino; mi desmayo fué causado por el exceso de vaporización del aire líquido, cuya salida no regulé bien, medio desvanecida, como ya me hallaba, por el sofocante calor que hacía dentro de mi barco.

La torpeza de Sara para expresarse en *puk* había desaparecido tan pronto vió dissipados sus celos de que aquellos con quienes hablaba tuvieran noticia de su vida pasada.

AOL.—De modo que la inteligencia soberana que a todos nos maravilló...

SARA.—Aquella inteligencia, no soberana, como la califica tu benevolente afecto, pero sí un poco cultivada en el estudio, era la mía.

AOL.—¡Y pensar que ni por un momento hayamos podido confundir con el instinto semejante entendimiento!

Ko.—Fuimos sencillamente imbéciles.

LEN.—Habla por ti, amigo Ko; como ni

Rag ni yo estábamos allí, rechazamos el calificativo. ¿Verdad, Rag, que usted protesta de un desaguisado que no hemos cometido?

RAG.—Este Len siempre ha de ser el mismo.

LEN.—No es broma, no. Amiga Sara, conste que desde la primera vez que tuve el gusto de verte, hice plena justicia a tu inteligencia.

KO.—¡Vaya una gracia! Habiéndola conocido después de haberte yo enterado de todo lo pasado. Esas son malas artes, para usurpar derechos de una amistad más antigua y probada.

LEN.—Más vale, amigo Ko, llegar a tiempo que rondar un año. (Claro es que este refrán castellano no es literal traducción de lo dicho por Len, mas refleja la idea de sus palabras.)

SARA.—No os peleéis por mi amistad, amigos míos, que a los dos agradece cuanto os debe.

AOL.—Pero esa cultura tuya de que acabas de hablar y esos estudios anteriores a nuestro encuentro son argumentos poderosos en favor de mi tesis sobre el grado de civilización de tu raza.—Como todos los sabios, Aol se aferraba bien a sus hipótesis.—Porque tú no puedes haber nacido en el helio ni en el umbrihemisferio... ¿No es así?

SARA.—Tienes razón.

AOL.—Pues entonces supongo que pertenecerás a esa raza cuya existencia he presentado en las entrañas de nuestro planeta.

SARA.—No, Aol; en eso te equivocas... Nada sé de tal raza, ni noticia tengo de esas simas centrales de donde crees procedo; porque ni mi raza es oriunda de este mundo vuestro, ni yo he nacido en Venus, cual vosotros, sino en la Tierra.

AOL.—¡La Tierra!

KO.—¿Qué quieres decir?

LEN.—¿Qué es la Tierra?

RAG.—Yo no he oído hablar jamás de eso.

AOL.—(Tratando de disimular la pena que le producía el derrumbamiento de su hipótesis.)—Ya lo ves, Sara; no te entendemos.

Advirtiendo Sara que había dicho "Tierra" en su nativa lengua, por ignorar el nombre que a nuestro mundo dan, en *puk*, los astrónomos venusianos, cayó en la cuenta de la imposibilidad de ser entendida, y agregó en consecuencia:

SARA.—Ese es en mi idioma el nombre de un planeta, cual Venus, que del Sol queda

a distancia algo menor de vez y media la que a vosotros os separa de él: un mundo que con frecuencia se os acerca más que otro alguno. Ignoro qué nombre le habrán dado en su cielo los astrónomos del mundo de la sombra, desde donde lo deberán ver como nosotros no podemos nunca verlo desde aquí. Su tamaño es poco mayor que el de vuestro orbe, pues la Tierra y Venus son los mundos más semejantes de todos los que el sol alumbraba, no derramando sobre aquella, como aquí, todos sus dones en una mitad sola del planeta y dejando la otra eternamente huérfana de luz y de calor, sino visitando en menos de un *nipo* (en el espacio de tiempo al cual llamamos allá día de veinticuatro horas) todos los lugares de mi patrio mundo. Voltea éste en el éter, seguido de otro astro vasallo, llamado Luna, que en torno de aquél gira, e ilumina con argentada luz suavísima la negrura de sus noches. Ese es mi mundo, mi hermoso mundo que allá llamamos Tierra: de allá soy, de allá vengo.

Pasada la primera sorpresa de la revelación, para ellos estupenda, de ser Sara una hija de otro mundo, caída en Venus de los cielos, a través de las desiertas inmensidades siderales, cuantos la oían se estorbaban en coleccionar cuál de los astros de ellos conocidos podría ser aquella Tierra; y como para este empeño eran inaptos Len y Ko, por no saber palabra de astronomía, a causa de estar poquísimo vulgarizada dicha ciencia entre las gentes del lumihemisferio, que por no ver nunca las estrellas sienten poca curiosidad por ellas; únicamente a Rag y a Aol, que por sus conocimientos podían aspirar a identificar el astro de donde venía Sara, les preocupaba conseguirlo, atendiendo a las señas que de él les daba ella.

AOL.—¡Ah! ¿Dices que tu mundo tiene un satélite?

SARA.—Sí.

RAG.—Pero, ¿uno solo?

SARA.—Sí, uno no más: la Luna.

AOL.—¿Y a qué distancia media estáis, digo, está del Sol ese mundo que sus hijos llamáis la Tierra?

SARA.—A unos 150 millones de kilómetros.

RAG.—¿Y qué es el kilómetro?

SARA.—¡Calla! Esta es otra dificultad: verdad es, no conocéis el kilómetro que allá usamos para medir las distancias... ¿Qué idea!... Rag, ¿llevas contigo alguna regla logarítmica?

RAG.—Siempre. A lo mejor necesito ha-

cer un cálculo, para contestar a cualquier pregunta, en la mina o en los talleres...

SARA.—Hazme el favor de dármele. Voy a reducir mis kilómetros a los *ots* (1) que vosotros usáis... Gracias... Como sé que mi palmo es igual a 17,5 centímetros, con medírmelo en *uts*, de la regla, tendré la relación entre mi sistema métrico y vuestro sistema *útico*.

Sara se midió el palmo con la escala natural de la regla de cálculo de Rag, hallando que valía 21,87 *uts*; estableciendo en seguida, por medio de la misma regla, la proporción correspondiente, obtuvo para el *ut* longitud de ocho milímetros; pasando luego a las unidades superiores de medida, equivalentes a nuestros metros y kilómetros, determinó el valor del *ot*; y reduciendo a *ots*, por el mismo procedimiento logarítmico, la distancia en kilómetros desde el Sol a la Tierra, dijo, leyendo en la regla el resultado:

—La distancia media de mi mundo al centro de nuestro sistema planetario es de 357.140.000 *ots* (2).

AOL.—¡Ah! Entonces tu Tierra debe de ser la estrella, digo, el planeta que en nuestros catálogos astronómicos llamamos Isa.

RAG.—Sí, Isia, Isia: ese es, y yo lo he visto: yo he visto ese hermosísimo planeta, y he visto su satélite Is (nuestra luna de la

Tierra), en mi última visita, al observatorio de Uo.

En esto llegó un criado, avisando que los señores estaban servidos, con lo cual quedó cortada la conversación; pues en Venus no es posible hablar en la mesa, porque considerándose allí el acto de la comida como realización de una indispensable, pero penosa función innoble, por el estilo de las que en la Tierra se ejecutan recatadamente, los comedores se componen de una rotunda interior, a cuya pared circular dan los ventanillos de unas celdas individuales, donde cada uno de los que a solas comen recibe por el torno de un ventanillo, situado encima de su mesita, lo que le va sirviendo el mozo de comedor desde la rotunda donde hace su servicio, sin ver a los comensales ni ser de ellos visto, y siendo llamados por éstos, para el cambio de platos y manjares, mediante cartelas impresas que, apretando botones pulsadores encastrados en las mesas, hacen aparecer en la rotunda, sobre los ventanillos, quienes han menester lo que rezan los rótulos leídos por el mozo.

Ha de advertirse que el refresco, tomado inmediatamente antes de comer, no quita el apetito; pues ya se ha dicho que no entra en el tubo digestivo, sino en el respiratorio y en las circunvoluciones del cerebro.

III

SARA SIENTE VERGÜENZA DE SÍ MISMA

Durante la solitaria comida estuvo Sara preocupada.

El susto de la sorpresa recibida al oír hablar de su marido, por creer en su azoramiento que se trataba de Alvaro, se le había ya pasado; pero aun así decía que, al contestar a las primeras preguntas de AOL, no lo había desmentido cuando éste atribuía la actitud de ella a pena por el feneci-

do esposo; y hasta había corroborado con sus palabras la existencia de un cónyuge, aun cuando sin puntualizar si vivo o muerto.

Ya deshecha la fábula de la existencia del fantástico personaje por quien la habían tomado, al verla sobre el submarino, desaparecía la posibilidad de que siguieran creyéndola la viuda de él, pero seguramente continuarían teniéndola por viuda de otro; pues ella misma había dado a entender muy claramente tal viudez.

En la imposibilidad de dar, en los primeros momentos, explicación sobre tal extremo, se había acogido al recurso de desviar la conversación, hablando de la Tierra, para distraer a sus oyentes de los asuntos relativos a su persona; pero aquellos amigos que con ella tenían diario trato, era probable la hicieran preguntas sobre el difunto y desconocido

(1) Medida venusiana que, según los cálculos que hizo nuestra protagonista, vale 280 metros, o sea 0,28 kilómetros. La pequeñez de esta medida obedece a ser seis en vez de diez la base del sistema de numeración venusiana.

(2) Se escribe esta cantidad en el sistema decimal porque de escribirla en el sexenal en que, para ser entendida de todos, Sara la dijo, resultaría con demasiadas cifras, y sería incomprensible para muchos lectores.

marido, o aun suponiéndoles exagerada discreción, que no había porqué tuvieran con quien creían realmente viuda, era de presumir desearan, cuando menos, saber algo de su salida de la Tierra, de la causa de su inusitado y extraordinario viaje, tener noticias de éste, y sobre todo conocer el porqué se había quedado ella sola en Venus al regresar sus compañeros a la Tierra.

Aun en el improbable evento de que nada preguntaran, era natural, lógico y obligado que, con quienes tan bondadosamente la trataban, no hiciera ella misterio, que parecería sospechoso, sobre cosas tan importantes de su vida; porque ¿qué pensarían?, y sobre todo ¿qué pensaría Aol de tal reserva?... De cierto nada bueno; pues semejante conducta de ella daría lugar a suponer ocultación de algo poco favorable a su persona: cuando precisamente, por tener mucho que ocultar en su vida, la interesaba no creyera nadie que ocultaba nada: no, no era posible encerrarse en mutismo que, cuando menos, daría por resultado que la acusara Aol de ingratitud y falta de confianza.

Y no solamente era imposible y hasta absurdo callar, sino que ni siquiera debía aguardar a ser interrogada; pues antes de ello convenía adelantarse espontáneamente a dar puntuales noticias de su vida: por de contado falsas; pues ni su divorcio, ni sus crímenes, ni la sentencia del abandono en Venus, que por ellos le había sido impuesta podían confesarse sin perder la estimación de Aol. Y antes que resignarse a esto lo afrontaría todo.

Lo indudable era que debiendo dar alguna satisfactoria explicación de su llegada a un mundo que no era el suyo, y de su permanencia en él al abandonarlo sus compañeros de viaje, necesitaba pensarla mucho, y fijar bien en la memoria los detalles de ella para no caer, andando el tiempo, en contradicciones; pues, según toda probabilidad, en Venus había de pasar cuantos años le quedaran de vida.

Por su parte estaba Aol algo mohino; pues si a nadie le es grato equivocarse, menos le agrada a un sabio verse en trance de confesar científicos errores tan *urbi et orbi* divulgados como los que él había lanzado con la atrevida, ¡y tan atrevida!, hipótesis de la raza de las simas centrales, que de pronto se le venía a tierra.

No que Aol fuera vanidoso, pero precisamente por no serlo y por incapaz además de acudir, como otros sabios hacen en su caso, a subterfugios ni habilidades, en busca de apariencias sofisticas que permitan seguir sosteniendo, por el bien parecer, tesis de

cuya falsedad son los primeros convencidos, estaba de peor humor.

* * *

Al salir de la celda-refectorio y encontrar a sus amigos en el antecomedor, donde a tal hora solían a diario separarse para ir cada uno a sus quehaceres, Sara, que había ya formado su plan, para salir cuanto antes del atasco en que estaba, les dijo:

—Si no tenéis urgentes ocupaciones, y queréis os refiera mi viaje, mi llegada a Venus y mis penalidades hasta que os encontré, preferiría hacerlo ahora mismo; pues, aunque la parte científica de aquella travesía habrá de darme temas en abundancia para entreteneros frecuentemente con relatos de cosas que, por nuevas y exóticas, habrán de interesaros, de mis desgracias y mis penas no deseo hablar sino una sola vez.

—Si te es penoso, ni una—dijo Aol.

—Penoso es; pero preciso y lógico también que sepáis quién soy, y por qué estoy ahora en Venus, cuando todos mis compañeros de expedición estarán ya en la Tierra desde hace más de un año.

—Supondrás que todo eso ha de interesarnos; pero repito que si tú...

—Prefiero acabar de una vez. Cuanto antes mejor.

Volvieron todos al patio central, y tomó Sara la palabra, con voz que temblaba levemente: temblor por sus oyentes aclucado a la emoción que debía embargarla al recordar la terrible tragedia de su llegada a Venus, y de su situación, verosímilmente única en todo el Universo, de desterrada de su mundo nativo, privada para siempre de los afectos de sus hermanos de la Tierra y de comunicación con ellos.

Pero no era esta, en realidad, la causa; pues procedía su turbación de la idea de que estaba mintiendo: siendo ella la primera sorprendida con aquélla; pues siempre que en su anterior vida le había sido útil acudir a mentiras había mentido con todo aplomo y sin escrúpulo: en tanto ahora hallábase cohibida con turbación más acentuada cuando sentía sobre sí la mirada de Aol. Por eso la esquivaban sus ojos, temiendo le conociera su maestro que mentía; por eso la vergüenza de mentir a su sincero y leal bienhechor, que aborrecía la mentira, entorpecía su frase y encendía su cara con rubores, por suerte suya inexpresivos para los venusianos, ignorantes de que este color es delatante en los rostros de los hijos de la Tierra, de conciencia avergonzada.

La verdad es que quien, conociendo la his-

toría del viaje de la Tierra a Venus, relatada en el libro *Viaje Planetario en el Siglo XXII*, hubiera oído la narración de tal viaje, hecha por Mistress Sam, a sus amigos, se habría escandalizado del cínico mentir de la narradora, que se absolvía pensando que a decir la verdad la miraría Aol con horror.

Como no hemos nosotros de embaucar, de igual modo, a los lectores que no conozcan dicho viaje, ni a desacreditarnos con quienes lo hayan leído, pasaremos por alto el relato embustero; porque para el objeto de la presente historia basta decir que ni de sus crímenes dijo Sara palabra ni mencionó la justa sentencia que los castigó, dejándola abandonada en el submarino. Mas como alguna explicación le era preciso dar del abandono y de la viudez, que, aun siendo mentida, se veía obligada a seguir simulando, por haberla antes aceptado irreflexivamente, dió la siguiente: tejido de mentiras inventadas durante su comida solitaria:

—Al iniciarse el geológico cataclismo, causa del regreso a la Tierra del autoplanetoide sin intentar el desembarco en Venus, solicitó el Capitán—Sara cambiaba el sexo a la Comandante en Jefe del autoplanetoide—entre el pasaje voluntarios para salir en uno de nuestros pequeños submarinos a reconocer la extensión que abarcaba el terrible fenómeno. Nos ofrecimos mi marido y yo, y recibimos instrucción de explorar solamente en un radio de tres o cuatro horas de marcha y de retornar de todos modos al autoplanetoide tan pronto alcanzáramos tal distancia; pues de extenderse más allá el temporal, no se podía contar con salir de él sino por el camino de los aires. Así que al entrar en nuestro submarino recibimos categórica orden de regresar antes de veinticuatro o treinta horas como máximo: encareciéndonos mucho que no nos retrasáramos, pues la comprometida situación del autoplanetoide hacía muy peligrosa su permanencia en el mar, para luchar con el cual no había sido construido, y donde era arriesgado prolongar tal lucha días y días...

Por nuestra desgracia, a poco de separarnos del planetoide, sobrevino una avería en los motores del sumergible, dejándolo a merced de una fuerte corriente marina que nos alejaba de nuestros compañeros.

Treinta y seis horas de trabajo incesante invertimos en componer los carretes eléctricos del motor, a cuya falta de aislamiento era debida la avería; y al ver que al terminar nuestra faena se cumplían casi los dos días de nuestra salida, nos asaltó el temor de que el autoplanetoide se hubiera

visto precisado a levantar el vuelo, pues, verosímilmente, debía ya el Capitán darnos por muertos.

Pensando, sin embargo, que nuestros compañeros habrían de hacer seguramente los imposibles por encontrarnos, viramos en redondo y navegamos contra la corriente, que nos había arrastrado, pero avanzando con velocidad menor, naturalmente, que a la ida: con lo cual el mismo camino que nos costó dos días al alejarnos del planetoide se llevó más de tres al retornar hacia él.

Cinco habían transcurrido desde nuestra salida cuando lo divisamos. Nuestros compañeros, que hasta entonces habían esperado nuestra vuelta, y es probable nos hubieran buscado inútilmente, debían contarnos entre los muertos; pues cuando vimos el autoplanetoide ya no flotaba, por desdicha, en el mar, sino en los aires, camino de la Tierra.

Al llegar a esta parte de su relato calló un momento Sara, porque al ver la mirada de Aol fija en ella con expresión de vivísimo interés, despertado por lo trágico de la narración, se sintió turbada: tanto, que para poder terminarla sin exteriorizar su turbación no le ocurrió otra idea sino esconder la cabeza entre las manos, mientras lograba sobreponerse a aquélla.

—Si no puedes seguir...

—No te violentes, puede hacerte daño

—Gracias, Aol; gracias, Ko. Si puedo, sí puedo; y además, quiero acabar pronto. Gracias, Len—agregó volviéndose a éste, que a su lado estaba y nada había dicho, pero la demostraba su interés cogiéndole una mano y apretándosela.

Como todavía estaba el planetoide a poca altura en la atmósfera, y lo veíamos moverse a un lado y a otro, lo cual interpretamos cual deseo del Capitán de ver si, atalayando desde lo alto la inmensidad del tempestuoso mar, lograba divisar nuestro pequeño barco entre las embravecidas olas, se nos ocurrió que, no obstante lo duro del furioso oleaje, era preciso arrostrar el peligro de subir a la plataforma, para desde ella hacer señales.

Mientras, abajo, mantenía yo el submarino en rumbo al autoplanetoide y forzaba la marcha, subió mi marido. A los pocos momentos oí el estruendo que, al cerrarse de golpe, hacía la escotilla; al mismo tiempo, un violento bandazo del submarino me sacó de mi asiento, arrojándome de cabeza contra la pared, y aun cuando el golpe recibí fué amortiguado por el respaldo de tapice-

ría del sofá-litera, la violencia de él me dejó desmayada.

Sorprendida de verme sola al recobrar el sentido, y todavía medio atontada, busqué a mi marido, y al no hallarlo, subí la escala a duras penas y abrí la escotilla. El mar estaba ya casi sereno, pues mi desvanecimiento había sido muy largo; pero al ver que Alvaro no estaba allí, comprendí que las olas se lo habían llevado.

Entonces pensé en mis compañeros, y cuando alcé los ojos buscando el autoplanoide, vi con terror que había desaparecido, dándome cuenta de mi absoluto desamparo en aquel mar desconocido de un mundo todavía más ignoto.

Cinco meses pasé de horrenda soledad: a mis dolores morales se juntaron los terribles padecimientos físicos de una aclimatación de cuyo padecer no podéis tener idea. Al cabo de esos cinco meses me recogisteis en el ictiókino.

Al acabar Sara su relato, callaron cuantos la escuchaban, comprendiendo la inutilidad de las palabras para aliviar dolores como los que ellos suponían estaba padeciendo la *infortunada viuda*, cuya actitud era adecuada para que así lo supusieran, y no embustera como la narración; pues si la causa de su padecer no era la presumida por ellos, no dejaban por eso de atormentarla otras ideas que ella misma nos hará conocer muy en breve.

—¡Pobre mujer!—dijo al fin Len, más para sí y los otros que para ser oído de Sara, aun cuando ésta le oyera.

—¡Desdichada!

—¡Cinco meses sola y enferma en medio del mar!

—Yo creo—dijo Aol—que lo mejor, ahora, es no hablarla más de eso. Dejémosla sola y tranquila.

—Tienes razón, Aol; necesito estar sola: me voy a mis habitaciones. Y, dices bien, no volváis nunca a hablarme de esto: nunca, nunca.

—Puedes estar tranquila.

Se levantó ella, y después que todos sus

amigos la rodearon y le apretaron efusivamente las manos, se alejó.

Al entrar en su habitación cerró la puerta, se sentó en un sillón y rompió a llorar con amargura por momentos creciente; porque después de decirse que lloraba de vergüenza de haberse visto precisada a engañar a Aol, haciéndole conmoverse y sufrir con el tejido de patrañas inventadas por ella, analizó el porqué había mentido; y al querer disculpar la indigna comedia recién representada, con la necesidad de ocultarle las maldades de su vida pasada, y al decirse que de llegar a conocerlas se trocaría en horror aquella estimación y aquel cariño de que le era deudora, sintió, no ya vergüenza de la mentira de un rato antes—falta venial tan sólo si se la comparaba con otras faltas de su vida entera—, sino vergüenza, mucho más dolorosa, de sí misma: vergüenza de su propia maldad, que veía clara, por contraste con la bondad de Aol, y que punzaba ya con duros agujones de remordimiento.

¡Vergüenza, gratitud, remordimiento!... ¡Cada día le traía un sentimiento dulce o un amargo dolor, pero igualmente nuevos, que hasta entonces nunca había ella sentido.

Y se preguntaba: ¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? ¿Qué mujer nueva nace en mí que en mí no conocía? No quiero, no. Quiero ser la de siempre; no me resigno a despreciarme; no quiero soportar el agobiante fardo del horror con que esta mujer nueva comienza ya a mirar la vida de la mujer antigua.

...

¡Borrar, borrar mi vida!... Olvidar la Tierra... Vivir aquí sin mis recuerdos; vivir tan sólo con mis nuevos sentimientos...

No puede ser, no; esta memoria es implacable...

Si yo me confesara a Aol, acaso él me consolara... ¡Qué horror!... ¡Estoy loca, rematadamente loca!

IV

LA GRAN SIMA GEOLÓGICA DE VENUS

Después de haber hablado repetidas veces de ellas, ya es tiempo de decir qué son las simas centrales, particularidad que no nos atrevemos a llamar única del planeta Venus, porque, ¿quién sabe las cosas ignoradas que de seguro existen en el Universo?, pero sí especialidad característica en él: rasgo típico, *sui generis*, de la estrella vespertina, cuya geológica estructura nos ha de parecer extraordinaria a nosotros los terrestres, y que de juro reputarán caprichosa fantasía los astrónomos y los geólogos de nuestro mundo sublunar, a quienes el narrador de la presente historia replica, oponiéndoles la autoridad de la viajera que las describe en las notas de donde se toma el presente capítulo. Autoridad merecedora de algún crédito, pues ya se sabe que Mistress Sam es una sabia, cuyo testimonio está además robustecido por el de Pi Aol, tan sabio como ella y mucho más veraz... Y por si esto no basta, agregaremos que, no solamente ellos, sino *todos los venusianos*, atestiguan de la existencia de las tales simas: facción geofísica del planeta, órgano esencial de su meteorológica economía, que constituye una de tantas sapientísimas obras de la Naturaleza, que con ella realiza fundamental y necesaria función en un mundo, como aquél, partido en dos mitades por la luz y la sombra, por el calor y el frío.

¿Fantasía?... Claro; tal la reputarán los astrónomos de por acá, influidos por despecho de no haber sido ellos los primeros en dar noticia de las simas, y para quienes será facilísimo calificar de extravagante e increíble engendro de la imaginación de un novelista lo que a los geólogos de Venus, más enterados que ellos de las cosas de aquel mundo, les parece lógico, natural e imprescindible rasgo arquitectónico de su mundo.

Basta de preámbulo, y comencemos diciendo que el plural corrientemente empleado por los venusianos al hablar de este geológico accidente de su planeta está mal aplicado, pues en Venus no hay varias simas, sino una, a la que un ingeniero daría nombre de túnel, aun cuando no sea obra de hombres, sino de fuerzas sidéreo-geogénicas.

Pero ¡qué túnel! De forma sensiblemente

cilíndrica atraviesa aquel mundo de parte a parte por lo que aquí, en la Tierra, llamaríamos su ecuador, pasando, en consecuencia, por el centro del planeta: con lo cual puede suponerse dónde van a parar las clásicas teorías del calor central debido a un núcleo líquida o gaseosamente incandescente en los orbes sólidos como la Tierra y Venus (1). Su longitud desde la boca de en-

(1) Durante mucho tiempo ha venido teniéndose por verdad, poco menos que inconcusa, y todavía sigue muy extendida la creencia de que en el centro de la Tierra existe un núcleo de hirvientes metales fundidos e incandescentes gases, aprisionado en el interior de la sólida corteza terrea sobre la cual habitamos: sumamente delgada, pues según opiniones se ha supuesto que su grueso varía entre 40 y 100 kilómetros; números insignificantes comparados con la distancia media de la superficie al centro de la Tierra, que es de 6.367 kilómetros.

Con el afán, en la humanidad frecuente, de sentar afirmaciones categóricas, hasta se llegó a formular la ley de que las temperaturas subterráneas crecen tres grados por cada cien metros de aumento en las profundidades. Así nació la concepción de *grado geotérmico*, suponiendo, sin pararse en barras, que no habiendo llegado las observaciones de precisión de temperaturas sino hasta la profundidad de 1.000 metros (siendo 2.000 $\frac{1}{2}$ mayor alcanzada en las más hondas minas), podía generalizarse lo deducido en tan minúscula extensión a la enorme distancia de 6.367.000 metros existentes hasta el centro del globo.

Estrictamente aplicada, daría tal concepción para calor en dicho centro 190.000 grados: temperatura tan inconcebible que hasta los mismos partidarios del núcleo fúido se asustaron; y alguno la supone en 100.000, y otros de 10.000, 5.000, 3.000: admitiendo que el crecimiento del grado geotérmico cesa al llegar a cierta temperatura, que ya no crece aunque se siga avanzando hacia el centro; con lo cual se acabó la teoría.

No hay razón para preferir ninguna de estas diversas suposiciones; mas lo indudable es que, óptese por cualquiera, siempre resultará que en las condiciones de ella ninguno de los cuerpos de la Tierra puede estar sino en estado gaseoso, *siempre que se halle sometido a las presiones que el hombre ha conseguido producir y ensayar*, y de aquí la hipótesis del núcleo fúido. Pero no es este el caso para el interior de la Tierra, donde las presiones deben ser todavía más inconcebibles que las temperaturas antes mencionadas; y como es sabido que el aumento de la presión retrasa el punto de ebullición, que cada vez exige mayor temperatura, hoy se cree que a la de millones de atmósferas, reinante en el núcleo central, pueden los cuerpos sometidos a la enorme temperatura allí prevaleciente hallarse en un especial estado semejante por sus propiedades al estado cristalino: es decir, para el caso, sólido.

No es de hoy el descrédito del núcleo fúido, pues hace más de un siglo que ya Ampere dijo que si la Luna levanta nuestros mares en las diarias mareas,

trada, situada en el heliohemisferio, hasta la de salida, en el noctohemisferio, es de

mucho más influiría sobre la masa, incomparablemente superior, y mucho más pesada que la de las aguas marinas, del núcleo fluido, que de existir experimentaría vaivenes tan tremendos que la débil corteza sólida, incapaz de soportarlos, se desgarraría, dando salida a cotidianas inundaciones de hirvientes lavas que sobre ella se derramarían.

Claro es que un mundo semejante no sería habitable, ni en él podrían siquiera nacer plantas.

También en nombre de los fenómenos de la precesión de los equinoccios y de la nutación terrestre, ha sido combatida la realidad de la existencia del núcleo central fluido; mas sin llegar por tal camino a definitiva conclusión, que únicamente ha podido ser formulada por la nueva Ciencia Sismológica, nacida de la observación y el estudio de los estremecimientos que al mundo imprimen los temblores de tierra: fenómeno muchísimo más frecuente de lo que corrientemente se cree; pues se evalúa en 30.000 el promedio de los observados por año—"La Sismologie Moderne", por el Conde Montessus de Balore—, llegando 80 de ellos a presentar caracteres de terremoto destructor.

Solamente en Chile fueron registrados por los Observatorios 1.500 en 1909. En España se ha comprobado la existencia de 450 en el período de 1909 a 1915, cuyas sacudidas quedaron registradas en los *sismógrafos* de la Estación de los PP. Jesuitas, en Cartuja (Granada)—"Terremotos, sismógrafos y edificios", por el P. Navarro Neuman, director de dicha Estación.

Los curiosísimos descubrimientos e inventos sismológicos, que permiten hoy observar y medir cuándo, cómo y dónde tiembla la Tierra, aun cuando el temblor la sacuda en los antipodas del lugar donde estén instalados los sismógrafos, que con la Tierra vibran, saldrán a relucir probablemente en alguna otra novela de la biblioteca a que pertenece la presente; pero de tal materia, por demasiado vasta para una simple nota, no cabe decir ahora, sino que la transmisión a través del globo de las sacudidas desde el foco—*epicentro*—del terremoto a la estación, que las recoge, dibuja, fotografía, mide y cuenta, se verifica con velocidades que, para las oscilaciones que más lentamente viajan, desde aquel foco a la estación, bordea los cuatro kilómetros por segundo, corriendo las más veloces a razón de más de 15 en igual tiempo. La observación de la llegada de unas y otras permite a los sismólogos *dar noticia al mundo de terremotos ocurridos a muchos millares de kilómetros, antes de que el telégrafo transmita tales noticias!*

Las ondas lentas contornean la superficie del globo, las rápidas lo atraviesan por sus partes centrales, tanto más cerca del centro del planeta cuanto más alejado de la estación se produzca el temblor que las engendra. El estudio de estas ondas, mensajeras del temblor, es el que ha conducido a la conclusión de que, salvo pequeños núcleos líquidos (pequeños en comparación con el globo entero), o *bolsas* repartidas en lo interior del planeta, y no excesivamente profundas en su mayor parte, la Tierra es sólida hasta su centro: con densidad y rigidez próximas a la del hierro. Estas bolsas son las que alimentan los volcanes en actividad.

Como argumento más al alcance de quienes no sean técnicos en las abstrusas teorías de la elasticidad, ondulación longitudinal y transversal, etc., etcétera, citaremos en contra del gran núcleo central fluido las siguientes palabras de un sabio sismólogo español:

"La hipótesis de la fluidez deja sin explicar cómo la delgada película que forma la corteza terrestre

12.744 kilómetros (1). Su anchura pasa de 4.500. En breve se verá el por qué de los calificativos de entrada y de salida aplicados a las bocas de la sima.

Resulta de tal anchura que el boquete vaciado en cada lado del venusiano globo, muy poco discrepante en dimensiones del terráqueo, mide por cima de 63 y medio millones de kilómetros cuadrados, equivalentes a superficie poco inferior a la de América y África reunidas, o a vez y media la del Asia, o a la de seis Europas bien corridas, que holgadisimamente cabrían en tal hueco.

La dirección del enorme tubo es la de la recta determinada por los centros del Sol y de Venus: es decir, que la boca abierta en la parte central del hemisferio del segundo, constantemente expuesta a los rayos del primero, arranca al planeta un bocado de suelo correspondiente a la región donde con mayor perpendicularidad la hieren dichos rayos solares, o sea a la zona más tórrida, que se recordará es en Venus circular; y que a no haber sido sabiamente arrancada por la Naturaleza, dejando en su lugar el vano del bocado vaciado por la boca de la sima, tendría temperatura próxima a los 80 grados! Es esto deducción lógica de lo dicho por el eminente Arrhenius en una obra citada en la primera parte de ésta (2), ignorando, claro es, a Arrhenius me refiero, la existencia de la sima central, pues no podía tener noticia de lo que Mistress Sam no habría de saber sino cerca de tres siglos después. A ello es debido indudablemente

"podría resistir el esfuerzo continuo de tensión del potente fluido interno, y presenta la grave objeción de que en las erupciones volcánicas, al ponerse el interior de la Tierra en comunicación con la superficie, toda la energía en el foco interno se disiparía de una sola vez, y todo el fluido se precipitaría hacia el exterior, en contra de lo que la experiencia diaria nos enseña."—"El interior de la Tierra", por Vicente Inglada, comandante de E. M., director de la Estación Central Sismológica de Toledo, 1919.

(1) Una milésima menor que el diámetro de la Tierra, por ser el de Venus 0,999 del de ésta, el cual, según la determinación de Clarke, que es la que tomamos, es de 12.756 kilómetros.

(2) EL PORVENIR DE LAS ESTRELLAS, por Svante Arrhenius, obra donde se lee: "... la brillante Venus, cuya temperatura se calcula en 47 grados centígrados, resultante del cálculo que evalúa en dos calorías por centímetro cúbico y minuto la cantidad de calor solar recibido por el planeta", y más adelante: "La temperatura de los polos de Venus es probablemente algo menor, tal vez alrededor de diez grados, que la temperatura media."

De ser esto así, bien se ve que a las regiones más tórridas correspondería temperatura aún mayor que los 80 grados de que habla la *Desterrada de la Tierra*, que nos describe la Sima Central Venusiana.

que el eminente sabio sueco suponga que en Venus no ha aparecido todavía una especie humana, aun cuando no esté lejano para él tal acontecimiento: "lejano" al cual se da un sentido geológico.

Primera consecuencia, de orden práctico, de la existencia de la sima, es que las temperaturas del jumihemisferio no llegan, ni con mucho, a ser tan tremendamente ardorosas como nuestros sabios han supuesto, por ignorar, y no es suya la culpa, que Venus es un astro perforado: perforación tan útil, según se verá en breve, para mundos que vuelvan siempre la misma parte de su redondez al luminar del cual reciban vida que constituye la forma más racional, beneficiosa y corriente tal vez en todos los planetas de tal tipo, bien de este o de otros sistemas planetarios. En tal caso, Mercurio estaría taladrado como Venus, y hasta podría tener las condiciones de habitabilidad que, hoy por hoy, le niegan nuestros astrónomos con unanimidad casi absoluta.

Pero dejemos esto, que no es sino hablar de las estrellas, pues de Mercurio no sabe Ignotus nada en cuando mundo, por no tener en él una sabia como Sára.

Por su boca de entrada sórbesese la sima todos los rayos de sol comprendidos en un tubo ideal de 4.500 kilómetros de diámetro, con lo cual se refresca el hemisferio cálido substrayéndole millones de millones de calorías. Pero esos rayos y esas calorías recorren el seno del planeta y llegados al otro extremo de la sima desembocan en la atmósfera del opuesto hemisferio por el boquete de salida de ella, frente al cual sólo brillan sobre el negro fondo del cielo las estrellas: boquete que arranca a la región más frígida del hemisferio helado otro bocado de los mismos 63 y pico de millones de kilómetros cuadrados de su suelo.

Dicho esto, estamos en estado de comprender las grandísimas ventajas que para la habitabilidad de Venus ofrece la existencia de ese túnel, que viene a ser *atmosférico eje del planeta*, fundamental pilar, gaseosa columna en donde apoya su climatología; pues a ella débese que la atmósfera, no sólo rodee, sino penetre dicho mundo: ventajas que encontraremos puntualizadas en una conversación sostenida por Sara y el ingeniero Rag, a quien había sorprendido extraordinariamente saber, por boca de ella, que la Tierra no está agujereada; pues así como en ésta, sin más razón que la de suponer a nuestro mundo tipo y dechado de mundos, damos por cierto que todos los del Universo han de ser macizos, pesadotes como ella, en Venus, donde también se creen

prototipos de perfección, estaban convencidos, hasta la llegada de Mistress Sam, de que todos los orbes eran huecos y perforados como el suyo.

Véase el diálogo a que hemos hecho referencia:

—No me explico, amiga mía—decía el anciano—, cómo podéis vivir en vuestro mundo; pues mientras en el lado del sol os achicharraréis, en el de la sombra hará una temperatura atterradoramente fría.

—Es que en la Tierra no tenemos vuestra separación perpetua de día y noche; allí los hemisferios son solamente ideal división astronómica, sin realidad física, por no hallarse, como aquí, marcados por la luz y la oscuridad.

—Verdad, ya nos lo habías dicho; pero no acabo de hacerme cargo de ese extraño globo terráqueo ni de esa vida perturbados por luz de intensidad constantemente variable: donde de pronto se quedará uno a oscuras durante horas y horas, donde hoy se sudará y a los pocos meses se tiritará de frío. Vamos a ver: ¿cómo os arregláis allí para vivir?

—Mira, Rag; vuelve a tus explicaciones, aplazando curiosidades sobre mi mundo, del que tiempo tendremos de charlar, y del cual no te urge enterarte, pues no has de andar en él, a lo menos por ahora; mientras que yo, por vivir en el tuyo, no puedo perder tiempo en instruirme en sus particularidades.

—Tienes razón. La enorme cantidad de calor que entra por la boca solar de la sima del heliohemisferio es arrastrada con velocidad vertiginosa por efecto del tiro que establece la frialdad reinante al opuesto extremo del túnel.

—Es decir, que la sima hace el efecto de una chimenea.

—Ni más ni menos; pero una chimenea que en vez de caldear el ambiente en torno del hogar y alrededor del tubo de humos, temple el aire que encuentra más allá de la boca estelar por donde sale.

—¡Ah!... Ya voy entendiendo. Esa colosal masa de aire, cuya temperatura acaso llegue...

—Llega, sin acaso, a 85 grados: es decir, tal temperatura alcanza una masa de hierro expuesta a los rayos solares en los bordes de la boca de entrada de la sima, pues al centro de esa ardorosa boca no ha podido llegar hombre ninguno; pero calculan nuestros físicos que en él debe subir el hierro hasta 130 o 150 grados, porque dicho centro marca el único lugar de nuestra atmósfera donde los rayos del sol no hallan en

su camino nubes que mitiguen sus ardores, probablemente por efecto de la intensidad del movimiento del aire insuflado en la sima.

—De modo que entonces, ¿hay alguna parte en Venus desde donde yo pudiera ver el Sol, que tanto echo de menos desde que estoy aquí?

—También tienes mal gusto; pero, en fin, si quieres, puedes satisfacerlo haciendo un viaje a las cercanías de los bordes de la sima; y cuando llegues a ellas verás en el cielo un redondel perennemente libre de nubes, y en su centro el terrible y enorme disco solar, que no hay ojos humanos capaces de contemplar, y cuyos rayos queman como fuego.

—Naturalmente, el Sol ha de verse desde aquí unas dos veces y cuarto mayor, en superficie que en mi tierra, y en igual proporción estarán el calor recibido de él por el cuerpo humano y la luz percibida por los ojos. No me sorprende ya de ese gran miedo que aquí tenéis al Sol. Alguna vez os contaré cómo y por qué lo sentí yo mucho mayor que el vuestro en mi viaje desde mi mundo a Venus.

—Te aseguro que es monstruoso, horrible; que a quien lo ve, aun protegiéndose los ojos con cristales negros, no le queda gana de volver a mirarlo. Además, el viaje es peligroso, pues en las regiones que circundan el antro lleva el viento velocidad espantosa, cual no la alcanza en ninguna otra del planeta.

—Se explica: la influencia del tiro de la chimenefta...

—Efectivamente; esa es la causa: la aspiración tremenda ejercida por la sima sobre las partes de atmósfera inmediatas a su boca, que, además, determina terribles remolinos.

—Bueno; pero volvamos a los efectos prácticos de ese tiro.

—Ya los has adivinado, mas sin hacerte cargo de su enorme importancia en la climatología de Venus, de la cual voy a darte idea.

Suponiendo velocidad media de 50 metros por segundo al huracán encajonado en el subterráneo túnel; temperatura, media también, de 90 grados en el aire que arrastra, y teniendo en cuenta la anchura de la sima, resulta que en cada veinte segundos desembocan por la boca estelar de salida 63 y medio millones de kilómetros cúbicos de aire caliente a 90 grados. Por esto podrás ya imaginar hasta qué punto suaviza esto la frialdad del noctohemisferio, en cu-

ya atmósfera se difunde ese océano de calor solar en movimiento.

—Deja, deja que me haga bien cargo: el kilómetro cúbico tiene 1.000 millones de metros cúbicos y el metro cúbico 1.000 litros; de modo que según eso... Dame la regla de cálculo... En cada minuto recibe ese hemisferio 190.500 millones de millones de metros cúbicos o 190 billones y medio de billones de litros de aire a 90 grados.

En efecto, pensando que esa corriente cálida no cesa jamás, que está corriendo desde siglos y siglos y que por siglos y siglos correrá, se comprende sin esfuerzo cuánto debe haber atenuado la originaria frialdad de ese hemisferio...

Es muy sabia, muy sabia, la providente Naturaleza que en cada mundo crea lo que le es necesario.

—Nuestros físicos han calculado el número de calorías (1) transportadas por esos huracanes en cada ufo (unos tres cuartos de hora). Es un dato que encontrarás en cualquier libro de geología.

—Es maravilloso, maravilloso.

—Pues eso no es aún sino la mitad de la maravilla.

—¿Cómo? ¡Todavía más!

—Sí, y muy interesante; porque hasta ahora no hemos hablado sino de calor.

—¡Ah! Sí, la luz.

—Hija mía, a ti es difícil sorprenderte; siempre te adelantas a uno.

—No tiene nada de particular, porque al entrar en la sima el calor del Sol, con él entra la luz de sus rayos; y claro está que si entra por la sima solar, forzosamente ha de salir con el calor por la estelar.

—Ganas me van dando de callarme para que tú sola acabes de explicar lo que me falta por decir de las simas centrales. ¡Canario con la moza!

—¡Qué cosas tienes, Rag! ¿Qué de par-

(1) La caloría, unidad adoptada para evaluar las cantidades de calor recibidas o emitidas por los cuerpos, es la necesaria para elevar en un grado centígrado la temperatura de un kilogramo (litro a 4 grados) de agua pura.

Sabiendo que calor, trabajo mecánico, eléctrico, lumínico, etc., son manifestaciones diferentes de energía, que toma unas u otras formas, entre sí transformables, queda aun más definida la caloría, cuando se sabe que en trabajo mecánico equivale 425 kilogrametros (iguales a 5,94 caballos de vapor, si el trabajo se desarrolla en un segundo), o sea el necesario para levantar 425 kilogramos a un metro, o un kilogramo a 425 metros, o 42,5 kilogramos a 10 metros.

Prueba esto cuán grandes son las fuerzas mecánicas que el calor desarrolla en las máquinas térmicas, de vapor, motores de explosión, etc.

En trabajo eléctrico equivale la caloría a 4,17 kilovatios.

tiкуляр tiene el haber visto hecho tan lógico, cual consecuencia de tus explicaciones? Cualquiera lo habría visto lo mismo.

—Cualquiera como tú; pero no es fácil hallar ese cualquiera.

—Vas a ponerme verde. (Recuérdese que en Venus es el rubor de tal color.) Basta ya de lisonjas y acaba de explicar la lección a tu discípula.

—Poco me queda por agregar a lo que ya has visto. Quien a largas distancias de la boca del hemisferio negro mira hacia ella, ve elevarse desde ésta, y recta a lo alto de la atmósfera, una inmensa columna de aire iluminado semejante al haz luminoso que un proyector eléctrico de iluminación lanza en la obscuridad de la noche cuando enfoca hacia el cielo su espejo reflector.

—¡Buen espejo y buen haz de luz, donde cabría toda el agua de todos los mares de la Tierra, dejándolos en seco en pocos minutos! Pero esa columna, ese robustísimo chorro de luz radiante salido del suelo irá a perderse en los espacios vacíos del Universo, más allá de Venus, sin alumbrar la superficie térrica del medio mundo obscuro en donde brota, pues no cae sobre ella: del mismo modo que la luz del proyector de iluminación deja obscuro el lugar donde éste está instalado por no ser luz visible mientras no encuentra objetos que alumbrar con sus rayos (1).

—Razón tendrías, a no ser porque también debemos a la sabiduría de la Providencia que nos haya conservado esa luz. Pero para explicarte esto necesito llamarte

(1) Dice Sara esto por saber que un rayo de luz no es propiamente luz mientras no toca algún cuerpo material. Efectivamente, dicho rayo no es sino la dirección en la cual se propaga la vibración del éter capaz de engendrar luz al chocar con algo. Por eso cuando miramos desde la Tierra a Venus, Mercurio, Júpiter, la Luna, alumbrados por la luz solar, no vemos sino la encendida por los rayos del sol caídos sobre estos astros, mas no la de los que en número infinito pasan a la inmediación de ellos; porque en nada tropiezan que pueda hacerlos perceptibles a nuestra vista: por eso el cielo de la noche, cruzado en todas direcciones por los rayos del Sol y de la inmensidad de soles que forman las estrellas, es negro.

Si en el haz de un proyector luminoso advertimos tenue claridad que en el aire marca la estela de aquél, bien perceptible cuando varía de dirección para buscar los objetos que intenta iluminar, es porque ese haz tropieza con el polvillo suspendido en el aire que atraviesa, que por tener pequeñísima cantidad de materia no produce luz intensa, sino tenue resplandor, cuya leve claridad no ilumina el aire circundante.

Esto era lo que lógicamente pensaba la sabia Sara ocurriría con el haz potentísimo de rayos luminosos salidos de la sima, considerándolos como dardos de luz que volarían a los espacios siderales, sin hallar nada en que clavarse.

antes la atención sobre una particularidad climatológica de nuestro mundo. Sabes que el grande y perenne calor de este hemisferio que habitamos evapora sin cesar colosales cantidades del agua de nuestros mares y ríos, y sabes asimismo que a despecho de ello, y aun siendo grande la humedad ambiente, que para nuestros campos es constante, pero invisible riego, apenas vemos llover sino de tarde en tarde, y eso por causas fortuitas y locales (1).

—Sí, ya lo he advertido; mas atribuyendo esa falta de lluvia a local peculiaridad de la comarca donde yo la advertía, y creyendo estará compensada por grandes lluvias en otras zonas del lumihemisferio, cual en mi mundo ocurre.

—Pues, no: ese régimen, no de sequía, puesto que el aire es humidísimo en todo este medio mundo de la luz, pero sí de extrema escasez de lluvias, no se compensa en parte alguna de esta parte del planeta, porque las colosales masas de vapores de agua que de ella eleva el calor del Sol no vuelven a caer sino en exigua proporción en él, sino que son arrastradas al noctohemisferio por los huracanes reinantes en las zonas altas de la atmósfera y en direcciones convergentes hacia el centro de aquél. Ese vapor de agua encuentra en el medio mundo frío temperaturas bajas, que, condensándolo, lo transforman, no en lluvia, sino en nieve, que antes de caer al suelo vuela en los vendavales.

—¡Qué hermoso, qué hermoso es todo esto!

—Pero esos vendavales de las altas regiones atmosféricas, que en este medio mundo cálido van desde el centro a su contorno, se precipitan en el frío desde el contorno al centro, precisamente donde emerge de las entrañas del planeta el potentísimo huracán que el Sol empuja a lo largo de la sima; y al encontrarse, en lo alto, esta corriente vertical con las horizontales,

(1) Dice Arrhenius: "La atmósfera de Venus contiene, a cinco kilómetros de altura, tanto vapor de agua como la Tierra en la superficie de ella..." "Todo en Venus está chorreando..." "Enormes y densas nubes de lluvia flotan a 10 kilómetros de altura..." *En la superficie de Venus existe, por tanto, una completa ausencia de viento.*

Se ha subrayado este párrafo por ser afirmación diametralmente opuesta a lo que Sara vió en Venus, cuyo fundamento estriba en que dicha frase ha sido escrita dando por cierta una de las dos hipótesis existentes en tiempo del ilustre autor citado: precisamente la que admite sucesión de días y noches en Venus, en vez de la otra que iguala en tiempo los movimientos rotatorio y traslatorio del planeta. Y como Sara comprobó que esta es la cierta...

que allá llegan en todos sentidos, engendran colosales vorágines del aire en las alturas, raudos torbellinos que, en espiras cada vez más abiertas y más anchas cuanto más alejadas del vórtice, aventan en todas direcciones los copos de la nieve; y antes de caer al suelo recorren éstos en sus viajes ciclónicos centenares y centenares de leguas a través de la atmósfera.

—¡Qué hermoso, qué hermoso; qué grande es todo esto!

—Pues bien; cada una de esas partículas de agua congelada es un *espejo reflejante*, que al entrar en el haz de rayos luminicos emergentes de la sima, es tocado por ellos y a su contacto se enciende y brilla con fulgor de blanquísima resplandeciente nieve, fulgor que de lo alto baja al suelo. Son millones de millones de millones de brillantes voladores espejos que alumbran con luz tenue, pero luz al cabo, el hemisferio, que sin ellos sería completamente negro.

—Sí, bien; pero tan pronto como esos copos sean por los torbellinos arrastrados fuera del haz solar, y en tanto caigan en las zonas lejanas del planeta, dejarán de reflejar luz ya no recibida; brillarán solamente unos instantes, siquiera lleguen a minutos, mientras ondulen entre rayos de sol; pero al salir del haz para emprender su viaje desde la altura a tierra volverán a ser negros por no poder dar luz que no reciban.

—Por suerte nuestra, te equivocas. Ciertamente es que al alejarse de la sima ya no reciben esos copos luz del Sol, y en cuanto cesa de besarlos ésta ya no son vistos como potente luz de nieve reflejante; mas con aquellos besos se engendró en las entrañas de los niveos corpúsculos otra luz: la luz de una fosforescencia suave nacida en ellos al contacto de los rayos ultraviolados e invisibles del Sol, y esa fosforescente luz es derramada sobre la oscura tierra por los errantes copos que, cual enjambres de luciérnagas, vuelan sobre el noctohemisferio formando a modo de tenues y estriadas nubes luminosas.

—¡Ah! Esa fosforescencia de que hablas debe de ser la que en vuestras nubes descubrió un sabio astrónomo de la Tierra.

—Un astrónomo de Isja.

—Sí, Hershel. Pero continúa, continúa tu descripción.

—¿Has visto alguna vez, en el cielo, la Gran Nebulosa Espiral o la soberbia nebulosa de Andrómeda?

—No una, muchas.

—Pues imagina que cualquiera de ellas se aproxima a nosotros y crece en anchura

y crece en brillo hasta llenar por completo la celeste bóveda, constituyendo por sí sola todo el visible cielo, y una vez imaginado tendrás idea del espectáculo que los torbellinos de fosforescente nieve de la altura ofrecen en el hemisferio de la noche. Mas todavía me queda algo por decirte, pues así como entre las espirales de las nebulosas astronómicas ve el telescopio del astrónomo brillar estrellas más lejanas o más próximas que dichas nebulosas, así a través de los ondulantes torbellinos de la que podríamos llamar atmosférica nebulosa meteorológica del planeta, pueden nuestros observatorios del noctohemisferio contemplar el firmamento, estudiar las estrellas, el movimiento respecto a éstas del mundo en que vivimos y establecer las fechas y períodos de nuestro calendario sidéreo.

—¡Qué maravilla! ¡Qué inconcebible y para mí insospechada maravilla! ¡Cuán grandes, cuán sublimes son las manifestaciones de las fuerzas de la Naturaleza! ¡Y cuántos, cuántos portentos ignorados del hombre, como éstos, tiene seguramente desparramados en remotos sistemas planetarios y en incontables orbes la Mano Próvida que sacó de la Nada la Materia, las Fuerzas y la Vida, para animar con ellas la inmensidad del Universo! (1)

(1) Si no obstante lo dicho de los testimonios de Sara, Aol y los astrónomos y geólogos venusianos, los tuviera algún lector en poco, y pasara de aquí a calificar de temeraria hipótesis la de las simas centrales de Venus, podría contestársele que algunas más atrevidas todavía han nacido no de la fantasía de novelistas, sino en sesudos cerebros de grandes sabios. Como prueba de ello basta citar la del célebre astrónomo Hershel sobre la constitución física del Sol: extraordinariamente original para unos, extravagante para otros, mas para todos curiosísima, por lo cual vale la pena de exponerla.

Según el sabio hannoveriano, el Sol tiene en su centro un núcleo o globo sólido y opaco, *tan habitable como la Tierra*, rodeado de dos atmósferas de naturalezas muy diferentes: la exterior o *fotosfera*, que nosotros vemos, constituida por el gaseoso mar de fuego de donde recibimos el calor y la luz que dan vida a nuestro suelo; la otra, interior a ella, muchísimo más densa, mucho menos luminosa, con grandísimo poder reflejante, que hacia el exterior rechaza la mayor parte de la luz deslumbradora y del quemante fuego de la fotosfera, sirviendo de pantalla o más bien coraza protectora del habitable mundo sólido encerrado en ella.

Hablando de este *heliomundo* de Hershel, decía Echegaray: "¡Extraño globo, vida extraña y cielo singular!... En el cielo, claridad uniforme como "la que esparce la esfera de cristal de un quinqué; "en el suelo, luz constante: día continuo sin interrupción de sombras nocturnas; de cuando en cuando el cielo que se rompe y grandes masas "incandescentes que bajan en columnas de fuego, "como verdaderos volcanes invertidos, cuyos cráteres se abren allá en el espacio"... "y de esta "suerte demuestra (Hershel) que en punto a hipó-

V

LA DESTERRADA DE LA TIERRA VA SACUDIENDO
AÑEJAS LACRAS

Puestos ya al corriente, en los dos últimos capítulos, de cosas que se habían quedado rezagadas cuando pizcábamos en el libro de notas de nuestra heroína, volveremos a tomar la narración en el lugar donde unos puntos suspensivos cortaron bruscamente la explicación del modo cómo Sara había enseñado a Aol un sistema de telegrafía sin hilos, que no por llevar en la Tierra tres siglos mal contados de aplicación (recuérdese que estamos en el año 2188), maravilló y entusiasmó menos a Aol y a Rag, por ser completamente nuevo en Venus; pues aun teniendo resuelto allí el problema de la transmisión de la palabra sin necesidad de alambres conductores, no habían llegado a semejante resultado haciéndola volar en alas de ondas electromagnéticas, provocadas por descargas oscilantes, sino por *inducción a distancia* y procedimiento no igual, pero sí sorprendentemente análogo al empleado en unos célebres ensayos realizados por Mister Williams Preece entre líneas paralelamente montadas en lugares que entre sí comunicaban telegráficamente, sin alambre ni cable intermedio que

"tesis atrevidas y a delirantes ensueños nadie es "capaz" (ni aun los más fantásticos novelistas) "de seguir al hombre de ciencia cuando a fantasear sobre posibilidades se lanza en alas del "deseo."

Y que Herschel fué un excepcional hombre de ciencia lo acredita su interesantísima y ejemplar vida, demostrando adónde pueden llevar a un hombre el talento, ayudado de poderosa voluntad, pues Herschel fué uno de los que la Humanidad respeta como héroes de la voluntad.

De músico de regimiento pasó a profesor de música, director de pequeñas orquestas, casi murgas; y después a organista de Halifax y de Bath. Llegado a esta tranquila, para él desahogada posición, compró con sus pobres ahorros libros de matemáticas, física y astronomía, y comenzó sus estudios. Pero pronto necesitó además de libros un telescopio, que desistió de comprar por la razón sencilla de no tener dinero para ello, y en tal conflicto decidió fabricárselo por sí mismo; y no solamente lo decidió sino que lo fabricó a fuerza de talento, de estudio, privaciones y heroica perseverancia.

Con aquel telescopio descubrió un nuevo planeta: Urano. Y la Universidad de Oxford le hizo Doctor de ella, y la Sociedad Astronómica de Londres eligió por su presidente al pobre ex músico de regimiento; y todas las sociedades científicas solicitaron para miembro de ellas.

las uniera, y aprovechando, para lograr tal resultado, el hecho de que cada una de dichas líneas paralelas, y alejadas una de otra, entraba en actividad cuando la otra interrumpía o establecía su propia corriente.

La principal diferencia de detalle entre el sistema Preece y el venusiano estriba parte en el alcance de transmisión, mucho mayor en Venus, donde el paralelismo rectilíneo de aquellas líneas de la Tierra, está sustituido (en el sistema que Aol y Rag explicaron a Sara) por similitud de formas y orientación de los circuitos conductores constituidos por los alambres de las antenas de las estaciones transmisoras y receptoras: espirales, helicoidales, ciclóidicas, etcétera, etc., accionados por interruptores de corriente, que funcionaban con ritmos muy diversos, y todos verdaderamente musicales.

Como no pretendemos dar aquí un curso de radiotelegrafía venusina, basta lo dicho para llamar la atención sobre el diferente origen de ella y las de Marconi, Telefunken, Poulsen, etc., etc., que en la Tierra usamos.

Cuando Sara se dió cuenta de ello, observando en seguida que las ventajas del sistema venusiano no compensan ciertos in-

Herschel construyó nuevos y más perfeccionados telescopios, descubriendo el 6.º satélite de Saturno. Descompuso gran número de nebulosas del catálogo de Messier, resolviéndolas en estrellas; publicó un catálogo de 52 nebulosas difusas, y sostuvo la existencia de algunas que *nunca sería posible resolver en estrellas aisladas*; descubrió o determinó 2.544 nebulosas de las 3.926 conocidas a principios del siglo XIX; descubrió más de 500 estrellas dobles, y enriqueció la ciencia con notabilísimas observaciones sobre las múltiples en general y sobre las periódicas. Señaló el movimiento de traslación de nuestro sistema planetario hacia la constelación Hércules; estudió la constitución física del Sol y estableció una teoría relacionando la riqueza de las cosechas con la variación de las manchas solares; midió el período de rotación de Marte y el aplanamiento de sus polos; después de encontrar en los cielos a Urano, descubrió sus satélites, señaló una fosforescencia particular que en su entender se advierte en las nubes de Venus, etc., etc.

Todo esto, y mucho más que sería largo enumerar, hizo Herschel, y además de ello lanzó la hipótesis tan atrevida cual se quiera, pero *hipótesis de sabio*, sobre la habitabilidad del Sol, con la cual comparada sería bien modesta, aun cuando fuera hipótesis y mucho menos fantástica la de las simas centrales de Venus.

convenientes que presenta, con respecto a los fundados en la ondulación eléctrica, preparó un día, en el laboratorio, una serie de experimentos por el estilo de los primeros de Hertz, de los cuales se ha hablado ya en esta obra como base de los sistemas terrestres de telegrafía sin hilos; y realizándolos en presencia de Aol y Rag, maravilló a éstos no menos que los del citado sabio habían maravillado en tiempos a sus colegas de este mundo.

Después de esto improvisó Sara dos pequeñas estaciones de ensayo, construídas, bajo su dirección, por los obreros electricistas de las minas, las instaló a 50 kilómetros una de otra, y poniéndolas a prueba, obtuvo de ellas soberbios resultados: más rápidos y más económicos que los obtenidos con los sistemas de inducción hasta entonces empleados (1) en Venus.

(1) La inducción eléctrica, o más bien electromagnética descubierta en 1833 por Miguel Faraday, físico inglés, es la base de todas las grandes aplicaciones de la electro-dinámica, es decir, de las de carácter industrial, que han comenzado a revolucionar la vida de relación en nuestras sociedades, transformar e intensificar el trabajo humano y permitido iniciar la captura de fuerzas naturales, cual por ejemplo las de los saltos de agua, antes inexploradas por el hombre, y que en lo venidero permitirán seguramente utilizar la fuerza solar, la de las mareas, el calor interno del planeta, la afinidad, las fuerzas moleculares, atómicas, etc., etc.

Es una misteriosa acción que la electricidad en movimiento ejerce creando en torno de sí un *campo electromagnético* que circunda toda corriente eléctrica y todo cuerpo electrizado; acción igualmente misteriosa, en su esencia, pero no menos real que la del *campo calorífico* existente alrededor de una estufa, que eleva la temperatura de los cuerpos en él situados, sin haber menester ponerlos en contacto con el foco calorífico, o que la del *campo magnético* que hasta determinada distancia del imán que lo engendra atrae hacia éste limaduras de hierro, agujas, etc.

Sin entrar en el menor detalle sobre la inducción electromagnética, diremos que alrededor de todo cuerpo electrizado, o de toda corriente eléctrica, en los cuales no cambia ni el grado de electrización del primero, ni la intensidad de la segunda, existe un *campo electromagnético estable*, que mientras dicha estabilidad no es perturbada no se advierte ejerza acción sobre los aparatos o circuitos eléctricos situados dentro de él.

Este invisible pero efectivo campo se crea electrizando un cuerpo, o dando paso a una corriente por un alambre; se suprime deselectrizando aquél o interrumpiendo la corriente, y se le hace variar de intensidad bien aumentando o disminuyendo la cantidad de electricidad acumulada en el cuerpo o la que circula en la corriente, o bien haciendo que *cuerpo o corriente cambien de lugar en vez de estar quietos*. Del mismo modo que apagando o encendiendo la estufa se enfría o caldea la habitación; solamente que con instantaneidad en los efectos electromagnéticos no advertida en los caloríficos, incomparablemente más lentos; de igual modo que al trasladar la estufa de una habitación a otra se enfría la primera y se caldea la segunda.

Una vez que Aol dió desahogo a su entusiasmo, bien coreado por los amigos, tan obstinados como él en llamar invento de Sara al sistema de radiotelegrafía terrestre, no obstante rechazar ella la paternidad de lo que hacía ya siglos estaba inventado en la Tierra, se le ocurrió a aquél explotarlo: no solamente como tales cosas se explotan en todas partes, constituyendo una empresa de telecomunicación, sino para dejar, por añadidura, zanjada para siempre y de una vez la cuestión, pendiente aún en la Academia de Historia Natural, de la zoológica clasificación de su discípula; cobrándose de paso, y con réditos, el ridículo que la docta

Pero se advierte otra particularidad, a la que se debió que fuera Faraday y no Coulomb quien descubriera la inducción electromagnética: tal particularidad es que los efectos perceptibles de la inducción no se manifiestan *sino durante el tiempo, en general brevísimo, en que se verifica el cambio*: efectos que son engendramiento de corrientes fugaces instantáneas en los alambres conductores cerrados que en el *campo se encuentran*, sin comunicación con el cuerpo o corriente de donde nace aquél, ni con máquina alguna productora de electricidad.

Tan instantáneas son, que habiendo presentado el segundo de los dos físicos recién citados la existencia de tales corrientes inducidas, desechó su creencia, porque en los experimentos hechos para comprobar la realidad de ella, tenía en una habitación los elementos que le servían para establecer o interrumpir la corriente *inductora*, es decir, la que da el impulso, y en la contigua los galvanómetros (especie de termómetros de la electricidad) que habían de revelar la producción de corrientes *inducidas* por aquella en circuitos por sí inertes.

Así en el instante en que Coulomb abría o cerraba la corriente en el *circuito inductor*, los galvanómetros de la otra habitación, se movían, revelando el paso de una corriente inducida por los otros circuitos; pero en el breve tiempo que Coulomb tardaba en traspasar la puerta de comunicación, la corriente cesaba; y al llegar al galvanómetro veía que las indicaciones de éste eran las mismas que antes de producirse la perturbación electromagnética engendrada por aquella corriente inductora, es decir, que no delataban el paso de ellas, por haber ya cesado: porque *no es la mayor o menor intensidad de un campo lo que produce las corrientes inducidas en los conductores eléctricos que en él se hallan, sino la variación de dicha intensidad, la cual es instantánea*.

Pero estas corrientes fugaces no servirán de nada, no podrán producir trabajo útil, se le ocurre a cualquiera... Efectivamente, de nada habrían servido si a los sucesores de Faraday no se les hubiera ocurrido producir a cada instante interrupciones, cambios de lugar en la corriente inductora con lo cual las instantáneas corrientes inducidas se siguen una a otra con vertiginosa velocidad, realizando mediante mecanismos especiales el propio efecto útil que si fueran continuas.

De aquí nacieron los carretes Runkford, las dinamos y motores de corrientes alternas y continuas, los transformadores y convertidores, la luz y la calefacción industriales eléctricas, el aprovechamiento de los saltos de agua, la tracción eléctrica, la telegrafía sin hilos, la electroterapia, los rayos catódicos y de Roetgen o X, etc., etc.

corporación echó sobre él en tiempos pasados: asunto del que, al cabo de los muchos meses transcurridos desde la huida a Kanka del maestro y la discípula, nadie se acordaba ya en Lasga.

La manera de cobrarse sería haciendo resplandecer ante todo el mundo la personalidad científica de su protegida, del mismo modo que resplandecía ante cuantos la trataban, realizando al efecto la aplazada presentación de ella a la misma Academia que la declaró mona: no para que nadie defendiera su causa ante los sabios miopes que subscribieron la irreflexiva declaración; pues con su dominio actual del puk, ya no había menester Sara otro abogado que ella misma para ganar tal pleito: ya, ya vería el majadero Nul que podía decir algo más que el "corre, que te pillo" y el "De la Habana ha venido un barco", del loro a que en la célebre sesión que el lector recordará aludió el director del *pensionato* cuadrumano.

Bien hubiera agradado a Aol hacer por sí la presentación para gozar personalmente del triunfo de su discípula, pero estando imposibilitado de volver a Lasga—so pena de ser reducido a prisión o de amotinar al pueblo y derrocar al Podestá, para escapar a ella, cosa incompatible con su austera rectitud—: y no sabiendo cuándo podrían invalidarse los decretos que se lo impedían, no quiso hacer depender de esto la rehabilitación de Sara, ni demorar por indefinido plazo el varapalo a los académicos.

En vista de ello decidió que Rag lo reemplazara, en la oficial comparecencia de Sara a la Academia de Historia Natural, aprovechando la circunstancia de ser el anciano ingeniero miembro correspondiente, si no de la Sección de Zoología, de la de Minerología de aquel centro científico.

El viaje se aprovecharía además para que Sara explicara, ante la Sección de Ciencias Físicas, el invento de la *Telegrafia* Marconi por ondas hertzianas, dirigiera la instalación, en Lasga, de la antena, y vigilara el montaje de los demás órganos de transmisión y recepción complementarios de dicha antena: los cuales no habría allí sino acoplar a ella, pues se llevarían totalmente contruidos en los talleres de Kanka.

Gran contrariedad fué para la discípula saber que a la apoteosis de su rehabilitación no asistiría el maestro; pero se resignó cuando supo que entre ida, estancia en Lasga y vuelta no invertiría más de una semana; pues llevándose obreros ya adiestrados y un ingeniero subalterno de Rag que había hecho veces de segundo de ella en la insta-

lación de Kanka, en todo igual a la que luego habría de hacerse en la capital, podría ella atender a la alta inspección de los trabajos en los ratos que la dejaran libres sus ocupaciones en las Academias. Y como, de una parte, la solicitaban absorbentemente los trabajos de preparación de las estaciones, y de otra, era sumamente halagador el triunfo personal que para sí veía en lontananza, como recompensa de sus largas penalidades y esfuerzos, ayudábala esto a resignarse, aunque no sin trabajo, a la privación de la compañía de su querido protector.

—Nada, hija mía—la dijo Aol—, es cosa resuelta; pues no solamente no cabe aguardar plazo imposible de prever, sino que aun sintiendo vivamente, cual supondrás, no presenciar tu triunfo, debo confesar lealmente que me será penoso ir en algún tiempo a Lasga, y todavía más a las Academias; pues para un hombre como yo, a quien sus estudios habían dado cierta notoriedad, que mi equivocación reciente y resonante demostraba estaba mal ganada...

—No digas disparates. He pasado mi vida entre los más reputados hombres de ciencia de la Tierra, y no conozco ninguno que te iguale.

—Gracias, por tu opinión, que no tomo en cuenta porque la dicta el afecto a mí.

—Mi afecto, nacido de la bondad de tu corazón, sabe dar a ésta lo que le pertenece, pero no la confunde con tu inteligencia.

—Bien, Sara, bien; pero no negarás que con mi falsa hipótesis de la raza central, he padecido una equivocación tan garrafal que analizada ahora *a posteriori*, me parece ridícula a mí mismo. ¿Qué será a los demás?

—De grandes padres de hipótesis fallidas está llena la historia de las ciencias: Newton, Laplace, Colón, y tantos otros, a quienes (1) la humanidad de mi mundo venera como estrellas del saber humano, a despecho de sus equivocaciones; porque quien ahonda en las ciencias sabe que la ciencia de los hombres no es en todas partes sino *eso*: cadena de hipótesis, cada una de las cuales destruye la anterior, para ser a su vez invalidada por la venidera: sucesión de pasos que, aun cuando sea a traspiés, hace avanzar al hombre por el camino del progreso.

(1) Sara se refería a las hipótesis de la materialidad de la luz de Newton, que dió lugar a una larga controversia con Huyghens, zanjada al fin por los experimentos de Fresnell, que probaron nacer de vibraciones; a la solución de la nebulosa solar, origen de nuestro sistema planetario, que ha sufrido notables y radicales modificaciones respecto a lo supuesto por Laplace, y por último, a la creencia de Colón de que la América que había descubierto era la costa oriental de Asia.

—No conozco a esos sabios de que me hablas, mas te aseguro que, a pensar como yo, y a haberse dado cuenta de sus equivocaciones, se habrán acogido, por algún tiempo al menos, a modesto silencio.

Viendo Sara la amargura interior que las palabras de su maestro dejaban transparentar, decíase, al oírlo, que así como le había ella mentido cuando, por no perder su estimación, le relató una embustera historia de su viaje de la Tierra a Venus, capaz sería, por evitarle el dolor de publicar su equivocación sobre la raza de las simas centrales, de mentir *urbi et orbi*, declarándose viuda del fantástico esposo que él le había atribuido, nacida como éste en las pícaras simas, y de inventar cuantas razas y patrañas fuera necesario en defensa de la malhadada hipótesis. Pero la idea no pasó de tentación; pues aun siendo capaz de eso y mucho más, no lo era Aol de representar faras indignas, cuya sola proposición tomaría a ofensa. Así que en su impotencia de amilorar la pena de él, sintió despechado dolor que la hizo exclamar:

—¡Y he sido yo la causa de esa equivocación, bien explicable y bien fundada! ¡Y tengo yo la culpa!

—¿Qué has de tener!

—Sí, sí; a no haberme encontrado, no recogerías ahora este pago por el bien que me has hecho.

—Tú sí que eres quien ahora dice disparates.

—Más valiera que todos continuaran teniéndome por orangutana.

—¡Sara!

—Todos, sí, todos... menos tú: una vez conocida de ti, los demás me tienen sin cuidado. Si a costa de eso pudiera yo probarte mi agradecimiento.

—¿Qué insensateces dices!... ¡Pero qué buena eres!

—¡Buena yo!—dijo Sara, extraordinariamente sorprendida de que *¡a ella!* pudiera nadie tenerla por buena, y sintiendo júbilo grandísimo al pensar que, si antes no, tal vez entonces lo era, y repitiendo, cual para conocerse a sí misma—: ¿Buena? ¿Buena?

—¿Quién lo duda!

—Gracias, Aol, gracias.

—Pero, ¡qué rara te encuentro hoy, criatura!... Bien sabes que no es posible, ya, que nadie vea en ti sino lo que eres realmente, y que es más imposible todavía que yo lo oculte con fines egoístas.

—Bien; pero no es necesario exhibirme ostentosamente en Lasga, ni somos nosotros los llamados a hacer ruido sobre esa equivocación que tanto te pesa; déjame aquí:

aquí puedo continuar trabajando escondida...

—Mucho más que esa equivocación, que no es, al cabo, sino contrariedad de mísero amor propio, y a la cual pronto sabré sobreponerme; mucho más me pesaría ese secuestro injusto de ti misma que, probándome la grandeza de tu alma, me ofreces, y no podría aceptar sin que en el mismo instante me avergonzara la ruindad de la mía.

—Tienes razón, Aol; eres noble, eres grande.

—Te diré lo que dije a Len un día, puedes suponer cuándo: soy bueno, nada más, o, cuando menos, trato de serlo... Tú también ahora mismo, queriendo someterte a un duro sacrificio para probarme tu agradecimiento y evitar la publicidad de mi fracaso, eres grande y eres noble, porque eres también buena... Pero, ¿qué es eso? ¿Qué te pasa?... Serénate, hija mía... ¿No ves que si en aquello me he equivocado, en cambio verá el mundo, cuando en Lasga te muestres como eres, que acerté al conocerte cuando te desconocían todos?

Las últimas palabras del maestro fueron dichas por deseo de consolar a Sara, que al oírse llamar grande, noble y buena, prorrumpió en llanto acongojado al recordar las maldades, las traiciones, las vilezas de su vida pasada.

—¿No comprendes que semejante triunfo compensará con creces mi fracaso?... No llores más, mujer; me apena tu aflicción.

—No te apenes: no duelen estas lágrimas: al contrario, al contrario, me están haciendo un bien muy grande, mucho, mucho; no son dolor, son emoción muy honda, pero grata, muy grata.

Y para sí pensaba: "No soy aquella, no... Soy otra, otra; siento, gracias a Dios, que en mí no va quedando nada de la perversa Sara de la Tierra."

—Pero, serénate.

—Sí, Aol: ahora, sí... Pero antes déjame decirte que, aun cuando creas saber cuáles y cuántos son los motivos que en tu conducta veas a mi agradecimiento, todo ello es nada comparado con el inmenso que te debo por lo que por mí ha hecho tu bondad sin enterarse, tan sólo con mostrarme tu hermoso corazón y tu limpia conciencia... Eso no lo sabrás jamás..., porque es mejor que no lo sepas; mas lo que vale lo podrás conocer en la gratitud inmensa que en mí verás eternamente.

—Pero, ¿qué te he hecho yo? ¿Qué quieres decir?

—No; nada, nada; no quiero decir nada...

¿Qué has hecho? Me has hecho... (Iba a decir buena, pero advirtiéndolo a tiempo que decirlo equivaldría a dejar traslucir el secreto de su vida pasada, rectificó la boca lo que dictaba el corazón, diciendo): Me has dado la paz que me faltaba... Ya estoy serena y dispuesta a obedecerte; iré a Lasga; haré cuanto quieras, cuanto mandes; lo que tu mandas siempre es bueno.

Pasada la emoción que, por distintas causas, había en ambos despertado la anterior escena, se entretuvieron en discutir detalles del próximo viaje y de la fabricación, ya muy adelantada, de las estaciones, del término de la cual dependía la fecha de la realización de aquél.

—Len me ha manifestado—dijo Aol—que si no tienes inconveniente desearía acompañarte.

—Ninguno: es un muchacho muy simpático, muy afectuoso y muy alegre.

—Además de Rag, que es obligado como padrino de tus presentaciones a las Academias, había yo pensado en Ko, por saber que con él tienes más confianza que con Len.

—Como le conocí a la par que a ti; como es quien más te ha ayudado en la buena obra de instruirme... Pero no tengo inconveniente alguno en que sea Len quien venga; no acompañándome tú, lo mismo da uno que otro. Aparte la simpatía personal que me inspira ese muchacho, le tengo gran afecto porque veo el grandísimo que te profesa.

—Sí, es un leal y cariñoso amigo, aun cuando un poco extravagante y tarambana; desea hoy con ansia lo que mañana le tiene sin cuidado, hace cosas que a nadie se le ocurren, tiene ideas que jamás nacerían en cabeza que no fuera la suya.

—No lo dirás por la que ahora más le preocupa.

—¿Cómo!—preguntó Aol con gran viveza, como si temiera sospechara su pupila cuál fuera la idea que más preocupaba a Len—. ¿Sabes tú algo de sus preocupaciones?

—Pues claro está. Estoy al cabo de la calle del objeto de sus constantes venidas de Lasga, donde tiene su casa y sus negocios, que deben andar un tanto descuidados; sé que son para convencerte de que no debes poner obstáculo a los propósitos de tus amigos cuando llegue la época de elegir Podestá.

—¡Ah!—contestó Aol, alegre de que Sara atribuyera a aquello la preocupación de Len—. ¿Sabes tú eso?

—No hace falta ser lince para adivinar-

lo; pero, además, el mismo Len, y Ko, me han hablado de ello; y pensando en los deseos de tus numerosos partidarios, te decía que esa idea no es de las que sólo pueden nacer en el extravagante seso de Len, pues anda en muchísimas cabezas que deploran tus excesivos escrúpulos.

—Un sentenciado en rebeldía no puede, mientras sobre sí tenga esas sentencias, aspirar dignamente a la suprema magistratura del Estado. Sería un malísimo ejemplo que no debe dar al pueblo quien pretenda regirlo.

—Pero tú no haces nada para que esas injustas sentencias sean revocadas.

—Precisamente por ser injustas y dictadas a conciencia de serlo, me considero demasiado alto para mendigar nada de quienes las dictaron. Aol no pide por gracia lo que le corresponde de derecho.

—Pero...

—De modo que en seis u ocho nipsos (días) piensas tenerlo todo preparado para el viaje—atajó Aol a Sara por no querer hablar más del asunto de la elección—. ¿No es eso?

—Sí; para entonces estaré dispuesta—contestó ella sin insistir en el anterior tema, por saber que la firmeza y la bondad de su bienhechor corrían parejas.

—Entonces, ya puedo enviar a Lasga las dos comunicaciones referentes a tu asunto; pues mientras van allá, las toman los académicos en consideración y vuelven las respuestas se habrán muy bien pasado los días necesarios para acabar la construcción de las estaciones. Aguarda un momento mientras las redacto, pues deseo leértelas antes de enviarlas.

Se sentó Aol a una mesa, escribió un rato y leyó luego a Sara los dos escritos siguientes:

"Sr. Presidente de la Sección de Zoología de la Academia de Ciencias.—Habiendo ya cesado los obstáculos que me impidieron acceder a la presentación a examen de esa Sección de mi pupila Ri Sara Sam (así como Pi significa en puk "señor", Ri significa "señora") que, a propuesta del doctor Nul, declarasteis orangutana de una nueva especie, tengo el honor de participar a dicha Sección, de tu digna presidencia, que Ri Sara está dispuesta a comparecer ante ella para impugnar personalmente aquel fallo, pues ya no ha menester de ajenos valedores en la reivindicación de su personalidad humana."

"Siéndome imposible, por razones políticas de todos conocidas, trasladarme a Lasga, la presentación de Ri Sara a la

"Academia será hecha por Pi Rag, miembro correspondiente de la Sección de Mineralogía."

"En espera de que me comuniqués el asentimiento, que no pongo en duda, de esa Sección, se repite tu afectísimo colega, Aol."

"Sr. Presidente de la Academia de Ciencias.—Querido amigo: Mi pupila Ri Sara Sam, llegada a Venus de Isia (recuérdese que este es el venusiano nombre de la Tierra), desea explicar ante la Sección de Ciencias Físicas de esa Academia un nuevo ventajosísimo sistema de telegrafía sin alambres, completamente desconocido en nuestro mundo (y de cuya eficacia respondemos Pi Rag y yo), empleando el cual va la citada dama a establecer comunicación radiotelegráfica entre Lasga y Kanka como primera aplicación a grandes distancias. Desea igualmente la misma señora dar otra conferencia en la Sección de Astronomía para explicar interesantísimas y sorprendentes novedades de la constitución física, los movimientos astronómicos, la vida y las razas del extraño mundo de donde procede; por lo cual,

"en su nombre, como miembros de esa Academia, solicitamos Rag y yo tengas a bien convocarla con los objetos indicados, comunicándonos la fecha que señales para oír a Ri Sara, a quien Rag servirá de oficial padrino en el acto de su presentación."

"Debiendo comparecer asimismo la citada señora en la Sección de Zoología, con el objeto a que se refiere oficio que en esta misma fecha dirijo a su presidente, subordinado tuyo, y no conviniéndola permanecer en Lasga sino pocos días, te suplico que, de acuerdo con aquella Sección, señales fechas entre sí cercanas para las diversas conferencias."

"Siempre tuyo buen amigo, Aol."

—¿Qué te parece? ¿Crees que falta o sobra algo?—preguntó éste al terminar la lectura de los anteriores documentos.

—Nada: están perfectamente.

—Pues entonces, Len, que se vuelve esta tarde a Lasga, llevará a la mano ambas comunicaciones, que no quiero fiar al correo, pues deseo haga con el presidente del pleno gestiones que no son para tratadas por escrito.

VI

LOS ANTEOJOS DE LEN

Pi Len, a quien los lectores de la primera parte de esta historia conocen ya como leal y entusiasta amigo de Aol, como hombre de acción y hasta como travieso y decidido agitador de las masas populares, era, en cuanto emprendía, apasionado e impulsivo, rápido en adoptar resoluciones que, en opinión de algunos, solían pecar de impensadas y no ser siempre sólidas ni duraderas; pues, según había dicho Aol a Sara, nacían con frecuencia de originalidad, a menudo rayana en paradójica y hasta extravagante, arrastrándolo a hacer cosas insólitas que a todos sorprendían y en las cuales, sólo por serlo, hallaba él singular atractivo. Era, en suma, un espíritu inquieto, novelesco, más todavía, novelero, inconstante en empeños acometidos de primer impulso con calor y pasión tanto mayores cuanto más discrepantes de los fines vulgares por que suele moverse el común de las gentes.

Después que Aol rehusó el Poder, cuyo

asalto por medio de una revolución popular le había propuesto Len, dándole ya hecha ésta y sin que aquél tuviera sino alargar la mano para coger el fruto de ella, no se avino el inquieto muchacho a desistir de trabajar en el encumbramiento del bienhechor de Sara, propósito que si es verdad nacía, en parte, de su gran cariño a Aol, tenía más honda y más noble raigambre en el respeto y estimación a sus grandes cualidades para labrar el bienestar y promover el progreso de la nación que rigiera.

Era, pues, alta y patriótica la empresa, cuyos obstáculos mayores procedían de no prestarse Aol a hacer personal campaña, por los escrúpulos de que nos ha enterado su última conversación con Sara.

En la temporada, ya de muchos meses, de destierro en Kanka habían sido incontables los viajes de ida y vuelta de Len a Lasga, donde tenía su residencia, sus negocios y sus fábricas, e incontables las semanas, y aun quincenas, pasadas en com-

pañía de Aol y Sara, sobre todo desde que con entusiasmo se brindó a ayudar al primero en la tarea de enseñar el puk a la segunda; pues desde entonces sólo de largo en largo hacía alguna que otra escapada de pocos días a la capital, cuando a ello era requerido por urgentes llamadas de sus empleados, casi por completo huérfanos de la dirección del jefe.

Al quedar terminada la instrucción de la discípula fueron más breves las estancias de Len en Kanka; pero, en cambio, mucho más menudeadas y cada día más, sin que apareciera clara la causa de ellas, pues no habiendo un kankano que no idolatrara a Aol, no había que hacer a favor de éste, entre ellos, la propaganda política que parecía ser causa de aquel constante ir y venir de Len entre las dos ciudades; mas como a nadie, ni aun a él mismo, pudo ocurrírsele en mucho tiempo cuál fuera la verdadera, nadie pensó sino en aquélla: atribuyendo a la intranquilidad de su carácter que perdiera muchas horas en viajes, y días y días en Kanka, para decir o preguntar cosas que por telégrafo y hasta por correo le habrían podido contestar.

¿La verdadera causa?... Como en casi todas las cosas de la vida, no era una, sino varias, escalonadas y sucesivamente transformadas.

A su llegada, con Aol y Sara, a las minas, deseó Len, en primer término, dar externas pruebas de su amistad al proscrito, haciéndole compañía en el destierro; uniéndose luego a esto interés en el drama, terriblemente conmovedor, de Sara, cuya vida, primero, y cuyo restablecimiento, luego, inspiraban temores a todos sus amigos. Pasados estos riesgos, el interés se transformó, haciéndose análogo al que Aol se tomaba por aquella desdichada, y acrecentándose en cuanto con éste y Ko compartió Len la tarea de instruirla en el idioma, y fué, como ellos, apreciando el talento y maravillándose de los progresos, que los apasionaban, de la discípula; pero exteriorizándolo más que nadie por la vehemencia propia de su carácter.

Más adelante, cuando ya Sara pudo mantener corriente conversación y trato con los venusianos, subyugó a Len, cual subyugaba a todos, el atractivo de la vasta cultura, realizada por el fresco ingenio de la hija de la Tierra: tanto más fresco para ellos, porque, siendo de raza diferente, pensaba Sara de diferente modo del usual en los nacidos en Venus, dando esto a sus relatos, a sus observaciones y a sus ocurrencias sabor de sutileza y originalidad tan

grandes, que los deleitaba en términos de aguardar como la hora de una fiesta la del diario palique con ella, bien en el patio o en la azotea. Y como la originalidad y aun la extravagancia eran precisamente el flaco de Len, hallaba él en tales charlas todavía más encantos que ninguno de sus amigos, al extremo de que cuando estaba en Lasga echaba tan de menos las tertulias de Kanka que sólo pocos días podía resistir la tentación de tomar el tornóspiro, a lo cual le impulsaba además el deseo, no solamente de escuchar a Sara y de gozar el recreo espiritual de su conversación, sino afán, increíble en quien no fuera el estrambótico Len, de *verla*; ansia absurda de recrearse en la contemplación del monstruoso rostro de la hija de la Tierra.

¡Monstruoso!... Sí, monstruoso para los venusianos que, naturalmente, tienen de la belleza concepto muy diferente del que en el mundo de Sara le había otorgado los consabidos premios de belleza en su tierra obtenidos: tan monstruoso, para ellos, cual a ella le parecían los de sus amigos: es decir, le habían parecido cuando los vió por vez primera, y en los primeros tiempos de su residencia en Venus; pues al cabo de más de un año de no ver caras de la Tierra, si no hallaba todavía guapo a Len, a quien por guapo se rifaban las muchachas casaderas y más aún las viudas jóvenes de Lasga, no sólo no le parecía ya monstruoso, mas ni siquiera indudablemente feo, en lo cual claro es que influye mucho la costumbre de verlo y no poco el cariño nacido de gratitud a sus bondadosos profesores.

A través del proceso evolutivo de las impresiones y sentimientos a que acaba de hacerse referencia, había llegado Len, hay que decirlo de una vez, a enamorarse de su amiga: a lo menos así lo creía él, no queriendo creerlo ni Aol, ni Ko, ni Rag, ya percatados de la *nueva ventolera* del voluble y extravagante mozo, fascinado (son ellos quienes hablan) por la estupenda novedad, para su carácter seductora, de amar y ser amado por una criatura excepcional caída de los cielos, nacida de una estrella, no fabricada con el térreo barro del mundo venusiano, cual las vulgares mujeres que hasta entonces había amado, sino con celeste barro, que al ser celeste ya no podía ser barro, sino algo mucho más sublime.

En esto pensaba Aol cuando le alarmó Sara hablando de la preocupación de Len, tranquilizándole el oír a aquélla atribuirle a las maniobras políticas relativas a la futura elección de podestá.

Las razones de aquella alarma se exte-

riorizaron en una conversación mantenida con Ko y con Rag a poco de terminada la que tuvo con Sara sobre el proyectado viaje a Lasga, al salir de la cual hizo avisar al médico que fuera al despacho de Rag, donde Aol se encaminaba, y en donde a poco fué comentado el caso del siguiente modo:

—Te he mandado llamar aquí y no a mi despacho, porque deseo hablar sin riesgo de que Len nos interrumpa—dijo Aol al entrar y ver que Ko ya estaba allí.

—¡Ah! Se trata, por lo visto, del enamorado de la Hija del Cielo.

—Sí; y aun cuando hables en broma, creo que con esa frase has llegado al fondo del asunto, pues en ella se encierra, a juicio mío, toda la explicación de cómo una cabeza loca ha puesto fuego a un corazón de pólvora.

—Me parece lo mismo—dijo Rag—; su prurito por lo extraordinario y lo fantástico son la causa de todo. Pero creo, Aol, que te preocupas demasiado, pues a ése se le pasan las bascas tan pronto como le entran.

—No es mi preocupación por él, aunque bien sabe Dios cuánto lo quiero, pues quien me preocupa ahora es ella. Precisamente por creer que a ese tarabana le pasará pronto el enamoramiento, que todavía ignoro si es siquiera posible entre criaturas de diferente especie, es mayor mi alarma; porque cuando a él se le vaya, cual le ha entrado, de sobra encontrará mujeres en donde colocarlo; pero si con sus imprudencias llegara a despertar iguales sentimientos en el alma de la pobre Sara, ¿qué sería de ella cuando él bajara de las nubes a buscar en la Tierra una verdadera mujer, adecuada para ser su compañera... La locura de hoy será para él mañana el poético recuerdo de un ensueño de su fantasía; para ella acaso sea continuo torcedor de su vida.

—En ese aspecto, que yo no había visto, tienes razón—contestó el ingeniero.

—Y tanto más la tiene cuanto que la imprudencia de que Aol hablaba hace un momento, temo la cometa Len cuando menos pensemos. Hace días recelaba yo esto, pero desde ayer...

—¿Qué? ¿Tienes algún motivo para creer que pronto piense hablar a Sara?

—Respecto al cuándo nada puedo decir; pero la consulta que ayer fué a hacerme hace sospecharlo; pues descartado, con la contestación, que no pude menos de darle, el mayor obstáculo para la realización de sus deseos, no es probable que hombre tan impulsivo vaya a dormirse en las pajas.

—¿Una consulta? ¿Qué te ha consultado?

—Pues nada menos que mi opinión médica sobre la viabilidad del matrimonio de los hombres de Venus con las mujeres de la Tierra. Y como yo no tuve más remedio que decirle lo que realmente creo como médico...

—¡Zambomba!—exclamó Rag—. Y lo que piensas es...

—Que las diferencias entre nuestras razas, meramente de formas externas, no son, en mi entender, de índole que hagan imposibles esos matrimonios.

—¿Lo veis?... Es lo que yo temía de ese cohete: por eso mi primera impresión cuando él manifestó deseo de acompañaros a Lasga fué negarme a ello; pero no lo hice por pensar que a hombres de su carácter los exacerban los obstáculos. Entonces se me ocurrió sugerir a Sara que fuera ella quien rehusara su compañía; pero me abstuve de ello, temiendo abrirle los ojos, cuando lo que deseo es mantenerla en la ignorancia... ¿Hablarle a él? ¿Tratar de hacerle ver...

—Tiempo perdido; mientras el entusiasmo no se le pase solo...

—Por eso he desistido; y no me queda otro recurso, poco eficaz tal vez, pero el único, que ponerle centinelas de vista durante el viaje y la estancia allí... Su empeño en acompañarla me hace sospechar que proyecta soltarle el escopetazo en el camino o en Lasga.

—Sí, como coronamiento de la apoteosis del triunfo que allá preparamos a Sara—dijo Ko.

—Pudiera ser—contestó Rag—: la fantasía de ese chico ha de encontrar muy propio tan romántico momento para decir: "Yo te amo, celeste criatura".

—Dejáis de bromas; la cosa no es de juego, y volvamos a lo práctico. Cuantos más vayáis en el viaje, menos fácil le ha de ser abordarla a solas, y por ello he pensado en que tú también seas de la partida.

—Con mil amores—dijo Ko, a quien se dirigían las anteriores palabras—. Aparte el gusto de oír a Sara explicarse ante los académicos, me hará muchísima gracia ver la cara de Nul y las de sus colegas los insignes zoólogos, cuando oigan a la orangutana.

—Pues hecho. Mas para que parezca cosa tuya, díselo tú mismo a ella.

Dos días después dijo Ko a Aol que tan enalabrinado estaba Len, y tan poco debía de haberlo disimulado, que aun cuando todavía no fueran sus entusiasmos del dominio público, ya se había percatado de ellos

alguien además de Aol y sus amigos; pues como las mujeres son siempre las primeras en ver estas cosas, más si con ellas andan enredadas rivalidades femeniles, quien ya había visto claro lo que a Len le pasaba era la hija menor del Alcalde de Kanka, perdidamente enamorada del buen mozo, que con ella había mariposeado en tiempos, y ya no la miraba.

¿Cómo podía habersele ocurrido a aquella preciosa criatura la absurda idea de que una *mona repugnante* (frase de la agraviada señorita) le quitara el novio? ¿Cómo en su orgullo de venusiana guapa, y aristocrática, y rica, podía admitir, ni menos confesar, rivalidad tan deprimente para ella?

Estas preguntas deben contestarse en orden inverso al de su enunciación, diciendo, con respecto a la segunda, que ni aunque la mataran confesaría a nadie la bella, la elegante, la opulenta Lai (el nombre de la damita) que ella pudiera rebajarse al extremo de admitir tal competencia, ni dejar traslucir sus recelos sobre la inconcebible veleidad de su ex pretendiente, ni confesar siquiera que jamás hubiera ella puesto los ojos en hombre capaz de semejante indignidad: nada decía, por tanto, del inconcebible enamoramiento, ni nunca hablaba al mismo tiempo de Sara y Len, ni ostensiblemente establecía la menor relación entre ellos.

Por ello, nadie que no tuviera antecedentes del asunto podía sospechar lo que Lai no decía. Mas para Ko, perfectamente al tanto del *arrechucho de Len*, de su escaso disimulo y de los pasados coqueteos con la ahora olvidada alcaldesita, no pasó inadvertida, al oírla, la acritud extremada con que habló de Mistress Sam en una tertulia donde giraba la conversación en torno del proyectado viaje a Lasga, del objeto de él y de lo que los kankanos decían y exageraban sobre el talento de la pupila que a Aol le habían enviado de Isia; pues esta era la comidilla de toda la ciudad, por haber dicho Len el objeto de su rápido viaje, y hasta el contenido de las cartas de Aol, de que era portador.

Entonces, cuando ya no se hallaba en ninguna parte un *nullista* por un ojo de la cara, y menos que en parte alguna en Kanka, se le ocurría a Lai declararse *nullista* furibunda, llamando chiflado a Aol, estúpido, trasto y majadero a Len, y *mona repugnante* a la pobre hija de Isia: todo ello adoptando actitudes de desdén olímpico.

Ya contestada la segunda de las preguntas relativas a Lai, pensaba Ko, y lo comunicaba a Aol, ¡cuán grandes no habrían sido

las exterioridades e imprudencias de Len, cuántos y qué transparentes sus indiscretos entusiasmos; qué cambio no habría visto Lai, simultaneado con tales entusiasmos, en la conducta respecto a ella de su voluble ex adorador, para que su orgullo de belleza indiscutible descendiera a confesarse, aun cuando a nadie se lo confesara, que la quitaba el novio la que ella no llamaría nunca sino orangutana!

Cuando Ko refería esto, comentando las exageradas, mas explicables, malevolencias de la desdénada, se molestó bastante Aol al oír lo de *mona repugnante*; pues sobre ser muy grande su cariño a Sara, a quien miraba casi como a hija, cosa muy lógica, siendo obra suya la Sara venusiana, no era menor el entusiasmo que le inspiraba la excepcional inteligencia de ésta; y tanto le indignó el calificativo, que al oírlo no pudo reprimir un "Si a lo hondo miramos, más mona es ella. Esas muñecas bonitas creen que en el mundo no hay nada hermoso como no esté vestido de corporal belleza".

Esta frase puso sobre el tapete la fealdad de Sara, y lo extraño de que un buen mozo tan festejado por las damas como Len, y de su buen gusto, acreditado con numerosa colección de ex novias guapas, hubiera ido a enamorarse de la pobre desterrada de la Tierra, por muy hija del cielo que su fantasía se la pintara.

De que en Venus era fea Sara, no había duda; pero no tan horrorosa como al conocerla les había parecido a Ko y a Aol... Además, de verla simplemente a verla cuando hablaba, había gran diferencia, pues en sus ojos, en aquellos ojos enterrados en los agujeros de la cara, que un día había llamado horribles Ko, veían ahora éste y Aol viveza, intensidad, luz de inteligencia nunca vistas en los de ninguna venusiana; su boca hacía a veces gestos (se referían a la sonrisa) que por todo el rostro esparecían gracia especial, no comparable a nada semejante en los rostros a que estaban habituados: una expresión de espiritual diaphanidad del semblante y un atractivo tan irresistible que mientras duraba la sonrisa hacía olvidar la ridícula trompa de encima de la boca, la decoloración del cutis, la frente única: imperfecciones todavía más olvidadas al resonar en los oídos la modulación argentina de su voz armoniosa. ¡Lástima que al callar la voz y extinguirse la sonrisa volvieran a ser vistos tales defectos!, aun cuando ya no produjeran el deplorable efecto de hacer un año, ni aun de meses atrás; pues indudablemente entre el cariño a la discípula y el constante trato con ella, cada

día veían sus amigos más atenuada su fealdad.

—¿Y quién sabe?—decía Aol, que era filósofo y hombre de amplio criterio, no juzgado por ideas preconcebidas—, ¿quién sabe si en esta adaptación de nuestros ojos al físico de Sara hay algo más que costumbre, cariño e influjo en nosotros ejercido por la inteligencia y la efusión del agradecimiento que nos tiene?

—¿Algo más? ¿Qué?

—La cosa es un poco sutil; pero, dime, Ko, ¿qué opinas tú que pensarían los Isianos hermanos de Sara de la belleza de la preciosa Lai si ésta cayera en aquel mundo? ¿Crees que la encontrarían tan bonita como a nosotros nos parece?

—¡Hombre!, la pregunta es, efectivamente, un poco peliaguda... Pero reflexionando bien, se me figura, y no es ofensa a esa preciosa niña, que no sería imposible fuera también tomada allí por mona, ni me extrañaría que cualquier Nul de Isia... ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! Si te oyerá...

—¡Me mataba!... ¡Ja, ja, ja! Pero no es broma; para mí es claro que, acostumbradas aquellas gentes a la contemplación de un tipo humano cortado por el patrón de Sara, los diversos grados de belleza física deben allí ser resultado de leves variaciones de forma y disposición mutua de las facciones fundamentales en tal tipo; que mayores discrepancias producirán la fealdad tolerable, mientras no alcancen a desnaturalizar esencialmente esas formas; pues de llegar a esto, dando lugar a rostros por el estilo de los nuestros, nunca vistos por aquellos isianos, lo feo pasará a ser monstruoso en Isia: como monstruosa nos parecía a nosotros Sara al conocerla, y aun durante mucho tiempo.

—Veo que somos de la misma opinión... Y lo mismo que ella nos pareció al principio espantosa, muy fea después, menos fea luego, y ahora, sin dejar aún de parecernoslo, llegamos a encontrarla atractivos que, aunque fugaces, nos hacen olvidarnos a ratos de

su fealdad, hemos de suponer que también a Sara debimos nosotros parecerle monstruosos; que aquella repulsión habrá evolucionado cual la nuestra, y que acaso a estas horas encuentre ella hermoso a Len.

—Voy más allá que tú: la evolución en el gusto de Sara lógicamente ha de haber sido más rápida que la nuestra, y creo que nosotros debemos parecerle, no diré más guapos, pero sí menos feos de lo que ella nos lo parece.

—Ya te comprendo, Ko, veo por dónde vas, y encuentro tu creencia bien fundada, pues al mirarnos unos a otros tenemos siempre a la vista el tipo de la raza venusiana, es decir, el modelo de que Sara se aparta; en tanto ella ha dejado de ver hace ya mucho tiempo el tipo de la suya: nosotros vemos una Sara entre innumerables venusianos; ella sólo ve venusianos: sus ojos han de estar más habituados a nuestras caras que los nuestros a la suya.

—Eo, eso pensaba yo.

—Y eso precisamente me hace temer que pueda enamorarse de Len, de cuya solidez de sentimientos no me fio, cuando, pasada la autosugestión del romántico idilio con la hija del cielo, le ocurra compararla con otra u otras Laís de Venus, a cuyos encantos terrenales sabemos bien es muy sensible.

—Tienes razón, Aol; porque nuestras teorías de una belleza superior a estas bellezas convencionales de Venus o de Isia, y de nuestra eventual posibilidad de llegar a apreciarla, son muy verdad en la filosofía, con arreglo a la cual muy bien pudiera Sara ser más hermosa que Lai, más que la más hermosa mujer de nuestra raza; pero aquí es indudable que para todos es Lai muy guapa y Sara fea.

Len mira ahora a nuestra amiga a través del cristal de aquellas filosofías, y aun tal vez de otras todavía menos reales, mas dudo mucho que, siendo Len quien es, no se le caigan los anteojos al primer manotón que le dé en ellos una buena moza venusiana.

VII

EL TRIUNFO

Ya tenemos de nuevo a Sara en Lasga, acompañada de sus tres amigos, mientras Aol se queda de mala gana en la ciudad de su destierro.

No parece oportuno detenerse a relatar

puntualmente las científicas solemnidades, cortadas por un mismo patrón en todas partes, y demasiado sosas para quienes no son sabios, en que fué principal actriz la desterrada de la Tierra, bastando decir que, con

arreglo a encargo personalmente dado por Aol a Len para que procurara se fijaran las fechas de las presentaciones a las tres Academias, de modo que la última fuera la correspondiente a la de Zoología, quedó satisfecho tal deseo, cuya razón era que al comparecer Sara ante ésta, estuviera ya prejuzgado su triunfo por anteriores e indubitados éxitos obtenidos en las otras: no por que hubiera duda de que, aun sin eso, pulverizara los alegatos fisiológicos de Nul, sino para evitar que él y sus colegas insistieran en la indecorosa pretensión de someter a la conferenciante al consabido reconocimiento zoológico que, después de haber ya ella acreditado previamente en las otras Academias, su entendimiento de criatura racional, podría rechazarse por absolutamente innecesario.

De las tres conferencias, celeberrimas en los fastos de la ciencia venusiana, fué la primera la pronunciada sobre radiotelegrafía hertziana, en la Sección de Ciencias Físicas, constituyendo resonante éxito, y convenciendo a todos los oyentes de la sabiduría de la disertante. La segunda, dada en la Sección de Astrofísica, versó sobre las más salientes diferencias geológicas, astronómicas y geofísicas entre la Tierra y Venus, hábilmente elegidas e ingeniosamente contrastadas del modo que más pudiera impresionar, con sensacionales y maravillosos exotismos, a los venusianos, y salpicadas con curiosísimas noticias de la fauna y la flora, de los adelantos de las terrestres ciencias, del desenvolvimiento, a grandes rasgos, de las sociedades isianas a través de la historia, y de las costumbres, virtudes y defectos de los hombres y mujeres de la Tierra: parte esta última donde lució, además del profundo saber de la sabia, el vivo ingenio y el sutil gracejo de la amena narradora, captándole concepto, no solamente de erudita y sesuda hembra de ciencia, sino de culta crítica y grácil literata.

Ha de advertirse que sus amigos tuvieron buen cuidado de pasar invitación a todos los zoólogos firmantes del famoso fallo para que fueran enterándose de qué puntos calzaba la pobrecita orangutana, mientras llegaba el día en que desarrollara ante ellos el tema valientemente elegido para su conferencia: y tan valientemente, pues yéndose a lo hondo de la añeja y vidriosa polémica, le había dado por título y motivo el siguiente: "Las razas humanas y cuadrumanas de los planetas Venus e Isia".

Llegado el día de exponerlo, lo desenvolvió en forma irrefutable y contundente, haciendo polvo a Nul: poniendo en solfa sus

argumentos sobre la tráquea y el esófago, y evidenciando cuán absurdo y ridículo había sido el diagnóstico infamante que, declarándola peligrosa a la salud pública, la puso en riesgo de ser inhumanamente sacrificada, a no haber impedido el pueblo a los matarifes cumplir el bárbaro decreto que con vituperable ligereza fundó el Gobierno en aquella tifa contagiosa y progresiva soñada por un médico indocto, aun cuando fuera *ilustre naturalista*: tan ilustre que en su ignorancia zoológica no sabía distinguir las mujeres de las monas y encerraba a la conferenciante con seis feroces orangutanes, a cuyas manos habría muerto a faltarle el valor que demostró, dándoles muerte, por su propia mano, en espantosa lucha.

Con el anterior golpe de maza terminó la conferencia, que acabó para siempre con el crédito de Nul, quien, por verlo clarísimo, pidió en el mismo instante la palabra, no para impugnar la evidencia, sino para rogar al presidente le aceptara la dimisión de su plaza de académico, a lo cual se opusieron a gritos todos sus colegas, por entender improcedente en aquel caso la baja por renuncia voluntaria; pues la apasionada e ignorante temeridad de quien, como Nul, había puesto a la docta corporación en evidencia con el insostenible fallo sobre ponencia suya dado, merecía el duro y público castigo de expulsión fulminante, que inmediatamente fué acordada por voto unánime de los presentes.

Pero aun hubo más, pues en justo desagravio y a propuesta de Rag, incontinenti fué Sara aclamada académica zóologa en la vacante de Nul.

Por supuesto, del inmundo reconocimiento fisiológico nadie habló palabra. ¿A qué, si brillaba clarísimamente la humana inteligencia de Sara? Y aun este calincativo le parecía poco a Len, pues al oírlo exclamó: "Humana no, extrahumana; inteligencia no, celeste superinteligencia: exteriorizando así su ferviente entusiasmo por la flamante académica.

Ni las desventuras del pobre profesor ni los éxitos de su víctima de pasados tiempos pararon en lo dicho, pues el primero vió su *pensionato* asaltado por el populacho, que destrozó jaulas y no dejó ni un mono vivo, ejecutándolos a todos, como cómplices de su director en la frustrada tentativa de asesinato de la *Hija del Cielo*; pues ya llamaba así la plebe a Sara. Y después de haber visto todos estos desmanes recibió el malaventurado ex sabio la gran paliza de los asaltantes.

En cuanto a Sara, tales aclamaciones populares dan la medida de su triunfo, siendo prueba además, en opinión de Rag y Ko, de que Len (maestro en conmociones callejeras) era el motor de los tumultos y de las ovaciones tributadas a la *Hija del Cielo* al salir de cada una de las tres Academias: todo lo cual constituía evidentes indicios de que en lo cierto estaban Aol y ellos cuando en Kanka atribuían a un romántico deslumbramiento la amorosa ventolera de su amigo.

En suma: el éxito y los triunfos de Sara eran definitivos y despampanantes; pues si Len se encargaba de jalear en loor de ella el aura popular, Ko y Rag no se dormían, invitando a la Academia de Ciencias Físicas a la inauguración de la estación radiotelegráfica, aconsejando a Sara que regalara a la de Astrofísica un planisferio de la Tierra (para ellos de Isia) y un mapa de Is (la Luna) en cuarto creciente: tesoros inestimables para aquellos sabios.

No contentos con esto, en gestiones confidenciales por ambos hechas con los más influyentes sabios, explotaron la circunstancia de pertenecer su amiga a la Academia de Boston, su calidad de *embajadora científica* de un planeta hermano, y su reciente admisión en la de Zoología de Lasga, para alcanzar que las Secciones de Ciencias Físicas y de Astronomía la recibieran como aquella en su seno ¡La orangutana de un año antes era miembro de tres academias!

Para que la justicia resplandeciera por completo no faltaba sino obtener de los tribunales el sobreseimiento de las causas incoadas contra Aol por denuncias de Nul y la ultimación del expediente de concesión de residencia en Lasga a Sara; mas como los amigos de una y otro no perdían tiempo, y la Prensa, bien movida por ellos, apremiaba a las autoridades y a los jueces, pocos días después fué concedida a Ri Sara Sam, no la residencia, sino la ciudadanía, sobreseídas a favor de Aol las mencionadas causas, con todos los pronunciamientos favorables y devolución de cuantiosas fianzas, y revocados, bien a regañadientes del poderstá y los ministros, los decretos dictados contra él.

Pero si unos procesos se acababan, comenzaba otro contra Nul y dos desconocidos hombres negros, por alevosa narcotización, con imprudencia temeraria ocasionada a producir envenenamiento, de 127 personas en el Palacio Aol, rapto de Sara y tentativa de asesinato de ella en el *pensionato*, no alegrándose las agravantes de nocturnidad y

fractura en la narcotización y en el rapto por no haber noche en Lasga y por estar abiertas siempre allí las puertas. El proceso comenzaba en virtud de denuncia que firmaban Ko y los demás narcotizados, como víctimas, y Len y el Comisario como testigos presenciales.

De cuantos hechos se acababan de referir sucintamente era Aol informado por telégrafo y correo según se sucedían: siendo transmitidas las noticias de los últimos por la estación de radiotelegrafía oscilatoria montada por Sara en la capital, donde todo el mundo se empeñaba en que era la inventora, y la cual funcionó desde el primer momento (claro que la estación, no la inventora) admirablemente.

Por cierto que recién cruzados entre los alcaldes de Lasga y Kanka, sin el menor tropiezo, los primeros radiogramas de prueba, Sara y sus compañeros de expedición saludaron afectuosamente a Aol; y después de corresponder éste muy efusivamente a tal saludo, dijo, dirigiéndose a ella: "Hija mía: di de mi parte a Rag que ha llegado el momento de cumplir el encargo del Consejo".

Transmitido el recado, el ingeniero echó mano al bolsillo, sacando de él un oficio que entregó a Sara, diciendo: "De parte del Consejo de la Compañía General Venusiana de Tele-Oscilografía". Este era el nombre de la empresa constituida para extender al planeta entero el sistema radiotelegráfico, que no estoy cierto si era Marconi o Telefunken o Slabi-Arco.

Sorprendidísima lo abrió Sara, y al recorrerlo con la vista palideció primero, enrojeció en seguida y al fin brilló en su rostro júbilo nacido de satisfacción de sí misma, en verdad muy legítima.

He aquí el contexto del oficio:

"A Mistress Sara Sam.

"Tengo la satisfacción de comunicarte que, por acuerdo unánime del Consejo de Gerencia de la Compañía Venusiana de Tele-Oscilografía, has sido nombrada ingeniero director técnico de dicha Compañía, con el sueldo de 10.000 *pos* por *mogo* y 3 por 100 de participación en los beneficios industriales de ella.—El presidente, Aol."

La pobre desterrada en Venus no era ya la desvalida pupila a cuyas necesidades hubiera de atender su bienhechor, pues tenía independiente y honrosa posición *ganada con su propio trabajo*: siendo esto lo más lisonjero y enorgullecido, sin que ello aminorara su grandísimo agradecimiento a Aol por haber pensado en el nombramiento y haberlo realizado con la delicadeza, co-

mo suya exquisita, de aparentar que el beneficio no procedía de él: tanto, que al darle ella inmediatas y efusivas gracias por el *telescilófono*, pues la estación era también telefónica, contestó: "Nada tienes que agradecerme a mí, hija mía, sino al Consejo, que además no hace sino rendir justicia a tus probados méritos y valiosos servicios".

En cuanto a la remuneración, resultaba que convirtiendo los *pos* y los *mogos* en moneda y tiempo nuestros, equivalía a 113.000 pesetas anuales. Al año y medio de llegar a Venus era una posición sumamente bonita la ganada por la infeliz abandonada.

Ya se ha dicho que durante la estancia de Sara y sus amigos en Lasga no se interrumpió la comunicación entre esta ciudad y el destierro de Aol, para tener a éste al corriente de las bienandanzas de su protegida, cual pedían el deseo y la impaciencia de él; pero entre estas comunicaciones tuvieron especial importancia dos telegramas cifrados puestos a Kanka, por Rag y Ko, el quinto día uno y el sexto el otro, de su estancia en la capital.

Decía el primero: "Actitud Len variada: hasta ahora parecía buscarnos vueltas hablar ella. Desde ayer no parece preocupado tal propósito ni sentir impaciencia anterior por deseo no alcanzado. Ella, mucho menos locuaz: días pasados alegría triunfos desbordábase ojos y charla; hoy parece olvidar los preocupaciones nuevas. Nos parece imposible haya tenido ocasión Len hablar; pero relacionando cambios ambos lo tememos. Continuaremos observando y avisándote."

El telegrama del siguiente día decía:

"Temores crecen. Miradas Len Sara indican creencia ser sin palabras comprendido cosa hablada, o espera respuesta pretensiones creemos ya formuladas. Aspecto confiado de hombre acostumbrado mujeres no aguarden para decir quiero, sino oírle envido. Ella, más pensativa ayer. Su alegría días anteriores sólo se muestra fugaz cual esperanza súbitamente apagada por temores. Frecuentes distracciones, cual si viviera otro mundo. Para nosotros muy expresivos aspectos él y ella. Lástima no estés aquí: tú, la conoces más a fondo, verías más claro, y tu ascendiente te permitiría

plantear cuestión franqueza no nos atrevemos nosotros, a menos tú lo ordenes salir de dudas."

A este telegrama contestó Aol con otro, igualmente cifrado, concebido en estos términos:

"Efectivamente, alarmantes síntomas. Absteneos preguntas e intervención directa. De haber novedad, telegrafiad."

Seis horas después recibieron el médico y el ingeniero otro de la misma procedencia.

"Reitero conveniencia evitar contagio, dificultando comunicación a solas."

Cuatro más tarde llegaba un tercero.

"Rectifico: de haber contagio ya se habrá producido. Preferible ver claro. En vez de dificultar dejad libertad comunicación."

—Es raro—decía Ko al leer este último despacho—; es muy raro en Aol.

—¿El qué?—preguntó Rag.

—Estos continuos cambios de criterio, impropios de su carácter.

—Tienes razón; pero para mí la causa es clara: piensa que no siendo ella ninguna niña, tiene derecho e inteligencia para gobernarse por sí; que está enterada de que Len es muy bueno, pero un cabeza de chorlito; y pensando esto no quiere Aol asumir la responsabilidad moral de una intervención que podría indisponerle con un amigo tan querido como Len si éste llegara a recelar oposición de quien no tiene en realidad derecho para dictar criterio a Sara.

—Tienes razón: eso lo explica todo.

Después de esto se fueron los dos amigos a buscar a Sara para acompañarla a la inauguración de la estación oscilográfica.

Dos horas después de terminada aquella solemnidad partía para Kanka este último telegrama:

"Ya no hay duda: al volver inauguración estación me ha hecho ella indirecta, pero clara consulta igual hecha Len hace una semana sobre posibilidad matrimonios razas Venus e Isla.—Ko."

Al siguiente día, después de la inscripción de Mistress Sam en el Registro de Ciudadanos de Lasga, única cosa que en esta ciudad la retenía, partió para Kanka con sus tres acompañantes.

VIII

UN CONCIERTO FOTOFÓNICO EN LASGA

En los intervalos que durante los siete días de su permanencia en Lasga la dejaban libre las conferencias y los trabajos de montajes telegráficos no paraba Sara de andar de fiesta en fiesta, que sería largo describir; pero como entre ellas le llamó extraordinariamente la atención un concierto, no meramente musical, cual los usuales de la Tierra, sino *lumimusal*, o si parece más eufónico, *fonolumínico*, vale la pena de hacer con él una excepción y dedicarle algunos párrafos, por ser esparcimiento artístico completamente nuevo para ella y nosotros.

Es notorio que sonido, calor, luz, son fenómenos naturales que, aun pareciendo (más todavía, siendo) sumamente heterogéneos, son, los tres, en esencia, MOVIMIENTO: movimiento de agentes diferentes o de un mismo agente a diversas velocidades: que para percibir sonidos, calor o luz necesitan nuestros sentidos *que algo se mueva* dentro del alcance de sus percepciones (1). Para que tales movimientos sean o, hablando con mayor propiedad, engendren o transmitan sonidos, calor o luz, han de ser acompañados, rítmicos, recibiendo nombre de vibraciones, por producirse en forma de *vaivén*, u *oscilatoria*, en la cual cada movimiento total es llamado *onda*, *oscilación* o *vibración*.

La diferencia esencial estriba en la naturaleza de los agentes que respectivamente vibran en el sonido, en el calor y en la luz: en el primero vibra, quiero decir se mueve

(1) Adviértase que lo que nosotros percibimos en el calor son las diferencias entre las vibraciones caloríficas propias y las ambientales por que todos los cuerpos existentes en el mundo vibran sin cesar caloríficamente, aun cuando nos parezcan fríos; pues el completo reposo vibratorio, que produce el *frío absoluto*, o total carencia de calor, no corresponde al cero de nuestros termómetros, sino al cero absoluto de los espacios siderales. 273 grados más bajo que el cero de aquéllos marcado por la congelación del agua. Así a lo dicho sobre el calor en el párrafo a que esta nota se refiere, no ha de dársele sino sentido relativo, y *diferente* del atribuido a las vibraciones que engendran el sonido, la luz, pues los ceros absolutos del sonido y de la luz difieren del *cero absoluto calorífico* en que nos son *asequibles*: el primero se llama silencio, el segundo obscuridad, mientras que antes de poder percibir el silencio calorífico muere el hombre, y líquidos y gases se convierten en piedras.

rítmicamente *el aire*, que es el transmisor, y sin el cual nada suena aunque vibren los cuerpos sonoros engendradore del sonido; pues en el vacío el silencio es eterno: mudos el timbre que repica, el tambor que redobla y el cañón que dispara; en los fenómenos caloríficos y lumínicos los rayos de estos nombres no son sino calor y luz, radiantes, sin llegar a calor ni luz sensibles mientras no tocan cuerpos sólidos, líquidos o gaseosos, donde encienden calor y luz de variadas maneras y en diversos grados. El agente vibrante en tales rayos no es el aire, sino EL ÉTER UNIVERSAL: cosa muy diferente de los compuestos químicos llamados *éteres*.

¿Y qué es el éter universal?... (1).

Éter es el agente necesario, mecánica y

(1) He aquí una pregunta que hasta hoy no puede contestar substancialmente ningún sabio; pues es acaso la mayor incógnita de las ciencias modernas. Pero como tampoco saben éstas qué son, en *esencia*, la electricidad, la luz, el calor, ni otras muchas cosas de que a diario hablan los sabios, y muy frecuentemente quienes no lo somos; como a despecho de tal ignorancia, común a sabios y profanos, sobre la *esencia* de las cosas, unos y otros, cada uno a nuestro modo, nos formamos idea de la luz, el calor, la electricidad, etcétera; y aun nos sorprendería si alguien nos dijera que no sabemos lo que son, no debe ser obstáculo el ignorar lo que es el éter para hablar de él, como de aquello hablamos.

Éter es lo que hay donde no vemos, ni palpamos nada: lo que queda en un frasco de agua cuando sacando el agua impedimos sea en aquél reemplazada por aire u otra cosa.

Un niño dice al ver un frasco destapado y sin agua, que está vacío, que allí *no hay nada*, cuando todos sabemos que se equivoca, porque allí *hay aire*. Al ver nosotros ese frasco cerrado, después de haber extraído de él el aire, decimos *que no contiene nada*; y nos equivocamos como el niño, porque *contiene éter*: que el hombre no puede sacar ni introducir directamente en parte alguna.

Pero indirectamente sí. Por ejemplo: tengo un termómetro a cero grados en un balcón de mi gabinete, y al meterlo en la habitación, caldeada por la estufa, sube a veinte, haciéndose mayor el volumen del mercurio—sin que en el tubo haya entrado mercurio, ni aire, ni nada tangible ni visible—; porque entre los átomos del líquido metal *hay más éter que antes*; caliento una masa de hierro, y se ensancha y se estira con el aumento de temperatura, a causa de que entre las moléculas del hierro *hay más éter que antes*, el exceso del cual sale, del mercurio o del hierro, cuando vuelve a bajar la temperatura, y se contraen estos cuerpos; porque el éter se infiltra en el interior de los cuerpos más sólidos, cual pervade los líquidos y permea los gases.

científicamente necesario, para que a nosotros lleguen las luces del Sol, de las estrellas y el calor de estos astros. Y no sorprenda oír hablar de calor llegado al mundo desde las estrellas, porque si nuestros cuerpos no, la ciencia tiene medio de apreciarlo. Por lo tanto, éter es lo que llena el Universo, ocupando lo que antes se llamaba vacío sideral; el océano, sin orillas extremas, donde flotan los astros y en donde los planetas más grandes, los más inmensos soles son menudas islas: éter es el elemento indispensable para que aquí en la Tierra tengamos conciencia de la existencia de esos astros del cielo y de las formas y apariencias de las cosas de la Tierra. Más invisible, más impalpable que el aire, ha dado pruebas de la realidad de su ser misterioso: cual tantas otras cosas que en esencia nos son igualmente desconocidas, pero a cuyo vulgar conocimiento hemos llegado, como al del éter, por las manifestaciones de visibles fenómenos realizados en su seno.

Basta ya de preámbulo, que, si pesado, era necesario para hablar del concierto a que asistió Sara: o, mejor dicho, para prepararlo en forma que los terráneos podamos entenderlo.

Para ello, pulsemos el *do* más bajo del teclado de un piano: con lo cual la vibración de la cuerda herida hará resonar el aire circundante, imprimiendo a sus moléculas vaivén que las hará oscilar sesenta y cinco veces por segundo, según mediciones perfectamente aquilatadas en los gabinetes de acústica. Pulso ahora el *do* inmediatamente más alto de la segunda escala, y oscila y suena el aire con ciento treinta vaivenes por segundo: es decir, moviéndose, aun cuando mis ojos no vean movimiento, con doble número de vibraciones u ondas por segundo. El tercero y el cuarto *dos* producen respectivamente vibraciones con números cuatro y ocho veces mayores que el primero; y así hasta el octavo, que engendra 3.320 en igual tiempo de un segundo: resultando de esto el fenómeno de carácter general formulado en la ley física de que comparado cada *do* con sus inmediatos, vibra con rapidez doble que el más bajo y mitad que el más alto.

Las demás notas de sucesivas escalas guardan en cuanto a la altura o agudez del sonido igual regla que el *do* (1): es decir,

que un par de sonidos en los que el número de vibraciones del uno es doble de las del otro, comprenden entre sí el intervalo musical llamado *octava*.

Cuando el aire vibra muy despacio, el oído del hombre no percibe sonido, por ser éste demasiado grave, demasiado sordo o gordo: tolérese, por lo gráfico, este grosero modo de expresión. Cuando el sonido vibra con excesiva velocidad, la finura, la delgadez de la onda que en el aire viaja escapa también, mas por opuesta causa, a la auditiva percepción humana: que ni para los graves ni para los agudos es igual en todos los animales, ni aun en todos los hombres. El piano, con sus siete octavas, responde a la amplitud más generalizada de percepción, aunque algunos oídos finos perciben sonidos muy por bajo del primer *do* o muy por encima del último, según límites más alejados entre sí que los de las siete octavas indicadas: hasta 32.000 vibraciones en ruidos agudísimos no empleados en música.

Lo dicho es cuanto respecto a vibración da de sí el aire, al menos para nuestro objeto; pero el éter es mucho más sutil, más ágil, más flexible, pues a reserva de capacidades mayores todavía, que acaso nos revele en lo futuro, ya se sabe, por las medidas realizadas en los gabinetes y laboratorios de ciencias físicas que su *do* más bajo, o sea el más lento, vibra a razón de 50.000 oscilaciones por segundo, dando el más alto ¡tres trillones de vaivenes en igual tiempo! lo cual quiere decir que LAS OCTAVAS DEL ÉTER SON VEINTIOCHO (1), en vez de las siete musicales del aire: sólo que ninguna se oye y sólo una es asequible a la percepción de otro sentido que el del oído.

Aquel primer *do* grave del éter, con sus 50.000 vibraciones de la primera octava etérea, corresponde a la más lenta de las ondulaciones eléctricas perceptibles por los aparatos de telegrafía sin hilos en los sistemas Marconi, y el *do* rabioso de la octava 28, a las vibraciones de los rayos X o de Roetgen. Entre uno y otro extremos, hasta ahora conocidos de las oscilaciones del éter, y en la octava 16.^a de estas 28, se encuentran siete notas, que no llegan a completar octava, y a las cuales podemos llamar notas luminosas; pues impresionan nuestros ojos: sus nombres son luz roja, anaranjada, amarilla, verde, azul, indigo y violeta: siete colores, conviene fijarse en ello, *siete, cual*

(1) Las vibraciones por segundo en la escala más bajas son: *do*-65, *re*-73, *mi*-81, *fa*-86, *sol*-97, *la*-108 y *si*-127, las de la más alta, correspondientes a las mismas notas en las siguientes, se obtienen duplicando una, dos... siete veces los anteriores números.

(1) En los límites hasta hoy conocidos: primera, de 50.000 a 100.000; segunda, de 100.000 a 200.000; quinta, 800.000 a 1.600.000; sexta, 1.600.000 a 3.200.000; 16.^a, 450 a 900... 28.^a, de trillón y medio a tres trillones.

las notas luminosas: siete notas de luz que al vibrar juntas en un solo acorde dan la luz blanca en la nieve, incolora en el cristal, el agua y el aire en pequeñas cantidades.

La velocidad con que en cada uno de estos colores vibra el éter es por el orden indicado de 450, 500, 550, 600, 650, 700 y 750 billones de movimientos por segundo (1).

De su empleo combinado nacen las armonías luminicas de los paisajes, las bellezas de todo orden de la naturaleza y las de los cuadros en las artes pictóricas; pero su escaso número brinda menos recursos al pintor que el más abundante de los sonidos musicales ofrece al músico; pues la luz sólo alcanza una octava, mientras la gama acústica dispone de siete.

Pero ¿y si a la sensación estética producida por la música en los aficionados a ella se agregara la que cupiera despertar, no aplicando colores sobre un silencioso lienzo, sino encendiendo claridades de diversos matices entremezclados con los sonidos de una sinfonía, y no limitando sus colores a los de los siete elementales, sino empleando las variadísimas combinaciones resultantes de combinarlos dos a dos, tres a tres, seis a seis, para formar verdaderos acordes luminicos?...

¿Y si existieran entre la óptica y la acústica relaciones no sospechadas por nuestros unilaterales artistas de la Tierra, todavía encastillados en el atraso de un simplicismo verdaderamente primitivo? ¿Y si esas relaciones se explotaran para formar combinaciones estéticas óptico-musicales?...

¿Y si una vez descubiertas tales relaciones, entre artes que aquí marchan por diversos caminos en busca de diversos fines, y manteniéndose extrañas unas a otras, fueran utilizadas para alcanzar sublimidades de un arte sintético, cuyas manifestaciones hicieran vibrar armónica y simultáneamente los nervios y las circunvoluciones cerebrales correspondientes a oídos y ojos, de modo que trabadas las sensaciones auditiva

y visual se fundieran, en única y conjunta emoción estética, en los cerebros de los *vi-ce-o-yentes*?...

Adviértase que todo eso no sería sino un paso, atrevido tal vez, pero sólo uno más, en el camino abierto ya por las armonías wagnerianas con las polifonías de sus múltiples cantos simultáneos: uno más en el seguido ya hoy por los escenógrafos de altos vuelos artísticos, que actualmente se esfuerzan en buscar medios de enlazar más íntimamente de como hasta ahora lo han estado la presentación escénica, que es impresión visual, con las artes principales: literaria y musical, en la ópera, y musical y pantomímica en el baile, dirigidas al oído y los ojos.. Este paso ha sido dado ha tiempo en Venus.

* * *

Imagínese una vastísima cúpula, de un material liso, pulimentado y enlucido de blanco, de donde descenden ciento cuarenta estalactitas de cristal cuajado, huecas en su interior y externamente cerradas: estas estalactitas constituyen los tubos de un inmenso órgano lumínico.

Debajo se halla el piso de la sala, donde los *dilletantis* se acomodan en butacas que al comenzar el concierto dejarán caer hacia atrás los respaldos, hasta que sus ocupantes queden comodísimamente tendidos boca arriba, con la cabeza apoyada en el rollo de la aleta del respaldo, los ojos dirigidos a la cúpula y a las estalactitas que erizan la reflejante concavidad de aquélla, y la mirada abarcando la total extensión de la primera y la ocupada por las segundas: para lo cual están, la una y las otras, a gran altura sobre el suelo de la elíptica sala.

Las estalactitas tienen longitudes y grosores variables según estén destinadas a lanzar matices graves o agudos: es decir, notas luminosas lentas o rápidas.

Repartidos entre ellas, y empotrados en la bóveda, se ven semiesféricos globos de cristal, más traslúcido que el de las estalactitas, los cuales apenas sobresalen del fondo blanco de la cúpula. La anchura de ellos oscila entre diez y veinte centímetros; su número es igual al de las estalactitas. Unas y otros constituyen los elementos que, en número total de 280, integran la parte luminosa de la orquesta.

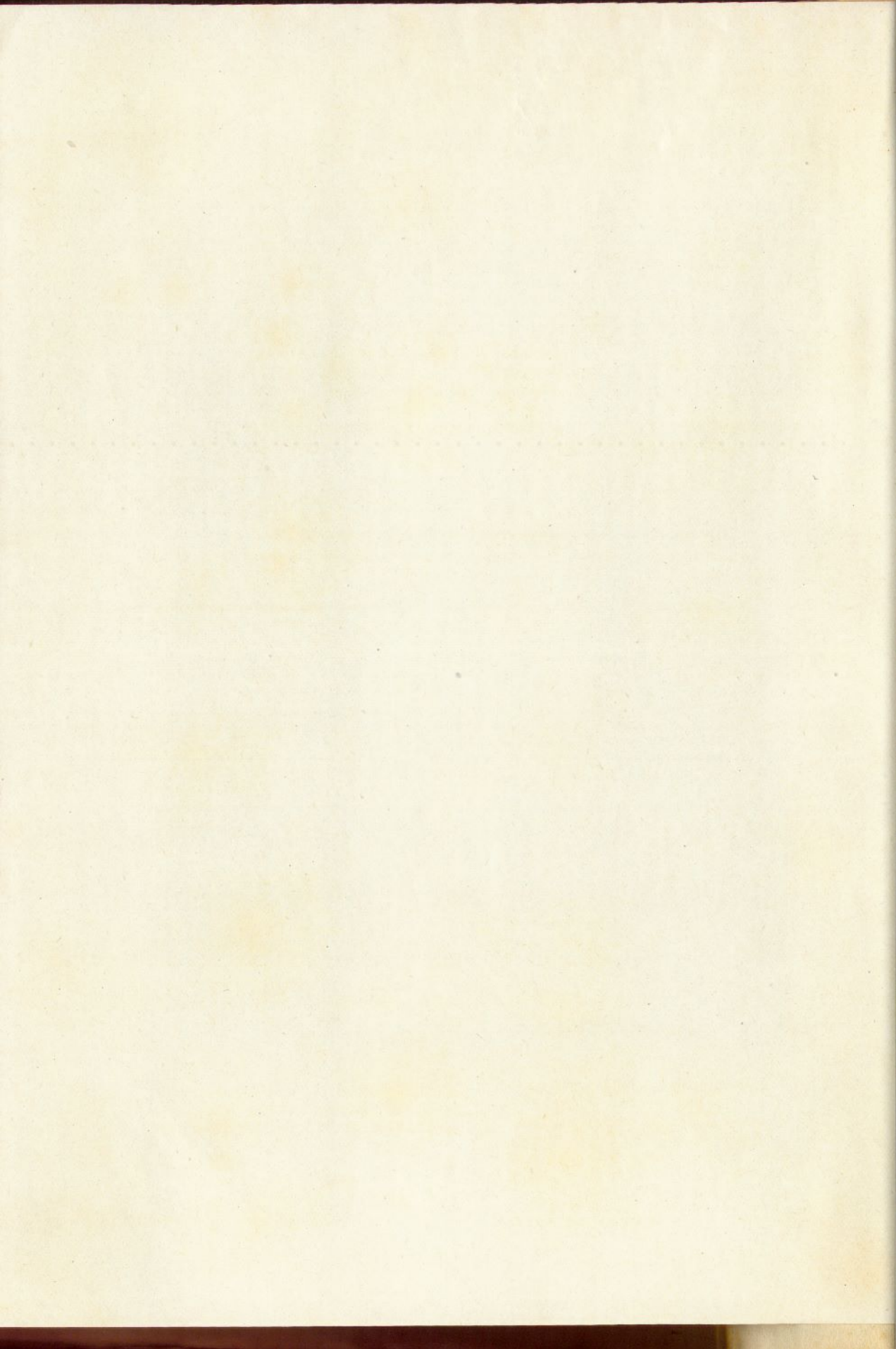
Los instrumentos, que nosotros llamaríamos musicales, pero los venusianos no, por ser para ellos tan música la luz como el sonido, están instalados debajo del piso que sostiene los sillones-lechos, con lo cual los sonidos de la *fono-orquesta* subterránea nacen en lo hondo, y suben a trabarse y fun-

(1) Para formar idea, aun cuando sea borrosa, del significado de estos números, conviene puntualizar un poco lo que es un billón, y para ello puede servir el siguiente ejemplo:

Si en este momento empleo a contar los movimientos de la péndola del reloj de pared que tengo frente a mí mesa de despacho, a razón de un tic por segundo, para llegar a contar el billón de golpes, sería preciso que sucesivamente ocuparan mi sillón muchas generaciones; porque el reloj tardaría en dar el último golpe del billón de tics dentro de 31.709 años, y para dar tantos cual veces vibra el éter en la luz violeta invertirla (el año es muy pequeño para medir tal número) 237.817 siglos y medio.



... y, simultáneamente, con los primeros sonidos que de lo hondo ascienden.
bajan de lo alto amplios resplandores.



dirse con las claridades y destellos de la *foto-orquesta* de lo alto, a través de un ancho vano que el piso deja en hueco entre él y el muro elíptico que limita la sala del concierto y sostiene la cúpula.

Enojoso sería describir tales instrumentos, todos eléctricos, constituidos por arcos y bombillas cantantes (1), con variedad de timbres, que ofrecen posibilidad de combinaciones, muchísimo más amplias que las de nuestras orquestas; pues la melodía y la armonía venusianas disponen de más de ochenta diferentes clases de instrumentos, con la ventaja de que los ejecutantes no se dividen en violinistas, trompeteros, flautistas, etc., pues quien es *músico* puede tocarlos todos indistintamente, sin preocuparse sino de la medida, el aire y el compás, pues el timbre y la altura resultan de mecanismos internos: quedando eliminada en absoluto la posibilidad de que se escapen gallos. La explicación de ello es que, violines, flautas, trompas, y en general todos los instrumentos, sean de cuerda, viento o percusión, se tocan en teclados, como si fueran órganos.

* * *

Cuando el director de orquesta empuña la batuta y da los usuales golpecitos en el atril, para que los ejecutantes se prevengan, la cúpula y las estalactitas se ennegrecen; y mientras las butacas se transforman en lechos reina el silencio en la sala: silencio en los oídos por la quietud del aire, no perturbado por acústicas ondas, y oscuridad en los ojos, que es el silencio de éstos cuando el éter no vibra al compás necesario para engendrar luz.

Pasan unos instantes, y simultáneamente con los primeros sonidos que de lo hondo ascienden, bajan de lo alto, no rayos de luces sino amplios resplandores de diversas tonalidades, relacionadas con los motivos temáticos de la partitura musical y con las clases de instrumentos que los desarrollan. Cuando han de darse notas largas, o de duración media, responden a ellas claridades derramadas por luces internas que se encienden y apagan sucesivamente en las estalactitas; si las luces han de interpretar sonidos, quiero decir fulgores rápidos, como los de corcheas y semicorcheas, surgen cual chispas y destellos, muertos apenas encendidos, en los diminutos globos esféricos.

Cada estalactita y cada fanal luce siempre con invariable color y con el mismo grado de tonalidad del suyo propio, pues la

deficiencia inevitable de no disponer sino de una sola octava luminosa, para combinarla con las siete musicales, ha sido remediada por los artistas venusianos dividiendo cada color del iris, desde sus zonas más claras a las más oscuras, en cinco subtonalidades, y empleando cada una de éstas con cuatro intensidades escalonadas: con lo cual disponen de veinte estalactitas y veinte fanales rojos para cada uno de los colores anaranjado, amarillo, verde, azul, indigo y violeta; en suma, ciento cuarenta notas-luz, lentas y medias, en otras tantas estalactitas e igual número de rápidos destellos en los globos-corcheas.

Existen relaciones, lógicamente naturales unas, y un tanto convencionales otras, entre la índole de ciertos sonidos y determinados colores; existe, de igual modo, correlación entre el sentido estético de los motivos temáticos y las tonalidades acústicas y luminosas, siendo tan naturales algunas de estas relaciones, que Sara pudo percibir y apreciar sus bellezas en la primera *audi-visión*, y presentir otras; pero quedando muchas completamente incomprensibles para ella; pues en esto, como en todo, y en arte muy señaladamente, hay siempre y en todas partes convencionalismos a los que es preciso habituarse; de aquí la frase *educación artística*, y de aquí la existencia de los *dilettantitis*.

Dicho esto, intentaremos darnos cuenta de cómo estas elevadas manifestaciones del arte venusiano engendran la emoción artística en quienes disfrutan de ellas.

Se enciende un color, y el público lo ve, no solamente en la estalactita o en el fanal donde nace, sino en todo el aire de la sala, teñido de tal color por efecto de la reflexión en la cúpula de la claridad de él. Pero dicho color es siempre armónico y simpático, en tono y duración, con el sonido musical emitido al mismo tiempo; porque si corresponde a una nota corta, emerge la luz de un fanal donde el fulgor muere apenas surge, y si ha de combinarse con sonidos largos, brilla con claridad amplificada en las grandes estalactitas: los primeros dan gotas, los segundos chorros de luminica armonía.

Pero no es esto todo: el estridente alarido del cornetín es reforzado con destellos de rabioso rojo; los trinos de la flauta hacen temblar rosas y lilas; los violines y violas van acompañados de resplandores culebreantes a través del celeste, el amarillo y el anaranjado; el violoncello, el clarinete y el oboe cantan en los violetas suaves y en los verdes bajos; las tubas, saxofones, contrabajos, roncan o mugen en las regiones más

(1) Basados en los arcos eléctricos de Dudley y de Poulsen y en las bombillas-odiones, de Forest.

sombrias del añil obscuro y del azul de Prusia.

Las pausas y los calderones se simultanean con obscuridades paralelas; cuando calla la orquesta de sonidos se apaga la otra orquesta de colores. Los acordes de una, dos tres notas *fónicas* son completados con fulgentes acordes de igual número de claridades diferentemente coloreadas; los conjuntos acústicos se enlazan, se penetran e integran con las complejas luminosidades en donde se diluyen crecido número de elementales resplandores crómicos; a las polifonías responden las polieromías; en los momentos culminantes de los grandes *crescendos*, y de los *tuttis*, en los grandiosos concertantes, donde todos los instrumentos suspiran, trinan, gimen, cantan, *tremán*, redoblan o rugen, se encienden a la vez en la bóveda todos los colores del iris, que, entrelazando sus cantos, brillan no aislados, sino fundidos en majestuoso acorde de luz blanca.

El efecto de estas sintéticas armonías fotofónicas es indiscrepible.

Pero además de estas estrechas compenetraciones, meramente instrumentales, existen correspondencias temáticas que, tejiendo motivos orquestales con lumínicas frases, traban las emociones sensoriales despertadas por las melodías fónicas y crómicas en una sola y más perfecta emoción estética. Estas correspondencias son las que por ser más pasionales, menos técnicas, resultan más fácilmente asequibles a los profanos, en los comienzos de su iniciación en este arte *polifonocrómico*, pues en muchas de dichas combinaciones late intensidad de expresión tan transparente, honda y sugestiva, que las hace clarísimas a las primeras visiaudiciones.

Con un ejemplo, elegido al alcance de nuestra escasa cultura artística, va a verse todo mucho más claro.

Supóngase que la obra ejecutada es la *Cabalgada de las Walkyrias*. Las estalactitas del violeta más grave, quiero decir el más obscuro, lucen sosegadamente, dando la sensación de precaria claridad de una noche sin luna, entenebrecida con plumizos celajes de amontonadas nubes; chispeantes arpegios de luces rojas y doradas simulan, de tanto en tanto centellas y relámpagos. Duros y fugaces destellos de un obscuro azul prusia, alternados con silencios breves, en rápida sucesión monótona remedan el acompasado golpeteo de los cascos de los galopantes caballos de las celestes hijas de Wotan y de Erda.

Serpea una culebrina de cambiantes colores que, naciendo en los tonos de verdoso

sepia, se metamorfosea en rojo, subiendo al fin a culminar en agudos fulgores de un agudo brillante; y a ésta sucede otra, y otra y otra: son los típicos gritos de las vestales guerreras que en sus corceles suben al *Walhalla* los cuerpos de los héroes muertos en los combates; son los alaridos de las *Walkirias*, donde se mezclan el color sepia de la tierra donde los héroes cayeron, el verde de la hierba teñido de rojo con la sangre que vertieron y la luz dorada del olímpico cielo en donde gozarán de la inmortalidad.

De pronto fulge y resuena otro alarido de igual naturaleza, pero más robusto en el oído, más intenso en los ojos, más vibrante y dramático en los corazones, lanzado por la voz de Brunilda, la más apasionada, la más grande de todas las *Walkirias*, que al llegar a la montaña, donde la aguardan sus hermanas, prorrumpe en anhelantes frases, entrecortadas con brillantes rojos que lucen y se esfuman al mezclarse a los acordes de múltiples colores, bruscamente apagados, entre terribles negros silenciosos. Aquello es el relato de la horrenda tragedia de Siglinda y Sigmundo, causa de otra tragedia, aún más sombría, que va a nacer de la desobediencia de Brunilda al padre.

Gime Siglinda, en tanto: sus lamentos, iniciados con tonalidades de un desmayado lila, se diluyen después en el celeste evocador del amor al perdido Sigmundo, al recuerdo del cual manan sus ojos glaucas lágrimas.

Expresada por los mismos colores que el galopar de los corceles de las *Walkirias*, pero en tonos más bronceos y con fulgores más sombríos y más precipitados, resuena, entre las nubes, la desenfrenada carrera del hipógrifo del enfurecido padre de la desobediente Brunilda; igneos centelleos resplandecen en estalactitas y fanales, y reflejados por la cúpula, incendian el aire de la sala del concierto con el fulmineo crepitar de los carmíneos gritos de la olímpica cólera de Wotan...

Antes de proseguir, viénense a los puntos de la pluma las siguientes preguntas: ¿Puede la cólera de mitológica deidad tener otro color que el de vivísimo carmín? ¿Cabe expresar el amor de Siglinda y Sigmundo más acertadamente que con suaves claridades celestes?... ¿Puede pintarse el terror de las *Walkirias*, al castigo que va a caer sobre Brunilda, con más justa expresión que la obtenida con inquietos acordes rápidos, trémulos y rasgados arpegios, en donde alternativamente saltan, se entrecruzan y esparcen sobre el fondo de negruzco violeta, relampagueantes rojos, centelleantes verdes, fúlgidos amarillos, atormentando la mirada

de quien contempla sus cambios rapidísimos, cual torturan el alma la inquietud y el terror?...

Me parece que no; y he aquí por qué dije antes que lo más comprensible de las lumifonías venusinas, para los no iniciados en ellas, son precisamente las combinaciones apoyadas en las concomitancias indudables entre colores, impulsos afectivos y estados pasionales: por resultar de tales concomitancias analogías mucho más transparentes, y mucho más reales que los convencionalismos relativos a correspondencia de notas musicales y notas de colores.

Supóngase que en el momento de caer de hinojos, a los pies de Wotan, las suplicantes hermanas de Brunilda, estalla en la cúpula el acorde integral de la luz blanca, en donde vibran todos los gritos que el iris puede dar con todos los colores de su gama, cual gimen en la súplica todas las voces de aquellas mitológicas doncellas...

Mas no hay por qué seguir, hasta dejar a Brunilda dormida en el final del tercer acto de "La Walkiria"; pues si nos proponemos dar aquí un concierto entero, ni lo dicho sobre el supuesto de lumifónica interpretación de la ópera puesta por ejemplo ha tenido otro alcance que ofrecer medio a los lectores de formar concepto práctico, aunque incompleto, de estas manifestaciones artísticas de Venus; pues claro está que Mistress Sam no podía oír la cabalgada en el concierto a que la invitó Len, por la razón sen-

cilla de no ser en Venus conocida la música de los maestros compositores de la Tierra.

Según las anotaciones de nuestra heroína, utilizadas para escribir el anterior bosquejo del concierto, es indudable que algunas de las bellezas de este arte integral son tan evidentes hasta para los neófitos en él, que ella apreció no pocas, pero aisladas, como rayos de luz que de rato en rato surgían en su espíritu, insuficientemente preparado para recrearse en la belleza del conjunto, todavía demasiado complejo para su inteligencia deslumbrada; y acaso contribuyera a esto el que, llevando Len ya varios días de buscar ocasión de declararle su *atrevido pensamiento*, pero infructuosamente, pues Rag y Ko eran dos argos que ni a sol ni a sombra dejaban a Sara, aprovechó el concierto para verter muy bajito en su oído lo que a él le rebotaba en el deseo: con lo cual perturbada la armonía, ya difícil para ella, del sonido y la luz, con aquella otra impensada armonía ética de un alma venusiana y masculina, con un alma femenina y terrena que tan inopinadamente mezclaba Len a las estéticas armonías, fué más difícil para Sara enterarse de éstas; pues aquélla era indudablemente más interesante: y no por los motivos que cualquier malicioso supondrá, sino por otro que no cabe involucrar con los asuntos meramente artísticos tocados en el capítulo que con esto acaba.

IX

UNA EXCURSION POR VARIOS CORAZONES

(De las notas de Sara.)

Lasga, noviembre 3 de 2188.

¡De modo que las diferencias de las razas terrestre y venusiana no son obstáculo al matrimonio ni al amor que a él lleva entre criaturas de ambas razas!...

Nunca había pensado en esto, porque intuitivamente me parecía evidente la imposibilidad, no obstante ver ahora que el amor, ya lo sentía, sin darme cuenta de ello, y porque la primera vez que en estas cosas he pensado ha sido cuando la inesperada revelación de Len, en el concierto, hizo nacer en mi ánimo dudas primero, y después deseo de consultarlas con Ko, único médico que aquí conoce la fisiología de ambas razas.

Su respuesta ha sido categórica, aun cuando al darla parecía hacerlo forzado por el culto que a la verdad rinden estas gentes, pero cual si le contrariara revelármela. ¿Por qué será?... ¿Qué le importa a él?

Lo más interesante para mí es que las palabras de Len encendieron claridad en mi espíritu, que, llegándome a lo más hondo del alma y a lo más recóndito de la conciencia, alumbraron repliegues de una y otra tan escondidos, que hasta para mí misma encerraban un secreto sentimiento...

Ahora, ya *a posteriori*, paréceme imposible que una mujer de mi experiencia, que ya había amado en la Tierra, que conoce el matrimonio y tiene mi habitual clarividencia, haya vivido engañada acerca de sí mis-

ma, como la más inexperta colegiala... Y esa ignorancia ha durado meses y meses, no sé cuántos, ni lo sabré jamás; porque entre las cosas imposibles, ninguna tanto como averiguar cuándo comenzó a nacer en mí este amor.

¿Será verdad que la Sara de la Tierra ha muerto; que hoy soy una mujer nueva, moralmente diferente? ¡Ojalá!, porque aquella era indigna de él. Si así fuera, ¡ojalá que cual se fueron—sí, se fueron, no tengo duda—, que cual se fueron más antiguos sentimientos se borrara también de la memoria hasta el recuerdo de la Sara aquella de quien reniega ésta, que es obra de él!; pues sólo así viviría tranquila de que nunca, al mirarme, podría él ver la otra. ¡Olvidar, olvidar!... Imposible, imposible: no hay fuerza, como no sea la de la demencia, capaz de arrancar de la memoria de una criatura el recuerdo de su propio existir...

.....

Esto que sufro debe ser lo que los buenos de allá abajo llaman remordimiento; éste el castigo que la propia conciencia impone como juez, y cual verdugo ejecuta la memoria, mientras el mal causado no se redime con las propias obras, o el perdón no lo lava...; y ellos están muy lejos para perdonarme, y yo no sé si bastan estas lágrimas a lavar mis crímenes y a dejar mi conciencia tan limpia cual la de Aol...

No sé, yo no sé nada de estas cosas: nadie me ha hablado jamás de ellas: del mundo inmaterial yo no he estudiado sino las fúrras físicas por las ciencias medidas; pero de estas fuerzas morales de las almas, adivinadas en la bondad de Aol, y sentidas ahora, yo no sabía nada: de compararme a él ha nacido el dolor que me produce haber sido quien fui; pero a él le debo la paz de este convencimiento de que en mí ha hecho nacer otra alma remozada, diferente, ansiosa de alcanzar la semejanza con la suya.

.....

Lo primero que sentí al oír a Len confesarme su amor y pedirme el mío fué grandísima sorpresa; pues dadas nuestras enormes diferencias físicas tenía por imposible, aun sin haberme parado a meditarlo, que un venusiano se enamorara de mí; por suponer que continuaría pareciéndoles a todos tan espantosamente fea como antes, y como a mí me parecieron ellos, hasta que a fuerza de no ver otras caras que las suyas las hallo tolerables; y comparando ahora la de Len con las de la mayoría de sus semejantes, casi encuentro justificada su fa-

ma de guapo; aun cuando me sorprenda no sea Aol quien disfrute tal fama; pues yo lo encuentro muchísimo mejor. Sin duda me equivoco, y me es indiferente; pues la belleza que me atrae en él está más honda y es más grande.

¿Cómo he podido ignorar hasta ahora que lo que yo creí agradecimiento, amor de hija, no era eso, sino amor verdadero: amor de hombre y mujer, que no se satisface sino con absoluta unión?... Y sin embargo esto no es lo que sentía yo por mi marido antes de nuestro divorcio...

Es indudable que he estado, durante años, enamoradísima de Alvaro; al evocar ahora su recuerdo, y no obstante estar ya acostumbrada a la cara de Aol, no puedo menos de reconocer que aquél es incomparablemente más hermoso; que al mirarlo me sentía atraída hacia él con física atracción, cuya violencia no se parece en nada al suave bienestar sentido cerca de Aol; mas también es verdad que cuando Alvaro se ausentaba y yo echaba de menos sus caricias, su ausencia no dejaba en mi vida el vacío que me la hace aburrida y penosa en estos días de mi separación de Aol, aun no faltándome de él sino su compañía.

Como mientras he estado junto a él nunca he sentido aquellos delirantes transportes, que ahora conozco no eran emociones del alma, sino sensaciones excitadas por embriaguez de los sentidos, nunca se me ocurrió que yo pudiera estar enamorada; pero ahora, al ver cómo me pesa la vida lejos de él, conozco que jamás lo estuve de Alvaro como lo estoy de Aol.

La novedad de estos sentimientos me ha mantenido en la ignorancia de su verdadera naturaleza, hasta que al oír a Len, hace un rato, hablarme de amor, surgió inmediato convencimiento en mí de no haber para mí otro amor posible que el de Aol, y deseo vivísimo de unirme para siempre a él: distinto, muy distinto, menos inquieto, menos impaciente, pero más hondo, más duradero que el que me hizo unirme a Alvaro; porque esto de ahora es aspiración de cuerpo y alma, sobre todo del alma, y en aquello no tomaba parte el alma; porque Alvaro me sacudía con sensaciones y Aol me conmueve con sentimientos.

¿Cuál es el verdadero amor: aquél o éste?... Mirando a mi inquieta pasión de ayer, aquél; mirando a mis plácidos sentires de hoy, éste...

¡Pobre Len! No sabe que no ha sido sino eslabón que ha hecho saltar la chispa a cuya luz he visto mi amor a otro.

¡Pobre muchacho!... Y acaso, y muy pro-

blemente, más desgraciada yo; porque en la Tierra el convencimiento de mi belleza, mis riquezas, la adulación que me rodeaba me daban confianza de que, al dirigirme a cualquier hombre, mi pretensión sería acogida con entusiasmo—no se asombre el lector, pues en el siglo XXII las damas toman en amor la iniciativa lo mismo que los hombres—; pero aquí soy fea, apenas soy mujer, y para mí sería horrible una repulsa de Aol, que imposibilitara la continuación de nuestro trato en el pie de hoy; pues sea como quiera, amada o desdeñada, no me resigno a separarme de él...

Pero habré de resignarme a ocultarle este amor, a no alcanzar jamás correspondencia, acaso a ver a otra mujer hacerse dueña de su cariño y de su vida. ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Mientras en Lasga escribía la discípula los anteriores párrafos, olvidándose de consignar en ellos cuál había sido su respuesta a Len, el maestro estaba nerviosísimo en Kanka.

Desde la marcha de Sara había notado el vacío de la ausencia de su habitual compañera de trabajo en los laboratorios y el dejado por los amigos que a diario conversaban con él en la tertulia cotidiana del patio o la azotea: estaba solo, se aburría, y únicamente con las noticias frecuentes de los triunfos de su pupila iba entreteniéndose el aburrimiento de los primeros días; mas cuando ya no cupo duda de la certeza del éxito definitivo de ella, con nada pudo Aol combatir el tedio, y sobre éste cayeron inquietud primero y franco mal humor después, al recibir los telegramas de Rag y Ko informándole de las cosas raras que veían en Sara y en Len.

Mal humor, no; más todavía, pena; y no pena nacida solamente del recelo, ya comunicado a sus amigos sobre la solidez y duración del enamoramiento de Len, sino de pensar que éste pudiera haberse hecho ya dueño del corazón de Sara, a quien, para engañarse, llamaba Aol hija desde que tuvo la primera sospecha de ser su cariño a ella muy diferente del que los padres sienten por sus hijos.

Entonces cayó en la cuenta de que sus teorías sobre una belleza superior a las convencionales en mundos diferentes no provenían de desapasionado criterio filosófico, sino de su deseo de hallar base para fundar en ellas esperanzas de que, como él vislumbraba en Sara tal belleza, también en ella pudiera acaso haberse ya atenuado la im-

presión repulsiva que él había visto, en tiempos, la inspiraban los rostros venusianos. Y de improviso, cuando él iba teniendo confianza en que probablemente ya no existiría aquella repulsión física, se interponía entre él y Sara el guapísimo Len, con quien él no podía estéticamente compararse, y que además, según decía la fama de sus triunfos, era un terrible sojuzgador de femeniles voluntades.

Estaba, pues, el maestro tan enamorado de la discípula como ella de él: lo cual es buena prueba de que no sólo aquí en la Tierra tienen sus riesgos los sistemas educativos que ponen en contacto frecuente a hombres y mujeres en edad y estado de sentir la atracción sexual, aun cuando existan entre ellos heterogeneidades tan marcadas como las que separan a las criaturas de razas tan diversas cual las de Sara y Aol.

De esta identidad de aspiraciones de los dos principales personajes de esta historia parece deducirse que todo marcharía entre ambos de conformidad con sus comunes deseos... Sí, lo parece; pero de parecer a ser hay gran diferencia; pues así como Sara tenía por sueño irrealizable que Aol llegara a amarla con amor diferente del paternal que la demostraba, y aun acaso veía, en el carácter de este amor un obstáculo al nacimiento de otro, pensaba él que estando Len por medio no podía esperar de ella sino filial cariño.

No es nuevo, sino muy repetido, el triste caso de que dudas, recelos y desconocimiento mutuos mantengan separadas de por vida vidas nacidas para unirse: que siguiendo cada una su camino, sin ver cuál lleva la otra, llegan a punto de encontrarse y comprenderse, y sin verlo, prosiguen divergentes rutas que ya no vuelven a cruzarse, a menos de fortuita coincidencia que patentes haga a una los deseos de la otra.

¿Qué pasará en el caso presente?... La contestación es interesante, y sería grato el poder formularla desde luego; pero la perspicacia de quien ve las preocupaciones de Aol y Sara no llega a penetrar lo venidero. Para saberlo, preciso es aguardar a que lo venidero sea presente.

¿Y Len?... De lo ocurrido entre él y Sara, hasta la vuelta de Lasga, no se tienen sino los datos incompletos que pueden conocerse por la siguiente conversación, mantenida por Rag y Ko momentos antes del término del viaje en el tornóspiro que los llevaba a Kanka.

—¿Qué, has visto algo?

—Me parece que en estos últimos días va decayendo un poco aquella presuntuosa confianza con que ése miraba a Sara—decía Rag—. No, no va decayendo: ha caído del todo.

—¿Cómo? ¿Sabes algo positivo?

—Positivo, no; pero elocuente sí: acabo de verlo separarse de ella, con quien ha conversado más de media hora en uno de los miradores de popa del tornóspiro, sin que ellos se enteraran de que tras una celosía los observaba yo desde el inmediato.

—¿Y qué, y qué?

—Que al salir él me hice el encontradizo, viendo que no llevaba aire de triunfador ni mucho menos, sino facha muy alicaída y mustia; que me acerqué a hablarle, y a las pocas palabras cortó la conversación, como quien no quiere le conozcan el mal humor. En cuanto por apariencias puede juzgarse, es para mí seguro que ha sido desahuciado.

—Me alegro, porque a él se le pasará en cuatro días la murria de las calabazas; y en cuanto a ella, se desvanece nuestro recelo de que se hubiera enamorado de quien no es probable supiera hacerla dichosa.

—No sé: cuando después hablé con ella me pareció más preocupada que nunca. Algo grave le ocurre... Pero, ¡calla!, ya toca la campana de llegada. Vamos a buscarla.

Los éxitos de Sara en la capital, las distinciones de que fué colmada por los centros científicos y su alto cargo en la Compañía Teloscilográfica fueron en los días siguientes a su regreso tema predominante de conversación en todo Kanka, donde se hizo popular; pues a la extraordinaria historia de sus pasadas desventuras y a la resonancia de sus actuales triunfos en Venus, propias para interesar en todas partes a las gentes, agregábase en aquella población, en donde Aol era idolatrado, la circunstancia de ser protegida de éste, más aún, obra suya en su nuevo existir extraterráqueo. No es, pues, extraño fuera Sara simpática a los kankanos y que en ella se reflejara parte del entusiasta afecto a su protector; aun cuando no faltaba la nota discordante de la bellísima Lai, que desde que leyó en los periódicos el relato de las ovaciones y los dítirámicos vítores a la Hija del Cielo, no la llamaba sino la *celeste mona*: siendo lo más extraño que conversando un día con Len le disparó el sangriento mote a quemarropa, dejando perplejo unos instantes al buen mozo, como si no supiera cómo tomar la gracia: hasta que al cabo optó por reírse, soltando la carga:

siendo recompensado por la cáustica y bella alcaldesita con una sonrisa, por el estilo de las que hacía ya tiempo no le había otorgado.

De modo que Len...

Len sentía el escoror de las primeras calabazas en su vida recibidas, que aun viniendo de una hija del cielo—y tal vez más por esto—, le escocían bastante; Len pensaba que se había equivocado al juzgar capaz de volar a la altura en donde él volaba a quien no supo comprender la sublime poesía de la boda interplanetaria; Len se decía que al contestar a su elevada concepción de un celestial idilio de espíritus superiores gemelos, alegando el impedimento de groseras diferencias físicas, demostraba Sara faltarle la celeste excelsitud que generosamente le había supuesto él: demasiado generosamente; pues miradas las cosas con frialdad, la estrella Isia, de donde ella venía, no era cielo sino vista con los anteojos de la fantasía; pero en definitiva y en esencia, un planeta como tantos otros, un vulgar mundo de tierra como Venus: siendo, por tanto, Sara, tan barro humano como él, sin otra diferencia que ser el de ella barro isiano, y venusino el de él.

¡Las diferencias físicas!... Sara, que tenía demasiado talento, bien lo sabía Len, y sobrada educación para llamarlo feo cara a cara, debió comprender que hablar de heterogeneidad de razas, aun no aludiendo expresamente a imperfecciones físicas—a las cuales había él cerrado los ojos al dirigirse a ella—, era llamárselo disimuladamente, pues claro es que por guapo no lo rechazaría.

Como aquel tenorio venusiano era un poco presumido, no por su culpa, sino por la de las damas, que se lo disputaban, no es extraño le llegara a lo vivo el mal gusto de la que por tener los ojos en lo hondo de dos hoyos no sabía ver lo que tenía delante, cual lo veían todas las venusianas; y hasta pensó que, cuando menos por agradecimiento a la distinción con que él la honraba, debió haber alegado Sara para la negativa causa menos ofensiva y más delicada que aquella de las diferencias físicas.

¡Feo!... El sería feo en la Tierra, pero ella era fea en Venus; y como en Venus estaban... Ella, no él, había llevado la cuestión a aquel terreno inconveniente: ella sola había caído de la altura superterrena donde él la había subido, obligándole a mirarla a la cara; y no podía quejarse, por lo tanto, de que la hallara tolerable a lo sumo: y eso poniendo buena voluntad, mien tras que la de Lai, a quien por ella había olvidado, era encantadora.

Con lo anterior queda explicado por qué reverdecía la sonrisa marchita de la hija del alcalde; porqué abundantemente florecieron otras en sucesivos días en su preciosa cara; porqué al verlas volvía a ser la de Len, como en pasados tiempos, una pura sonrisa a todas horas, y porqué llegó la niña a convencerse de que el absurdo amor de Len a Sara no había sido sino des-

cabellada suposición de absurdos celos: de los cuales jamás hablaría a nadie, y a Len menos que a nadie, por vergonzosos para ella; y he ahí porqué se evaporó la inquieta de la hija de Venus a la hija de la Tierra, y no volvió a llamarla mona celeste ni aun terrestre, sino Ri Sara o la Ingeniera Directora.

X

OJOS VENDADOS

En los primeros tiempos del destierro en Kanka, cuando Sara comenzaba a balbucear, como una niña, unas cuantas palabras en *puk*, a recibir las primeras nociones sobre aquel mundo, al cual podía decirse que nacía, y a enterarse de cómo vive, siente y piensa la humanidad venusiana, tratábanla Aol y sus amigos, cooperantes en la obra de modelarla según los moldes de aquella humanidad, de modo que, lógicamente, se asemejaba mucho a la manera como las personas mayores tratan en todas partes a los niños: a quienes todo ha de enseñárseles porque todo lo ignoran.

Pero a poco, los rápidos progresos, y tal vez más la fuerte personalidad de la discípula, les dieron la impresión de que ésta era toda una mujer, con voluntad, y saber, y criterio superiores a los de la mayor parte de los hombres; y sobre la base de paternal cariño—que con las excepciones ya sabidas, subsistía, o más bien aumentaba, estableciendo cordial confianza entre ella y ellos—se asentó respeto que, en las cuestiones íntimas del alma, les impedía tomar la iniciativa de abordarias en tanto ella no las suscitara.

Por tal razón, aun estando seguros Rag y Ko de que algo había pasado entre Sara y Len, y aun teniendo curiosidad grandísima de saber algo más de lo conjeturado, ni a uno ni a otro les pareció discreto preguntarle nada a ella.

Si tales reparos tenían éstos en interrogarla, todavía eran mayores los de Aol, no obstante su mayor confianza con ella y no caérsele de la boca el "hija mía" que hacía algún tiempo empleaba siempre en vez del Sara usado antaño. Nadie, por tanto, a la vuelta de Lasga, y Aol menos que nadie, habló de Len a Sara.

En cuanto a ella, dudando estuvo días y días entre referir, sólo por de contado, a

su maestro, el episodio (pues pronto vio cuán fugaz era el enamoramiento de Len) o no decir palabra del asunto; pues de una parte, impulsábala a hablar la idea de que su intimidad con Aol parecía exigir no guardara reserva, y de otra retraíanla de entablar con él conversación de esta índole dos temores: uno, que la conociera el verdadero estado de su corazón, el cual quería ocultarle por las razones dichas ya en sus notas; otro el de oírle algún concepto que matara por completo esperanzas a las que el corazón, a despecho del juicio, no se avenía a renunciar, siquiera cual remotas o sólo realizables en improbable evento.

De otra parte, pasaron varios días en los que Len, no obstante su propósito, formado en el tornóspiro, y en el mismo momento de recibir las calabazas, de regresar en breve a la capital, por no tener nada que hacer en Kanka, no acababa de irse, reteniéndolo allí, no la Hija del Cielo, sino el renovado coqueteo con Lai: renovado y agravado porque ésta no se avenía a que la reincidencia se quedara otra vez en miradas, sonrisas y galantes escarceos; y porque ya el mariposón estaba a punto de ir entrando por el aro, que la niña enseñaba diciendo: o saltas pronto o se acaba este juego. Hallando, por lo tanto, en otra parte, el entretenimiento antes buscado junto a Sara y sus amigos, tan sólo raras veces concurría ya Len a la diaria tertulia del patio o la azotea: y esas llegando a ella cuando faltaba escaso rato para la hora de comer, a la cual terminaba.

Parecía natural que en dicha tertulia se comentaran estas rabinas de uno de sus más habituales concurrentes; y sin embargo, no solamente no se habló de ellas, sino que habiendo un día insinuado Rag leve alusión, y muy velada, a las ausencias del voluble tráfuga, no fué por nadie recogida;

y hasta sorprendió Sara rápida y expresiva ojeada de Aol al ingeniero para que no tocara tal asunto en presencia de ella; y en otra ocasión en que incidentalmente nombró Ko a la bella Lai repitió Aol la misma seña, creyendo Sara advertir las dos veces en el rostro del último gesto que parecía nacido de decepción o desengaño.

Esto la preocupó, pues indicaba que allí todos sabían la causa del retraimiento del buen mozo, que el no hablar de él obedecía al silencio de ella sobre dicho asunto, y tal vez a creencia de que pudiera molestarla enterarse de cuán gratamente entretenido andaba Len.

En cuanto a la melancólica sonrisa de su bienhechor, pensaba que podía provenir de pena por el enfriamiento de su cordial amistad con un amigo querido, achacando la culpa a su pupila, o de callado reproche a ésta por su falta de confianza al callarle lo ocurrido con Len: confianza a la cual tenía derecho habiéndola tratado, en todo y siempre, como a hija queridísima.

Estas cavilaciones alarmaron a Sara, que ni quería le fuera imputada voluntaria culpa en la pérdida o enfriamiento de la amistad de ambos amigos, ni que pudieran su ponerla enamorada de su inconstante pretendiente, ni menos aún que nadie creyera se le diera un ardite de sus retoñantes entusiasmos por Lai.

Reflexionando en todo ello, díjose que acaso tuviera Aol razón para hallar censurable su reservada conducta, y aun para figurarse que ella daba a lo ocurrido más importancia que la de un incidente, desagradable sí, pues la había contrariado desairar a un buen amigo, pero incidente al cabo sin importante trascendencia. Una vez visto y meditado esto, decidió hablar sin pérdida de tiempo, no en la tertulia, donde sería indelicado hacer comidilla de su repulsa a Len, pero sí a Aol; pues, en definitiva, éste era quien a ella le importaba. Un poco, o, mejor dicho, un mucho, la turbaba el abordar con él, a solas, temas amorios, aun cuando el héroe fuera otro; pues la ex resuelta Mistress Sam seguía sintiéndose tímida colegiala; pero era indispensable afrontar la confidencia, pues ni quería pasar plaza de ingrata ni avenirse a que Aol la creyera afligida por los desvíos actuales del voluble tenorio venusiano.

Además, tal vez aleteara en el fondo del alma de la mujer enamorada alboreante esperanza de que al hablar de aquello a solas con Aol surgiera algo imprevisto, capaz de aminorar su triste convencimiento en lo imposible de que pudiese llegar a enamorarse de mujer tan extraña como ella en aquel

mundo; pues hombre de la ecuanimidad de su protector no podía dejarse influir por los mismos románticos delirios que habían movido a Len, y cuya escasa consistencia estaba ya bien a la vista.

Cuando Sara se decidía una vez a algo no malgastaba el tiempo; así que, convencida de la necesidad de hablar a Aol, aprovechó la primera coyuntura de hacerlo a solas, que al día siguiente se ofreció, en conferencia donde se reunieron ambos, para resolver, sobre un mapa-mundi de Venus, los lugares en que convendría instalar las primeras estaciones radiosilagráficas de la compañía recién fundada: diciéndole cuando él desplegaba sobre una mesa el mapa-mundi:

—Si no tienes inconveniente en aplazar un rato este trabajo, desearía hablarte antes de un asunto de diferente índole, del cual supongo tienes noticias, o a lo menos sospechas, y del que acaso te sorprenda no te haya aún dicho nada, por no creer discreto corresponder a distinción honrosa que de Len recibí en el viaje a Lasga, publicando algo cuya divulgación pudiera molestarle.

Enterado Aol por Ko de la negativa de Sara a los requerimientos de Len, pero también de sus preocupaciones y tristezas de ella, las atribuía al esfuerzo que sobre el deseo, propenso a otorgar correspondencia, había ejercido la razón clarividente, advirtiendo la falta de solidez del sentimiento que dictaba la demanda del desequilibrado mozo; como además achacaba el silencio de Sara, durante los días transcurridos desde su regreso, a temor de hurgar en herida que él suponía enconada por las asiduidades de Len con Lai, le cogió de sorpresa la manera inesperada y rápida con que Sara entraba en materia. En pos de la sorpresa le asaltó turbación al pensar que ella iba a hablarle del amor de otro, y reprimiendo a duras penas su sobresalto contestó:

—No, no hay urgencia ninguna en ese estudio; puedes hablar de lo que quieras, *hija mía*.

Y al decirlo acentuó mucho el *hija*, por presentir cuán necesario le iba a ser encastillarse en su papel de padre al oír las confidencias de la mujer a quien amaba y suponía afligida por el desamor del que, sin conseguir sino perturbar la vida de la pobre desgraciada, había venido a interponerse entre él y ella. Por ello, la principal preocupación de Aol al comenzar a hablar Sara era ocultar sus propios sentimientos.

—Tú sospechabas algo, ¿verdad?

—Sospechar, sí... Es decir... Rag y Ko me dijeron... Pero realmente ni ellos ni yo sabemos nada positivo. Lo mejor, por lo

tanto, pues espontáneamente me hablas de ese asunto, sobre el cual no habría yo cometido la indiscreción de preguntarte...

—¡Indiscreción!... ¡De ti conmigo!... Tu interés por mí no puede ser nunca indiscreto; mi corazón no tiene para ti repliegues... Si he callado hasta hoy no ha sido por falta de confianza ni por querer guardar de ti nada secreto, sino por los motivos de delicadeza que ya...

—No tienes nada de qué disculparte: no te disculpes, hija mía; pues ni he achacado a falta de confianza tu reserva, ni tus preocupaciones de estos días...

—¡Mis preocupaciones!—exclamó Sara vivamente alarmada—. Si me creías preocupada eras tú quien entonces pecaba por falta de confianza: y tal vez de interés.

—Eso, no, Sara—se le escapó a Aol, que inmediatamente agregó:— eso, no, hija mía.

—Eso, sí: tres veces, desde que hemos comenzado a hablar, me has llamado hija.—A Sara le molestaba mucho este estribillo de su protector, aunque él no lo advertiera—. Y cuando un padre cree preocupada a su hija, y no se cuida del porqué, no demuestra gran interés por ella.

Esta era la primera vez que Aol veía a su protegida llevarle la contraria, y la primera que de sus labios oía reconvenciones, y atribuyéndolas a excitación nerviosa ocasionada por el dolor del desengaño recibido de Len, le produjeron pena de ver cuál la dolía éste, y de ser él quien lo pagara; por ello dijo:

—Eres injusta: aunque te miro como a hija, sé bien que tienes voluntad y razón de mujer, no de niña: por eso me he abstenido de hacer preguntas a quien es dueña de sus actos y de sus confidencias; y ese respeto mío lo interpretas injustamente...

—No, no, perdóname, Aol; no quiero decir eso; perdóname.

—Pues ya estás perdonada... Y entra en materia, porque aún no has comenzado—. Al decir esto cayó Aol en la cuenta de que la molestia que le producían aquellos nervosismos de Sara, al creerlos causados por amor a otro, le habían hecho hablar con excesiva sequedad, que corrigió, agregando:—Si tú y yo hemos caído en faltas de confianza, nada podemos reprocharnos: con perdonarnos, basta; si ni en uno ni en otro ha sido esa la causa de nuestro silencio, tampoco hay que hablar de ello.

—Tienes razón; perdóname.

—No hay de qué. Ya lo he dicho. Prosigue: es decir, comienza.

—Aun cuando ha tiempo advertía yo en Len asiduidad un poco exagerada en hombre que no sintiera sino amistad por mí, tan ale-

jada estaba de mi ánimo la idea de que cupiera atribuírle a sentimiento diferente de la amistad, que la suponía hija de las vehemencias de ese muchacho en cuanto dice y hace. Pero un día, en Lasga, me dijo claro que estaba enamorado de mí, haciéndome un retrato tan exagerado de mi propia persona, tan fantástico, tan fuera de lo real y lo humano, y acumulando sobre mí perfecciones y excelencias tan poco en armonía con las que suelen engendrar amor entre hombres y mujeres, que me produjo la impresión de estar oyendo hablar a un desequilibrado; y no de cosas de terrestres mundos, ni de humanas criaturas, pues volaba y volaba por etéreas regiones en alas de quimérico ensueño, buscando un ser excepcional que, locamente, creía haber hallado en mí.

—De modo que la impresión que te hizo...

—Primero la que respecto a él te he dicho; luego una gran sorpresa, pues jamás podía yo esperar...

—¿Y después, respecto a ti...

—La de que yo no era la excelsa criatura con quien Len soñaba.

Impaciente Aol porque las dos contestaciones respondían a lo que la razón de Sara pensaba de la solicitud de Len, mas sin dejar traslucir nada de lo que el corazón sintiera al conocerla, intentó ahondar, sin descubrirse, en lo que le interesaba saber, preguntando nervioso:

—¿Y qué le respondiste?

—Que me había sorprendido; que me cogía de improviso.

—¡Ah! ¿No le dijiste entonces todo eso que me has dicho ahora sobre sus quiméricos ensueños?

—No; entonces sólo pensé—tenía Sara en la punta de la lengua decir: "sólo pensé que él me hacía ver que es de ti de quien estoy enamorada", pero no se atrevió; y buscando forma de completar la frase de otro modo, sus visibles vacilaciones no le dieron tiempo a terminarla con la rapidez exigida por la impaciencia de Aol, que la atajó diciendo:

—Pero, en definitiva, ¿qué contestaste?

—Que entonces no podía responderle; que tenía que reflexionar...

—De modo que no lo rechazaste desde luego...

—No: fuera como fuere, y aun cuando Len hablara engañado por una ilusión, que al fin hubiere de desvanecerse, me hacía objeto de una distinción, y habría sido grosería pagarla con repulsa demasiado brusca.

—Ya...—contestó Aol, receloso y muy poco convencido—. Pero eso tenía el inconveniente de que al no verse inmediatamente rechazado, podía él concebir esperanzas...

aun cuando ya comprendo que las razones a que aludías ha poco, no las verías hasta más adelante, y solamente te decidirías cuando, pasada la primera impresión, pudiste, más serena, reflexionar en el peligro de acceder...

—¡Más serena!... ¡Reflexionar mi respuesta! No, no, no fué eso: jamás, ni en el primer momento, me ocurrió que nunca pudiera yo acceder a lo que Len pedía: no fué desconfianza de la solidez de su enamoramiento la causa que me hizo rechazarlo; y buena prueba que ni al contestarle, poco antes de llegar a Kanka, le dije que a eso obedeciera mi negativa.

—¿Qué, entonces?

—Que las enormes diferencias entre nuestras razas son, a mi entender, grave obstáculo para la unión con que él quería honrarme.

—¿Diferencias? ¿Cuáles?—preguntó Aol con grandísimo interés—. Como en lo moral y en lo intelectual nos entendemos todos hace tiempo perfectamente contigo, supongo te referirías a otras diferencias: a repulsión física hacia nosotros.

—No, no; no es eso—exclamó Sara al oír el *nosotros* de Aol, relacionado con la palabra repulsión, y asustada a la idea de que él pudiese creer que le era repulsivo, agregó precipitadamente: A *vosotros*, no..., no..., digo, quiero decir, sí: a él sí se lo dije, por creer ese el más seguro medio de desengañarlo; pero no porque esa repulsión procediera de mí. No, no lo creas, Aol; no podría decirlo, porque no la experimentaba ni la experimento.

—Bien; no lo creeré—dijo él, dominando la tristeza interior que sentía al achacar a buena educación la protesta de Sara.

—No, no; te lo aseguro.

—Te creo, te creo—contestó Aol, ocultando su pensar verdadero—. Pero, además, la cosa no merece que te apures tanto; tan diferentes son tu raza y la nuestra, que sería explicable sintieras todavía, no verdadera repulsión, pero tal vez los restos de ella. Unos meses son poco para borrar en ti el recuerdo de los hombres de tu mundo.

Por su desgracia, dedujo Sara de estas palabras la tristísima consecuencia de que si Aol hallaba lógico que los venusianos la inspiraran repugnancia, sería atendiendo a la impresión que, no obstante su cariño hacia ella, sintiera él al mirarla: con tanto más motivo cuando él no había dejado de ver mujeres venusianas, y cuando en Len no podía pensar al expresarse de tal modo, pues éste había demostrado no experimentar semejante repulsión: siendo tan doloroso el desconsuelo por la infeliz sentido a tan pe-

nosa idea, que la hizo prorrumpir en llanto entrecortado con repetidas negativas.

Al principio de la conversación había él, por su parte, creído que el aplazamiento de la respuesta de Sara a Len, y sus vacilaciones durante varios días habían solamente obedecido a dudas sobre la firmeza del cariño de su pretendiente, del cual estaba realmente enamorada, y a quien había renunciado por esfuerzo del juicio sobre el corazón, claramente traslucido en la tristeza que Rag y Ko vieron en ella en los momentos mismos de rehusar aquel cariño, en su actitud desde el regreso a Kanka, y en lo que el mismo Aol creía estar viendo desde el comienzo de sus confidencias.

Al oír la hablar después de diferencias físicas, cambió de parecer, pensando que efectivamente a éstas había obedecido la negativa; y equivocándose como ella, y tomando para sí lo peor de esta interpretación, dijo-se que si el hermoso Len parecía a Sara repulsivo, forzosamente habría de parecerle más monstruoso el pobre Aol. Pero cuando llegaba a tal convencimiento, sobrevino la crisis del desolado llanto de ella, reveladora con evidente claridad de la existencia de una tragedia del corazón, haciendo a Aol dar crédito a las protestas denegatorias de la repulsión física, e interpretar la alegación de heterogeneidad de razas como pretexto para ocultar que únicamente miedo a veleidad de Len, a quien realmente amaba, la había hecho imponerse el duro sacrificio de rechazarlo; y no pudiendo Aol remotamente sospechar que no por Len, sino por él lloraba, le hacían mucho más daño aquellas lágrimas que si él las derramara.

Pero cada momento y cada indicio traíanle un convencimiento diferente, y cualquiera que fuera la verdad entre una y otra de las mentiras que alternativamente tomaba por verdades, el dilema a que le conducían era igualmente triste, pues una de dos: o Sara veía en él fealdad repulsiva, o Sara estaba enamorada de Len.

Ni aconsejados por sus mayores enemigos habrían procedido protector y protegida tan torpemente como los dos habían obrado en la conferencia que iba a terminar, de la cual salían ambos plenamente equivocados en cosa tan interesante como el conocimiento de sus mutuos sentires: frecuente achaque de las confidencias cuando se hacen a medias.

Pero, ¿podían hacérselas enteras, cuando cada uno estaba tan distante de sospechar lo que el otro sentía?

Comprendiendo Aol que ni él ni ella podrían soportar se prolongara la penosa en-

trevista, la terminó, con verdadera convicción de que siendo absurdo que a Sara le afligiera hasta aquel punto el hallar feo a Len, era su llanto prueba de que lloraba por hallarlo demasiado guapo.

—Serénate, hija mía; estoy perfectamente convencido de que no sientes esa repul-

sión a nuestra raza, en la que de tal modo te aflige que creamos. Te dejo sola para que te tranquilices.

Al salir por la puerta ya creía lo contrario; y una hora después tornaba a creer lo mismo.

Ella quedaba anonadada.

XI

EN DONDE SARA ECHA DE MENOS SUS PISTOLAS

Pocos días después de la conversación relatada en el último capítulo, emprendieron Aol y Sara una serie de excursiones a diversas ciudades del lumisferio, para elegir los lugares donde habían de instalarse las primeras y más importantes estaciones de la Compañía, que en Kanka quedaban en fabricación, según instrucciones de la Directora, y bajo la vigilancia de unos cuantos ingenieros y *oscilotelegrafistas*, destinados a ser más adelante los encargados de montarlas y servir las.

En estos viajes, que en total duraron poco más de un mes, retornaron las cotidianas relaciones de protector y protegida a la normalidad anterior, perturbada en la escena últimamente referida; pues, engañado cada uno sobre la verdadera naturaleza de los sentimientos del otro, ambos ponían cuidadosa atención en disimular los propios; y como el más fácil y ya aprendido camino de lograrlo era el de continuar tratándose como antes, seguía Aol representando su papel de padre, aunque fuera de adopción, y Sara el de hija, entremezclándolos con los de presidente y directora de la científica e industrial empresa, en cuya gestión colaboraban.

Continuaba él, por tanto, llamándola hija, y obstinábase ella en no llamarle padre, sino Aol, deseando hallar, y no encontrándolo, modo de rechazar aquel apelativo que, no obstante su sonar cariñoso, la crispaba los nervios en cuanto lo oía; y lo oyó a todas horas, hasta que no pudiendo contenerse, preguntó un día:

—Dime, Aol, ¿cuántos *akos* tienes?

—Casi cincuenta y dos.

—Y yo estoy próxima a cumplir los cuarenta y uno; para hija tuya soy demasiado vieja.

—Y de edad adecuada para ser otra cosa—pensó para sí Aol, sin que, por su desgracia, pudiera Sara leer su pensamien-

to (1), pues él no contestó sino con un gesto que en realidad nada decía.

—Me parece ridículo que me llames hija. Antes me llamabas Sara... ¿A qué esta novedad?

—En realidad, no lo sé... no te puedo decir... por parecerme más afectuoso el hija mía.

—El cariño no está en las palabras, sino en el modo de decir las: no parece sino que en el mundo no hay otro cariño que el de padres e hijos... Ahí tienes—agregó, recelosa de haber ido demasiado lejos—a Rag y a Ko, que bien me quieren, y siempre me llaman Sara.

—Entonces, ¿es que no te agrada que te llame hija? ¡Qué tontería!

—Sí, es verdad, lo es... No, no lo es, pues me parece que llamándome por mi nombre me das más confianza... No creo que por llamarme Sara se te vaya el cariño.

—Bueno, te daré gusto—contestó Aol, pensando que iba a necesitar estar a todas horas muy sobre sí, pues tenía que llamándola Sara viera ella en él no menos, sino, al contrario, más cariño, y, sobre todo, diferente del que quería dejar ver.

* * *

Pasado el incidente sobre el hija y el Sara, iba desarrollándose la excursión de modo que en un aspecto podían estar satisfechos los dos enamorados, pues su continuo trato, nacido de la estrecha trabazón de sus ocupaciones oficiales, los tenía juntos muchas horas, permitiéndoles disfrutar de la satisfacción de verse; pero, ¡ay!, el trato era muy otro de lo que apetecían ambos, pues en él no hallaban él ni ella camino

(1) Traducidos a cristianos idiomas dan los *akos* de Aol treinta y seis años y veintinueve los de Sara.

que los hiciera avanzar hacia el logro de sus reprimidos deseos; pues como ni uno ni otro los consideraban realizables, se guardaban muy mucho de cualquier imprudencia ocasionada a imposibilitar o entorpecer en lo venidero la continuación de aquella comunidad de vida externa, con la que, por lo menos, disfrutaban el placer de su constante cercanía; vida que, en cuanto las aspiraciones de uno fueran conocidas de otro, y por él desechadas, no cabría prolongar.

Por eso se arrepintió Sara de su imprudencia en el citado incidente del "hija mía", y en el cual se había clareado demasiado, estando a punto de venderse, quedándole la duda de si Aol no la habría entendido, o si no habría querido darse por enterado.

Aparte estos que, a no llegarles tan a lo hondo a los dos, llamaríamos escarceos, se produjeron dos sucesos en el viaje que pudieron tener tristes consecuencias.

Estaban en Lota, población que por hallarse tan sólo a cuatrocientos kilómetros de la línea geográfica, constituida por el pseudo-ecuador venusiano, de separación entre el mundo-luz y el mundo-sombra, no disfruta sino tenue claridad crepuscular a todas horas. Por tal causa, allí no pueden, como en Lasga y en Kanka, pasarse sin luz artificial en los edificios, dentro de los cuales luce perennemente. En una de las habitaciones del hotel donde, en dicha ciudad, se hospedaban, examinaban juntos Sara y Aol el plano del local por ellos elegido para instalar la estación oscilográfica. Colocados entre el foco eléctrico, que lucía encima de una mesa, y una ventana situada a sus espaldas, las siluetas de ambos, fuertemente acusadas por sus sombras, se proyectaban en los cristales de la ventana. De pronto, simultáneamente con el estrépito de aquéllos al quebrarse, algo chocó con gran violencia contra un pisapapeles que estaba encima de la mesa, haciéndolo volar en mil pedazos, y al mismo tiempo sintió Sara un golpe seco en el brazo izquierdo.

Por comprender que aquello provenía de algo violentamente lanzado desde afuera, se volvieron rápidamente ambos hacia donde tenían las espaldas, viendo brillar dos fugaces relámpagos en la parte de azotea correspondiente a la pared frontera a la ventana, y que dos bultos negros se alejaban y desaparecían entre la bruma del eterno crepúsculo de Lota, después de hacer este segundo par de disparos, en pos de los primeros, en el momento de darles ellos frente.

Casi en el mismo instante una bala atravesaba el tablero de la mesa, en el lugar donde Aol se inclinaba un minuto antes so-

bre el plano, y otra destrozaba el estuche de compases recién abierto por Sara. A no haberse ambos separado de los sitios donde al volverse estaban, en sus cuerpos se habrían clavado los dos proyectiles.

Aquello era una tentativa de doble asesinato, cosa tan absolutamente desconocida en Venus, donde las armas no se emplean sino contra feroces alimañas, que Aol no se dió cuenta en el primer momento del alcance de lo ocurrido, y que aun después se resistía a rendirse a la evidencia del crimen, para él incomprensible. Sara, por el contrario, conoció inmediatamente de lo que se trataba; y obedeciendo a costumbres de sus tiempos de vida militar en otro mundo, donde no son tan raros como en Venus los atentados personales, echó instintivamente mano al cinturón, buscando la pistola, que no encontró, pues hacía tiempo había dejado de llevarla: atendiendo un poco a la opinión y mucho a las bromas de su maestro, plenamente seguro de lo innecesario de tales prevenciones, y muy orondo de que en su mundo no fuera necesario vivir tan precavido.

—Mi pistola, mi pistola; no la tengo, y todavía los veo, y todavía podría...

—Pero, ¿qué ha sido esto?—decía Aol.

—Que nos han querido asesinar; que nos han hecho cuatro disparos.

—Pero, ¿quién, por qué?... Es imposible, es absurda tal perversidad... Esto no se ha visto jamás.

—Pues ahora bien se ha visto; y por milagro lo contamos.

—Pero, ¿qué es esto?... Estás mojada, tienes sangre en la mano: a ver, a ver.

—No es nada, no te alarmes; lo interesante ahora es alcanzarlos.

—Pero Sara, ¡por Dios! Lo primero eres tú. Aguarda, aguarda.

Decía esto Aol corriendo en pos de Sara, que, como una centella, bajaba la escalera para poner en movimiento a las gentes del hotel, haciéndolas subir a las azoteas, por si posible fuera capturar a los criminales; mas todo inútil: cuando arriba llegaron no se veía criatura alguna en cuantas azoteas abarcaba la vista.

Aol, en tanto, alarmadísimo, alcanzaba a Sara; y repitiendo "lo primero eres tú", la impedía, a viva fuerza, ponerse a la cabeza de los que subieron a las azoteas con el vano intento de dar alcance a los fugitivos; y una vez que la tuvo sujeta, gritó: "un médico", le cogió la mano que chorreaba sangre, y preguntó con ansia:

—¿Dónde, dónde tienes la herida?

—No es nada, hombre, no te asustes; un mal rasguño, míralo. ¿No ves que no me

impide mover los dedos, la muñeca ni el brazo?

—No, no, rasguño, no—contestó él, desgarrándole la manga con las herramientas de su mano izquierda: tienes el brazo atravesado, y por aquí ha salido el proyectil.

—Mejor; así no habrá necesidad de extraer la bala. Esta vez no han agarrado sino carne; nada entre dos platos.

—Pero esta sangre...

—Esó se arregla con un poco de percloruro.

—Ese médico, ese médico; he pedido un médico, y no viene.

—Aquí estoy, caballero. ¿Qué es ello?

—Esta criatura que se está desangrando.

—No seas exagerado. Ya verá usted, doctor, cómo no es nada.

—Vamos a verlo...

Hecho un rápido reconocimiento y atajada la hemorragia, dijo el médico:

—Por dicha tenía usted razón; mas por milagro, porque la bala, que sólo ha atravesado la molla del brazo, ha pasado rozando el húmero; un milímetro de desviación en ella habría bastado para fracturarlo.

—¿Lo ves, Sara, lo ves? Si ya decía yo...

—No: lo habríamos visto si me lo hubiera roto; pero como no lo ha roto, ni tú ni yo lo vemos... Gracias, Aol, mil gracias; pero ya ves que no hay por qué apurarse.

—¡Pobre Sara, pobre Sara!

Al decir esto le cogió Aol la mano buena, apretándosela con presión intensa, a la que ella correspondió, tan conmovida como se hallaba él. Y, sin embargo, ni uno ni otro se entendieron.

—Es pena por la herida de su hija.

—Es agradecimiento a mi interés por su herida.

Así interpretaban, los muy torpes, la presión de sus manos donde los dos ponían sus almas.

Terminada la cura y vendada la herida, dijo el médico a Aol que no se alarmara aun cuando Sara perdiera el libre juego de las articulaciones del brazo y de la mano, pues sería pasajera consecuencia de la natural inflamación que de seguro se presentaría.

—Cuestión de dos semanas—dijo ella.

—Por ahí, por ahí—contestó el médico.

Más que la herida, siento no haber tenido a mano mis pistolas, pues a no ser por eso no se me habrían escapado esos malvados, o, cuando menos, habría caído uno, y sabríamos a quién debemos este obsequio. Mira cómo era yo quien tenía razón, al no querer dejarlas, y cómo no es en mi mundo solamente donde son necesarias. No, no me pasará otra vez, digas lo que quieras.

—¿Quién había de creer posible entre nosotros esta infamia?

Este asombro de Aol era general en todo Lota, donde nadie hablaba sino del increíble crimen, pues ni los más ancianos tenían noticia de haberse cometido ninguno semejante en la ciudad, cuyos habitantes estaban hondamente indignados, horrorizados y abochornados de la triste e ignominiosa notoriedad que con aquella tentativa de asesinato iba a adquirir, entre las poblaciones del hemisferio, su ciudad natal.

—Dirán que los lotanos somos fieras.

—Dirán que en Lota nos matamos unos a otros.

—Que los hombres son cazados aquí a traición y a mansalva.

—No querrá venir ningún forastero, por miedo de morir asesinado.

—Nos mirarán como a salvajes.

—Y tendrán razón; Lota está deshonrada.

—No, eso no: esa maldad no puede ser obra de lotanos.

—Aol no puede tener aquí enemigos.

—Ni aquí ni en parte alguna.

—Esa es hazafia de la que sólo son capaces los hombres negros.

—Es verdad, es verdad: los asesinos no pueden estar entre los hijos de la luz.

—Nuestra es la culpa, por consentir la residencia en nuestras ciudades a esas perversas criaturas.

Las anteriores frases, al vuelo recogidas en corrillos y tertulias, demuestran la impresión que había producido el insólito crimen: lo mismo en el honrado pueblo de Lota que en sus clases altas y hasta en sus magistrados, acostumbrados a no entender, y aun eso poco, sino en litigios civiles, casi siempre resueltos por la buena fe, y el desistimiento de quien se convenía de estar equivocado.

Tal creció el convencimiento que achacaba la alevosa intentona a gentes del hemisferio negro, y a tal llegó la persuasión de los lotanos de la necesidad de hacer algo sonado, para dejar el nombre de la ciudad limpio de mancha, que a los dos días de salir de ella Aol y Sara eran expulsados de Lota todos los hombres negros residentes en ella: acto por su intención muy loable, pero muy impolítico, e inútil para castigar a los culpables, que aun siendo realmente hombres negros, como el instinto popular adivinaba, habían huido por propia voluntad al día siguiente de su frustrado crimen, llegando a Roni tres fechas antes de la del decreto de proscripción de sus hermanos, para salir de nuevo en dirección a Nifis el mismo día en que éstos se restituían a las sombrías regiones patrias.

Nífis era la población adonde desde Lota se habían trasladado Sara y Aol.

* * *

Además de sus baúles de equipaje, transportados en la bodega del "Ictiokino", que hacía el servicio de Roni a Nífis, donde iban embarcados los dos autores del atentado de Lota, llevaban éstos un maletín de cuero rojo que ni un instante dejaban de la mano uno u otro de los dos compinches, anotados en el registro de a bordo como corredores de joyas; de lo cual dedujeron sus compañeros de viaje que el maletín debía de contener muy valiosas alhajas.

Lo que de cierto contenía pronto lo hemos de ver, mas para ello conviénenos buscar al doctor Nul, desaparecido a raíz de su derrota en la Academia, de un modo tan absoluto, que no habría sido tarea fácil la de hallarlo en toda la redondez del planeta Venus, a no tener Ignotus a su servicio un duendecillo que, cuando los hombres negros se escaparon de Lota, se metió en el tornóspiro donde se iban a Roni; y allá llegados, los siguió hasta una de las más retiradas calles del barrio habitado por sus congéneres del nocto-hemisferio, entrando en pos de ellos en una casa donde, más bien que refugiado, estaba emparedado Nul, sin otra compañía que la de una vieja guisandera, a quien tenía terminantemente prohibido abrir la boca en su presencia.

El fracasado sabio era viejo, mas parecía viejísimo, más aún, decrepito, caduco, esquelético; a tal extremo, que a no ser porque de tanto en tanto relucían sus ojos con terrible brillo, en donde, a poder verlos, leería un alienista la demencia, habría parecido a cuantos lo miraran un fiel trasunto de la propia Muerte.

¿Cómo había caído el infeliz en tan mísero estado?

Se recordará que sus ansias de poseer a Sara, para utilizarla en científicos fines, había llegado a revestir carácter de monomanía, arrastrándolo a incorrecciones y a delitos, como el del rapto de ella y los narcotizamientos de los servidores de Aol, inconcebibles en un lumivenusiano, y de los cuales apenas era responsable; porque a ellos lo impulsó su vanidad de sabio, exacerbada en la lucha sostenida por el triunfo de las infalibles teorías hijas de su genio: infalibles para él, que se tenía por el primero de los genios: lucha en la cual todo podía y debía atropellarse en aras de la ciencia.

La contrariedad y los disgustos subsiguientes a la pérdida de Sara, valiosa *an-*

ma vili, ya de imposible utilización en los experimentos que había presumido le darian conclusiones categóricas para ultimar su obra, famosa desde antes de acabada, excitaron todavía más el sistema nervioso del anciano, con lo que la desequilibrada y febril ansia de acabar de todos modos aquel monumento de su ciencia y su gloria, y de acabarlo pronto, pronto, degeneró en idea fija, obsesionante e implacable; perturbándolo al extremo de conceder valor de científica prueba a su convencimiento pleno en los presupuestos resultados que debiera haber dado la proyectada experimentación: valor que no habrían tenido a no haberlos la experiencia confirmado. Así, dando por hechos reales sus preconcebidas opiniones, se puso a la faena de acabar el susodicho monumento, dando los últimos toques a la magna obra, y recreándose, una vez acabado el último capítulo, en la contemplación de generaciones y generaciones de zoólogos que su mente veía nacer en los tiempos por venir, y recorrer los campos de la ciencia, guiados por un resplandeciente faro, brillante en medio de ellos: tal faro era LA TEORÍA EVOLUTIVA DE NUL.

A punto estaba de enviar a la imprenta el manuscrito de su libro, inmarcesible por los siglos de los siglos, cuando recibió la citación para acudir a la Academia a escuchar la memoria de Mistres Sara Sam sobre las razas bimanas y cuadrumanas de los planetas Isia y Venus.

Con ser grandísima la consternación, y abrumante el bochorno, que sintió al ver que como sabía entre los sabios era reverenciada por los sabios de Laska la que él había clasificado como degenerada orangutana; no obstante conservar todavía el juicio suficiente para ver en ello la ruina de su crédito de eminente naturalista y sin par simiófilo, hundido bajo el peso de abrumador ridículo, aun fué mayor su espanto al oír la memoria de la conferencia; pues parecía como si una inverosímil fatalidad, hubiera ido sugiriendo a Sara, que, claro está, no conocía la obra transcendental de Nul, los más adecuados argumentos para invalidar, una en pos de otra, todas las conclusiones cuyo eslabonamiento constituía la desdichada Teoría Evolutiva, ya desacreditada antes de nacida.

El resplandeciente faro de los simiófilos de lo porvenir, se derrumbaba en un momento, y el malaventurado sabio contemplaba consternado sus escombros.

¿Pero cómo pudo Sara inpuñar obra de la cual no tenía noticia? Muy sencillo, tan sólo por obra y gracia de la casualidad; pues al desarrollar, en su discurso, los últimos

descubrimientos que, en la Tierra realizados, habían dado al traste con otra celebrísima teoría evolutiva, nacida siglos antes, pero con muchísima más ciencia que la de Nul, y la cual había intentado sostener que los padres de la especie humana no fueron Adán y Eva, sino un mono y una mona, o muchos monos y muchas monas, había pasado por ojo al Director del Pensionato Cuadrumánico.

Este que, al abrirse la célebre sesión estaba decidido a luchar con Mistress Sam, habiendo al efecto pedido al presidente un turno para impugnar, no lo que decía la memoria, pues él aun ignoraba qué diría, sino lo que decir pudiese, fuere lo que quisiese, se quedó de tal modo anonadado, después de oír a la conferenciante, que no atinó, según se ha dicho ya, sino a presentar su renuncia de académico; pues comprendió que cuanto intentara en su defensa no haría sino acrecentar la altura de su espantosa caída, desde la cumbre de la sabiduría al fondo de un abismo de estulticia.

Por si aun fuera poca la vergüenza que sobre él pesaba, en vez de limitarse la Academia a aceptar su renuncia le impuso la expulsión.

Puede suponerse el estado en que hombre como él, que ya no estaba en sus cabales, volvería a su pensionato. Dos horas llevaba allá sumido en un marasmo cercano al idiotismo, cuando le sacó de él el rugir de la plebe que asaltaba el edificio, para vengar la infamia tiempo atrás cometida en él, y por su Director, con la protegida de Aol, el ídolo del pueblo: con la que Len acababa de presentar a todo Lasga como hija del cielo, noticia que subió hasta las nubes la indignación del pueblo, y su deseo de hacer justicia expiatoria aunque fuera tardía.

El pobre sabio fué sacado a empujones a la calle; vió las llamas envolver el pensionato, y por milagro escapó vivo de puntapiés y bofetadas, que sobre él llovieron hasta que, para substraerse al fiero chaparrón, se tiró al suelo: donde ya lo dejaron tranquilo para acabar de destrozar el pensionato.

Comprendiendo que su razón ya no regía sino con intermitencias, dijese, en uno de estos lúcidos intervalos, que no sintiéndose con ánimos para volver a afrontar jamás la presencia de ninguno de sus colegas, ni de sus antiguos conocidos, y no teniendo hogar en donde recogerse, sólo un refugio, oculto a todos, como él lo apetecía, le quedaba en una casita de su propiedad, situada en Roni. Allí se iría sin decirselo a nadie, para que todo Lasga creyera que había perecido en el incendio de su pensionato, ¡más le hubiera

valido!, o que la tierra se lo había tragado.

Pero como ni la paliza recibida le permitía andar, sino renqueando a duras penas, ni menos ponerse, desde luego, en camino, pensó que, en tanto pudiese emprender el viaje, necesitaba un techo para cobijarse y alguien que lo cuidara, acordándose entonces de la casa de los hombres negros, cómplices suyos en el rapto de Sara: únicas personas ante quienes tendría valor de presentarse sin morirle de vergüenza.

Y allá se fué en un auto de alquiler, y allá lo recibieron, comprometiéndose a tenerlo en la casa mientras se repusiera del magullamiento del vapuleo, no grave, mas sí gordo, que el pueblo le había propinado: censurable desmán, pero que, al no pasar a más, constituía fehaciente prueba de la ingénita bondad de los heliovenusianos, que en vez de apuñalar, ahorcar o arrastrar, cual en la Tierra suele el populacho a los infelices que por sus víctimas elige en los motines que promueve, se había contentado con dar a Nul unas cuantas docenas, o aun cuando fueran centenares, de cachetes, puntapiés y repelones; y a la verdad no muy crueles, pues, no por fuertes, sino por numerosos, lo dejaron maltrecho.

No solamente en esta relativa moderación se manifestó la buena pasta y la honradez de los lasgueños, pues al arrasar el pensionato, tirando los muebles por los balcones y haciendo cuantas barbaridades son propias de las ciegas venganzas de las muchedumbres, y al descerrajar unos armarios, antes de echarlos a la calle, encontraron los grupos en el despacho de Nul muchas y voluminosísimas carpetas, de las cuales unas contenían notas, estudios, apuntes de carácter científico, y el manuscrito de la magna teoría evolutiva, mientras en otras se encontraba la no escasa fortuna del sabio profesor, toda en títulos y bonos de la Deuda pública, en acciones y obligaciones de diversas empresas, y en un respetable fajo de billetes de banco: en total, por cima de dos millones y medio de *pos*. Todo esto fue excluído de la hoguera (donde echaron cuanto olía a ciencia) y entregado, sin que faltara un *po*, a la autoridad; meritisíma acción, pues no siendo en Venus nominales, sino pagaderos al portador, todos los títulos representativos de valores, podían aquellas gentes repartírselos sin correr ningún riesgo.

No siendo Nul habido en parte alguna, averiguó la autoridad en qué banco tenía su cuenta corriente, donde ingresó, a su nombre, los citados valores, con tal actividad, que a los dos días de la quema del pen-

sionato, insertó el susodicho banco, en los periódicos de las ciudades principales, un aruncio donde se hacía público que, por ignorarse el paradero del Doctor, se le daba aviso en dicha forma, o, de haber fallecido,

se notificaba a sus herederos que, por efecto de la entrega en su cuenta hecha por la Policía, ascendía el saldo a su favor, en la corriente que tenía abierta en dicho banco, a la cantidad de 2.783.404 pos.

XII

EL ARTERO COMLOT DE UN LOCO Y DOS BANDIDOS

El primer cuidado de los hombres negros tan pronto dieron hospitalidad, desnudaron, acostaron y bizmaron al trastornado y vapuleado viejo, fué registrarle los bolsillos (pues así entendían ellos la hospitalidad), hallando una cartera en ellos, con seis mil pos en billetes y un libro de cheques en blanco del banco donde tenía Nul su cuenta corriente. Pero dos días después, leyendo el diario de Lasga, tropezaron con el noticia de la hermosa cantidad a que montaba el saldo de tal cuenta, y al leerlo dijo a su compañero el hombre negro, que leía en voz alta:

—¡Ohico! ¡Si fuéramos nosotros!...

—¿Si fuéramos?... ¿El qué?...

—Los herederos de ese viejo guillado. ¡Vaya un negocio!

—Mucho mejor que el que pensábamos; porque al lado de eso los seis mil pos de la cartera, son una porquería.

—Claro que lo son... Pero eso lo tenemos ya, mientras lo otro mal podremos heredarlo no siendo parientes de él.

—Quien sabe... Si le obligáramos a hacer testamento en favor nuestro... Como está chocho y además muerto de miedo...

—No va a ser fácil eso... Además, puede tener el mal gusto de vivir muchos años, y entonces, o tendríamos que aguardar hasta quién sabe cuándo o sería preciso quitarlo de en medio: lo cual tiene sus quiebras, pues si nos descubrieran no podríamos gozar en paz la herencia. Es mejor explotar el filón de otra manera, empezando por hacerle tener confianza en nosotros. Pero para eso lo primero es volver a meter la cartera en el bolsillo para que no la eche de menos cuando se levante. Después lo llevaremos sano y salvo a Roni, sin volver a pensar en el desgraciado accidente que le iba a ocurrir en el camino, para que no pudiera volver a acordarse de los seis mil pos. Bien mirado, es muy poco dinero por la vida de un tío que tiene cerca de tres millones.

—Eso, sí, Jum; pero más vale pájaro en mano, porque los millones sabe Dios...

—Eres muy bruto, Zon: seis mil pos, no: seis mil, no, tres mil para ti y tres mil para mí no valen la pena de asesinar a nadie. Es muchísimo mejor ganar *honradamente* mucho más, que él no nos regateará si le servimos bien.

—No nos regateará... ¡Qué sabes tú!

—Cuando lo digo es porque lo sé; porque le he oído qué se yo cuantos desatinos de aquella que robamos, porque está loco perdido, y... porque yo me entiendo...

—Tú te entenderás; pero si en la cartera no tiene más que seis mil pos, y no va a poder cobrar esos millones, pues dice que no quiere que nadie más que nosotros le veamos la cara, porque quiere que lo crean muerto, ¿de dónde va a sacar el dinero para dárnoslo, por mucho que tenga?

—¿Ves si tenía yo razón en llamarte bruto? Tienes delante tres millones, y ni los ves siquiera. ¿No has reparado en un cuadernito de hojas azules que hay en la cartera?

—Sí, pero no sé lo que es eso.

—Pues un libro de cheques del banco. Fone Nul en una hoja cien mil pos; la firma, te la da, te vas al banco y te pimplas los cien mil, que te pagan en cuanto enseñas la hojita: que pone doscientos mil, igual: que pone un millón, lo mismo.

—¡Qué atrocidad! Eso no puede ser...

—Bueno...

—¿Estás seguro, Jum?

—No he de estarlo: como de que estás ahí.

—Bien, pero... Pero es él quien tiene que ponerlo, ¿verdad?... Porque si fuera igual que lo pusiera otro, sería muy sencillo, porque teniendo nosotros el librito...

—No, hombre, no; ponerlo no podemos: es decir, ponerlo, sí; pero la firma la tiene que echar él. En esto está el busilis de mi plan, porque con ese tío guillado todo está en sacarle las firmas sin que sepa lo que hace.

Pocos días después de la anterior conversación estaba Nul instalado en su retiro de Roni. Jum y Zon trasladaron asimismo sus reales a la misma población, aun cuando por lo pronto no hubieran de ser largas sus estancias en ella; pues las faenas en que iban a emplearse los habían de obligar a viajar mucho.

Para explicar la causa de estos viajes preciso es dedicar unos párrafos a Nul, cuya razón, ya anteriormente vacilante, no pudo resistir el doble golpe que sobre el saqueo del pensionato, la paliza, el susto de ella y la pérdida de su obra, le dieron la lectura en la *Gaceta* de la invalidación de su título de doctor, por sentencia de la Universidad, y la noticia por Jum comunicada de que a él y a ellos los buscaba la Policía para echarles la zarpa por la fechoría del palacio Aol.

La demencia, que ya entonces por completo se apoderó de aquel quebrantado cerebro, fué de las más terribles, por consistir en una obsesión fija de carácter persecutorio, sin perturbar su inteligencia en cuanto no se refiriera a su obra, a Sara y a Aol, y pareciendo un hombre cuerdo, aunque misántropo y huraño, al discurrir y hablar sobre otros asuntos.

La idea fija era ver en Aol y Sara una pareja de orangutanes, sus antiguos favoritos en el pensionato, a quienes la educación excepcional en él recibida les había desarrollado la inteligencia en términos de hacerlos capaces de alternar con los hombres cual si hombres fueran: un verdadero milagro de la ciencia realizado por él con aquellas bestias, corroborando así prácticamente sus teorías sobre la evolución de los antropoides hasta tornarse en hombres: tanto que, cuando pagando con negra ingratitud los beneficios de su maestro, se fugaron juntos del pensionato y tuvieron la avilantez de presentarse ante las academias científicas, los tomaron éstas por criaturas racionales.

Después habían prendido fuego al pensionato para ocultar el inicuo robo del manuscrito de la monumental obra de Nul, que los muy ingratos estaban estudiando para publicarla como propia y robarle la inmortalidad.

Para quien la había escrito, sólo cuestión de tiempo era rehacerla; pero esto requería muchos meses, tal vez años, y por eso se pasaba él la vida, en su casa de Roni, escribe que te escribe, sin soltar la pluma sino para dormir escasísimas horas; pues ni a las de comer la dejaba de la mano, escribiendo con una mientras con la otra se metía en la boca los manjares, sin enterarse de lo que comía.

Pero esto no atajaba el grave riesgo de que, teniendo ellos en su poder el primitivo original, se adelantaran a publicarlo, ni él se substraía a la persecución encarnizada de que lo hacían objeto: achacándole crímenes creídos por la estúpida Policía, que lo buscaba por secuestrador y por envenenador, cuando él no había matado a nadie y en su vida había robado dama alguna, sino una pobre mona. Y la Policía no lo defendía contra ellos, por ignorar que ellos eran los verdaderos criminales, que ya habían intentado asesinarlo repetidas veces en su propia casa de Roni; pues no había día que no creyera y no jurara el infeliz estar a punto de morir a manos de pagados asesinos.

De aquí que, no pudiendo denunciar estos hechos, pues hacerlo sería descubrir su retiro para que lo prendieran las autoridades, engañadas por sus enemigos, no tenía más remedio que defenderse por los mismos medios contra él empleados en la traidora guerra que le hacían las dos perversas bestias; es decir, sacrificándolas. Nul no decía asesinandolas, pues tal vocablo no conviene sino a los racionales, y como ni Aol ni Sara lo eran para él, empleaba el otro.

Tal es la explicación de porqué al verse de nuevo en relación con sus antiguos cómplices, los hombres negros, decidió emplearlos en seguir a Aol y a Sara como la sombra al sol, en busca de ocasión de asesinarlos.

Aun cuando Nul se mostraba generoso con Jum y con Zon, aquello no era lo que el par de tunantes habían esperado cuando creyeron serles fácil hacerle firmar, sin que se percatara de ello, cheques en blanco o por muy crecidas cantidades; pues como en cuanto no afectara a su manía persecutoria, Aol, Sara, las razas cuadrumanas y su célebre libro, discurría bien, Jum no lograba, aun cuando listo, darle gato por liebre: teniendo él y su cómplice que resignarse a ganar a fuerza de picardías lo que el viejo les daba.

—Si en vez de ese librejo, con las hojas que nada valen mientras él no las firme, tuviera ese pelele en su casa el dinero—decía Zon—, poco iba a durar esto, pocos viajes iba a hacer el hijo de mi madre y pronto se acababa esto de andar expuesto a todas horas a que en cualquiera de estas intencionas nos atrape la Policía.

—Por eso no pases cuidado: como en esta tierra son todos tontos y se asustan de quitar nada a nadie, o a un prójimo de en medio, los policías, que nunca tienen que perseguir gente como nosotros, no sirven sino para lo que hacen toda su vida: vigilar la

velocidad de los autos, impedir a los vendedores molestar voceando las mercancías, cuidar de la limpieza y el riego de las calles cuando no hay tránsito, mientras la gente duerme; pero para cazarnos a ti y a mí llegarán siempre a todas partes después que ya nos hayamos marchado, a menos que trajeran policías de nuestro oscuro mundo, que saben ver más que ellos. Pero como eso no se les ocurriría hasta que tú y yo tuviéramos aquí muchos imitadores, no pases miedo.

—Bueno, bueno; pero aunque no sea eso, la verdad es que este ajeteo que traemos...

—Bien te lo pagan... Con tus planes estarías peor, pues de los tres mil pos de la cartera, con que te contentabas, a esto de ahora, hay alguna diferencia.

—Eso, sí; pero ese vejete cicatero debía darnos de una vez un pico gordo... ¿Porqué no ajustas antes del primer viaje lo que le va a costar que lo libremos de ésos, y se lo pides por adelantado, cuadrándote en que si no es así no nos movemos de Roni.

—Porque ya lo he intentado, con la idea de cogerle los cuartos y largarnos con ellos sin molestar más a esos señores, que nada nos han hecho.

—¿Ah, sí?

—Claro: así hacíamos nuestro negocio, y de paso una buena obra. Y a Nul le quitábamos un remordimiento para el día de mañana.

—¡Ja, ja, ja!

—Le pedí un millón. Ya ves que estuve generoso, dejándole a él millón y medio; pero, loco y todo, se comió la partida, y me dijo que nos subía la paga por las molestias de la caza; que el millón nos lo daría, pero no cuando nosotros le dijéramos que el golpe estaba dado, sino cuando en los periódicos leyera él la noticia. Ya ves que habiéndonos fallado lo de Lota, no hay más remedio que embarcarse para Nifis a ver si tenemos más suerte con el regalito que el viejo está preparando con todas esas cosas raras que nos ha hecho comprar.

Como Jum había dicho, desde la víspera de la recién reseñada conversación de los bandidos a sueldo de Nul, estaba éste atreadísimo en una faena muy delicada, empleando en ella unas cuantas substancias químicas, varios aparatos de laboratorio, resortes, ruedas y herramientas que, adquiridas a la vez, en un mismo lugar, por una misma persona, habrían despertado vehementes sospechas de que pudiera hacerse de todo ello un mal uso; pero como además de tener la malicia peculiar a casi todos

los locos, no por estarlo había Nul dejado de ser sabio, no desbarrando sino en el punto concreto de su manía única, tuvo buen cuidado de hacer que todos aquellos artefactos e ingredientes fueran comprados por Jum, Zon y la cocinera en comercios entre sí muy distantes.*

Después de varios preliminares trabajos de mecánica para acoplar dentro de una caja de madera varios muelles y ruedas, un escape de éncora y un martillito, y de ensayar tres o cuatro veces el funcionamiento del complejo mecanismo resultante, echó a la calle a la cocinera, se instaló en la cocina, convirtiéndola en laboratorio químico y preparó un poderoso explosivo, la *trilita*, de tremenda potencia, pero de empleo tan exento de riesgos cual es posible en manipulaciones de esta índole, por ser muy estable, o sea muy difícil de descomponerse. Como cebo determinante de la explosión en que quería usar la trilita, decidió emplear el terrible fulminato de plata (1).

(1) Mientras la ciencia no llegue a resolver el problema de obtener la desintegración instantánea de la materia de los cuerpos radiactivos, que en la naturaleza se verifica con extraordinaria lentitud de millares de años, no será el hombre dueño de la inconcebible fuerza de las *explosiones físicas*, que es de esperar sean en venideros tiempos la gran palanca de la industria humana; y de desear no se conviertan en instrumentos de guerra; aun cuando es verosímil que el inmenso poder de tales explosiones, ante las cuales nada podrá resistir, será el mejor antídoto de guerra: pues junto a ellos parecerán juguetes de niño la nitroglicerina, la melinita, la lidita, la trilita y demás itas que hoy asustan a las gentes.

Pero mientras los físicos no resuelvan el problema de *deshacer* (deshacer, entiéndase bien, no transformar) la materia de los cuerpos reduciéndolos a la nada, la artillería, la pirotecnia, y la minería, han de resignarse a emplear las explosiones químicas, que mediante combustión punto menos que instantánea transforman los cuerpos que las producen en otros gaseosos que, por su violenta expansión en el cambio de estado, aumentada por la dilatación que el calor comunica a tales gases, es la causa de la fuerza rompedora de las explosiones.

Los explosivos químicos son, pues, en general, *mezclas inestables* de cuerpos, propensas a cambiarse rápidamente en *combinaciones estables* (los gases y los residuos de las explosiones). Pero dentro de la inestabilidad hay grados, y en modificarla de modo que garantice que el estallido no sobrevendrá impensadamente por accidente o por descomposición espontánea ocasionada por el tiempo o los agentes exteriores estriba la ciencia de los fabricantes de explosivos estables; es decir, de *seguridad*, que sólo estallen, cuando se desee, por la acción de otro explosivo, llamado fulminante o cebo, por una corriente eléctrica, por una fortísima percusión, o por varios de estos medios combinados.

Pero la solución de este problema es cosa insegura y expuesta a terribles sorpresas y catástrofes.

Entre los explosivos más potentes y a la par más estables, puede señalarse la *trilita*, que para sus criminales propósitos escogió, o inventó, el

Para ello realizó operaciones que no hemos de detallar, pues quien quiera fabricar infernales explosivos sin correr peligro (mejor dicho, aminorándolo, pues suprimirlo es imposible) de ser primera víctima de sus criminosos propósitos, tómese el trabajo de estudiar química y corra el albur de salir volando por los aires, como Nul lo corrió, y grande, por operar en un laboratorio improvisado, en el cual no cabía tomar las precauciones usuales en fábricas bien montadas, donde, a despecho de ellas, de cuando en cuando se producen también espantosas catástrofes.

Una vez preparados dichos explosivos, los metió Nul en la caja, previamente terminada, y cuyas dimensiones eran quince centímetros de largo por ocho de ancho y diez de alto; encerró ésta en otra, cinco centímetros mayor en todos sentidos, y relleno los vanos entre las paredes de ambas con algodón en rama.

De la caja más pequeña sobresalía una varilla, no redonda, sino de sección cuadrada, cuyo extremo llegaba al costado de la caja exterior, enfrente de un pequeño orificio practicado en la tapa de dicho costado, por el cual se veía la cabeza del cuadrado. Este servía de eje a un fuerte resorte de relojería sobre él arrollado, y el cual se montaría cuando fuera preciso poner en marcha el mecanismo, dándole cuerda con una llave de las dimensiones del cuadrado, que Nul entregó a Jum diciendo:

—Al colocar la caja no tenéis sino dar a la llave todas las vueltas que podáis mientras no halléis resistencia fuerte, y marcharos tranquilos; pues la cuerda está perfectamente calculada para que el percutor que ha de incendiar el fulminante no caiga sino seis horas después. No tenéis, por lo tanto, que tener otro cuidado, según indica esta hoja escrita, que colocar la caja una o dos horas antes de la en que ellos acostumbren retirarse a dormir.

—Bueno, pero nosotros ¿estaremos segu-

doctor Nul, aun cuando en la Tierra estaba inventada y ya se fabricaba desde principios del siglo xx, y con gran éxito, en la fábrica de pólvoras de Granada, y cuyo nombre técnico es *trinitro-metilbenceno*.

La fuerza de este explosivo es terrible: cantidades relativamente pequeñas de él bastan para volar un acorazado, un edificio, grandes masas de tierra; y tiene la ventaja de que puede impunemente ser golpeado con un martillo; pues para que estalle necesita que en su seno se inflame un *detonador*: ordinariamente de fulminato de mercurio en muy pequeña cantidad (cuatro decigramos en los cebos de las granadas rompedoras del General Aranz).

Nul prefirió para cebo de su máquina infernal el fulminato de plata, todavía más violento que el de mercurio.

ros mientras llevamos eso de aquí a Nifis y hasta que lo pongamos donde sea preciso? —preguntó Zon muy receloso.

—Completamente seguros: el explosivo principal es tan estable, que no puede estallar sino por la explosión del fulminato, y éste, a su vez, necesita recibir el golpe duro del percutor, que el movimiento de relojería hará caer al cabo de las seis horas...

—Entonces ¿para qué ha puesto usted esos algodones?

—Solamente para apagar el ruido del tic-tac del reloj y evitar que su ruido les llame la atención... Para que la caja se os disparara por accidente sería preciso que recibiera un golpe, no fuerte, sino violentísimo, y con un gran peso, capaz de romper el fortísimo muelle del seguro del disparador. De tales golpes os es bien fácil preservar la caja en el camino, llevándola a la mano, en vez de enviarla con el equipaje a la bodega del *ictiokino*.

—Sí, usted dirá lo que quiera, porque se queda aquí, mientras nosotros nos vamos por esos mundos con ese huésped peligroso en la maleta.

—Mira, hombre, mira—dijo Nul, dando puñetazos en la caja para tranquilizar al bandido—. ¿Ves como no hay peligro?... Como no dejen caer de golpe encima veinte o treinta kilos no se romperá el resorte.

—Es que nadie sabe lo que en el mundo puede suceder: hay quien se muere de un tejazo—contestó Jum, en realidad tranquilizado por los puñetazos con que el loco aporreaba la caja sin que se disparara.

Pero queriendo sacar partido de la situación, agregó:

—No digo que no tengas razón; pero Zon, que es muy terco, dice que él no se mete en un fregado tan peligroso como ese sin que la paga vaya por delante, y que si antes de embarcarse no le das el cheque...

—¿El cheque de un millón?

—No, de medio: el otro medio es mío; pero yo digo lo que él: que no expongo la vida sin la seguridad de...

—De que en cuanto tengáis el dinero en el bolsillo tiraréis en cualquier parte la caja que tanto miedo os da, y os iréis adonde yo no os vea el pelo.

—¡Señor Nul!

—Cuanto más miedo os dé más ganas tendréis de tirarla, y yo menos seguridad si os pago por adelantado.

—Eso es ofendernos, tomarnos por gentes sin conciencia—replicó Jum haciéndose el escandalizado, mientras pensaba: fíese usted de locos; por cuerdo que estuviera no habría podido conocernos mejor las intenciones.

—Nada: ya he dicho que la paga entera no la entrego hasta tener certeza de que están muertas esas perversas bestias que ayer mismo, estando yo en la cama, han intentado asesinarme: con ésta ya van once tentativas desde que estoy en Roni.

Al ver al doctor disparado en tal rumbo, comprendió Jum que sería inútil hablarle ya de nada; y le dejó despotricando solo.

Unas horas después de pasado el acceso volvió Jum, acompañado de Zon; y aun no consiguiendo el anticipo deseado, sacaron como propina, a tocateja, cheques al portador de 50.000 pos por barba contra el Banco de Lasga, que inmediatamente se fueron a endosar al de Roni: donde sin otra dilación que la necesaria para recibir de Lasga contestación telegráfica diciendo que el doctor Nul tenía en su cuenta saldo a favor por cima de los cien mil pos, los hicieron efectivos.

Al día siguiente tomaban los dos bandidos el ictiódino, que a ellos y a su maletín había de llevarlos a Nifis, donde los tres llegaron sin novedad ninguna.

* * *

En una ciudad donde no se conocen ladrones ni asesinos; donde las puertas, según sabemos ya, carecen de llaves y cerrojos; donde nadie desconfía de nadie, fácil les fué a los hombres negros colocar la caja explosiva en las habitaciones ocupadas por Aol y Sara en el Hotel de la Marina, donde, elegantísimamente vestidos, y con nombres supuestos, fueron a hospedarse los dos facinerosos.

Véase cómo prepararon su infame obra.

En primer término, se enteraron de cuáles eran las habitaciones que, en la parte más lujosa del edificio, ocupaban sus presuntas víctimas, y de que dichas habitaciones abrían a una amplísima galería-invernadero llena de arbustos cuajados de flores y bastante alejada de los alojamientos de Jum y Zon. Como esto no convenía a sus planes, hizo llamar Jum al encargado del hotel, diciéndole, cuando acudió, que no estando satisfechos de sus alojamientos necesitaban otros que fueran aceptables para personas de su clase.

Disculpóse el fondista alegando que por estar el hotel abarrotado de gente no tenía otras desocupadas, a no ser en el departamento de gran lujo, que por su elevadísimo precio no solían ofrecerse a los viajeros llegados sin previo aviso de que se les reservan.

Hízose Jum el ofendido de que al verlos no hubieran conocido que ellos no podían

alojarse donde se alojan los pelagatos. Dándose aire de gran señor recibió las excusas del atortolado fondista; y después de hacerse enseñar dos departamentos de los situados en la citada galería-estufa, eligió uno compuesto de un saloncito con dos alcobas, haciendo trasladar a él su baúl y el de Zon, sin consentir a los camareros tocar el maletín de las joyas, que por sus manos trasladó.

Las puertas de las habitaciones de Aol quedaban a ocho o diez metros de las de los bribones, a quienes contrarió no hubiera entre los dos departamentos otra de comunicación interior que poder forzar; pero a falta de ella, se ingeniaron según va a verse.

Como ya ha sido dicho que en Venus se considera acto inmundo la comida, a nadie sorprenderá que en los hoteles no haya comedores al estilo de los nuestros, ni que, haciéndose el servicio desde las rotondas, con separación individual, no sea allí posible que cada huésped llegue a una mesa, o más bien a su *refectorio personal* a la hora que le plazca; pues jefes de cocina, de comedor y camareros perderían la cabeza con los incesantes repiques de los quinientos timbres de otros tantos consumidores pidiendo cada uno lo que quiere y cuando le place sin orden ni concierto. Para evitarlo es indispensable que todos los comensales, si así cabe llamar a quienes comen en distintas mesas, coman al mismo tiempo de cada uno de los platos de la lista, servidos a tóques de carraca, regulados a intervalos de antemano fijos, atendiendo al tiempo que en consumir un plato invierten las personas de más despacioso comer. Y quien sea todavía más posma ha de avivarse o aguantarse.

Las comidas se sirven, pues, en los hoteles a horas absolutamente fijas: con lo cual no queda durante ellas ni una rata en habitaciones ni pasillos; salvo los camareros y camareras de guardia en éstos y en las antesalas.

Al llamar la carraca a la segunda comida de aquel nipo estaban Jum y Zon sentados junto a un velador de la galería-invernadero, en acecho de Sara y Aol, a quienes poco antes habían visto llegar de la calle y salir nuevamente de sus habitaciones para ir al comedor, al minuto de sonar la llamada, de la que, continuando donde estaban, no hicieron caso los dos granujas; y contestando al mozo de servicio en la galería cuando se acercó a ellos preguntándoles si no habían oído el aviso, que no bajaban al comedor por haber ya comido fuera.

Después de dar esta contestación ordenó Jum al mozo que fuera al gabinete de lectura a buscar y traer los periódicos de Lota y de Lasga.

—No se puede, señor: está prohibido sacarlos de allí...

—Pero no a esta hora, que todo el mundo está en el comedor y nadie ha de ir a leerlos.

—Verdad es, pero...

Las vacilaciones del camarero cesaron gracias a una buena propina de Jum, que en cuanto lo vió alejarse se metió a la carrera en sus habitaciones, mientras Zon se quedaba sentado y canturreando una canción que no interrumpiría a menos de ver venir a alguien por la galería: con objeto de que la cesación del sonsonete sirviera de aviso al otro de que no estaban solos.

Como el gabinete de lectura donde había ido el camarero se hallaba lejos, como todo el mundo estaba en el comedor, y como Jum, se daba mucha prisa, tuvo tiempo éste de salir de su cuarto, llevando en la mano la caja preparada por Nul, sin que su cómplice hubiera tenido que interrumpir el mosconeó; y sin perder instante entró en el departamento de Aol y Sara: no tropezando con la menor dificultad, pues en aquel bienaventurado país, en donde todo el mundo es bueno, sirve un llavín para todas las puertas de un hotel. Cuando salió de nuevo a la galería tampoco había tenido Zon que interrumpir su canturía: nadie había visto, por lo tanto, las entradas y salidas de Jum.

—¿Ya?—preguntó el otro.

—Ya—contestó él.

Dos minutos después llegó el criado con los periódicos pedidos. Los dos tunantes se pusieron a leer, en espera del regreso de Aol y Sara; pues conocían su costumbre de pasar un rato en la galería-vernadero después de la comida: bien de conversación, bien jugando a una especie de tresillo venusino con dos amigos de aquél, residentes en Roni y muy fuertes accionistas de la Compañía Teloscilográfica, que a diario venían a hacerles la partida antes de acostarse.

Mas no sabían los bribones que el presi-

dente y la directora de la citada empresa habían sido aquel día invitados a un concierto en el Ateneo Roniano, adonde fueron al acabar de comer, por lo cual no subieron a la hora de costumbre.

—¿No vendrán hoy, Jum?

—Qué sé yo. También sería mala suerte... Ya lleva una hora andando el reloj de la máquina.

—¿Para cuánto tiempo tiene cuerda?

—No te acuerdas que el vejete nos dijo que durará seis horas, para darles tiempo de comer y acostarse y para que la explosión los coja bien dormidos.

—¿Y estás tú muy seguro de las cuentas del loco?

—¿De qué cuentas?

—De las del tiempo que tardará en llegar el zambombazo... Tendría poca gracia que estándonos aquí muy tranquilos, creyendo que todavía faltan cinco horas, nos cogiera el zurrío descuidados y fuéramos nosotros los que saliéramos volando espanzurrados.

—¡Caracoles! ¿Sabes que puede ser que tengas razón? No había pensado en eso; pero, por sí o por no, lo mejor es largarse de aquí sin perder un minuto.

—De aquí y de Roni.

—Eso, no; de aquí nos vamos ahora mismo, pero de Roni yo no salgo sin saber si hemos ganado el millón del viejo... Sería una triste gracia que esos no volvieran al hotel a tiempo de disfrutar de nuestro regalito.

—¡Bah! Déjalos... Para lo que vale lo que tienen dentro... Y que como esto puede no dar espera, tenemos que marcharnos a la francesa, y sin pagar el hospedaje...

Cinco minutos después estaban los dos al otro extremo de la vasta Plaza de la Marina, que da nombre al hotel, sentados en un banco público, desde donde vigilaban la puerta de él, para ver si regresaban Sara y Aol; y en vista de su demora, temerosos de oír, antes de que volvieran, la explosión de la caja que en su cuarto los estaba esperando: que, por lo oído al viejo demente, pensaba Jum podría muy bien hacer volar el edificio entero, o, cuando menos, buena porción de él.

XIII

EL SEGUNDO ATENTADO

Cuando en un automóvil abierto llegaron Sara y Aol a la plaza donde Jum y Zon esperaban su llegada, hacía ya más de cuatro horas que estaba en marcha el aparato de relojería de la máquina infernal que los últimos habían dejado en las habitaciones de los primeros, que, en su auto, pasaron muy cerca de los hombres negros, quienes, al verlos, dieron un suspiro de satisfacción, pues iban ya temiendo que no regresaran.

—Chico—dijo Jum al verlos apearse a la puerta del hotel—; ahora se me figura que son nuestros los monises del pelele, porque si no se chifló en la duración de la cuerda, ya no falta sino hora y media larga para aquello. Mira, ya se han apeado, ya entran.

—Entonces nosotros nos marcharemos.

—No; yo no me voy de aquí hasta el finar: quien ha esperado lo más, bien puede esperar lo menos... Pero mira, para ganar tiempo, ve tú, entretanto, a tomar billetes para el tornóspiro que más pronto salga; porque no hay ictiókino para Roni sino hasta dentro de tres días, que no veo necesidad que pasemos en Nifis, pues así que esté dado el golpe, lo mejor es *ahueccar* de aquí lo más pronto que podamos.

—Bueno; pero, ¿qué tornóspiro? ¿Para dónde?

Ya te he dicho que el primero que salga; para cualquier parte: lo urgente es poner pies en polvorosa, por lo que pudiera suceder, pues ya sabes que en Lota conocieron en seguida que aquello era una faena de hombres negros; y si aquí piensan lo mismo, que ya me huelo que lo van a pensar, y se le ocurre a alguien preguntarnos quiénes somos y de dónde venimos, cosa muy en su punto tratándose de forasteros, no tengo gana maldita de contestar la pregunta.

—Sí, sí; tienes razón.

—Después, donde el tornóspiro nos deje, podremos tomar pasaje para Roni.

—Pues aguárdame aquí, que pronto vuelvo.

* * *

Aol y Sara habían tenido una jornada atareadísima, así que, en vez de charlar un rato, antes de acostarse, cual era su costumbre, se retiraron inmediatamente a sus respectivos dormitorios.

Una vez en el suyo, corrió Sara los oscuros y dobles cortinajes de las ventanas para impedir la entrada de la fuerte claridad exterior, molesta para dormir; se desnudó rápidamente, en la suave penumbra en que quedó la alcoba, y se tendió en la cama, con muchas ganas de dormirse pronto, pues estaba rendida.

Pero en cuanto dejó ella de moverse y el lecho de crujió, percibió en el silencio reinante en el hotel, donde a aquella hora dormía todo el mundo, un leve, pero insistente, acompasado y monótono ruido.

—Cualquiera diría—pensó—que hay por ahí un reloj de bolsillo como los de la Tierra...

Si seré tonta: el mío.

Es raro: por primera vez, desde que duermo en esta habitación, lo oigo hoy desde la cama...

Será que hasta hoy no me he fijado en ello: como es tan suave...

Han de advertirse dos cosas: primera, que los relojes venusinos no son de escape de áncora, sino regulados por volantes pequeños de giro, no alternativo, sino continuo, que no producen el tic-tac de los nuestros; y segunda, que el oído de Sara, muy fino, ya en el mundo en donde había nacido, era inverosímilmente agudo en comparación de los oídos de los hijos de Venus, organizados para oír ruidos que, engendrados por vibración de un aire más denso que el de nuestra atmósfera, adquieren, a igualdad de naturaleza, superior sonoridad: de suerte que el percibido por ella desde la cama, como muy tenue, habría sido en absoluto imperceptible para cualquier oreja venusina.

Pasó un rato en que, sin conseguirlo, intentó dormirse, dando vueltas y vueltas en la cama, y diciendo:

—A ver si con esta tontera me desvelo precisamente el día que tengo más sueño.

—Nada, que no me duermo... No voy a tener más remedio que sacarlo del bolsillo y guardarlo entre la ropa dentro del armario.

Al decir esto saltó de la cama, sacó su cronómetro del bolsillo del pecho de la cha-

quetilla, que media hora antes había colgado en una percha; y una vez ejecutado lo pensado, cerró el armario y retornó a la cama, diciéndole a los pocos momentos de tendida en ella:

—¡Sigue sonando! ¡No era el mío!... Bueno; pues, sea el que quiera, me tiene sin cuidado: a dormir... Sí, pero no me duermo.

Cuidado si son tontos los nervios cuando se ponen tontos; ¡cuántas veces no me habré dormido con el reloj en la misma mesa de noche, a la cabecera de la cama! Y hoy, esta maldita curiosidad, por una bobada que nada me importa, no me deja conciliar el sueño... Esto es estúpido; llevo perdida más de una hora.

Maldita curiosidad... ¿Quién podrá tener aquí un reloj de la Tierra?... Sí, poniendo atención, lograra averiguar de dónde viene el ruido—al decir esto se incorporó—. Parece venir de la derecha; no, ahora viene de la izquierda: lo mejor es recorrer la habitación para ver en dónde se oye con más fuerza, porque que es un reloj no cabe duda.

Saltando de la cama, recorrió la alcoba, deteniéndose en diversos sitios, aplicando el oído a las paredes, subiéndose a una silla para ver si el tic-tac procedía del techo, y tendiéndose en el suelo hasta poner el oído en él.

Al hacer esto último observó que entonces era cuando oía más claro el ruido; y como, de otra parte, sonaba tanto más débil cuanto más se alejaba de la cama, volvió a encontrarse junto a ella al final de la pesquisa; y al bajarse para aplicar allí el oído al suelo, dijo antes de llegar a hacerlo:

—Es aquí, no cabe duda; aquí es donde más fuerte suena; debe de estar debajo de la cama—. Y al alzar las ropas que del lecho pendían, agregó: —Pero no se ve gota.

Fué a la ventana, descorrió las cortinas, y al volver y mirar debajo de la cama, vio la caja que cerca de seis horas antes había puesto allí Jum, que en el banco de la plaza, y en aquel mismo momento, miraba alternativa y ansiosamente su reloj y el hotel; pues faltando tan sólo ocho minutos para las seis horas prefijadas por Nul, esperaba impaciente la explosión que había de hacerle rico, diciéndose, mientras llegaba aquélla, que en cuanto lo fuera, le convenía dejarse de aventuras para hacerse hombre honrado.

Para cerciorarse de si efectivamente procedía el ruido de aquel cajoncito, se metió Sara a gatas debajo de la cama; y al hacerlo, y adquirir tal certeza, lo cogió y lo sacó afuera, preguntándose, sumamente perpleja,

quién, porqué y para qué habría puesto aquello debajo de su cama; y si bien para el quién y el porqué no halló respuesta, el para qué le apareció clarísimo al ver el agujero de la tapa, y en el centro de éste el cuadrillo de la cabeza del eje donde estaba montado el resorte de la cuerda; pues se acordó inmediatamente de otros análogos ingenios que, si nuevos en Venus, son muy frecuentemente usados en la Tierra, desde remota fecha, por criminales asociaciones secretas para matar con ello a mansalva.

Pensó vestirse con toda rapidez y llamar a Aol; pero inmediatamente reflexionó que él y ella habían estado fuera de sus habitaciones no pocas horas, que aquella máquina explosiva, pues ni por un instante dudó que lo era, acaso estaba allí desde hacía muchas, pudiendo sobrevenir de un momento a otro la explosión; y sospechando, por el peso de la caja, que debía contener una carga bárbara, suficiente a destrozar un edificio entero, no pensó sino en no malgastar ni segundos siquiera para salvar la vida de Aol, que dormía a pocos pasos de allí.

La idea del peligro que Aol corría le dio valor para afrontar el riesgo de que en las manos la estallara la máquina, haciéndola pedazos; la hizo cogerla abriendo la puerta, y en pijama de noche, como estaba, echar a correr hasta salir al patio central de la piscina y subir al puentecillo, sobre ésta tendido de un lado a otro, y desde donde suelen arrojar al agua los bañistas buenos nadadores.

Llegada a la mitad del puente, tiró la caja a la piscina, en la parte central, donde ésta tiene diez metros de agua, para evitar que los que desde aquél se tiran no lleguen, en el chapuzón, a dar con la cabeza en el fondo; y diciendo al ver hundirse en el agua la máquina infernal:

—¡Dios quiera que esa capa de agua sea suficiente a preservarnos!

Todo el mundo dormía en el hotel cuando la valiente hija de la Tierra echó a correr para retornar a su dormitorio; pero al entrar, antes de llegar a éste, en un larguísimo corredor conducente a la galería-estufa donde estaba la puerta de sus habitaciones, oyó un horrísono estampido y el estruendo que, al quebrarse y caer, producían todos los cristales del edificio, sacudido hasta los cimientos. Bajo sus pies oscilaba el suelo.

Volvió la vista hacia las ventanas del corredor que daban al patio, viendo que toda el agua de la piscina subía a lo alto y era proyectada lateralmente contra las fachadas del patio, y sintiéndose instantáneamente empujada con la que entró por las rofas vidrie-

ras... Detuvo la carrera, aguardando ver abrirse y derrumbarse techos y paredes; miró en redor, buscando algún sitio donde guarecerse, en cuanto fuera dable, del derrumbamiento; y cuando no vió medio de lograrlo, se dió cuenta a la par de que el edificio no se hundía, pues el agua había hecho, felizmente, efecto de mullido contra la explosión: gracias a esto, únicamente los muros que encuadraban el estanque de la piscina se agrietaron. La pasarela de ésta se había hundido casi por completo.

Cuando, asomándose a una ventana, se persuadió de que aquello era todo, y de no haber ya riesgo, continuó la interrumpida carrera; y al llegar a la puerta de su habitación se encontró a Aol, tan en pijama como ella, que despertado por el estampido, había llamado a la puerta de la alcoba de Sara, y al no obtener respuesta entrado en ella, de donde salía asustadísimo de ver que allí no estaba.

—¿Estás herida?

—No.

—¿Qué pasa?... ¿De dónde vienes?... ¿Qué ha ocurrido?

—Ya, nada; todo lo que había de pasar ha pasado ya; pero si me descuido dos minutos siquiera, ni uno de cuantos estamos en el hotel estaría vivo a estas horas; que habríamos volado todos.

—¡Volado!—dijo Aol sin entender.

En esto llegaron huéspedes y más huéspedes a la galería, gritando, espantados:

—¿Qué ocurre?

—Un terremoto.

—Un volcán.

—No no; es una tromba; está todo inundado.

—Sí; una tromba espantosa, que ha roto la cúpula de la plaza.

—Entonces, en un momento estará anegada toda la ciudad.

—Y el huracán de arriba entrará por el boquete, destruyendo cuanto la inundación no arrase.

—¡Qué horror!

—¡Qué cataclismo!

—Tranquilidad, señores, tranquilidad; no hay que asustarse, pues ya ha pasado el riesgo—gritó Sara—. Quietos, quietos. Respondo que ya no ocurre nada. Oídme para convencerlos: yo sé, yo soy la única persona que sabe lo ocurrido.

Rápidamente, sin pararse en detalles, contó Mistress Sam el hallazgo de la bomba, y cuanto ha sido relatado en los precedentes párrafos, terminando su vibrante narración del siguiente modo:

—En suma, un crimen, probablemente de

la misma mano que contra Aol y contra mí atentó en Lota; pero esta vez no deteniéndose ante el número de víctimas que con nosotros podía haber inmolado; y que no han perecido porque la Providencia guió al criminal, llevándole a poner la caja explosiva debajo de mi cama; pues a ponerla debajo de la de Aol o de la de cualquiera otro venusiano, nadie habría oído el levisimo tic-tac que mi oído, más fino que los vuestros, pudo percibir. Gracias a eso no nos ha hecho trizas a todos esa máquina infernal; tan sólo gracias a eso no ha volado el edificio entero.

—¡Volar!—dijeron varias voces, con la misma sorpresa, hija de la propia ignorancia, que había hecho a Aol manifestar igual extrañeza por no entender a Sara.

—¿Máquina infernal?—preguntaron otros—. ¿Qué quiere decir eso?

—Esas preguntas me demuestran que aun cuando hubierais oído el ruido, tampoco se habría evitado la catástrofe. Es indudable que hemos tenido suerte, pues Dios ha hecho que lo oiga la única persona capaz de conocer el peligro.

Después de decir esto, explicó Sara qué es una máquina infernal y cómo la encontrada, movida por un aparato de relojería, los habría lanzado a todos en pedazos a los aires.

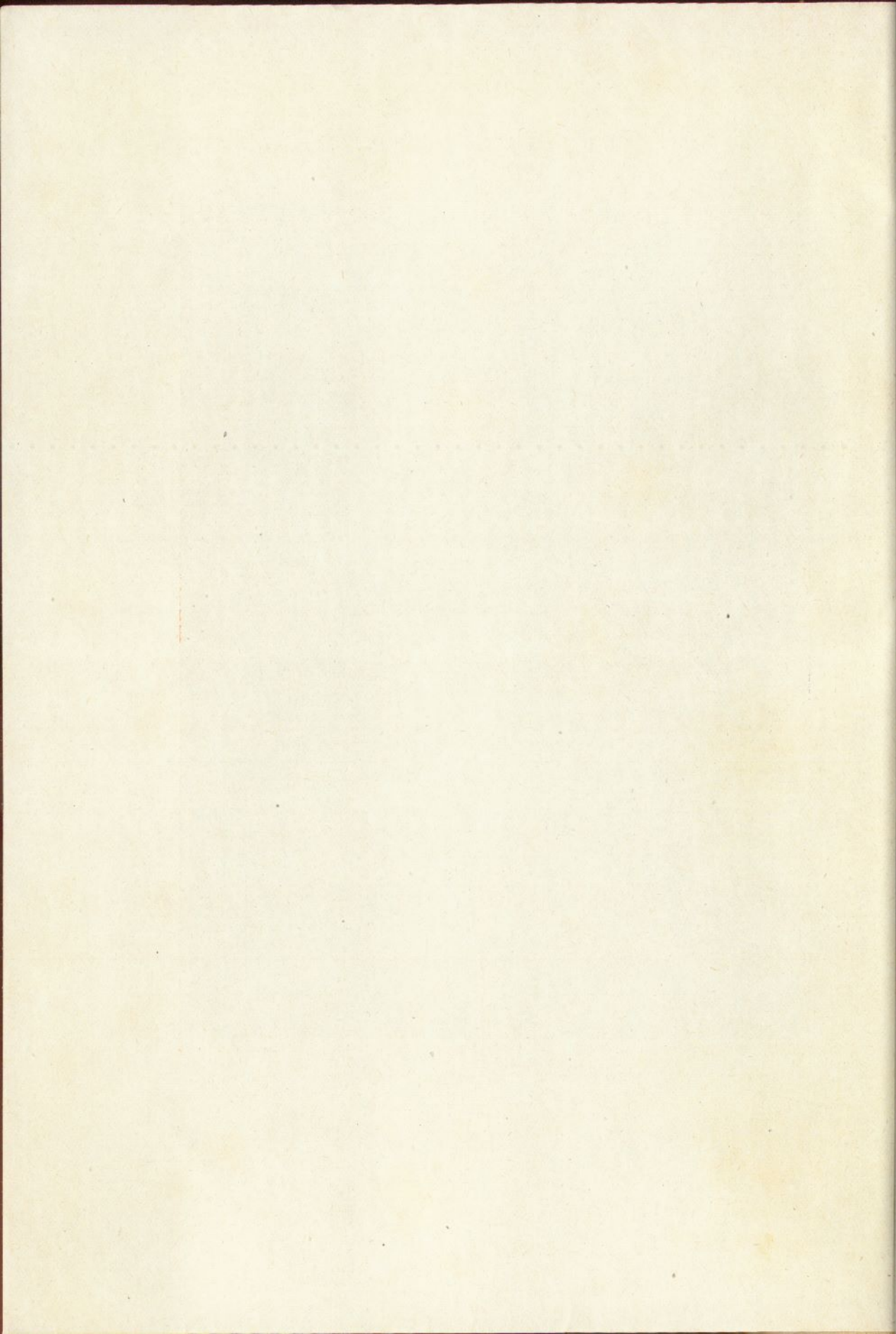
Habiéndose corrido por el hotel que la Señora Ingeniero de la Oscilografía, única persona enterada de lo sucedido, lo estaba explicando en la galería de extra-primera, de bote en bote se llenó ésta de huéspedes a los dos minutos de comenzar a hablar aquella, quienes, en su inocencia venusiana, no podían creer fuera posible perversidad como la realizada. De aquí el general asombro reflejado en todos los rostros, en las preguntas con que algunos interrumpían a Sara, y hasta en cierta incredulidad, solamente disipada cuando estuvieron bien enterados de cómo por no ser ella tan incrédula, había podido conjurar felizmente el peligro, pues en su mundo-patrio, y por desgracia de éste, no son los crímenes de esta índole desconocidos como en Venus.

Por si esto no bastara a convencerlos, empleó la perorante el argumento *ad-hominem* de mostrarles, a través de las ventanas de la galería, el puenteillo derruido, los agrietados muros de la piscina, las vidrieras del patio hechas todas añicos y el agua que encharcaba la misma galería en donde estaban.

Al decir esto bajó la vista hacia la que estaba mojándose los pies, viendo sobre un periódico tirado en el suelo un pequeño objeto brillante, que se bajó a recoger, y des-



... llegada a la mitad del puente, tiró la máquina infernal a la piscina.



pués de examindolo lo enseñó a sus oyentes, diciendo:

—Por si faltaba alguna prueba, mirad: esta es la llave con que se ha dado cuerda a la máquina explosiva. Los criminales la han arrojado aquí para evitar, sin duda, caso de ser prendidos, que encima les encuentren esta prueba de convicción. Acabo de hallarla sobre este periódico caído al lado de esta mesa.

Ya convencido el auditorio de que efectivamente se había intentado cometer un crimen cuya maldad lo hacía increíble, volvióse la atención de los circunstantes a la heroica conducta de quien, jugándose a cara o cruz la vida, acababa de salvarlos, desbordándose en loor suyo, como era natural, el entusiasmo de todos los presentes: en términos que, de puntualizarlos, resultarían más pálidos de cuanto cualquiera puede figurarse, poniéndose en lugar de los salvados.

Cuando cedió aquel entusiasmo, y todos, uno a uno, se hubieron acercado a la ingeniera a demostrarle su agradecimiento, cayeron caballeros y damas en la cuenta de que se hallaban todos en los trajes, poquísimos correctos, con que habían saltado de las camas, siendo esta idea rápido disolvente de la inesperada reunión.

Durante la última parte de ella, y al hablar Sara del hallazgo de la llave encima del Diario de Roni y al lado de la misma mesa junto a la cual estuvieron sentados los hombres negros, abrió el oído el camarero a quien Jum había enviado a buscar los periódicos al gabinete de lectura. Después de aguzar el oído abrió los ojos para buscar, entre los huéspedes allí reunidos, a *aquellos dos señores*; al no encontrarlos, se fué derecho a la habitación que habían ocupado, y al entrar en ella le llamó la atención, por estar abierto de par en par sobre una mesa, el maletín donde había sido transportada la caja explosiva.

Al acercarse lo encontró vacío, pues no puede decirse lo llenara una hoja de papel, que leída por el curioso mozo, resultó decir:

“La única precaución necesaria es preservarla de golpes violentos. Acordáos que la cuerda es para seis horas. Colocadla bien a lo hondo debajo de algún mueble, asegurándoos de que no podrá ser vista.”

Seguidamente, demostrando tener madera de sabueso polifaceto, y que no debía ser aquel el primer hueso por él roído, se dirigió a los baúles abandonados por Jum y por Zon, y buscando las etiquetas de facturación, halló, no una, sino tres, pegadas en diversas partes de aquéllos, que decían Nifis, Roni, Lota.

Cuando salió de nuevo a la galería, ya se

estaban despidiendo de Sara los últimos huéspedes, y al disponerse ella y Aol a entrar en sus habitaciones, se les acercó, manifestándoles su deseo de comunicar algo importante a la señora. Obtenida su venia, relató lo ocurrido con los dos hombres negros *cuando los señores salieron de sus cuartos para ir al comedor*. Unido esto a la desaparición de los dos forasteros, que ni siquiera se habían acostado en las camas, pues no estaban deshechas, a su empeño de alojarse en un departamento de aquella galería, y a que las horas transcurridas desde que a él lo enviaron por los periódicos a la de la explosión eran precisamente seis, como rezaba el papel encontrado en el maletín, hacía pensar al camarero que el tiempo por él invertido en ir al gabinete de lectura fué aprovechado por los otros para meter la caja debajo de la cama, y que para eso lo alejaron.

Mientras hablaba el mozo, lo miraba Sara con interés sin interrumpirlo; mas cuando oyó los nombres de las poblaciones leídas en la etiqueta, no pudo contenerse, y exclamó:

—¡Lota! ¡Nifis!... ¿Lo ves, Aol? Mira si tenía yo razón; son los mismos de los tiros de Lota. Desde allí vienen siguiéndonos los pasos—. Y volviéndose al mozo, continuó: —¿Y por qué se te ocurrió a ti buscar las etiquetas de los baúles?

—No sé... Es decir...

—Yo sí; porque eres muy listo. Aol, este muchacho tiene una pista... Oye, muchacho, ve y dile al dueño del hotel que contigo se vaya a dar parte al Juez. Y tú cuéntale a éste cuanto me has dicho, y entrégale el papellito del maletín.

—En seguida, señora.

—Antes, aguarda. ¿Conocerías tú a esos dos señores si volvieras a verlos?

—Sí, señora.

—¿De seguro?

—De seguro; no pueden despintárseme.

—¿Cuánto ganas en este hotel?

—Diez pos por día.

—Cuchicheó Sara un momento con Aol, y volviéndose en seguida al camarero, le preguntó:

—¿Tienes empeño en seguir viviendo en Nifis?

—Según.

—Si te conviene estar a nuestro servicio, para acompañarnos en nuestros viajes, te ofrezco veinticinco pos por día... ¿Te conviene?

—Me conviene.

—Bueno; pues cuando vuelvas de prestar declaración te despidas del fondista, y prepara tu maleta, pues mañana nos vamos.

—¿Adónde?, si no es indiscreción.

—Por de pronto a Kanka, y después Dios dirá.

Cuando el mozo acabó de declarar, y dió al Juez las señas personales de los hombres negros, llamó éste al Jefe de Policía, le hizo tomar nota de ellas, y le ordenó revolver la población de arriba a abajo para encontrar a aquellos dos malvados; mas por mu-

cho que revolvieran sería inútil, pues diez minutos antes de dar el Juez tal orden, había partido de Nifis el tornóspiro en donde huían los criminales, que, habiendo oído, desde la plaza, la terrible explosión, y visto por sus propios ojos elevarse la tromba de agua lanzada por ella a los aires, se iban muy convencidos de que el millón de Nul era ya suyo.

XIV

OTRA EXPLOSION MAS NO FRUSTRADA

Entraban Sara y Aol en sus habitaciones en estado de excitación de ánimo perfectamente explicable; y como ni una ni otro tenían sueño, solamente a mudarse se fueron a sus respectivos dormitorios, cambiándose tan de prisa como les fué posible, los trajes de noche por otros de día, más propios para hablar, no *coram populo*, como hasta entonces, sino a solas, de la tenaz persecución de que eran evidente objeto desde Lota: sin poder comprender el por qué de ella, ni menos quienes la movían: es decir, Sara comenzaba a tener alguna sospecha, según pronto veremos.

Cuando, a los escasos minutos de entrar en su alcoba, salió ella al salón ya mudada de traje, en él estaba aguardándola su amigo; todavía conmovidísimo: no, más aún que en los primeros momentos: y tanto más, cuanto más pensaba en el tremendo riesgo de que había escapado su pupila: a tal extremo, que la emoción de tornar a verla sana y salva tomó carácter de enternecimiento, al cual le faltó poco para acabar en lágrimas.

—¿Lo ves?, Aol—dijo ella, queriendo, desde luego, hablar de lo que más la preocupaba—. Ya no podrá caberte duda de que hay quien quiere asesinarte a todo trance; ya no querrás seguir oponiéndote a...

—Mira, Sara, yo no puedo ahora hablar de cosa que no sea el horrendo peligro que has corrido: todavía estoy aterrado de pensar que solamente por minutos me he librado de encontrarme tu cuerpo destrozado en los pasillos. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Vibraba con tal acento de terror la voz de Aol, puso efusión tan honda y tan conmovedora en las gracias dadas a la Providencia, por haber salvado a Sara, que, al oírle, y ver sus ojos húmedos, se sintió ella igualmente

conmovida, y todavía más al sentir que él le cogía las manos y se las estrechaba con fuerza, agregando:

—Y gracias, gracias a ti: gracias a tu heroísmo, que me ha salvado la vida con riesgo de la tuya, que me espanta; que ni aun pasado puedo recordar sin sentir igual terror que si ahora mismo te estuviera amenazando. Gracias, Sara, gracias.

—Basta ya, hombre. Serénate: estás muy conmovido... Y lo peor es que me has contagiado... Y no hables más de heroísmo, porque no fué valor, sino miedo, lo que me hizo proceder como lo hice: un espanto muy semejante a ese retrospectivo tuyo de ahora, sólo que mucho más apremiante y más real; pues yo también pensaba en un cuerpo destrozado, el tuyo, y no como en pasado riesgo, sino viéndolo ante mí como amenaza de aquel mismo instante.

Dices que tú no puedes pensar, ahora, sino en la muerte a que he escapado, yo no pensé en aquel instante en mí, ni en nada, sino en ti.

—Sara, Sara, me has salvado la vida.

—Mucho antes habías salvado tú la mía, y por dos veces. Además, al salvártela hoy he sido egoísta; pues ni advertí que el peligro nos amenazaba a los dos, ni pensé sino en evitar que tu muerte me matara de pena.

La vibrante emoción que a ambos los embargaba los sacudía tan intensamente que sus mutuos y escondidos sentimientos les desbordaban en los ojos. No obstante, Aol era hombre de voluntad de hierro, y aun cuando momentáneamente se sintió arrastrado por las últimas palabras y por la expresión de la mirada de ella al punto de no pensar sino en su amor, exclamando con un grito del alma: Sara, Sara: tan claro le sonó aquel Sara en el oído, que temiendo haberse

vendido, por hacerse ilusiones sobre el verdadero alcance de las palabras y la actitud que lo habían enajenado, se asustó y rectificó, diciendo, como en tiempos pasados:

—Hija mía, hija mía.

—No—gritó ella—. Tuya sí, hija no: Sara, tu Sara. Te quiero con todos los impulsos de mi alma: te adoro, te idolatro; pero no como hija sino como mujer enamorada de quien eres la vida: como mujer que anhela unirse, para siempre, a ti con lazos que jamás puedan romperse: en nudo tan estrecho y apretado que me dé la certeza de que, cual yo soy tuya tú eres mía: para siempre mía; sin que nada ni nadie pueda separarnos.

—Sara, Sara; yo no puedo creer lo que te oigo; ¡es tan hermoso, tan hermoso!

—Créelo, créelo—dijo ella arrojándose a sus brazos—créelo ahora que te lo digo apoyada en tu noble pecho, como aquel día en que con una lágrima de compasión desarmaste mi frenética cólera, cuando quería arrancarte la vida que Dios me ha permitido hoy conservarte. Créelo, Aol: créelo, por aquellas lágrimas mías, de entonces: benditas lágrimas de agradecimiento a quien había sabido ver en mis miradas mi alma humana; por estas de ahora: benditas y dichosas, porque nacen de la feliz certeza de que así como entonces supieron conocerse nuestras inteligencias, hoy al fin han sabido nuestros corazones ver el hermoso amor que nos tenemos.

—Sara, mi Sara: mía, mía... Siento tanto, tan hondo, que no sé decir más que mi Sara, mi Sara.

—No, no más: eso, eso, dilo; sí, dilo, y dilo eternamente... Tuya, Tuya: Aol, mi Aol... ¡Y tú no me entendiste cuando yo me esforzaba para que me entendieras!... Y yo hice cuanto pude para que conocieras que cuando Len me habló de amor, sólo sirvieron sus palabras para hacerme ver que hacía ya mucho tiempo que te tenía en el corazón.

—¿Desde cuándo?...¿Desde cuándo?...

—Qué sé yo... Sí, sí lo sé: desde entonces: tiene que ser desde que aquella lágrima tuya me hizo conocer tu noble corazón, tu hermosísima alma, tu bondad; sí, eso, eso; tu bondad, tu bondad; pues amando, como yo amo, todo en ti, tu bondad es lo que yo amo sobre todo... Y tú, tú, ¡querías, todavía hace un momento, seguir escondiéndome tu cariño, defenderte del mío!... ¡Qué insensato! ¡Esconderme el amor que es mi vida!

—Tenía miedo, mucho miedo de asustarte, de alejarte de mi lado.

—Sí, ya sé lo que es eso; yo también lo he sentido; pero hoy ya era el fingimiento

inútil, porque tus ojos y el temblor de tu voz me han gritado tan fuerte que me quierres, que aun cuando tus palabras me lo negaran ahora no bastarían tus palabras a arrancarme de tus brazos.

—No, no: soy muy feliz teniéndote en ellos junto a mi corazón; soy muy feliz. No te vayas... Muy feliz: creía esto un imposible.

Entonces le tocó hablar a Aol y callar a Sara; y como cuantos se hallan en su caso dicen, con escasas variantes, lo mismo en Venus que en la Tierra, no hay por qué transcribir el resto de su conversación, prolongada hasta ser interrumpida por la llegada de un aviso del juez, que estaba reconociendo los estragos de la explosión en el patio central, y suplicaba a la heroína de aquel día tuviese la bondad de ir a prestar declaración, dando detalles de todo lo ocurrido.

Prestada esta, abiertos luego, y registrados, los baúles de los desaparecidos huéspedes, sin hallar en el registro indicio alguno capaz de robustecer la convicción del camarero de que se trataba de hombres negros, gente a quien él sabía olfatear por haber residido bastantes años en su oscuro mundo, y haber servido allá en la Policía, sugirió Sara al Juez la conveniencia de traer una máquina fotográfica propia para fotografiar las huellas dactilares que probablemente habrían dejado los criminales en la boquilla del maletín y en la hoja de papel hallada en él por el camarero.

Con gran sorpresa de ella, resultó que el Juez no la entendió, pues ni noticia tenía el buen señor de la existencia, en ningún mundo, de los utilísimos métodos de investigación dactiloscópica, por lo cual desistió ella en seguida de su proposición, comprendiendo que en Venus no sabrían sacar partido de tal método, poco útil en país donde faltan policíacos registros de gente sospechosa, porque de nadie se sospecha; donde la Policía no tiene fichados a los criminales, puesto que allí no había habido hasta entonces criminales, y en donde policías y jueces son de una candidez paradisíaca.

A no haber tenido la hija de la Tierra henchida el alma en aquellos momentos de una felicidad que, por haber llegado de improviso, cuando tenía ya perdida la esperanza de alcanzarla, embargaba por completo todas sus facultades, es muy probable que, al ver la falta de pericia policíaca de autoridades, jueces y agentes, hubiera asumido la dirección de las pesquisas para descubrir a los autores, en su opinión, los mismos de las dos tentativas de Lota y Nifis, siquiera no fuera sino para evitar repe-

ticiones de ellos; y tanto más cuando mirando precisamente a prevenirlos había tomado a su servicio al camarero del hotel. Pero lo acaecido entre Aol y ella, el cambio radical en las perspectivas que la vida la ofrecía, el alborazar de duradera dicha a la que ya había renunciado, no la dejaban ver sino eso; y como, de otra parte, tenía la idea preconcebida, y tan preconcebida como equivocada, de que en Lasga era donde podrían descubrirse más fácilmente los motores de los dos frustrados criminales, no analizó la situación con su habitual clarividencia y frialdad de juicio, ni se dio cuenta de los peligros de demorar la busca de los criminales.

Por dicha para ella, si en esto erraba, había tenido un instintivo acierto al tomar a su servicio al camarero Ilú, tan inteligente, tan valiente y tan despierto cual demostraron sucesos posteriores.

La idea preconcebida a que recientemente se ha hecho referencia, nacía de noticias durante su excursión recibidas de Lasga y de Kanka, según las cuales los entusiastas prosélitos de Aol ganaban, de día en día, nuevos y numerosos partidarios a su causa, en dichas ciudades y en cuantas integran la Gran Confederación Heliovenusiana, regida por el Podestá de Lasga, para quien debía ser ya evidente que, a no cambiar mucho las cosas, y no llevaban traza de esto, se le frustraba la aspiración de ser reelegido, en el plebiscito para la renovación del titular de la Suprema Magistratura del Estado, la

fecha del cual estaba fija, de antemano, por ley, para dos meses más tarde; pues ya era cosa que amigos y enemigos daban por descontada el indiscutible triunfo de Aol.

Los anteriores eran antecedentes del dominio público; pero, además, sabía perfectamente Sara que por complicidad, cuando menos moral, del Podestá con secretos manejos de su gobierno, se habían dictado los injustos decretos contra Aol, ya por entonces anulados, aunque bien a despecho de quienes los dictaron. No es, pues, extraño que con tales datos, la humana malicia de Sara, muy diferente de la inocencia de los venusianos, hubiese hecho nacer moral convencimiento en ella de que, persuadido el Podestá de la imposibilidad de vencer a Aol en los comicios, había decidido hacerlo asesinar antes de la elección: y si no era el Podestá serían sus ministros, a quienes no podía serles grato el encumbramiento del hombre con quien se habían conducido villanamente.

De Nul ni se acordaba la antigua víctima del perturbado autor de la teoría evolutiva: cosa no extraña, pues no sólo no tenía nadie noticia de él, sino que siendo notoria la agresión de que el pueblo lo hizo objeto al incendiar su pensionato, tal falta de noticias había dado motivo a que con grandes visos de verosimilitud se divulgara como cierta la especie de que había muerto a manos de la plebe o a consecuencia del mal trato de ella recibido.

XV

UN PLAN BIEN MEDITADO

La opinión de Sara respecto a quiénes movían a los asesinos que por dos veces habían atentado contra la vida de Aol fué unánimemente compartida por los amigos de éste cuando, ya en Kanka, de regreso de Nifis, se la expuso aquélla: siendo el interesado el único que se resistió a creer tal maldad de sus enemigos políticos; mas no pudiendo tenerlos personales un hombre como él, hubo al cabo de reconocer que, aun no rindiendo por completo su juicio a lo que los demás daban por evidente, aconsejaba la prudencia proceder y defenderse cual si fuera verdad lo que a él le repugnaba admitir como tal; pues los hechos decían que era ya estúpido fiarse de optimismos fundados en las limpias conciencias de los venusia-

nos y en su incapacidad de cometer crímenes, cuando tal incapacidad había cesado.

En consecuencia, en una reunión, al final de la cual se hizo público que los mutuos afectos de pupila y maestro habían pasado a ser de índole menos tranquila, aspirando a trabarse en unión mucho más dulce e íntima: reunión a la cual asistieron, además de ellos, Ko, Rag, Len y otros dos o tres incondicionales de Aol, siendo uno el alcalde de Kanka, suegro inminente ya del último de los citados, se acordó que en Lasga era donde debía establecerse la vigilancia más activa, para descubrir y frustrar los proyectos de nuevos atentados: empleando para ello a los más fervorosos y discretos correligionarios, con quienes se establecería

en torno del Podestá, y sobre todo de sus ministros y de las personas de la mayor intimidad de éstos un estrechísimo espionaje, a fin de sorprender sus relaciones con los presuntos asesinos: que no siendo probable cometieran la imprudencia de comunicarse por escrito con quienes los pagaran, verosimilmente se habrían trasladado a Lasga a raíz de la abortada tentativa de Nifis, a recibir, en la misma capital, de los cabezas del complot, instrucciones para nuevos intentos, dado caso que los dos fracasos no los hubieran hecho desistir de sus propósitos.

Uníriase a esto vigilancia establecida en las estaciones y en los muelles, en acecho de llegadas y salidas de los bandidos que habían dado el golpe de Nifis, aprovechándose en ella datos interesantes facilitados por Ilú, el camarero del hotel tomado por Sara a su servicio. Tales datos se referían a las fachas y señas de los dos bribones que, vistos juntos, habían de llamar la atención de quienes estuvieran sobre aviso de ser muy alto y sumamente delgado uno y pequeño y gordo el otro, con las particularidades de ser calvo éste y de tener aquél una cicatriz que le cruzaba el rostro de la boca a una oreja.

Len proporcionó a Sara la satisfacción de demostrar entusiasmo por Aol, no decaído con respecto al de pasados tiempos, ofreciéndose para ponerse al frente de la proyectada organización policiaca de la capital. Aceptada y estimada la oferta, se le dió por adjunto a Rag, a propuesta de Sara: aparentemente para no condenarlo a continua residencia allá, incompatible con las escapadillas a Kanka, de cuya supresión habría protestado la gentil Lai; mas realmente, en calidad de consejero y verdadero director de aquello; pues Sara se fiaba más del sesudo ingeniero que de su atolondrado ex adorador.

A ambos se les incorporaría el camarero de Nifis en cuanto regresara de Roni, adonde se había empeñado en irse, en vez de acompañar a Aol y a Sara en su retorno a Kanka, por trotarle en la cabeza la idea de que en Roni era donde en primer lugar debía buscarse a los fugitivos criminales: cosa no difícil, en entender suyo, habiendo de circunscribirse las pesquisas a los hombres negros; pues en Nifis como en Lota no había lumivenusiano a quien le cupiera en la cabeza que ningún hijo de la luz fuera capaz de tales fechorías.

El empeño de Ilú en irse a Roni procedía de deducciones sugeridas por las tres etiquetas de los equipajes de Jum y Zon, discurrendo sobre las cuales dijo el despierto mozo a Sara que habiendo tenido

efecto la intentona de Lota con veinte días de antelación a la de Nifis; siendo verosímil que de Lota huyeran los autores de ella tan pronto la perpetraron, y no habiendo llegado al hotel sino cuatro días antes, era lógico pensar que la etiqueta rotulada Roni debió ser puesta en la estación de Lota al salir de esta población para aquella; que de ser así, los días intermedios habrían sido probablemente invertidos por los dos tunantes en preparar la caja explosiva, artefacto de naturaleza poco adecuada para ser montado en una fonda ni en una ciudad donde se esté de paso. Por tanto, Roni debía ser, en opinión de Ilú, la habitual residencia y el cuartel general de los bandidos, y en consecuencia, la población donde más fácil les sería ocultarse y preparar nuevos medios de atentar contra Aol, caso de persistir en ello. En Roni era preciso, pues, buscarlos.

Sentado esto, agregó Ilú que en Roni no debían residir sino trescientos hombres negros a lo sumo, siendo, por tanto, fácil la pesquisa: y para él más que para otros; pues habiendo residido siete años en el nocto-hemisferio prestando servicio en hoteles de la ciudad de Ooz, y como agente de policía de No-Kún, conocía bien a tal canafia.

Aun cuando Sara tenía ya formado su criterio de que Lasga era el centro del complot contra Aol, debiendo allí montarse la vigilancia principal, le llamó la atención la lógica de los razonamientos de Ilú, no pareciéndole oportuno recortar vuelos a quien daba indicios de saber volar solo. Como, de otra parte, no era imposible que para obrar más disimuladamente hubieran los enemigos de Lasga enviado a Roni algún agente para organizar desde allí los traidores atentados, de modo que quedara velada la intervención de los principales motores, accedió a que en vez de irse con ella el camarero a Kanka, se fuera a Roni: a reserva de llamarlo en cuanto le fuera necesario, o de que se incorporara a Rag y a Len en Lasga.

Simultáneamente con los acuerdos relativos a la vigilancia de que se encargaban Rag y Len, se tomó el de mantener completamente secreto el viaje que para una larga temporada tenían proyectado la heroína y el héroe de esta historia, y habían de emprender pocos días después: secreto no en cuanto a la realización de él; mas sí respecto a los parajes que se proponían recorrer, acerca de los cuales se convino engañar a todo el mundo.

Al efecto, partirían Sara y Aol de Kanka con rumbo diametralmente opuesto al exigido por el viaje que en definitiva iban a

realizar. A son de bombo y platillos se anunciaría que se trasladaban a Misme a reconocer unas minas recién denunciadas en las cercanías de la boca de la Sima Central, a la cual se halla próxima la lejana ciudad de Misme, y a realizar de paso estudios sobre la posibilidad de aprovechar parte siquiera del inmenso tesoro de fuerza que en forma de calórico y de velocidad del viento se abisma en todos los segundos en el ciclópeo túnel geológico que atraviesa las entrañas del planeta.

El segundo de los dos citados propósitos señalados al viaje era una empresa difícilísima, más aún, temeraria, pero muy propia de los arrestos de Aol, y por lo tanto sumamente adecuada para que las gentes creyeran en la realidad de ella: máxime cuando iban a ponerse todos los medios de que el engaño fuera eficaz; pues como ni en Misme, situado en el fin del mundo, a seis mil kilómetros de Kanka y a siete mil largos de Lasga, conocía nadie a Aol, ni era población que mantuviera sino rarísimas comunicaciones con la parte del mundo-luz donde se hallan ambas poblaciones, era facilísimo enviar allá un *falso* Aol que, con toda tranquilidad, se hiciera pasar por el verdadero, pues éste no había de desmentirlo.

Sin hablar a nadie del asunto, se encargaba de desempeñar el papel de esta contrafigura uno de los concurrentes a la reunión, amigo íntimo de Aol. Llegado a Misme y a la región minera, telegrafiaría frecuentemente a Kanka y a Lasga, con el nombre de aquél, cuyos documentos personales llevaría consigo, mientras el verdadero Aol viajaría por la parte opuesta del mundo con los papeles de su *otro yo*. Así, de querer los enemigos de la capital repetir sus atentados, enviarían los pagados asesinos a Misme, mientras Aol y Sara realizaban su viaje por países situados en los antípodas del planeta.

Los bandidos, que conocían perfectamente al verdadero Aol, descubrirían la superchería en cuanto llegaran a Misme; pero entre el tiempo por ellos empleado en el larguísimo y difícil viaje a dicha población y el que invirtieran en el retorno a la capital, para enterar a los que los pagaran de que en Misme no estaba quien buscaban, habrían perdido cerca de mes y medio, no pudiendo hasta entonces comenzar pesquisas en averiguación de dónde estuviera el escapado pájaro.

Pero para tal época ya estaría encima el plebiscito que, derribando al Podestá y a sus ministros, haría inútil para uno y para otros la perpetración del crimen; y privándolos además de los recursos del Poder, los

imposibilitaría de continuar su persecución contra el que ya sería Jefe del Estado: lo cual también los detendría.

Sara y los dos Aoles, auténtico y fingido, saldrían juntos de Kanka para Nifs, donde todos tomarían el ictiókino del primero: el mismo que ya el lector conoce desde la captura de la desterrada, y al cual le fué comunicada orden telegráfica de trasladarse a dicho puerto desde Lasga, donde a la sazón se hallaba fondeado. Tanto a estas órdenes como a la salida del ictiókino de Lasga, a su llegada a Nifs y a la partida en él de Aol desde tal puerto para Misme, se les daría cuanta publicidad fuera posible.

Ya en alta mar pasarían Aol y Sara a un submarino encerrado en los compartimientos estancos de lo alto del ictiókino, de donde, mediante maniobra inversa de la realizada al capturar el sumergible de Sara, sería lanzado aquél al mar, llevando dentro ya sus pasajeros, para que en él comenzaran éstos su viaje, mientras el ictiókino emprendía el suyo al remoto país de las inmediaciones de la Sima Central, sin forzar la marcha, pues como en vez de ahorrar tiempo era perderlo lo que se deseaba, no había por qué poner empeño en ganar singladuras.

En el reparto de papeles hecho entre nuestros conocidos para la ejecución de los expuestos planes solamente quedaba sin empleo Ko, que al creerse olvidado de todos se ofreció como auxiliar de Rag y Len en Lasga, puesto que allí era donde, al parecer, había más trabajo cortado; pero no accedió Aol a tal propuesta, alegando que en una expedición tan larga como la que Sara y él iban a realizar no le parecía conveniente privarse de sus servicios como médico; mas no era ésta la razón verdadera, sino que en tanto no se verificara la boda del hijo de Venus con la hija de la Tierra, la delicadeza del novio estimaba incorrecto irse a correr el mundo solo con su prometida.

A Ko le pareció la combinación de perlas; pues al afecto que profesaba a los futuros cónyuges se unía, para hacérsela más grata, el placer de ver pueblos que hacía mucho tiempo tenía gran deseo de visitar: no habiéndolo hasta entonces satisfecho por ser el coste de tan largo viaje muy superior a sus recursos.

Los países que iban a recorrer eran los del hemisferio de la noche: expedición que Aol tenía prometida a Sara hacerle realizar en cuanto hubieran terminado de poner en marcha la Compañía Teloscilográfica.

Pero ¿por qué no seguían Sara y Aol el ejemplo que les daban Lai y Len casándose

en seguida, y del cual se enteraron al salir de la reunión?

Porque... Antes de contestar a esta pregunta, relacionada con noticia de la que hasta ahora nada se ha dicho, preciso es hacer saber que al enterarse Lai de que otra vez iba a escapársele el novio a Lasga, pensó en el riesgo de volver a dejar al veleidoso mozo suelto y expuesto a los atractivos de las lasgueñas, y dijo: "nones; a menos que..." con puntos suspensivos traducidos por él "no vengas tú conmigo": traducción muy bien hecha, según dijo la precavida y avispada niña. Y como Len estaba ya en sazón de rendirse al yugo de Hime-neo, se casaron.

Dicho esto, ya se puede contestar aquel porqué, cuya respuesta se quedó en suspenso, haciendo notar que los casos de las dos parejas no eran parejos; pues a Sara no se le escapaba Aol, sino que en compañía de él iba a emprender un agradable e interesante viaje de *turismo*; que ni la preocupaban, como a Lai, afejas malas mañas, que su prometido nunca tuvo, como el tenorio a quien aquélla necesitaba vigilar, ni temía veleidades del ecuaníme Aol; y, finalmente, que tampoco sentía la impaciencia de *casaca* de una mocita casadera: bastándole para sentirse plenamente dichosa la certeza, recién ganada, del amor de su futuro y el placer de su compañía; lo demás ya vendría.

De otra parte, graves razones de Estado impedían mirar las dos bodas con iguales criterios y fijar sus fechas con igual libertad; pues Len no era, como Aol, candidato a la dignidad de Podestá: circunstancia que en las cercanías del plebiscito obligaba al

último, en opinión de sus amigos, a no dar a sus electores la sensación de andar distraído en cosas que no fueran altas cuestiones de interés nacional: por lo cual pareció lo más político aplazar la boda hasta después de la elección.

No hizo el aplazamiento mucha gracia a Aol, cuyos planes eran casarse a la carrera; pues estando conformes novia y novio, no veía necesidad de dilaciones: todavía más, yendo un poco a remolque en la campaña electoral, no habría tenido inconveniente en renunciar al alto cargo donde querían encumbrarlo y al cual no lo llamaba ambición no sentida; pero ni él se creía con derecho a renunciarlo cuando le hablaban del bien que su bondad, su talento y su rectitud podrían hacer a su patria en aquella alta magistratura, ni en cuanto Sara oyó que el anticipo de la boda podía constituir entorpecimiento político consintió se volviera a hablar de ella hasta dejar lo otro resuelto: en éxito o en fracaso.

He ahí por qué no se casaron en seguida.

El último punto puesto a discusión y examinado en el importante consejo reunido en Kanka fué el suscitado por la duda de si el largo viaje de Aol, emprendido en los momentos de preparar las elecciones, podría perjudicar al resultado de ellas; pero fué solventada la dificultad con el argumento de que tal ausencia sería la mejor prueba de falta de personales ambiciones del candidato: lo cual explotarían sus partidarios, en proclamas y discursos, para hacer ver que a quien así procedía era a quien, por lo mismo, debía tener más interés el pueblo en elegir.

XVI

AL MUNDO DE LA NOCHE

Con arreglo al acordado plan, salieron de Nifs en el ictiókino quienes se había convenido en el consejo de Kanka.

A los tres días de navegación, y ya en alta mar, abrió el barco sus compuertas de la quilla alta, emergiendo de ellas un submarino donde iban Sara, Aol, Ko, tres mecánicos, dos sirvientes y una sirvienta. Una vez que el ictiókino hubo soltado el sumergible, viró de rumbo para emprender su larga travesía, llevando a bordo al que al término de ella había de hacerse pasar por Aol, mientras el submarino subía a lo alto

de las olas: no solamente para que Sara y Ko pudieran contemplar un panorama completamente nuevo para ellos, y verdaderamente digno de ser contemplado, sino, además, para que en el barco entrara el aire libre que los viajeros no podrían volver a respirar directamente durante su larga navegación sumergida, *sin posibilidad de subir a la superficie del mar*.

A reserva de explicar en breve el porqué de tal imposibilidad, urge más decir ahora que el submarino se encontraba como a unos cien kilómetros del límite o frontera entre

los hemisferios del día y de la noche. Volviendo la vista atrás, hacia el lado del sol, veíase éste, en el lejano horizonte, sobresaliendo de las aguas como un estrechísimo segmento de tan pálido color, que podía tomarse por creciente de luna, pues en aquellas regiones es posible a veces la vista del sol con alguna mayor frecuencia que en las partes centrales del heliohemisferio, donde tal vista es excepción rarísima, porque sobre ser en dichas regiones (sumamente frías) mucho menos abundantes y espesas las nubes que en las otras, de cuando en cuando se entreabren, dejando ver por sus jirones aquel melancólico sol, por lo común nublado. Tales roturas en la nubosa atmósfera son en parte debidas al encuentro, en el contorno común de los dos hemisferios, obscuro y luminoso, de los vientos cálidos de uno con los fríos del otro, los cuales a veces arremolinan y barren las nubes.

El espectáculo era de tal naturaleza, que a no estar Sara bien impuesta, cual lo estaba, de las diferencias entre Venus y la Tierra, le habría hecho exclamar "comienza a amanecer", o "está acabando de ponerse el sol". La intensidad de luz correspondía a la de tales momentos en el mundo de los lectores; pero allí, y por causas ya diversas veces indicadas en esta historia, nunca crecía ni menguaba. A la parte opuesta, en la lejanía, cerrando por completo el horizonte, erguiose un ingente murallón blanco con su borde superior erizado de altos y agudísimos picarachos de hielo, iluminados por el descolorido sol, incapaz de derretirlos; mas cuya oblicua luz hacía brillar con irisados tonos la dentada crestería de cristalina nieve.

Olvidándose Sara, al ver el desolado panorama, de que no estaba en su mundo, exclamó: "El Polo"; mas cayendo en la cuenta de su equivocación, rectificó en seguida diciendo: "¡Qué tonta! El Ecuador.

Efectivamente, el Ecuador, *no astronómico, mas sí climatológico*, era lo que ante sí tenía; puesto que a falta de una línea de equinoccios, de máximas temperaturas, y de plano perpendicular al eje del planeta, análoga a la nuestra, e inexistente en Venus, llaman allí ecuador a lo que en este libro hemos denominado *seudoecuador*, o sea círculo máximo de aquel mundo, constituido por los puntos de él donde se deja de ver la luz solar: los que marcan el tránsito del eterno día del lumihemisferio y de la luz (bien triste de éste en la inmediatez de dicha línea) a la noche sin fin del noctohemisferio, en cuya sombra se entra atravesando una zona de penumbra solamente alumbrada por tenue resplandor cre-

puscular: producido, cual los de todos los crepúsculos, por la reverberación de la luz solar en las partículas del aire de las altas capas de la atmósfera: luz que los mundos no ven directamente en el disco del Sol, más todavía visible en las alturas de sus atmósferas (1). Tal luz y la de las auroras

(1) Sabido es que quienes moran en la cumbre de una montaña ven salir el sol antes, y ponerse después, que los que habitan en la falda de ella: del mismo modo que subiéndose a lo alto de una torre se ve antes al viajero que a la torre se acerca que aguardando al pie de ésta.

Así, las nubes se tñen de dorado o rojo con la luz del sol, cuyo disco no vemos todavía al amanecer, o se ha dejado ya de contemplar después de puesto; y así, por cima de las nubes, el mismo sol ilumina el aire situado sobre éstas, antes que a ellas llegue su luz y después de haber dejado de alumbrarlas.

En otra nota de este libro se ha dicho que los rayos de luz no son luz mientras no tocan algo, y ese algo tocado en la luz difusa ambiente con que la atmósfera nos alumbraba durante el día, es el aire: es decir, todas y cada una de sus gaseosas partículas y las del impalpable polvillo suspendido en él.

Imagine el lector que en una habitación cerrada y oscura, en la cual se halle, floten, a todas las alturas, entre el suelo y el techo, grandísimo número de cuenteclillas de incoloro vidrio. Si por el peso de esta materia le cuesta trabajo admitir que por sí se sostengan en el aire, cuélgue cada una de un hilillo pendiente del techo...

¿Que van a ser muchísimos hilos y muchísimas cuentas y demasiado larga la faena?... Pues déla ya por hecha, pues en hipótesis hablamos; y desaparecida la dificultad, cata que ya tenemos la habitación llena de las transparentes bolitas.

Al abrir la ventana, hasta ahora cerrada, pues todo lo anterior ha sido hecho a tientas, vemos brillar todas las cuenteclillas, porque—aparte lo que dentro de ellas ocurra al ser tocadas por los rayos de luz, lo cual paso a intento por alto, para evitar complicaciones—cada cuenta obra como un espejo de innumerables facetas, todas brillantes, con luz que al tocarlas encienden en ellas los rayos del sol por la ventana entrados: *esas luces* (en plural), *no los rayos solares, son las que iluminan la habitación.*

Pues bien, si las bolitas van encogiéndose hasta hacerse tan diminutas que en la longitud de un centímetro quepan 3.583.000 de ellas, y si a la par se ablandan y se ablandan hasta convertirse de sólidas en gaseosas, se nos habrán reducido al tamaño y estado físico de las moléculas que componen el aire; pues el número indicado es la raíz cúbica de los 46 trillones de ellas, que la teoría cinética de los gases ha contado en un centímetro cúbico.

Las ha contado, sí, no lo duden los profanos en ciencia. ¿Cómo? No hay tiempo hoy para decirlo en este libro, mas con el tiempo se dirá, si Dios quiere, en otro tan poco científico como el presente.

Con esto queda dicho que todas las moléculas de nuestra atmósfera obran al recibir la luz del sol cual multitud de espejos de grandísimo número de facetas, que en todas direcciones la transmiten, dando lugar a la claridad diurna de dicha atmósfera.

Vámonos ahora un rato al campo, pues no estará mal aprovechar esta ocasión pintiparada para dar una idea de cómo la luz de los crepúsculos puede

boreales, frecuentísimas y muy fuertes en Venus, son las únicas que se disfrutaban en los contornos del mundo-sombra.

La temperatura, mucho más benigna allí que en nuestros polos, no baja, pero tampoco sube, de ocho grados bajo cero.

De lo dicho sobre la contemplación a que los viajeros se entregaban podría inferirse, a no dar explicaciones, que miraban el paisaje desde la plataforma del submarino: cosa imposible, pues la extrema violencia de los perennes y helados huracanes reinantes, sin intermisión, en aquellos parajes, habría barrido de dicha plataforma, y lanzado al mar a los imprudentes que osaran desafiarnos, apenas hubieran puesto el pie sobre ella. No veían, pues, los expedicionarios directamente nada, sino que cielo, tierra, sol y mar los miraban pintados, o más bien proyectados sobre una gran mesa circular situada en el interior del barco, gracias a que el tablero de ella hacía veces de pantalla, donde, como en la de un cinematógrafo, o en el deslustrado cristal de una máquina fotográfica, se proyectaban los objetos y paisajes, que tres lentes, apuntadas según el mismo rumbo, pero según diferentes inclinaciones, veían a diversas alturas en la dirección a que en cada momento se las enfilaba.

utilizarse para formar concepto del espesor de la atmósfera.

Cuando en el valle ya no se ve el sol, y todavía luce en el aire de lo alto, es porque las aéreas moléculas de arriba son heridas directamente por el lumínar del día, mientras que las más bajas sólo son alumbradas por luz reflejada de aquellas que hacia abajo la envían... Si nosotros pudiéramos saber el momento preciso en que cesa de ser alumbrada la cuestecilla, digo, la molécula de aire más alta de las situadas a plomo sobre nuestras cabezas, cabría conocer la altura de aquella, y, por lo tanto, de la atmósfera sensible; entendiéndose por tal la capaz de reflejar luz en cantidad aquí abajo perceptible.

El instante exacto en que el crepúsculo se ahoga en la noche es imposible de aquilatar, y de ahí las dificultades de los meteorólogos que se han preocupado con la resolución de este problema, y de ahí la divergencia de resultados obtenidos, y afinados de día en día, hasta dar a algunos experimentadores 300 kilómetros, en vez de los 14! que cuando Ignotus era estudiante de Instituto le decían profesores y libros que tenía de espesor la atmósfera terrestre.

Ya supondrán los lectores que no cabe pretender aquí dar noticia, sino mera idea, de los experimentos citados, limitándonos a hacer sentir la posibilidad de resolver el problema dentro de no muy ambiciosos límites de aproximación.

Para ello basta indicar que el último rayo de sol que quien está en una llanura ve directamente al ponerse aquel, es tangente en el instante del ocaso a la esférica superficie terrestre en dicho lugar, y que como la Tierra va dando vuelta sobre sí misma, la tangencia de aquel último rayo va verificándose en cada momento en lugares del globo cada

Los lentes-objetivos de estos potentes aparatos, de los cuales se hallan provistos todos los submarinos de turismo en Venus, tienen campo abarcante un tercio de horizonte, con lo que haciéndolas girar para apuntarlas sucesivamente en tres direcciones diferentes, se registra el horizonte neto.

Montadas unas junto a otras, y cada una sobre su inmediata, a lo largo de un tubo vertical, y en el extremo más alto de él, que sobresale poco al exterior por cima del casco del submarino, reciben los rayos emitidos por los objetos y formas del paisaje; los concentran, refractándolos, sobre tres prismas, uno por lente, que a su vez los reflejan, torciendo su camino y enviándolos tubo abajo.

El extremo inferior de éste está cerrado por otra lente más grande que las anteriores y única; pero que no siendo convergente, como las de arriba, sino divergente, los dispersa: de modo que las pequeñas imágenes procedentes de aquellas son amplificadas de tamaño al pintarse en la mesa pantalla. Como, de otra parte, ésta no es mirada a simple vista, sino a través de unos tubos con lentes oculares, dos por observador, que determinan nuevo aumento de tamaño en dichas imágenes, los paisa-

vez más alejados del supuesto observador, pasando la prolongación de dicho rayo más alta por encima de la cabeza de él en sucesivos momentos.

Más todavía, por encima de tal rayo, otros, cada vez en menor número...

¡Ay, ay, ay!... Si me meto en esto va a ser esta nota más larga que el capítulo, y no metiéndome basta para el modesto objeto de ella hacer notar que, de una parte, dice la Astronomía que por cada minuto de tiempo transcurrido entre la puesta del sol y la extinción del crepúsculo subsiguiente, se mueve el punto de tangencia en la Tierra del consabido rayo en extensión de quince minutos de arco de longitud geográfica, y de otra parte, dice la Trigonometría que la distancia vertical entre el observador y aquella última molécula de aire de lo alto que se apaga al finar el crepúsculo, es la secante trigonométrica del arco sobre el globo recorrido por dicho punto de tangencia.

Sabido esto, podremos decir que si el crepúsculo ha durado 33 minutos, por ejemplo, el espesor de la atmósfera será igual a la secante de $15' \times 33 = 8$ grados y $15'$ (cuyo valor encontraremos en unas tablas trigonométricas), multiplicada por seis millones trescientos mil metros, que a ojo de mediano cubero es el radio terrestre.

Pero así se tendrá el espesor de la atmósfera que, para entendernos, se ha llamado sensible a la luz solar; porque por cima de ella se prolonga mucho más allá la tenuísima atmósfera que ha hecho conocer la observación de las auroras polares: de lo cual no hablo porque habiéndolo hecho ya en otra obra de esta biblioteca (*Del Océano a Venus*), no quiero que, con razón, se quejen los habituales lectores de ella de que Ignotus les sirve aquí un refrito.

jes se ven como si estuvieran muy cercanos, y con relieve por el efecto estereoscópico debido a la duplicidad de oculares.

El aire libre, que por última vez en varios días respiraban los viajeros en el interior del sumergible, entraba por unas pequeñas aberturas de lo alto, las cuales se cerraban automáticamente cuando el barco bajara al seno del mar.

Una vez examinado el panorama en todas las direcciones del horizonte, lo cual fué pronto hecho, pues no era muy variado, enfiló Aol, ya permanentemente, las lentes del *triorama* (1)—tal es el nombre del instrumento de que acaba de hablarse—a la enorme muralla helada, hacia la cual marchaba el buque: navegando todavía, no por bajo, sino sobre los lomos de las olas, y tomando la palabra, dijo:

—Como entre las cosas curiosas para ti, por diferentes de las que de tu mundo nos has contado, ningunas lo son tanto como las que vas a ver en el mundo de tinieblas donde entraremos dentro de una hora, he

(1) El trazado óptico del *triorama* recuerda la teoría del *teleobjetivo*, que solamente en una aplicación, la fotográfica, ha pasado hasta hoy (1921) del campo teórico al práctico, pues a los anteojos no ha podido ser hasta ahora adaptada la combinación de lentes ideada nada menos que por Kepler; siendo éste uno de los ejemplos más elocuentes de cuán gran distancia separa muchas veces la idea madre de un invento de su realización efectiva y útil: cosa que olvidan quienes tan pronto tienen una idea, en muchos casos fácil de ocurrir a cualquiera, se la dan de inventores, prescindiendo de que el invento, para ser tal, ha de estar no resuelto en la cabeza, sino ejecutado en el taller, que es donde están las dificultades más importantes y más duras de vencer, las que requieren mayor ciencia, que no tienen los inventores de ocasión, casi siempre frustrados; esa legión nutrida de *genios ignorados*, que en el café o en el casino lo resuelven todo tan ricamente.

Pero se nos ha quedado sabe Dios dónde el teleobjetivo, ingenio óptico para ver lejos, según indica la estructura de su nombre.

Es sabido que los objetivos son lentes convexas, o sistemas de éstas, que reproducen en pequeño, a un lado de ellas, los objetos situados al opuesto, pero en tamaño reducido: muy reducido si son objetivos fotográficos, muchísimo si pertenecen a anteojos.

Estas imágenes son químicamente vistas por la placa fotográfica en las cámaras de esta clase, y físicamente percibidas, en los anteojos, por los ojos de quienes los usan; pero como en los últimos son las imágenes tan excesivamente pequeñas cual se ha dicho, apenas se veía nada en ellas si se observaban a simple vista, y para obviar este inconveniente se miran a través de lentes o sistemas oculares (los pequeños cristales a los que se aplican los ojos) que las amplifican haciéndonolas ver mucho mayores de lo que en realidad las da el objetivo.

Pero este aumento del ocular no puede, sin graves inconvenientes, forzarse demasiado; así que no pudiendo excederse de ciertos límites, para obtener

tenido cuidado de no frustrarte las sorpresas; y por ello, y a intento, te he hablado muy poco de ese glacial hemisferio.

—No había advertido—contestó Sara—que de propósito callaras; pero ahora caigo en que lo poco que sé de él lo he aprendido en mis conversaciones con Rag y con Ko.

—Las mías—dijo el médico—no te habrán enseñado mucho, pues conozco poquísimo, y sólo de oídas, del extraño mundo adonde vamos: en el que también yo tendré sorpresas, aunque no sean tan grandes cual las tuyas.

Mientras en torno de la mesa pantalla hablaban los tres amigos, en el tablero de ella se iba dibujando con crecientes detalles la crestería de hielo de la nivea muralla, a la cual se acercaba el submarino. Por bajo de su cima se veía el cantil tajado a pico, a cuyo pie morían las olas, el cual se prolongaba a derecha e izquierda con no interrumpida continuidad hasta perderse de vista: sin que ésta divisara en su lisa superficie boquete, estrecho, ni canal capaz de

imágenes grandes, lo cual quiere decir *que acerquen mucho los objetos*, es preciso emplear objetivos que las produzcan a gran distancia de éstos, llamados *de largo foco*, y que en definitiva dan lugar a *anteojos muy largos*, y por tanto incómodos, caros, etc., etc.

Pero así como las lentes convexas concentran los rayos que reciben, las cóncavas los dispersan, y utilizando esta propiedad ideó Kepler interponer entre el objetivo y la imagen por él producida una de estas lentes dispersoras, cuyo efecto es *abrir los rayos de luz* que en su encuentro forman dichas imágenes, con lo cual se reduce teóricamente de un modo extraordinario la profundidad de la cámara fotográfica (que en tiempo de Kepler no había sido aún inventada) o la longitud del anteojo, permitiendo con tamaños cómodos obtener imágenes muy grandes.

Según se ha dicho, hoy se fabrican teleobjetivos fotográficos, mas los talleres de óptica no han resuelto todavía la aplicación de la teoría, perfectamente correcta en óptica matemática, a los anteojos; y por ello y a falta de otra cosa mejor se han inventado los anteojos prismáticos, que, en realidad, tienen longitud óptica triple de la externa que aparentan.

Y digo que a falta de otra cosa mejor porque el aumento de tamaño obtenido en la imagen, mediante este ingenioso duplicado doblez del anteojo prismático ya de todo el mundo perfectamente conocido, no se alcanza sino a expensas de la claridad, sin que pueda por tal causa aplicarse a anteojos que requieran grandes aumentos.

El *triorama* del submarino de Aol es, gracias al adelantado estado de la óptica en Venus, un enorme teleobjetivo fotográfico, que en vez de pintar las imágenes de los objetos mirados en la placa química o en el vidrio deslustrado de la cámara, las proyecta cual si fuera una linterna, y ya agrandadas sobre el tablero de la mesa-pantalla, en cuyos bordes van montadas unas lentes a través de las cuales las ven todavía más amplificadas quienes se sientan delante de los sostenes donde estas lentes van encastradas y a ellas aplican los ojos.

ofrecer paso al submarino por cima ni por bajo de las olas.

Ya hacía rato que Sara venía fijándose en ello, durante el cual nada había dicho por suponer que al acercarse más a tierra vería abrirse algún camino, antes cubierto por repliegues de la costa; pero cuando se convenció de la continuidad de la barrera, no rota en parte alguna por la menor brecha, dijo:

—Oye, Aol, ¿es que vamos a continuar nuestro viaje por tierra?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque como no veo paso alguno para el barco...

—¡Ah! No le habías dicho ni siquiera eso.

—No, Ko: esa es la primera sorpresa que le tenía reservada: la explicación está aquí ya. Mira Sara, mira.

Al decir esto señalaba Aol a la mesa, donde se veía ya, sumamente cercano, el cantil rocoso de la costa, en lo alto del cual se amontonaba una capa de nieve helada de más de treinta metros de espesor. En un lugar verticalmente tajado sobre el mar, en una parte de roca artificialmente alisada del peñasco, y enlucida de blanco, se destacaban los siguientes rótulos en letras rojas de dos metros, cuando menos, de alto:

UO (13 Δ) → OOO

NOKÚN (21 Δ) — GOF (15 Δ) — TOL (17 Δ)

Nombres de ciudades tan sombrías como el tétrico mundo donde están.

—¿Y eso qué es?

—Las puntas de las flechas marcan el sentido en que los submarinos deben seguir la costa para ir a las ciudades cuyos nombres quedan encima de ellas.

—¿Y los números?

—La distancia hasta el primer cartel indicador, análogo a éste, que en las diversas rutas han de encontrarse.

—Entonces eso quiere decir que podemos llegar a Uo y a Ooz costeano; que es este un viaje de cabotaje.

—Aguarda un momento, voy a vigilar cómo hace la virada el mecánico: hay que cuidar de no acercarse a la rompiente. Mientras tanto Ko podrá ir satisfaciendo tus curiosidades.

—Por ahora sí, pues todavía se trata de cosas conocidas del vulgo; pero si Sara ahonda en sus preguntas...

—¿Es demasiado honda la que acabo de hacer?

—No, a esa puedo responder que en un hemisferio donde todos sus mares están helados, no cabe costear embarcado sus continentes ni sus islas. Las únicas superficiales y visibles costas del noctohemisferio son estas que tenemos a la vista, las cuales determinan su contorno entero, dando vuelta completa a todo el planeta.

—Tienes razón; ¡qué tonta!... Pero entonces, si no podemos viajar costeano a través de ese mundo, en cuyos confines nos hallamos, si tampoco hay aquí sino mares sólidos, vuelvo a mi pregunta anterior, que nadie ha contestado: ¿Vamos a continuar el viaje por tierra?

—De ningún modo: aun cuando en esta zona de la penumbra, relativamente cálida, pues el termómetro no baja en ella de los ocho bajo cero, todavía podrían bandearse, aun cuando malamente, los tornóspiros, en cuanto avanzaran unos centenares de kilómetros más allá de ella en el hemisferio helado, los huracanes los azotarían con neviscas constantes, que los irían sobrecargando con el peso de la nieve sobre ellos acumulada; y al soldarse, una en pos de otra, capas y capas de ella, aumentarían el volumen de aquéllos, desfigurando sus formas en tales proporciones, que la gran superficie que ofrecieran al empuje del vendaval los convertiría en juguetes de éste.

Además, en los barrancos y en los ventisqueros escondidos bajo nieve recién caída y todavía por endurecer carecería el suelo de resistencia para aguantar el peso de tales vehículos, y se abismarían éstos.

—Preciso es reconocer que estoy torpísimo, porque no se me alcanza entonces cómo vamos a proseguir el viaje... ¡Calla! Otro cartelón por babor... ¡Ah! Hemos virado otra vez; porque ahora se ve por la proa.

La indicación del cartel era ahora:

UO — OOO
UO
↓
Y
I } 243° — 13'
73 Δ

—Esta vez es el jeroglífico más complicado. Lo único que de él me es inteligible, por la indicación de minutos y segundos, es el 243°-13', que parece una indicación de rumbo. Pero de lo demás me quedo a oscuras: como tú no me saques del atolladero, amigo Ko.

—Pues a oscuras te quedas, porque de lo que me preguntas sé lo mismo que tú...

Aol, Aol, Sara pregunta ya unas cosas que yo no puedo contestar.

—Allá voy.

—Perdona, hija, se me acabó la cuerda.

—Si yo viera mar libre por delante, la flecha hacia abajo la interpretaría como una indicación de sumergirse y navegar en el rumbo 243°-13'... Pero ese 73 que, debajo de la flecha, parece referirse a profundidad de sumersión me confunde todavía más: porque siendo, según me habéis dicho, 19 kilómetros la mayor profundidad registrada en los mares de Venus, mal podríamos sumergirnos a 48: que es a lo que equivalen los 73 *vis* (1)... Y aun cuando así no fuere, ¿a qué navegar a tan absurda profundidad?

—Aol, que esta mujer pregunta cosas cada vez más difíciles, y estoy haciendo muy mal papel.

—Ya estoy aquí. Veamos: ¿qué pregunta?

Repitió Sara la exposición de sus dudas sobre el jeroglífico que, en la mesa donde se pintaba, iba creciendo de tamaño, porque el submarino se acercaba a la costa donde estaba grabado, y Aol respondió:

—Aciertas en que la flecha indica que hemos llegado al paraje donde, para ir a Uo y a Ooz, debemos sumergirnos, en que el 243°-13' indica el rumbo en que una vez sumergidos debemos navegar, y tienes asimismo razón en que el 73 no indica una profundidad.

—Entonces, ¿qué?

—La distancia durante la cual hemos de navegar en el rumbo marcado hasta llegar a la primera señal indicadora como esa.

—¿Pero es que en esta navegación vamos a ir encontrando constantemente en el mar hitos indicadores?

—Así es.

—¡Qué rareza! Sabiendo la situación geográfica del puerto de destino, ningún navegante que conozca su oficio necesita más datos ni más indicaciones, que, a la verdad, me parecen pueriles (1).

—En principio, y en tesis general, tienes razón; pero no en este caso, en el cual son

precisas, porque... No, no te digo el porqué, para no dejar en mal lugar a Ko, que no ha sabido darte explicaciones.

—Puedes estar tranquilo, y explicar cuanto quieras, porque no me avergüenzo de hacer en esto un mal papel.

—No, no se lo digo: tiene que averiguarlo ella todo—contestó Aol riéndose; pues chocho como estaba con el talento de su novia, le agradaba extraordinariamente ver cómo, en trances apretados y arduos problemas, se manifestaba el ingenio de Sara, la agudeza de sus percepciones y la lógica de sus raciocinios.

—Para burlarte de los disparates que se me ocurran... Vaya una gracia—dijo Sara, fingiendo incomodidad que ni sentía, ni lo jocosos del tono demostraba fuera verdadera; pues en realidad la lisonjeaba la intención de su prometido. Por ello, disponiéndose a emplear toda la fuerza de su inteligencia, para salir cuan airosa pudiera de las pruebas a que él quería someterla, agregó: —¿Pero cómo he de adivinar sin dato alguno?

—Por lo que veas... Ven conmigo.

Al decir esto cogió Aol la mano de Sara, apretándosela más de lo que era menester, para conducirla a un sillón fijo instalado en la parte de proa del submarino, ante el cual una gran ventana elíptica, y herméticamente cerrada por un gruesísimo mas diáfano cristal, permitía ver hacia el frente. Delante y a los costados de dicha butaca había discos graduados, verticales y horizontales, teléfonos de observación y mando, diversidad de palancas y botones de presión para gobernar desde allí el sumergible: gobierno que conocía perfectamente Sara.

—Siéntate y haz lo que te diga—dijo Aol; y cogiendo un teléfono comunicante con la camareta donde, a popa, iba el timonel, dió a éste la siguiente orden:—Oído, Nes: "No te cuides sino de los motores, porque la señora va a gobernar el barco."

—Tú quieres que os haga naufragar: ¡Un piloto que no sabe dónde está, ni adonde

(1) El *vi* es una medida marina usada en Venus, e indicada en los cartelones por la abreviatura Λ , cuya reducción a kilómetros efectuaba Sara.

(1) En una nota de la primera parte de esta historia se dijo cómo por medio del sextante y del cronómetro se determinan normalmente a mediodía, por el Sol, la longitud y la latitud geográfica del lugar en que a dicha hora se encuentra el barco desde donde se efectúa la observación, e igualmente puede determinarse tal situación a otra hora diferente por el mismo Sol u observando las mismas estrellas: si bien método y cálculos son más complicados.

Conocidas la longitud y la latitud del punto donde el barco se halla, se lo sitúa en la carta ma-

rina de a bordo, sencillísimamente por medio del compás y la escala, puesto que en dicha carta están marcadas las longitudes y las latitudes.

Una vez hecho esto (y aun sin hacerlo, pues la materialidad de la fijación del punto a diario en la carta no es necesaria) se aplican fórmulas que, conocidas longitud y latitud del lugar en que se está y del puerto adonde quiere irse, dan, por un sencillo cálculo, el valor del rumbo en que hay que navegar para llegar a aquél. Y ya no queda sino hacer que la brújula o compás de a bordo lo marque y que el timonel cuide de que no varíe la derrota.

Claro que si en ella no hay escollos; pues en tal caso habrá que modificarlo hasta que se hayan evitado.

va, ni cómo ni por dónde ha de iri...

—Confío en que ese piloto que, no en un mar, sino en un mundo desconocido, ha sabido llevarme a mí a puerto de dicha, no saldrá mal de este trance más fácil en que ahora lo pongo.

Volviéndose para fijar en Aol, que a su espalda estaba, detrás del sillón, con la cabeza adelantada al lado de la de ella, una mirada de felicidad que se encontró con otra igual, dijo Sara:

—Aol mío...

En esto dió el barco dos o tres guiñadas a babor y a estribor, porque cumpliendo la orden recibida había Nes abandonado los timones; y como nadie se había hecho cargo de ellos avanzaba el submarino sin gobierno.

—¿Qué pasa?—gritó Ko del otro lado de la mampara que separaba la cámara donde se había quedado del camarotillo del comandante, donde estaba la distraída pareja; pregunta que hacía inquieto, a causa de los vaivenes en el cuerpo sentidos a consecuencia de las eses que iba haciendo el barco.

—Nada, nada—contestó Aol, a gritos, y agregó en voz baja—. El timón, Sara, el timón: se nos había olvidado.

Ella, que antes de decirselo su novio se

había hecho cargo de lo que pasaba, y encajado de nuevo la palanca de mando eléctrico del timón en la muesca de donde se había salido, gritó también:

—Nada, Ko: una torpeza, pero sin consecuencias, de una principiante. No te decía yo, Aol, que... Y eso, que de esto no ha sido mía la culpa, sino tuya, por haberme distraído... Va a ser preciso poner aquí un letrero, como el de la garita de popa, que diga: "Prohibido hablar a la timonela."

—No bastará: hace falta otro.

—¿Cuál?

—"Prohibido mirarla."

—Y todavía más prohibido apretarle, como ahora, la mano que necesita para la maniobra... ¿Es que quieres darle otro susto a Ko y desacreditarme como piloto, o que hagamos una falsa maniobra que nos cueste cara?

—Tienes razón. No haré más tonterías.

—Y aunque las hagas: como mientras esté al gobierno no he de hacerte caso... Pero dime, ¿era para esto, nada más, para lo que me has traído aquí?

—¡Ah, sí! Es verdad: era para que vieras...

—Pues entonces, a lo que estamos: yo a las palancas y botones de las transmisiones, y tú a mandar la maniobra.

XVII

UNA TRAVESIA SUBGLACIAL

Cuando la muralla de hielo hacia la que avanzaba el submarino estuvo ya cercana, cerrando por completo el horizonte, dijo Aol:

—Atención al mando.

—Voy en seguida—contestó Sara—; pero antes, oyeme: ese murallón que vemos a proa no es ya, como antes, de roca abajo y de nieve en lo alto, sino todo él de hielo, de la cresta a la base, donde chocan las olas. ¿Es que se acaba ahí la tierra firme del continente que veníamos costeano?

—Sí.

—Entonces, lo que ahora vemos son, aun cuando sean enormes, flotantes témpanos de hielo; *icebergs*, como en mi país decimos.

—Efectivamente; pero lo de flotante no ha de entenderse por movable, ni por derivante; pues, aunque sobrenadan, no se mueven; y porque no son *icebergs*, sino un solo *iceberg*.

—¿Uno solo?

—Sí, uno nada más: un témpano único.

—Ya, ya comprendo: como en el hemisferio donde vamos a entrar no llega nunca el deshielo, este témpano rodea sin interrupción metros de contorno; sobrenada en el mar, el mundo-sombra siguiendo sus 39.996 kilómetros sin moverse sobre él, porque ese bloque único se extiende de continente a continente, y entre los continentes y las islas, soldándose a la nieve, amontonada y endurecida, sobre unos y otras, y apresado por las terrestres costas no puede derivar. ¿Voy bien así?

—Sí, sigue, sigue: me encanta oírte describir lo que jamás has visto, lo que nadie te ha dicho.

—Ese témpano encerrará entonces, en el seno de sus heladas aguas, todas las tierras firmes de ese hemisferio; cubrirá todos sus mares, y, si mi lógica no falla, deberá constituir una sola e inmensa techumbre geológica de más de 250 millones de kilómetros

cuadrados, cuyos pilares han de ser continentes e islas, bajo cuyas bóvedas ondularán las aguas subglaciales de los mares de todo un hemisferio del planeta. Ese ténpano no será, pues, un ténpano, sino la colosal bóveda de este mundo de hielo...

—¿Lo ves? ¿Lo ves cómo vas viendo sola, sin que nada te diga?...

—Pero lo que no veo es cómo podrá navegar el sumergible a través de una masa sólida de hielo... Explicame.

—Ni una palabra: lo has de ver tú todo, como has visto lo otro.

—Eres un profesor holgazanísimo.

—Señor Oficial, a la maniobra: Sumersión he mandado.

—Mi Capitán, perdone... Está usted obedecido.

—Rumbo a 243 grados y trece minutos.

—Hecho—contestó Sara, moviendo el timón vertical hasta leer el indicado rumbo en el compás de derrota.

—Nes, "marcha a velocidad mínima y enciende el fanal de proa". Tú, Sara, pon en actividad la sirena de adelante.

Cumplidas las anteriores órdenes, descendía el sumergible oblicuamente al seno del mar, obedeciendo a la acción de los timones horizontales; la luz del proyector, iluminando por delante su camino, mostraba a Sara, que no apartaba la vista del cristal de la porta, las entrañas de las violáceas aguas a través de las cuales avanzaba el barco; la sirena rugía, y Aol estaba atento a su rugir, repetido por los dos teléfonos de alta voz instalados en la camareta de derrota, en donde estaban él y ella.

Como Sara sabía que la sirena de proa producía sus sonidos en el foco de un espejo metálico, cóncavo hacia adelante, con objeto de enviar en tal sentido todas las ondas sonoras hacia atrás lanzadas por el acústico aparato, reforzando con éstas, después de reflejadas en el espejo, las que naturalmente emitía la bocina en la dirección de la marcha, estaba perfectamente enterada de que, teniendo mar libre por delante, el ruido de la sirena no debería oírse normalmente en el sumergible; así que al oír a los teléfonos reproducir los rugidos de aquella, se dió cuenta inmediatamente de que esto había de obedecer, por precisión, a que las ondas sonoras hallaran en su marcha adelante un obstáculo sólido, al chocar contra el cual retrocedían, volviendo al submarino, donde eran oídas como un eco; y tan pronto como se hubo hecho cargo de ello, quiso presumir un poco con su comandante, para lo cual hizo callar la sirena.

—¿Qué haces?—dijo alarmado Aol—. No

dejes de silbar; ahora no podemos pasarnos sin la sirena.

—No tengas cuidado; no es sino un momento—contestó ella, fijando la mirada en el reloj que tenía enfrente, disponiéndose a contar los brincos de la gran aguja del segundero, y haciendo dar a la bocina un rugido instantáneo, al cual siguieron unos segundos de silencio, en pos de los cuales resonó en los teléfonos el eco del rugido, devuelto por la helada muralla hacia la que marchaban. Al oírlo, dijo Sara para sí:

—Doce segundos: mitad, seis... En agua densa del mar, a la baja temperatura a que ha de estar ésta, la velocidad del sonido debe ser de kilómetro y medio por segundo, que multiplicada por seis segundos... Terminado el cálculo que se planteaba, continuó en alta voz:—Ténpano por la proa a unos nueve kilómetros—. Y volviendo a hacer sonar la sirena, ya a rápidos intervalos, agregó: Ya ve el señor comandante que a esa distancia no había riesgo de chocar con el banco de hielo, aunque se interrumpiera el sonar de la sirena.

—¡Bravo, bravo! Magnífico, magnífico.

—Vaya unas exageraciones por cosa tan sabida (1). Pero, a despecho de este fácil éxito, que tan tontamente elogias, sigo ignorando, mientras no me lo digas, cómo vamos a seguir navegando.

—Ya poco falta para que lo sepas; para ello pon mucho oído a los teléfonos, y no pierdas de vista el ventanal de proa. ¿Qué profundidad marca el indicador?

—Noventa metros.

—Por ahora, basta: adelante en marcha horizontal, mucha atención, y procura enterarte, de minuto en minuto, de la distancia a que estamos del banco de hielo.

En el momento de recibir tal orden hizo ella callar la bocina, y contando los segundos transcurridos desde que lo hizo hasta el instante en que callaron los teléfonos, dijo: "siete kilómetros".

Después fué lanzando silbidos instantáneos, de minuto en minuto, y calculando a cada uno la distancia, del mismo modo que antes, hasta que ya alarmada con la cercanía del sumergido murallón de hielo hacia donde marchaban, dijo:

(1) Es sabido que la velocidad del sonido en el aire (creciente con la temperatura) es de 333 metros por segundo a cero grados; de 340, entre 15 y 20 grados. En los líquidos crece notablemente, y mucho más en los sólidos; en agua a 8 grados viene a ser de 1.435; en el acero pasa de cinco kilómetros, y en el cristal, de cinco y medio.

Claro es que en los datos relativos a la transmisión en el aire se supone la atmósfera en calma, pues el viento, a favor o en contra, modifica la velocidad del sonido.

—Estamos solamente a poco más de un kilómetro; de seguir así, nos estrellamos contra el iceberg.

—Nes, "marcha velocidad mínima"—ordenó Aol por el teléfono de comunicación con el motorista—. Tú, Sara, no dejes de mirar por el cristal de proa hasta que veas algo nuevo.

Cuando ésta llevaba dos minutos mirando con grandísima atención, Aol, cuyos ojos habían visto muchas veces, y conocían, lo que por primera vez había de ver Sara, lo percibió antes que ella, dando orden inmediata de acortar más todavía la marcha, diciendo: "una sola explosión cada dos segundos".

El submarino se deslizaba lentísimamente entre las aguas, cuando, de pronto, exclamó Sara:

—¡Ya, ya! ¿Qué es eso, Aol? ¿Qué es esa línea que cruza las aguas de izquierda a derecha, hasta perderse de vista?

—Fíjate... y piensa

—¡Ah, sí! El borde inferior del banco de hielo.

—¿No ves ya, ahora, cuál va a ser nuestro camino?

—Cállate, calla, déjame gobernar sola sin decirme nada—contestó, nerviosísima—. Pero vigílate, por si hago alguna tontería, y si la hago, enmiéndala.

El borde del inacabable banco helado quedaba todavía como unos veinte metros más bajo que el sumario, y a doscientos, poco más o menos, por delante. Sara empuñó, resuelta, la palanca del timón horizontal, para hundir más su barco; y quitándole a Aol el teléfono de mando, ordenó a Nes aumentar de nuevo las explosiones para alcanzar la normal velocidad mínima.

El buque descendió oblicuamente, para pasar, dos minutos después, a tres metros por debajo del borde inferior del banco helado; y en cuanto ya tuvo encima éste, gritó la improvisada comandante:

—Nes, a toda marcha—. Y volviéndose a Aol, agregó: —Ahora a buscar nuestro camino por debajo, no sólo de las aguas, sino de los hielos... Pero eso ya no sé hacerle yo.

—¡Qué talento tienes! Ya sabía yo que adivinarías. ¡¡Qué talento!!... ¡Y qué resolución y qué valor y qué serenidad!

—Bien me lo has hecho sudar. ¡Qué malos eres!... De modo que hemos entrado ya en el mundo de la noche eterna, y navegamos en las entrañas de sus mares por debajo del

inmenso témpano de que hablábamos antes, que agobia con su peso a un mundo entero.

—Así es: una sola masa de agua congelada que sobre nuestras cabezas tiene en la parte donde nos hallamos espesor superior a cien metros (1).

—Sin posibilidad, claro es, para nuestro submarino de subir a la superficie de ese mar.

—Desde luego: para ello habría que desandar lo andado, o de seguir adelante en nuestro rumbo, tendríamos que bogar bajo los hielos cerca de veinte mil kilómetros, recorriendo la mitad de la redondez de Venus, antes de poder volver a navegar sobre las olas.

—Entonces resulta que este medio mundo soporta, y nosotros tenemos sobre nuestras cabezas, un peso—Sara calló mientras hacía una rápida y fácil cuenta, y una vez terminada, continuó: —de unos 1.500 millones de millones de toneladas de hielo (2).

—Por ahí ha de andar.

—¡Qué inmensidad!

(1) La profundidad del hielo marino del hemisferio de la noche no guarda, con respecto a la altura que por cima de las aguas alcanza, la proporción que es usual en los témpanos sueltos encontrados por los barcos que navegan por altas latitudes en los mares de la Tierra, y en Venus se hallan sueltos también en los del lúmiemisferio antes de llegar a la parte de aquel mundo donde reinan la noche y el frío.

De dichos témpanos sueltos o, para emplear palabra que ya se ha impuesto en todos los idiomas, los *icebergs* flotan libremente, dice una autora moderna (Agnes Giberne): "Algunos, desprendidos de los glaciares de la Groenlandia, tienen 200 o 300 pies de altura sobre la superficie de las olas, pero esta no es la total del iceberg entero, pues no flota sobre, sino en el agua, de tal modo que únicamente un octavo, poco más o menos, de su altura asoma por cima de las olas."

Esto, que tiene que ser tan verdad en Venus como en la Tierra, para los témpanos desprendidos del inmenso glaciar que cubre medio mundo, no lo es con carácter de generalidad para la relación entre los espesores de las partes de la helada corteza situadas por cima y por bajo del nivel de los mares venusinos; relación que es variable de las cercanías de las costas a alta mar. Por término general, la porción sumergida es menor de la correspondiente a la citada relación, pues se halla sostenida no solamente por la fuerza de flotación, sino por la adherencia al hielo que cubre los continentes, como la cúpula de la bóveda se halla sostenida por los materiales de los estribos de ella.

(2) Véase la cuenta: 250 millones de kilómetros cuadrados de superficie del hemisferio de la noche, sobre ellos un espesor de hielo mayor en los mares que sobre los continentes, que adoptando promedio de 60 metros para grosor de dicha capa dará, multiplicado por 250 millones de millones de metros cúbicos, o sea de toneladas, obtenidos por Sara; resultado donde se compensaba la menor densidad del hielo con respecto al agua, y la menor intensidad de la gravedad en Venus que en la Tierra con la mayor densidad del agua venusiana.

Bajo los hielos del nocto-hemisferio, a diciembre 31 de 2183.—(De las notas de Sara.)

"Llevamos cuatro días de navegar sumergidos a unos cien metros por debajo de la parte inferior de ese mundo de hielo que nos cubre.

Ya me voy desimpresionando; pero la idea de tener sobre mí esa inmensa barrera infranqueable que me separa de la superficie de este extraño mundo, me abrumaba al principio, deprimiéndome de modo que habría sido intolerable a no tener en el sumergible, junto a mí, cuanto me importa y amo.

¡Qué manera de navegar tan inconcebible para los marineros de la Tierra, que probablemente no leerán nunca estas notas, pero que, de leerlas, es verosímil no las crean fiel trasunto de esta realidad, sino fantasías de un viajero mentiroso!... ¡Qué extraño todo, pero a la par cuán lógico! ¡Y qué raza tan inteligente! ¡Y qué constancia y qué fuerza no habrán sido menester para encontrar y fijar en las profundidades de los mares de este hemisferio, siempre y en todas partes cubiertas por los hielos, las rutas, más aún que submarinas, subglaciales de continente a continente!

Porque en estas travesías, donde el marino no ve jamás el sol ni las estrellas, faltan los medios que en mi mundo—digo en el que fué mi mundo, pues hoy mi mundo es el de Aol—tienen los navegantes de conocer a diario la situación de su barco, rectificando así las perturbaciones del compás magnético. Aquí la imposibilidad absoluta de realizar observaciones astronómicas con el sextante, priva de medios de deducir la latitud por la altura de los astros; y esta inutilidad y la consiguiente del cronómetro, para averiguar la longitud es en Venus muchísimo más grave que sería en la Tierra; pues a causa de la mayor proximidad a que estamos del Sol, los torrentes de electrones por éste despedidos son, al llegar aquí, muchísimo más densos, más espesos, iba a decir más caudalosos, que al llegar a la Tierra, y por lo tanto incomparablemente más intensas y frecuentes que allá las auroras polares y las perturbaciones de la brújula, que sin guía dejan a los barcos para mantenerse en los debidos rumbos.

En las navegaciones del lumihemisferio se atenúa, en cierto modo, esta infidelidad de la brújula, observando la dirección y velocidad del viento, que, constantes en cada lugar, cambian de unos a otros, según leyes conocidas y aprovechadas por los pilotos de derrota para saber dónde se encuentran; mientras bajo las aguas del umbrihemisfe-

rio son tan inútiles los anemóscopos o velas, que dan la dirección, como los anemómetros registradores de la velocidad, puesto que bajo el mar no sopla el viento.

La poderosa inteligencia de estas gentes ha resuelto, sin embargo, el problema, que *a priori* me parecía insoluble, de la navegación subglacial; y en la imposibilidad de lanzar los submarinos a alta, u honda mar, sin medios de orientación en las aguas donde imperan las tinieblas, han establecido cual general sistema de comunicación la navegación de cabotaje: única utilizable en un mundo donde son imposible las terrestres, a no ser subterráneas y en cortas extensiones.

Si a un marino de allá se le dijera que había de navegar sorteando constantemente los peligros de la costa, sin remontarse nunca a la mar limpia de escollos, arrecifes y bajos; si además le dijeran que esas arriesgadas navegaciones de cabotaje había de realizarlas sumido siempre en nieblas, peligro el más temido por los navegantes, es muy probable que dejara el oficio, y no acertara a comprender cómo aquí pueda navegarse nunca en alta mar, ni a explicarse cómo los barcos hallan su camino, no ya entre nieblas, sino rodeados de absoluta obscuridad.

Esta navegación es triste, sí, abrumadoramente triste, dantescamente tétrica; pero maravillosa. Véase la prueba.

Por bajo de los hielos, en el seno de las aguas, en los cantiles de roca que son cimientos de continentes e islas, y escalonados a distancias variables, según la forma y condiciones de la submarina costa que ha de contornearse, surgen, de tanto en tanto, ante los navegantes cartelones indicadores de ruta y situación semejantes a los que vimos antes de sumirnos bajo esa helada cúpula.

Alumbraños luminosos focos de incandescencia eléctrica; pero no de incandescencia de carbones, como la del arco voltaico, ni de metales, como en las bombillas de los terrestres sistemas de iluminación, sino de incandescencia gaseosa, producida por gruesos y flameantes chorros de hidrógeno, obtenido de la descomposición electrolítica de las mismas aguas del mar, e inflamado por poderosas descargas oscilantes, junto a las cuales parecerían juegos de niños los colosales y ya clásicas de Tesla.

Es algo semejante a los fenómenos de la ignición de gases enrarecidos en los tubos de Geisler y de Crookes (1), cosa por el estilo

(1) Los tubos de Geisler son cosa vieja, ya explicada en los tratados de Física de hace medio siglo, como productores de suaves luminiscencias en atmósferas de gases muy enrarecidos. Los de

de la producción de rayos catódicos y X, pero inconcebiblemente más potente y elegante; pues los tubos en donde lucen las llamaradas de estos faros subglaciales no son de grosero vidrio (de imposible transporte e instalación en estas condiciones), sino imateriales tubos, o mejor dicho, túneles ahuecados en las aguas del mar a los impulsos de remolinos engendrados en ellas por otros torbellinos de descargas eléctricas, cuyos sucesivos estallidos van recorriendo el trazado de una hélice ideal.

Estos electromagnéticos y velocísimos remolinos líquidos dejan en su interior el espacio vacío característico de todas las vorágines rápidas, el que cualquiera puede advertir en un vaso de agua cuando, dentro de él, voltea circularmente una cuchara que rechaza el líquido del centro a las paredes del vaso, dejando en medio un cono de aire que agujerea el agua; pero en el caso de que se habla ahora son las descargas las que hacen el efecto de cuchara giratoria, y por el túnel corren llamaradas de hidrógeno inflamado.

Por último, la electricidad de estas descargas no es conducida desde las ciudades donde se produce, por alambres, sino mediante transmisión inalámbrica, de la energía eléctrica, lanzada a potenciales o tensiones (1) elevadísimos y rápidamente cambiantes de sentido. La resolución, en suma, perfecta y completa, de la teledinámica, o transmisión, a distancia y sin conductores, de la fuerza mecánica, perseguida en la Tierra por eminentes físicos, y de la cual fué albor la telegrafía sin hilos, y los telékinos Torres Quedo, Branly, Tesla...

Cada uno de estos carteles, con indicaciones análogas a las de los que antes vimos, señala el rumbo y la distancia que hay que recorrer para llegar al indicador inmediato, y además la cuantía de las perturbaciones

Crookes, en los que el enrarecimiento se lleva mucho más adelante, se producen, además de otras luces y otros rayos, los llamados *catódicos*: torrentes de electrones incendiados, que son los padres de los rayos X o de Roetgen, y punto de partida de los últimos descubrimientos y de las más modernas teorías de la electricidad.

(1) Sabido es que el potencial o voltaje eléctrico es una presión resultante de la diferencia entre el estado de concentración de la electricidad entre los dos cuerpos entre los que aquél se manifiesta, equiparada a la altura del agua en un salto de ésta o entre vasos comunicantes, a la presión del vapor en una caldera, a la temperatura entre una estufa y los recintos u objetos que calienta: cosas diferentes de la cantidad de agua, o de vapor, o de carbón en cada uno de dichos casos, como es diferente el voltaje o presión eléctrica de la cantidad de electricidad sobre la cual se ejerce.

magnéticas registradas por los observatorios de tierra firme.

Lo más extraordinario en estos faros es no tener torreros, pues toda la telemanobra de ellos se realiza desde las ciudades de que dependen. En Uo, observatorio astronómico adonde ahora nos dirigimos, está la central del faro que en este instante tengo a la vista y la distancia a él de aquella es de novecientos kilómetros.

El faro de que últimamente he hablado lo llegué a ver con tamaño de un sol de tres metros de diámetro. Contemplado después por el fanal de popa del submarino fué menguando y menguando, hasta parecer una *estrella submarina*, y desaparecer al cabo. La única luz que durante dos horas hemos visto, desde que aquélla se apagó en la lejanía, ha sido la del haz de rayos que, rasgando negruras de las aguas, proyecta nuestra linterna de proa; el único ruido que turba este silencio, hondo cual nadie tiene idea, es el del eco de la sirena de babor, devuelto por la costa que a tal lado llevamos y vamos contorneando. Dado el tiempo que el eco tarda en devolvernos los silbidos aislados, la tenemos ahora a unos cinco kilómetros. A la banda opuesta queda el mar libre, también abierto ante nosotros por la proa; pues no oímos los bramidos periódicamente lanzados por las bocinas delantera y de estribor.

De ellas y los teléfonos pende la seguridad de los barcos, mientras navegan fuera del alcance de los faros; pues avisan de posibles desvíos de rumbo y de la cercanía de sumergidas tierras, con las cuales puede haber riesgo de chocar (1).

Así vamos guiados por los teléfonos; así, al observar Aol, hace un momento que el de babor se retrasaba en devolver la señal, co-

(1) No ha de creerse que esto, ni lo hecho por Sara, cuando por el tiempo tardado en retornar, traído por el eco, el sonido de la sirena, dedujo la distancia a que se hallaba del banco de hielo, sean posibilidades solamente realizables en los barcos venusianos; pues ya en la Tierra, y a principios del siglo XX se habían inventado, principalmente para barcos de guerra, no sólo estos procedimientos de evitar colisiones, mediante empleo de teléfonos sumergidos, sino el *teléfono diferencial*, que permite poner la proa a un barco en marcha que no se vea, mas cuya hélice se oiga, y aun guiar automáticamente un torpedo, de modo que el ruido de la hélice del barco lo guíe hasta llevarlo a estallar contra aquél.

Con diversos sistemas de diferentes autores se había llegado a hacer que los teléfonos, oídos de los submarinos, hicieran para éstos veces de ojos en las tinieblas de la navegación sumergida.

noció, en tal retraso, que nos habíamos alejado a once kilómetros de la costa. Simultáneamente comenzó a gritar el de estribor señalándonos tierra a dicho lado, a tres kilómetros, y al oírlo modifiqué el rumbo para alejarnos de ella y acercarnos a la otra costa: así supimos que a aquel lado dejábamos una isla, separada del continente por un canal de catorce kilómetros, por cuyo centro avanzaba el submarino.

No es necesario ponderar cuán interesante es la constante observación de los teléfonos cuando no se tiene a la vista faro a proa, como el que en este instante surge ante nosotros con la apariencia, en medio de las aguas, de una estrella pequeña y única en el cielo: es decir en el mar.

No era un faro, sino el fanal de un ictiokino cargado con hierro de Ooz, que venía a nuestro encuentro y con el cual nos hemos cruzado: es un enorme barco de carga de la matrícula de Lasga, según nos ha dicho con señales de luces y repiques de sirenas. El faro hemos tardado todavía otra media hora en divisarlo; y no hay idea de la tranquilidad que quien viaja buceando, de este modo, entre sombras, sin otro medio de prevenirse contra mortíferos choques que el lamentoso sonar de las sirenas, experimenta al divisar la estrellita que le da certeza de que poniendo el rumbo a ella no hay peligro ninguno.

Ya hemos arrumbado al faro y lo vemos crecer según nos acercamos.

Ya estamos a su altura. ¡Qué enorme disco! El cartel alumbrado por el faro nos dice que ya no distamos de Uo sino 725 kilómetros. Mañana llegaremos.

Como no todo han de ser inconvenientes, tienen estas navegaciones la ventaja de que en ellas no son de temer tormentas, ni siquiera oleaje; y, por tanto, tampoco ofrecen a los principiantes las molestias del mareo.

Pero abruma pensar qué de años y años, qué de esfuerzos, qué derroche de tesoros de vidas, oro y ciencia representa esta magna obra de las rutas submarinas, hasta tenderlas bordeando las costas de todos los continentes de todo un hemisferio: lo cual, claro es, alarga considerablemente muchas travesías; mas como no serían posibles navegando en altura, no hay sino resignarse a la demora.

Para acabar, por hoy, no quiero dejar de consignar, aun cuando sólo sea como mención ligera, que dentro de los submarinos, que han de pasar a veces semanas y semanas sumergidos, han realizado estos químicos verdaderas maravillas para asegurar en buenas condiciones la respiración de sus tripulantes. Los métodos son en esencia análogos a los empleados en los sumergibles de la Tierra, pero muchísimo más perfeccionados y enérgicos.

XVIII

EN DONDE JUM CAMBIA DE PLAN

Tan pronto recibió Ilú el permiso de Sara para trasladarse a Roni, allá se fué.

No tuvo ella luego inconveniente en prolongarle la licencia en dicha población, porque si bien el objeto de tomar aquel hombre a su servicio fué tener junto a sí en sus viajes quien, conociendo a los presuntos asesinos, vigilara en torno de Aol para advertirla si continuaban en su persecución, y, a ser posible, echarles mano, prescindió de hacerse acompañar por él en la expedición al nocto-hemisferio, porque la treta de enviar un falso Aol a la parte opuesta del mundo bastaba, en su entender, para alejar todo peligro.

Ilú, que en su adolescencia y en su primera juventud había residido en Ooz y en Nokún—la ciudad del mercurio—, siendo cua-

tro años camarero de hotel y cinco agente de policía, conocía perfectamente poblaciones, usos y costumbres de los hombres negros, y hablaba el *rot*, idioma de estas gentes, como nacido en el mundo-sombra.

Con esto contaba él como principal facilidad para sus investigaciones; pues si, como se ha dicho ya, no es grande el número de hombres negros en las ciudades de los heliovenusianos, todavía es muchísimo menor el de éstos residentes en las ciudades negras; pues ni la tristeza de ellas, ni la fisonomía moral de sus moradores ofrecen alicientes a los hijos de la luz. De aquí que, entre ellos, únicamente algunas personas de muy alta cultura, como Aol, por ejemplo, conozcan el *rot*; y siendo rarísimo encontrar

en las clases modestas quien lo hable, en cuanto un hombre negro oye a cualquiera hablar en su idioma patrio sin acento puk no ha menester más para tomarlo por compatriota suyo.

Tenia Ilú, por tanto, confianza en que, gracias a su dominio del idioma, le habría de ser fácil, en llegando a Roni, relacionarse con los hombres negros, alojarse en su barrio y hacer vida con ellos, entre los cuales se proponía buscar a los autores del atentado de Nifis; pues tenía certeza de que eran hombres negros, por haber percibido en ellos, cuando hablaban en puk un leve acento rot, que habría pasado inadvertido a otro cualquiera, pero para él clarísimo. Por eso se había fijado entonces en aquellos hombres.

Antes de salir para Roni pensó el despierto mozo, que aunque Jum y Zon, no lo habían visto sino breves momentos, y aun cuando lo probable fuera que en él no se hubieran fijado como él se había fijado en ellos, también cabía en lo posible que se equivocara, y lo reconocieran, si lograba encontrarlos. Por ello se le ocurrió disimular su rostro encerrándose los ojos en un par de medios huecos huecos de cristal, que, montados uno junto a otro, forman los anteojos usados por los venusianos que los han menester. Echó, pues, mano de unos especiales, muy usados en el lumihemisferio, no por míopes ni présbitas, sino *ad-hoc* fabricados para uso de los hombres negros durante los primeros meses de residencia en las ciudades alumbradas por luz solar, rica en rayos amarillos dañinos a la pupila de aquéllos, mientras no se acostumbra a tales rayos, escasos en la artificial luz eléctrica de las poblaciones del noctohemisferio, en la cual predominan los violetas.

Tal es la razón de porqué, para habitar paulatinamente sus ojos a dichos rayos, necesitan usar los noctovenusianos, durante los primeros meses de residencia en el mundo-luz, anteojos de diversos números, progresivamente reemplazados por los inmediatos, comenzando por el 1, que apenas deja pasar rayos amarillos, y siguiendo por el 2, el 3, hasta el 5, en los cuales aumenta, en proporción al número, la transparencia a tales rayos. Después de usar el 5 es cuando únicamente queda realizada la adaptación visual en términos de poder prescindir de los anteojos. De no proceder así, se originan graves padecimientos de la vista.

Con objeto, pues, de desfigurarse, compró Ilú en Nifis un par de estas gafas, eligiéndolas de las más grandes, para que taparan

más, encañetándose las en los ojos antes de trasladarse a bordo.

Por si esto no bastara, se cubrió media cara con un ancho vendaje, diciendo, en cuanto hallaba ocasión de ello, que ocultaba con él una supuesta úlcera maligna del ombliguillo nasal que en los venusianos hace veces de nariz. Hecho uno y otro, se miró al espejo, quedando seguro de la imposibilidad de ser reconocido por quienes no lo habían visto sino una sola vez.

Las anteriores fueron sus precauciones de *orden físico*, a las cuales agregó otras de *orden civil*, confiando al juez, ante quien había declarado en Nifis, los propósitos que a Roni lo llevaban, y consiguiendo de él le obtuviera del jefe del Registro de residentes negros un certificado de identidad personal concebido en estos términos:

"Nifis.—3r. nipo-4.º mogo-ako 5713.—Concedida con esta fecha residencia en la ciudad a Kuno, de 39 akos, natural de Nokún, de oficio camarero de hotel.—Firmado: El Jefe de residentes, Fir."

"Nifis.—27.º nipo-6 nipo-3r. mogo-ako 5713.—Anulado el anterior permiso por reincidencia pertinaz en escándalo, riña en la vía pública y lesiones menos graves. Autorizada la traslación a Roni: a reserva de la resolución de las autoridades de dicha población.—Firmado: El Jefe de residentes, Fir."

Como detalle interesante falta consignar que en un sello puesto al pie de esta segunda anotación constaba como fecha de su embarco para Roni una *anterior en dos días* a la de la explosión del Hotel de la Marina. Con lo cual resultaba oficialmente probada la imposibilidad de que nadie pudiera haberlo visto dicho día en Nifis.

Como se ve, no solamente Ilú se había procurado nueva cara, sino personalidad nueva y poco recomendable, propia para que a su llegada a Roni nadie pudiera dudar que era un auténtico hombre negro nacido en Nokún, población que, como Ooz, se sabía al dedillo, por las causas ya manifestadas.

Una vez en Roni, fué su primer cuidado enterarse de la taberna donde se reunían sus compatriotas los hombres negros, con objeto de entablar en seguida relaciones con ellos y pedirles le ayudaran a buscar colocación para cuando saliera del depósito de forasteros, donde esperaba la concesión de residencia, y del cual no saldría pronto; porque el permiso para pernoctar fuera de él se demoraba a causa de las pícaras pendencias por culpa de las cuales lo habían echado de Nifis, adonde las autoridades de Roni habían escrito pidiendo detalles más

puntuales sobre ellas, a fin de resolver en vista de los que recibieran, si concedían o negaban la residencia.

De otra parte, según dijo a los hombres negros con quienes hizo conocimiento en el figón-taberna, aunque no lo hubieran expulsado de Nifis, de todos modos habría tenido que marcharse; pues en ningún hotel querían admitirlo a causa de la enfermedad de la nariz: por tal razón necesitaba todavía más que los *paisanos* le ayudaran a encontrar acomodo si en la nueva residencia tropezara con iguales inconvenientes.

No pasando de 200 los hombres negros residentes en Roni, aquella taberna, que con la añadidura de su migaja de garito y sus puntas de burdel, era además fonducho y mesón, donde se alojaban unos treinta huéspedes, constituía el único lugar de reunión común a todos los noctovenusianos, lo cual daba certeza a Ilú de que si los fugitivos de Nifis se habían trasladado a Roni, en aquella posada, en cuya muestra se leía: "AL FIGÓN DE MAESE ORGO", acabaría por verlos.

Para asegurar más que no se le escaparan, con el tal Orgo trabó conversación dos o tres días después de la llegada, lamentándose de que a causa de su condenada úlcera, ya comenzaba a tropezar en Roni con las mismas dificultades que en Nifis para colocarse; y al ver que el tabernero parecía compadecerlo, le pidió que, mientras hallara plaza en un hotel, lo admitiera de mozo en la taberna, aun cuando sólo fuera por la comida; pues si no se iba a gastar los pocos cuartos que ya le quedaban y quería reservar para el viaje de regreso a Nokún, caso de convencerse de que aquellos tales y cuales (los heliovenusianos) no le darían trabajo de ningún modo.

Estas desventuras, los malos antecedentes que constaban en su pasaporte y sus incesantes improperios contra los hijos de la luz, hicieron que el recién llegado cayera en gracia a los concurrentes al tabernucho; sus conversaciones con tres o cuatro parroquianos nacidos en Nokún, de donde se decía hijo, hablando con todo detalle de cosas y personas de dicha ciudad, le atraeron la protección de estos *paisanos*, los cuales se interesaron con Orgo para que lo admitiera en las modestas condiciones indicadas; y no siendo éstas malas para el tabernero, ofreció éste, por lo pronto, al falso Kuno, no sólo la comida en el figón, sino casa en la posada para cuando le fuera concedida licencia de pernoctar fuera del depósito: lo cual iba para largo, pues Nifis no se daba

prisa a enviar los informes pedidos, y además (esto no lo sabían los flamantes amigos del metamorfoseado Ilú) porque ni él ni el Inspector de Residentes de Roni querían que dejara de dormir en el depósito, lo cual les permitiría aprovechar la hora de recogerse a él para entenderse uno con otro, sin que los hombres negros se enteraran de tal inteligencia ni a nadie le chocaran las visitas de Kuno el de Nokún a dicha autoridad: que de parecer espontáneas, habrían despertado desconfianzas en los nuevos amigos a quienes le importaba tener bien engañados.

El citado inspector, informado por su colega de Nifis, en carta traída a la mano por Kuno, de que Kuno era Ilú, y de porqué quería hacerse pasar por hombre negro, estaba dispuesto a prestarle cuantos auxilios le fueran menester en la empresa. He aquí los principales: demostrar gran prevención contra él; hacerlo vigilar por un agente, que a todas partes le siguiera con muy poco disimulo, para que viendo los parroquianos de Orgo y el mismo tabernero sus idas y venidas por la acera frontera al tabernucho, se convencieran más, de día en día, de que el disfrazado Ilú era uno de los suyos, a quien, por lo mismo que de él desconfiaban los malditos lumivenusianos, había más obligación de proteger; y por último, servirle de intermediario para comunicarse con Mistress Sam durante los primeros días de su estancia en Roni, y con Len y Rag más adelante.

* * *

Habiendo Jum y Zon aprovechado, como medio más rápido de escapar de Nifis, un tornóspiro que salía hacia el interior del continente en cuya costa está la población de donde huían, al descender de aquél en Güi, se encontraron a 900 kilómetros del puerto más próximo donde pudieran embarcarse, no tan pronto como ellos deseaban, por ser poco frecuentes las salidas de ictiokinos para Roni, adonde por tal razón no llegaron los facinerosos hasta ocho días después que Ilú: cuando ya éste llevaba tres de hacer servicio como mozo en el figón y comenzaba a recelar haberse equivocado al creer hallar en Roni a los dos pájaros a quienes buscaba.

Lo primero que a su llegada hicieron los recién venidos fué irse a casa de Nul: muy carilargos, pues los periódicos, en el viaje leídos, habían echado a tierra las ilusiones que se forjaron al ver por sus propios ojos la explosión; y por presumir que antes de

atrapar el millón codiciado todavía les quedaba no poco que sudar y pelear con enemigo tan valiente y perspicaz como aquella maldita, que les había estropeado el precioso golpe recién fallido.

—Ya has visto—dijo Jum al presentarse al pobre loco—. Por nosotros no ha quedado.

—Sois estúpidos; os habéis dejado burlar por esa taimada bestia.

—Hemos hecho todo lo que se podía—contestó Zon—. Y como nos hemos expuesto y seguido tus órdenes en todo, hemos ganado nuestro dinero.

—No, no lo habéis ganado, porque no habéis sabido invalidar las marrullerías de una orangutana. Y yo pago vuestras torpezas; pues ayer mismo han vuelto ella y el otro, estando en poco que no me asesinen.

—Eso lo sueñas.

—¡Que lo sueño! ¡Que lo sueño!... Los he visto como os estoy viendo a vosotros.

—Qué has de haber visto: si a estas horas están en...

—¿Qué?... ¿Qué?... ¿Qué?... Si sabré yo dónde están.

—No lo excites, Zon: es peor llevarle la contraria. No haga caso, Sr. Nul: son bromas de éste.

—¡Vaya unas bromas!...

Después de un rato de despotricar, amontonando desatinos, fué cediendo la excitación de Nul, porque Jum le llevaba la corriente; y cuando ya estuvo más tranquilo dijo:

—Hay que volver a empezar. Ya os tengo preparada otra caja diferente: de un sistema que por muy buen oído que tenga esa maldita, yo os aseguro que no ha de oírla. Mañana podréis salir con ella.

—Ca, no, señor.

—¿Cómo? ¿Qué dices?... ¿Les has cogido miedo?... ¿Me dejáis entregado a su persecución?

—No; no, señor: no es eso. Ni les tenemos miedo ni te abandonamos; sino que cuando a mí me sale mal una cosa no vuelvo a hacerla de la misma manera: de sabios es mudar de consejo. Además, eso hace demasiado ruido... Y si no, mira, ya dicen los periódicos de hoy que en Nifis han hecho lo que en Lota, expulsando a mis paisanos: se ha puesto eso de moda; pero la modita puede costarles cara a Aol y a la Sara, a los que ya les tengo yo tanta gana como tú.

—Y yo—agregó Zon.

—Pues entonces, ¿si no quieres la caja?...

—Tengo otro plan. Nos fallaron los tiros en Lota y nos ha fallado lo de Nifis, porque uno y lo otro lo hemos hecho desde le-

jos; mientras que cuando un hombre decidido se acerca a otro hombre y se va derecho al corazón, partiéndoselo de una puñalada, se acaban las dificultades y los imprevistos.

—Jum dice bien: un buen cuchillo, esa es la fija.

—Pues si los dos estáis de acuerdo, no hay más que hablar: renuncio al explosivo, y podéis echar a andar: mejor hoy que mañana. ¿Dónde están ahora?... ¿Lo sabéis?

—¿No dices que ayer los viste?... Pues entonces deben estar aquí—contestó Zon con sorna.

—Ca, hombre: estoy seguro de que en cuanto vieron que ni podían asesinarme ni robarme el nuevo manuscrito de mi magnífica obra, se han marchado a urdir otra intenciona.

—Sí, señor; se marcharon en seguida—dijo Jum, llevándole el aire—. Están en Kanka; pero he leído que dentro de unos cuantos días van a salir para unas minas recién descubiertas cerca de Misme. Dicen que allí pasarán una temporadilla. Y yo he pensado que aquel destierro es el gran sitio para un golpe como el que me trota en la cabeza.

—Pues ya os lo he dicho: mejor hoy que mañana.

—Calma, calma: porque ya comprenderás que si éste y yo nos vamos allá, y éste le da una puñalada al señor, y yo otra a la señora, es para mí seguro que nos los cargamos; pero también lo es que los que anden alrededor de ellos se nos cargan a nosotros; porque después de los dos golpes que se nos han descacharrado, esa pareja ha de andar muy sobre aviso, y tendrá siempre al retortero una nube de vigilantes.

—Pues entonces, si después de tanto hablar de puñaladas salimos ahora con que no os atrevéis...

—No corras tanto: no sólo nos atrevemos, sino que las daremos del único modo que no marran: a fuerza de hígados y riñones, cara a cara, sin darles tiempo de guardarse ni casi de enterarse.

—Vaya, que no te entiendo.

—Pues es muy sencillo: para eso hace falta tener segura la retirada.

—No sé cómo.

—Ni yo tampoco, Jum.

—Yo sí: abriéndonos paso, después de dar el golpe, con una pistola de repetición en cada mano y un cuchillo entre los dientes.

—¡Caracoles!—dijo Zon.

—Pues no me opongo; haced lo que queráis.

—Como tú no has de hacerlo.

—Vaya, ya veo que tú dices mucho, y en seguida te asustas de lo mismo que dices.

—No es eso; sino que si dos hombres solos intentan hacer eso en una población, y en medio de la gente, tienen cien probabilidades contra una de que los acochinen: lo que digo es que para eso hace falta una docena de mozos de pelo en pecho que, cuando menos se lo esperen los otros, caigan sobre ellos en la calle, en el teatro, en la fonda, en cualquier parte: donde más seguros se crean; que los despachen en un amén; que aprovechando la sorpresa y el espanto de la gente, y bien juntitos, se abran paso a tiros y puñaladas, si es preciso, antes de dar tiempo a que llegue fuerza armada: teniéndolo ellos para saltar a un barco en donde manden y que cuando la población quiera enterarse esté ya fuera de puerto.

—Tiene razón Jum: así es como trabajamos los hombres bragaos.

—Pues tampoco me opongo: con tal que me libréis de esos perversos, os doy carta blanca.

Ahora precisamente están mis paisanos que bufan, con razón, por las expulsiones de Lota y de Nifis, y no será difícil hacerles creer que Aol y Sara tienen la culpa de ellas.

—Me parece divinamente.

—Pues entonces ya podemos hablar.

—¡Hablar!... ¿De qué?

—De que para enganchar esos diez guapos, que, después de jugarse como nosotros el pellejo, tendrán que largarse a nuestro mundo negro, por no poder volver a ninguna ciudad del mundo-luz, no va a bastar mi linda cara; de que fletar un barco, también de nuestra tierra, de los que aquí vienen a buscar granos o legumbres, para que

nos lleve a Misme y luego al mundo-sombra, no es cosa barata, aunque el barco sea pequeño; de que el patrón tampoco va a llevarnos ni a arriesgarse sin otra paga que mi agradecimiento: de todo eso es de lo que tenemos que hablar, porque esas no son cosas que pueden hacerse por el precio tratado para lo de antes.

—¡Ah! Era eso...

—¡Claro!

—Jum tiene razón.

—Ya ves, Doctor, cómo Zon piensa lo mismo que yo.

Comenzó un largo regateo con el pobre loco, muy despierto en esta discusión, donde, independientemente del ajuste antes hecho por Nul con los dos pillastres, fué convenido lo que aquél había de pagar por cada uno de los diez bandidos que fueran contratados: es decir, diez para Nul, pues Jum pensaba le bastarían seis, con lo cual Zon y él se embolsarían la paga de los cuatro suprimidos.

Una vez puestos de acuerdo en esto, discutieron y pactaron el precio del flete de un ictiókino pequeño.

La paga se cobraría mitad al embarcar y la otra mitad después de consumado el crimen; pues Nul pareció, durante toda esta discusión, un bribón, sí, pero un bribón muy cuerdo y cauto. Y se acabó la conferencia conviniendo en que sin perder tiempo se pusieran Jum y Zon inmediatamente a la tarea de reclutar su tropa y contratar el barco, para estar en disposición de zarpar para Misme en cuanto los periódicos dieran la noticia de la partida para tal población de Aol y Sara.

Estando Misme más cercano de Roni que de Nifis, posible le sería a la gavilla de forajidos llegar allá antes que sus presuntas víctimas.

XIX

LA TABERNA DE ORGO Y LAS MARRULLERÍAS DE ILÚ-KUNO

Según Jum había dicho a Nul, era efectivamente muy grande la excitación que en todos los hombres negros residentes en el heliohemisferio habían producido los decretos de proscripción de Lota y de Nifis: no solamente por solidaridad patriótica con los expulsados, sino por temor que los residentes en otras ciudades sintieron de llegar a ser víctimas también de igual deter-

minación, si se extendía a aquéllas lo que iba amenazando convertirse en moda contagiosa, y a ellos les parecía arbitraria satisfacción de añeja malquerencia de los lumivenusianos a los hombres del umbrihemisferio, para quienes la arbitrariedad era evidente; pues no habiéndose podido poner mano sobre los que dispararon los tiros de Lota, ni sobre el autor de la explosión

de Nifis, tan sólo a mala voluntad podía atribuirse el dar por hecho que los criminales fueran hombres negros.

A la llegada a Roni de los cómplices de Nul hacía ya días que las citadas expulsiones eran preferente tema de conversación en la taberna de Orgo, donde servía Ilú bajo el nombre de Kuno; pero sin que a nadie se le hubiese ocurrido hacer personalmente responsables a Sara ni a Aol de ellas, como a poco empezó a susurrarse, por haber alguien hecho notar la *coincidencia rara* de que en cuanto llegaban a una población se cometieran contra ellos atentados, de los cuales *siempre salían ilesos*, y que en seguida, cual si la cosa fuera dictada en todas partes por las mismas personas, dijera todo el mundo, sin pruebas ni aun indicios, que aquello lo habían hecho los pícaros noctovenusianos.

Corrió también por la taberna la especie de que el mismo Aol había, en Lasga, denunciado como autores de un rapto cometido en su palacio a dos hombres negros cuyos nombres y señas *no había podido dar*: no siendo culpa de él si, antes que en Lota y en Nifis, no habían sido decretadas expulsiones en la capital: siendo lo cierto que en cuanto Aol llegaba a cualquier parte comenzaba la persecución contra los nacidos en el mundo-sombra.

Estos datos, aderezados con comentarios sobre la expulsión, comenzaron a cundir entre los parroquianos de Orgo el mismo día de la llegada a Roni de Jum y Zon, creciendo en los dos siguientes el tole tole, hasta dar por cosa averiguada que los tiros de Lota los habían disparado Sara y Aol, en su cuarto de la fonda, para dar aire a la patraña de los dos hombres negros, por nadie sino por ellos vistos en las azoteas: a todas luces burda; pues no era fácil comprender cómo pudieron averiguar el país de nacimiento de aquellos inventados asesinos, no habiendo diferencias físicas externas entre los venusianos de los dos hemisferios. En cuanto a lo de Nifis, no faltó quien lanzara la especie de que la amante de Aol—una bribona llovida no se sabía de dónde, tan mala como fea, pero muy lagartona—era quien había preparado la bomba, sólo por ella vista; y ella quien la hizo estallar para hacer recaer las culpas luego sobre *otros dos desconocidos hombres negros*: tan desconocidos y tan inventados y fantásticos como los de Lasga y los de Lota.

Toda esta marejada, que crecía y crecía, de nipo en nipo, era disimuladamente movida por Orgo el figonero; mas no personalmente, sino diciendo ahora a un parro-

quiano, después a otro, luego a éste o a aquél camarero una palabra o un dato suelto. Cada uno, aislado, era en sí poco; pero al saltar después uno en pos de otro, entre copa y copa, en las conversaciones de la taberna, adquirían reunidos significación muy capaz de convencer a hombres rudos, de no muy buenos sentimientos, y excitados por el vino y el juego, de que las proscricciones obedecían a campaña sistemática que quería extenderlas a todo el mundo-luz, y de la cual eran Aol y Sara instigadores: una perversidad contra unas buenas gentes que en dichas ciudades se ganaban la vida: honradamente, según ellos; pues la honradez es cosa muy elástica si se mira a través de diversas conciencias.

Lo extraño es que entre los más significados por el encono al hablar de Aol, se destacaba en primera línea Kuno, el camarero, dando buen aire a las confidencias de su amo recibidas, sin que éste diera al parecer gran importancia a ellas, ni dejara de mostrarse sorprendido cuando Kuno, indignado, sacaba de las hipócritas palabras del artero Orgo las naturales consecuencias, que éste deseaba fueran divulgadas entre los parroquianos.

La explicación de porqué el camarero del hotel de Nifis se había convertido en jaleador de los hombres negros, contra los amos a cuyo servicio estaba, era que aun cuando Jum y Zon se dejaban ver poco por la taberna a las horas de gran concurrencia, sabía Ilú perfectamente que ellos eran los motores de la malquerencia contra Aol en la colonia noctovenusiana de Roni; y sabiéndolo, acudía al medio de aparentar servirlo, por propio impulso, para hacerse notar de ellos: conduciéndose de modo que le captara la simpatía, y si posible fuera, la confianza de aquellos redomados pillos.

Sabía que de ellos partía todo, y había aprendido sus nombres, porque en ocasión de no haber en el figón ni un solo parroquiano, por estar todos ocupados a tal hora en sus talleres, entraron en aquél los dos compinches, que venían de celebrar con Nul la conferencia ha poco relatada. Aquella era la primera vez que Ilú los veía en Roni, y los reconoció inmediatamente, aun viniendo mucho menos elegantes que cuando en el hotel de Nifis lo enviaron a buscarles los periódicos. Supo sus nombres al oír a Orgo saludarlos y preguntarles por dónde habían andado durante la larga rabona hecha a la taberna: a lo cual contestaron que habían estado a negocios en Lasga.

Tan pronto como los recién venidos cambiaron unas cuantas palabras en *rot* con el tabernero, bajaron la voz, y después de

un rato de cuchicheo oyó Ilú que, levantándola de nuevo, decía Orgo, en *puk*, refiriéndose a él.

—No hay cuidado: es Kuno, un gran muchacho; pero además podemos hablar aquí mismo, porque acaba de llegar de la tierra y todavía no entiende sino mal el *puk*.

Y dirigiéndose a Ilú, pero en lengua *rot*, agregó:

—Tú, Kuno, baja a la cueva y sube un par de botellas del añejo de los amigos.

Cuando Ilú subió con los porrones estaban los otros tres sentados a una mesa, en la parte más retirada del salón. Mientras el camarero los servía le dirigió Jum la palabra en *rot*, y al oírle que había nacido, como él, en Nokún, comenzó a hablarle de esta ciudad, lo cual aprovechó Ilú para citar una porción de nombres de calles y tiendas, de tabernas y taberneros, de unas cuantas mozas de vida alegre y de varios pájaros de cuenta, muy famosos entre la gente maleante de aquella población, cuya vida y milagros conocía él como antiguo policía, mejor que Jum: que ni por pienso sospechó quién era su interlocutor, que ya comenzaba a interesarle; y todavía más al enterarse de su reciente expulsión de Nifis, por ocurrírsele que acaso podría haber influido en ella el asunto de la caja explosiva, del cual le pidió hipócritamente noticias como de cosa de él poco conocida: sin recibir ninguna, por contestarle el preguntado que lo habían expulsado pocos días antes del estropicio del Hotel de la Marina.

—Por suerte mía—dijo—, porque con el *jollín* que se ha armado contra nosotros, si eso me coge allá puede que me hubieran echado el guante... Como se habían empeñado que por unas cuantas pendencias que allí tuve era yo un hombre peligroso...

Terminado este breve diálogo, se apartó el camarero de la mesa donde los otros tres quedaban, tornando a sus faenas de limpieza, mientras aquéllos conversaban en *puk*: muy convencidos de que no comprendía su conversación, no oída por él íntegra, pues en sus idas y venidas por el salón algo perdió de ella, pero bastándole los retazos al vuelo atrapados para enterarle de que su amo se entendía con los otros, y para comprender qué de sus cosas no decían éstos a Orgo sino lo que les convenía, puesto que le ocultaban el viaje a Nifis.

De lo que le pareció que hablaban preferentemente fué de la persecución contra los hombres negros; les oyó varias veces nombrar a Aol, Nifis y Lasga, y no le pasó inadvertido que cuando Jum y Zon se despedían, sacó el primero una cartera y de ella un billete de banco, que pasó al bolsillo del ta-

bernero, diciendo éste que podían irse descuidados, pues el asunto quedaba de su cuenta.

Como a poco de marcharse los dos bandidos fué cuando Orgo le soltó la primera puntada sobre la persecución a los compatriotas; como vió que aquella tarde se insinuaba éste con otros mozos y con algunos parroquianos en igual forma que con él; que al día siguiente comenzó a hablar de Aol, azuzando a la gente con malicia y escondiendo el bulto, ya no le cupo duda de que el asunto tomado por el tabernero a cargo suyo era excitar los ánimos de la colonia de Roni contra Aol y Sara. Pero, ¿para qué, si éstos no habían de venir a Roni?

Por más que discurría no atinaba Ilú con respuesta satisfactoria a tal pregunta; mas a despecho de su ignorancia del objeto con tal campaña perseguido, no tenía duda de que contra Aol se dirigía, ni de que fingir indignación y mala voluntad hacia él, a la altura de la del más indignado de los hombres negros, era el mejor camino para descubrirlo.

Haría lo que pudiera para olfatear algo; y si al fin nada olfateaba, y Jum y Zon levantaran el vuelo antes de saber él a qué atenerse sobre sus planes, se lo avisaría en seguida al Inspector de Residentes, yéndose él a prevenir a Sara y a Aol, y a vigilar en torno de éstos, mientras un agente de policía de Roni, que no perdía de vista a los dos bandidos, desde que él se los había dado a conocer, se iría detrás de ellos donde fueran. Con tales precauciones, malo había de ser que entre él, ya sin disfraz, al lado de Aol, y el agente detrás de Jum y de Zon, no consiguieran cogerlos con las manos en la masa y evitar cualquier nuevo atentado.

He aquí porqué Kuno, el de Nokun, peroraba constantemente en la taberna, furioso como nadie, contra Aol, por la "cochina" persecución a los hermanos.

Y tanto peroró, que un día fueron llamados él y Orgo a presencia del Inspector de Residentes, para apercibirlos: al tabernero por tolerar que, en su establecimiento, se permitiera un dependiente suyo soliviantar los ánimos con propagandas disolventes, y al camarero, por la falta con tales propagandas cometida; y tras el apercibimiento vinieron conminación a Orgo de cerrarle gubernativamente el establecimiento si aquella no cesaba, amenaza a Kuno de expulsarle de Roni, como lo había sido de Nifis, y advertencia, por si lo ignoraba, de que dos expulsiones inhabilitan a quien las sufre para residir en ninguna otra ciudad del lumihemisferio: siendo el término de la ca-

tilinaria enterar a Kuno de que con independencia de esto tuviera ojo y anduviera en todo muy derecho, porque las noticias enviadas sobre su persona por la policía de Niffs lo favorecían poquísimas: al extremo de que, en vista de ellas, se le negaba el permiso recién solicitado para dormir en la taberna; pues no podía eximirse de la obligación de hacerlo en el depósito, so pena de inmediata denegación de residencia a la primera vez que dejara de presentarse en él a la hora reglamentaria.

Dicho esto, los despidió el Inspector con descompuestos ademanes, que provocaron una insolente contestación de Kuno, no entendida por aquella autoridad, por no saber el *rot*, en que fué proferida: felizmente, en opinión del tabernero, pues a ser comprendida habría costado cara al imprudente, y aun tal vez alcanzado al mismo Orgo algún chispazo, sin comerlo ni beberlo. Como esto le hacía poca gracia, reprendió a Kuno a la salida del despacho, diciéndole que si quería vivir entre los hombres de la luz, era preciso fuera más prudente.

—Me... en todos ellos: tiranos, sinvergüenzas—fué la respuesta de Kuno, que continuó vociferando, vomitando por aquella boca sapos y culebras contra el Inspector, a la puerta misma del despacho: de tal modo y con tales gritos que, aun confiado en que nadie entendería allí los soeces improprios vomitados en *rot*, asustaron al tabernero, cuyos esfuerzos para calmar a aquel energúmeno resultaban completamente vanos.

—Cállate, hombre, que si alguno te entiende nos puede costar caro: calla, calla.

—No me da la real gana... Me... tal en el Inspector... Me... pues en su madre... Y en las madres de todos los heliovenusianos.

—¿Qué pasa? ¿Quién grita ahí?—dijo el aludido abriendo la mampara—. ¿Qué dice ese hombre?

—Nada, señor Inspector, perdone: es que mi compañero y yo teníamos una cuestión—contestó Orgo, cuan melifluido pudo.

—Pues a pelearos, a la calle—. Y al oír a Kuno que arremecía en sus gritos, ordenó a los guardias de servicio que en el antedespacho estaban: —Echadlos fuera; y si sigue gritando, dadle una buena tunda con los sables de plano.

—No, no, señor; no gritará; yo me lo llevaré.

Pero al ver los guardias que el tabernero no lograba llevarse, a él y al mozo los arrojaron a empujones a la calle.

Cuando, de vuelta de la taberna, tradujo Orgo a Kuno la orden dada por el Inspector a los guardias, contestó aquél que, a tener él

su faca en el bolsillo, no los habrían echado tan fácilmente; y que lo de la tunda se lo pagaba a él un día u otro el gorrino Inspector.

Jum y Zon, que hacía ya un largo rato estaban esperando a Orgo, ayudaron a éste a convencer al enfurecido camarero de que de no aplazar, siquiera por una temporada, aquello de “rebanarle el bandullo al Inspector”, iba a pagar caro el gustazo, y le encañecieron la necesidad de tener más aguante y más prudencia: pero mientras le daban estos buenos consejos, no dejaba Jum de mirar complacido la cólera de Kuno, muy ajeno de que tal cólera y todo lo ocurrido era pura comedia combinada la víspera entre el Inspector y el camarero para que éste ganara en la taberna crédito de matón y de enemigo furibundo de los heliovenusianos.

Al día siguiente, Orgo, alarmado de tener a su servicio un hombre que podía ser causa de que le cerraran el establecimiento, pero sin atreverse a despedirlo por miedo de que en su bandullo realizara aquella fiera el proyecto aplazado para el del inspector, vió el cielo abierto al conocer ciertos planes de Jum que, de cuajar, podían desembarazarlo del terrible mozo. Para que cuajaran tuvo con éste una reservadísima conferencia, enterándolo de una incipiente conjura tramada por unos cuantos paisanos de pelo en pecho, decididos a no dejar que los *responsables* de la persecución contra los hombres negros se fueran de “rositas”.

Los amigos se habían acordado de él, de Kuno, pensando que entre jugarse el pellejo por despachar a un modesto funcionario subalterno, o unirse a quienes con plan bien meditado y con recursos querían juntarse para apiolar, sobre seguro y a mansalva, al mayor enemigo de su raza, no parecía dudosa la elección: a no ser que escuchando los buenos consejos de su amo—que sólo se metía en aquello por no desairar a los amigos—se resolviera a estarse quieto sin despachar a nadie: convenciéndose de que para quienes “tienen la mala pata” de nacer abajo, lo mejor es aguantar pacientemente los abusos de los que están encima.

Ilú, siempre muy sobre sí desde que andaba dentro del pellejo de Kuno, se puso todavía más en guardia en cuanto vió en el tabernero intento de sondearle: así, callando mucho, haciéndose el torpe, y persistiendo en su papel de matón bruto y rencoroso, no dió señal de comprender mientras anduvo Orgo con rodeos y preliminares: con lo cual obligó a éste a soltar claro el nombre de Aol, a declararle, sin tapujos, que la conspiración era cosa acordada, y a decirle que viendo los amigos en Kuno uno de

los más valientes, y un hombre de agallas, se les había ocurrido que tal vez le gustara ser de la partida.

—Ya: ahora ya entiendo—contestó el camarero—. Es que quieren apiolar a ese... Ahora ya entiendo.

—Un poco trabajo te ha costado... ¿Y qué te parece?

—¿Que lo apiolen? Muy bien: así sea mañana.

—Mañana no, porque estas cosas necesitan tiempo para prepararlas bien, de modo que no corran peligro los que den el golpe: por eso... por eso... sí...

Hizo el tabernero una pausa esperando que su dependiente diera siquiera un paso que le ahorrara a él andar todo el camino; pero viendo que no decía palabra, prosiguió:

—Como hacen falta media docena más de hombres de empuje, y no todos sirven para ese fregado, y hay que buscarlos con sigilo... Y como tú parece tener ganas de darle gusto a la faca...

—Acaba... A mí se me habla o no se me habla. Como no soy curioso, no he de tomarme el trabajo de adivinar...

—Con tu capa de bárbaro, eres más ladino de lo que parece.

—Lo que hay es que me gustan las cosas claras; que a mí hay que decírmelo todo, sin callarme nada... Y si no, no hablarme... Pero como tú quieras; a mí me da lo mismo.

Al decir esto se levantó Kuno, yéndose al mostrador, donde se puso a arreglar los vasos en las tablas.

El otro se quedó perplejo, y pensando que, para dejar a medias el asunto, había ya dicho demasiado, llamó a Kuno, diciéndole:

—Ven acá, hombre... Vaya si eres vivo de genio... No corre tanta prisa eso... De que menos te has pensado... Ya comprenderás que si de mí ha salido hablarte, no será para hacer secreto contigo.

—Guárdate tus secretos; nadie te los pregunta: ya te he dicho que no soy curioso.

Viendo claro que el otro no quería dejarlo resentido después de haberse clareado, y seguro de que no demostrar interés era el mejor camino para saberlo todo, seguía Kuno junto al mostrador, fingiendo completa indiferencia, sin acudir a la llamada de su amo.

Y cual pensaba fué; pues, levantándose y acercándose a él, le dijo Orgo:

—Esos secretos no son míos, sino de otros.

Tuvo llú en la punta de la lengua la pregunta ¿quiénes?, mas la contuvo a tiempo, para no despertar sospechas, y contestó:

—Tanto me da.

—Bueno: entonces es que no quieres que hablemos más de eso.

—¿De eso? Pero, ¿de qué hemos de hablar? Tú no has hecho sino contarme cosas que se dicen, sin decir quién las dice... ¿Me has propuesto tú algo claro? ¿Me has dicho tanto ganas, tanto arriesgas, toma o deja?... Pues entonces...

—Ea: pues ya está claro: ¿quiéres, o no ser de la partida?

—Según.

—Según... ¿Qué quieres decir con eso?

—Que cuando yo tengo coraje a alguno, pongo por caso al inspector, para darle gusto, como tú dices, a la faca, no necesito más que el cosquilleo que me entra de no quedarme con nada de nadie; pero cuando es a otros a los que mi faca ha de dar gusto, ya no es lo mismo.

—Nosotros creímos que a ti te lo daría vengar los atropellos que con los nuestros hacen, y hasta el que contigo hicieron al echarte de Nifis. Como se trata de defender a nuestros hermanos...

—Verdad... Si es por los hermanos... Entonces tú serás de la partida...

—¡Yo!... Bien quisiera... Pero ya ves, no puedo dejar abandonado el establecimiento.

—Sí; veo que una cosa es despotricar aquí contra Aol, y hablar de venganzas, y otra irse a destriparlo. Lo que veo es que nadie se compromete por cosas de otro, ni por la linda cara de nadie; que va cada uno a lo suyo; que lo de los hermanos es bueno para embarcar a otros... Por eso digo que seré o no de la partida, según... Y eso quiere decir según lo que eso me valga... Porque no pensarás que esas cosas las hace nadie gratis.

—Claro que no: con eso ya contábamos.

—Pues por no haberlo dicho pronto y claro hemos perdido media hora y una libra de saliva.

—Pues para no perder ya más, quítate el delantal, llama a uno de los mozos de allá arriba que venga a cuidar de esto, mientras tú y yo nos vamos a una diligencia.

—¿A una diligencia?

—Es a lo mismo: voy a llevarte a hablar con los amigos. Hablando se entiende la gente... Calla, ya no hace falta; pero, de todos modos, que baje uno de la posada a echar aquí una mano.

Dijo Orgo esto al ver entrar en la taberna a Jum y a Zon acompañados de otros dos hombres negros.

Cinco minutos después se acercaba el primero al mostrador, y tras uno de cuchichear con Orgo, salieron ambos de la sala hacia las habitaciones interiores, en una de las cuales se instalaron, y donde el tabernero relató la conversación con su dependiente, de la cual dedujo Jum que al encargar a Orgo que tanteara a Kuno había tenido una bue-

na idea; pues precisamente lo que de la conferencia le contaba el tabernero le hacía ver que el mozo era todo un hombre, que planteaba las cosas como plantean los hombres las de la índole de la que se le había propuesto.

A los diez minutos volvía Orgo a la taberna, decía a Kuno que lo aguardaba Jum adentro, y el mozo se iba a buscar a éste: no muy de prisa, pues por estar un poco impresionado, se detuvo en el camino unos minutos a fin de serenarse y recapacitar sobre la grave y peligrosa aventura a la que iba a lanzarse.

Mientras tanto pensaba Jum que si el que esperaba resultara tan despierto y decidido cual parecía desprenderse de lo oído a Orgo, podría servir muy bien para dar la cara en la recluta de gente: faena peligrosa y expuesta, para quien la hiciera, a tropezar con algún canario asustadizo que se fuera a cantarle la canción a las autoridades; y más valía, en su opinión, que Kuno corriera este riesgo a correrlo él; pues con Zon no podía contarse, por demasiado bruto, para labores finas, como la del enganche de los seis forajidos que se necesitaban. En esto andaba de sus cavilaciones cuando entró el otro.

XX

UN OBSERVATORIO Y EL CALENDARIO VENUSIANO

De las notas de Sara.

Uo... 17... 218.

Aun cuando Uo no sea una ciudad, en el verdadero y general sentido de tal palabra, es un lugar habitado, si bien por poca gente; mas por lo mismo típico en este mundo donde las aglomeraciones urbanas se caracterizan por su numerosa población, en ninguna por bajo de 500.000 habitantes. Así, Uo, que sólo cuenta 5.000, es una excepción, pero interesantísima, por ser único objeto de su fundación y su existencia, no la realización de fines de la vida industrial, comercial, agrícola o social, vistos en utilitario aspecto, sino la exploración de todos los astros del Universo, salvo el Sol, que, por ser invisible desde aquí, no ahoga en su luz la luz de estrellas y planetas, desde el otro hemisferio nunca vistos, por naufragar sus tenues rayos en el océano de claridad solar, en donde eternamente boga el Mundo-Luz.

Uo es, pues, el observatorio astronómico de la noche: como Ia, instalado en las proximidades de la boca por la que el sol penetra en la Sima Central, es el observatorio *heliónómico*, que, a través de la zona, única en la atmósfera del planeta (según fué dicho en el capítulo dedicado a aquella sima) donde las nubes no ocultan o no velan el disco solar, realiza las observaciones astrofísicas del Sol.

Estos dos templos de la ciencia sidérea se complementan en el estudio del cielo; pues así como los *noctoastrónomos* de Uo no ven nunca el Sol, tampoco los *helioas-*

trónomos de Ia ven jamás los demás astros: con la única excepción de Mercurio cuando se les presenta, no cual brillante estrella, sino como punto negro o agujerillo oscuro en medio de la faz solar, al pasar dicho planeta entre el Sol y Venus, corriendo de un borde a otro del incendiado disco del primero: es decir, durante los *tránsitos del más menudo de los mundos de primer orden* de nuestro sistema planetario, que antes de entrar, y después de salir, en la zona en la cual se proyecta sobre el disco solar es constantemente invisible, por quedar anegado en los resplandores del tuminar central de tal sistema.

Así como las condiciones de la atmósfera venusiana no permiten observar el Sol sino desde las cercanías de la citada boca de la Sima, tampoco el cielo de la eterna noche del hemisferio, donde ahora me hallo, puede registrarse sino desde otra zona estrecha de dicho hemisferio, cercana a su periferia e inmediata a la de la penumbra crepuscular que recién traspuesto el pseudo-ecuador y antes de sumirse en la completa sombra del noctohemisferio, habría de recorrer quien, viniendo del Mundo-Luz, quisiera pasar a aquél recorriendo la superficie del planeta: cosa que a nadie se le ocurre hacer por razones de imposibilidad ya explicadas.

Véase porqué sólo desde la estrecha zona a que se acaba de hacer referencia, es posible hacer la observación estelar en Venus: todo el contorno del hemisferio oscuro está bañado en la luz crepuscular de la

penumbra, que, aun cuando tenue, perjudica la visualidad de las estrellas; de otra parte, las regiones centrales del mismo hemisferio inmediatas a la boca estelar, de salida de la Sima, están alumbradas también, aunque precariamente, por la reflexión en la nieve de la altura, de la luz solar salida de dicha sima; en las zonas adyacentes, más alejadas de la citada boca, aletean lucisillas encendidas por la fosforescencia de los copos zarandeados por los huracanes en lo alto: resultando de todo ello que entre la penumbrosa corona circular externa, inmediata al pseudoecuador, y la gran zona central, alumbrada por reflexión o fosforescencia, sólo queda, en este hemisferio, otra corona circular con anchura de unos 300 kilómetros, donde la obscuridad sea absoluta: parece, pues, que en ésta habían forzosamente de establecerse los observatorios nocturnos.

Pero es lo grave que ni siquiera en dicha zona oscura pueden emplearse telescopios, pues en la atmósfera de ella cae la nieve casi constantemente, haciendo imposible la observación estelar entre los copos de aquella, y aun esto sin contar con que al caer sobre las lentes objetivos y adherirse a ellas dichos copos las cubrirían de una costra de hielo que ni a los ojos de los observadores, en los telescopios de visión directa, ni a las placas, en los de observación fotográfica, dejaría llegar la luz de las estrellas.

Como se ve, las dificultades de observación del cielo son en este mundo colosales; y únicamente el amor a la ciencia de los noctoastrónomos venusianos y su tenacidad a toda prueba, aquilatada en una epopeya sembrada de catástrofes, de las que fueron víctimas los abnegados héroes de ellas, cuyos cadáveres yacen bajo los hielos de este mundo; únicamente tal abnegación alcanzó a resolver el difícil problema, aprovechando para establecer este observatorio, donde estoy escribiendo esta nota, el *solo lugar del planeta* que por dichosa excepción climatológica, es adecuado para la astronomía nocturna. Véase por qué:

La montaña que nuestros astrónomos de la Tierra conocen con el nombre de Monte Shroeter—del nombre de su descubridor, y la cual es vista por los telescopios de la Tierra en la proximidad de uno de los cuernos de Venus, cuando desde allá nos miran (habla Sara en Venus)—tiene 37 kilómetros de elevación sobre el nivel del mar: algo menos de lo que Shroeter calculó.

Pero este enorme levantamiento orográfico no es una montaña, sino un extenso

macizo montañoso, por cuyas cumbres queda circundado un vastísimo circo con anchura de 600 kilómetros, y a partes situado en la penumbra, en la sombra absoluta, y en zonas alumbradas del lumbemisferio, por la cual es visible desde la Tierra dicho sistema orográfico.

Constituye este circo un inmenso embudo ahuecado por las fuerzas de dislocación y levantamiento, que en la geológica noche de los siglos dieron forma a la superficie externa del planeta, levantando sus montañas: el fondo de él, de millares de kilómetros cuadrados, es una región volcánica erizada de centenares de cráteres, de los cuales siempre se hallan en actividad unas cuantas docenas, vomitando abrasantes lavas, mientras por las grietas del suelo salen abundantes vapores caliginosos o chorros de hirvientes geisers: siendo lo interesante, para el objeto a que me refiero, la circunstancia de hallarse el fondo de este circo 51 kilómetros por bajo de las cumbres que, cual enhiesta y cerrada muralla, lo circundan, y tajada en la altura sólo en la parte donde tal tajadura abre un portillo o brecha, roto en los bordes del embudo hacia el lado de la noche, que es el más frío.

Este desfiladero estrecho interrumpe allá arriba la barrera formada por las crestas de los montes: la anchura de esta hoz, que parece hendida por cíclopes, es de 23 kilómetros; su profundidad de 14: resultando de aquí que el suelo de él queda todavía elevado 37 kilómetros sobre las bocas de los cráteres.

Consecuencia de lo dicho es que de la inmensa área de la cuenca volcánica asciende, sin interrupción, a las alturas de la atmósfera, una columna, tan inmensa como aquella, de aire fuertemente caldeado por la temperatura de las lavas y los geisers: formando una ingente isla de *aire cálido* en el mar de atmosférico frío que tapiza de nieve las laderas externas del macizo montañoso de Shroeter.

Tal contraste origina una perturbación climatológica *local* sumamente importante, impidiendo la formación de nieve en la región rodeada por las cimas, y modificando—he aquí lo más interesante—el régimen ventoso de tal región y de las circundantes.

Como los meteorólogos se darán perfectamente cuenta de los fenómenos consiguientes a esta notable particularidad, y quienes no lo son se aburrirían si yo les diera aquí un curso entero de Meteorología, necesario para explicar con detalles aquéllos, basta decir, para el objeto de estas impresiones, en mis ocios escritas, que los principales resultados de tal perturbación son lluvias en

el centro del circo, torbellinos de viento en las cumbres, y una violentísima corriente de aire a lo largo del desfiladero de la altura que por cima de él mantiene normalmente libre la atmósfera de lluvia, viento y nieve; y despejado, por lo tanto, el cielo.

En el fondo del desfiladero asienta el NOCTOBSERVATORIO DE UO, también llamado STELOBSERVATORIO, para distinguirlo del HELIOBSERVATORIO DE IA; y con lo dicho basta para comprender porqué estos dos son los únicos lugares del planeta en donde se cultivaba la Astronomía.

¡Pero qué observatorio! Junto a ellos parecerían cosa de juguete los soberbios de Harvard, Yerkes y Mount Wilson (1), orgullo de la ciencia y la industria norteamericana.

Por supuesto, que ni Uo ni Ia pertenecen a ninguna nación, por tener ambos carácter internacional: en lo cual no constituyen excepción, ya que lo mismo ocurre en Venus con todos los grandes centros y laboratorios de investigación y experimentación científica; pues aquí no hay rivalidades entre la ciencia de diversos países, trabajando todos los sabios como hermanos en el progreso de ella, sean las que quieran sus nacionalidades.

Dada la necesidad de observar el cielo

(1) MONTE WILSON.—Este observatorio, establecido por la Institución Carnegie en la costa californiana del Pacífico, a 2000 metros de altitud, es el más importante de los que en el mundo se dedican al estudio físico de los astros y muy señaladamente del Sol. Consta de diez edificios, entre ellos dos torres de observación solar de 20 y 50 metros de elevación, y las edificaciones y cúpulas para dos telescopios reflectores de 1,50 de diámetro uno, y otro enorme, de 2,50, que es el telescopio de reflexión gigante del mundo, prodigio de mecánica y de óptica.

Sólo su bloque de cristal, fundido por Saint-Gobain, pesa cuatro toneladas; la armazón, de hierro, y el tubo en cuyo fondo se monta aquél, 100 toneladas, y la cúpula, giratoria con él, 500.

Toda esta mole es arrastrada en movimiento que remeda el de la Tierra, pero en sentido opuesto al de ésta, por un estupendo aparato de relojería. La rueda dentada encargada de transmitir a la cúpula dicho movimiento tiene cinco metros, y en su contorno 1.440 dientes: es decir, tantos cual minutos el día. El conjunto de movimientos necesarios para el manejo del telescopio se obtiene por la acción de 35 motores eléctricos que se mueven a voluntad del astrónomo encargado de observar.

La fotografía y la espectroscopia son las herramientas principalmente empleadas en las observaciones y descubrimientos de Monte Wilson.

Los trabajos principalmente realizados allí se refieren a física solar, espectroscopia y fotometría estelar, fotografía de nebulosas, paralajes y laboratorio de física.

YERKES.—Situado en Williams Bay, a la orilla del lago Geneve, a dos horas y media, en ferrocarril, de Chicago.

Así como Monte Wilson posee el mayor telescopio de reflexión, Yerkes dispone de un gran anteojó

está Uo, aunque enterrado como todos los lugares habitados de este ventoso mundo, más somero, o sea más cercano a la superficie externa del suelo del planeta que las ciudades del mundo obscuro, las cuales se procura queden muy profundamente enterradas. En esto se asemeja Uo a las urbes del lumihemisferio, discrepando únicamente de ellas en que los techos-bóvedas de la población, que son a la par suelo de la superficie terrestre, no están, como en aquellas, formados de cemento cristalino, sino excavados en la roca viva: el techo es, pues, de tierra, o más bien de roca; no estando perforado sino en los lugares por donde afuera asoman los extremos de los telescopios, cuyas lentes objetivos dan frente al firmamento, y apenas sobresalen del suelo del campo que sobre Uo queda.

Lo más curioso es que esta población ha sido vaciada, acometiendo las excavaciones desde el mar... Preciso es explicarme con mayor claridad: quiero decir, dando el primer golpe de pico, o mejor dicho el primer mordisco de barrena minera... Todavía no me resulta bastante claro así, porque la empresa es tan increíble que hace falta poner muy bien los puntos sobre las fes. Vamos a ver si atino dando un rodeo...

refractor de 20 metros de largo, de 5 toneladas, montado en una cúpula giratoria de 37,5 toneladas.

De la importancia de los trabajos de este Observatorio dará idea la noticia de que el año 1917 la colección de espectrogramas estelares, es decir, fotografías de espectros de estrellas, constaba de 5.500.

¿Y qué son estos espectrogramas?... Pues telegramas traídos por la luz de las estrellas diciéndonos qué cuerpos arden en ellas, si tal o cual estrella es uno solo o dos o tres soles agrupados en un solo sistema estelar; cuál es su color; cómo y hacia donde se mueven; con qué velocidad surcan el Universo: telegramas que nos hablan de montones y enjambres de estrellas, de inmensas nebulosas, de estrellas cuya intensidad es cambiante, de manchas solares, de los chorros de fuego que erizan el sol con protuberancias o surtidores ígneos que se elevan por cima de su disco a centenares de miles de kilómetros: telegramas que nos revelan fenómenos sorprendidos en el fondo de los cráteres de la Luna.

OBSERVATORIO DE HARVARD COLLEGE.—Perteneciente a la Universidad de Harvard, de la cual ya se ha hablado en otra nota de este libro. "Archivo celeste" llama a este Observatorio el Padre Luis Rodés, y con razón, pues el número de placas fotográficas celestes que el año 1917 tenía coleccionadas y estudiadas dicho Observatorio llegaba ya a las 300.000, y anualmente van aumentando no solamente con las 5.000 obtenidas en el establecimiento, sino con 15.000 datos recibidos cada año de los demás de los Estados Unidos.

Las someras noticias dadas en esta nota han sido extractadas del interesantísimo libro "Instituciones científicas de los EE. UU.", de que es autor el sabio jesuita poco ha citado, director del magnífico Observatorio del Ebro (Tortosa).

El rodeo a que me refería en el anterior párrafo incompleto va a resultar largo, pues cuando escribía las últimas palabras de él entró Aol por mí para llevarme a visitar el observatorio. Curioseé mis notas, según tiene costumbre, y al enterarse del asunto de ellas me dijo que después de visitar Ooz, población importantísima y vasto puerto, no solamente submarino, sino subterráneo, me dará mejor cuenta que en esta pequeñez de Uo, y describiré también mejor el modo cómo se han podido edificar, o más bien ahuecar en el seno de la tierra estas extrañas ciudades, mucho más trogloditas que las del lumihemisferio. Y como Ooz dista de aquí más de 2.000 kilómetros, véase por qué el rodeo va a ser largo. Queda, pues, aplazada hasta mi próxima llegada a dicha ciudad la descripción de cómo se construyen las poblaciones en el noctohemisferio, limitándome por hoy a consignar mis impresiones de la visita a este observatorio.

Yo no me asombro de poco; pero confieso que Uo me ha asombrado de veras, pues comparados con estos anteojos refractores, estos telescopios reflectores—sean de observación ocular directa fotográfica para la astronomía de posición, o sean de empleo combinado con el prisma espectroscópico para los estudios de astronomía física—, resultarían pigmeos los gigantes aparatos análogos de los observatorios de mi país, ante los cuales me quedaba admirada en aquella primera terráquea etapa de mi vida.

Candidez fuera querer condensar en una nota como esta, que no es sino mera impresión de viaje, descripciones de instrumentos que llenarían libros; por ello solamente diré que los aquí empleados ofrecen grandes analogías en sus partes esenciales con los de allá, estribando únicamente en el tamaño y claridad de las lentes, los espejos y los prismas, las diferencias, de las cuales resulta crecimiento notable de claridad y aumento.

Dicho esto, preferible es que lo poco que de este observatorio puedo relatar se refiera a algo mucho más interesante y nuevo: a los trabajos realizados en él: con tanto más motivo cuanto que para contar lo visto en tres días (quiero decir tres nipsos, y no lo he dicho por quedarme todavía resabios del otro mundo) no tengo sino una hora hasta la de embarcarme para Ooz.

Como por la causa anteriormente indicada disponen estos astrónomos de una atmósfera siempre clara y limpia, están muy adelantados en astronomía de posición, mucho más sencilla en este mundo que en la

Tierra; pues a causa de la fusión en un solo movimiento con respecto al Universo del rotatorio en torno del eje del planeta, y del translatario alrededor del Sol, el último es el que viene a dar al día sidéreo de Venus duración de doscientos veinticinco días largos de los nuestros, en vez de las veinticuatro horas escasas de los terrestres.

Consecuencia de esto resulta que las estrellas se mueven, o, con mayor verdad, parecen moverse, en el cielo de Venus unas doscientas veintiséis veces más despacio que en el de la Tierra: lo cual, claro es, hace mucho más cómoda y más fácil la observación de ellas.

La astrofísica y la química estelar están también más adelantadas que entre nosotros, al punto de que en mi visita al observatorio he podido examinar un interesantísimo análisis de la luz de Isia y de Is (la Tierra y la Luna), donde he visto registrados todos los cuerpos simples que entran en la composición de nuestra atmósfera: incluso el *geocoronium*, de las altas regiones de ella, cuya existencia es todavía problemática para los terrestres sabios, a quienes siento no poder comunicar esta noticia, que zanjaría de plano sus disputas.

A propósito del *geocoronium*, aquí conocidísimo por la intensidad y frecuencia de las auroras boreales... Pero no quiero meterme en estas honduras, pues como me descuide va a llegar Aol a buscarme para el viaje, sin darme tiempo de anotar el más interesante de los cometidos de noctobservatorio: comunicar la hora a todas las ciudades del planeta (1).

(1) Dicho ya que el día—no considerado como sucesión de luz y oscuridad, sino como medida del tiempo transcurrido desde que una estrella pasa dos veces consecutivas por el meridiano de cualquier lugar del globo, en virtud del giro del planeta sobre sí mismo—es aquí igual al año, vuelta completa en torno del Sol, que estas gentes llaman *ako*, y poco menor de doscientos veintiséis días de allá, resulta lógica consecuencia de tal igualdad que el movimiento aparente de todas las estrellas se rige por lo que de él va a decirnos la observación de la hermosísima Sirio, en la cual me fijo por ser, como en la Tierra, la más brillante de los cielos de Venus.

A las seis de la mañana del pasado 15 de enero terráqueo comenzó a vérsela en el cielo de Uo, saliendo o amaneciendo para estos astrónomos; subió después, cielo arriba, durante 56,5 días terrestres, hasta llegar muy cerca del cenit del Observatorio, al pasar por el meridiano del mismo, o sea a mediodía (o medioaño) venusiano, en el momento preciso de las seis de la tarde del 12 de marzo; que bajó luego al horizonte, durante otros 56,5 días, para ponerse al cabo el 18 de abril a las seis de la mañana; habiendo sido visible en esos ciento trece días, y no volviendo a verlo, en otros ciento trece, hasta las seis de la mañana del 19 de agosto. De aquí que el año ve-

En los primeros tiempos de la astronomía venusiana, Sirio, por su belleza, fué la estrella elegida para dar la medida del *ako*, cuyo comienzo se fijó en el momento del paso de ella por el meridiano de Uo, que viene a ser el Greenwich de Venus. En tal instante daba el observatorio la hora a todos los relojes del mundo.

Pero más adelante fué Sirio sucesivamente substituída en estos menesteres por Arturo, por Rigel, y por último, por una estrella de última magnitud apenas perceptible, y muy cercana a la constelación de Casiopea, la cual es la encargada en la actualidad de regular los cronómetros de Venus. Por eso le pusieron por nombre *Jik*, que en *puk* quiere decir *el relojero*.

La razón de estas variaciones de estrella reguladora del tiempo, indispensable en un mundo donde al Sol, holgazán perennemente quieto en un hemisferio, no le ocurre nunca asomarse al otro, es que, según es sabido, la inmovilidad de las estrellas no pasa de embustero decir, y verdad tan sólo para la vista del hombre durante mayor o menor número de generaciones. Mas como en la inmensidad del tiempo sidéreo las generaciones pasan cual segundos, al cabo de centenares o millares de generaciones, las estrellas ocuparán diferentes posiciones relativas de las que hoy tienen en el cielo.

Por eso, cuando los progresos del análisis espectroscópico de la luz de los astros enseñó a estos astrónomos, antes que a los de la Tierra, a medir la velocidad con que tal o cual estrella se acerca a nuestro sistema solar o se aleja de él, se enteraron de que Sirio se nos acerca (y este nos vale para la Tierra y para Venus), corriendo a razón de 16,5 kilómetros largos por segundo: descubrimiento alarmante, vista la gran cercanía de aquel soberbio sol al nuestro, del cual no dista sino unos ocho y medio años de luz, equivalentes a 93 millones de millones de kilómetros. En consecuencia, decidieron desecharla por inquieta: si bien no tan inquieta como supone una fábula astronómica de pasadas edades, que por lo pintoresco se me escapa de la pluma (1).

nusiano o *ako* sea en duración ese espacio de tiempo comprendido entre el 13 de enero y el 19 de agosto.

(1) La apreciación de los movimientos de las estrellas y el sentido de ellos, aproximándose a nuestro sistema planetario, o alejándose de él, es posible mediante el examen atento de los espectros de las luces que dichas estrellas nos envían, en los cuales se advierte un corrimiento hacia el extremo violeta en las estrellas que se nos acercan, y corrimiento inverso hacia el extremo rojo en las que se alejan. Y según sean mayores o menores tales desplazamientos de los colores del

Según tal fábula mitológica sidérea, narrada por Al Sufi—astrónomo persa del siglo décimo—, Sirio, Proción y Cannopus eran tres estrellas hermanas, la última de las cuales casó con un sol hermosísimo, Rigel, que la mató por celos de los guiños que al arrogante lucero Aldeborán hacía. Mas temeroso Rigel de la venganza de las hermanas de Cannopus, huyó hacia la Cruz del Sur, siendo perseguido por ellas. Y Al Sufi cuenta que en la persecución atravesó Sirio la Vía Láctea, dicho fundado en la noticia de que los hombres de la Edad de Piedra la veían al otro lado de ella, donde hoy campea. Por falta de datos fidedignos sobre los observatorios astronómicos de la citada edad no ha podido ser comprobada la exactitud de las observaciones ni de la historia de Al Sufi.

Dejando a un lado estas consejas, lo cierto es que con lo sabido y medido de Sirio les bastó a los astrónomos venusianos para reemplazarla por otra estrella más alejada y menos veloz, fijándose en Arturo, la soberbia estrella que a distancia resultante al medirla veinte veces mayor que la de Sirio se aleja del Sol, y de Venus por tanto, y de la Tierra, a razón de no más de 8,33 kilómetros por segundo.

Iris espectral, así será más rápida o más lenta la carrera del astro examinado.

Esto es resultado de lo que físicos y astrónomos conocen con el nombre de "el principio de Doppler", primero que formuló la afirmación, a primera vista extraña, acaso absurda, de que el color de un objeto cambia, o mejor dicho, es percibido como si cambiara por un observador al cual se acerque o del que vaya apartándose el objeto: por de contado con la condición precisa de ser rapidísima la velocidad con que se mueva aquél.

Sin entrar en detalles de cómo el número de vibraciones etéreo-lumínicas que caracterizan cada color determinado, aumenta o disminuye según sea el sentido del movimiento, dándonos sensación de ser un color diferente del verdadero, pues el examen detenido del fenómeno nos llevaría demasiado lejos, basta decir aquí, con el único objeto de aminorar la sorpresa o combatir la incredulidad de quienes nunca hayan oído hablar de esto, que el cambio de matices resultante de corrimiento de las líneas espectrales es completamente análogo y explicable de la misma manera a la variación de tono en el sonido del silbato de una locomotora, que cuando corre hacia nosotros nos parece más agudo y al alejarse más grave que el percibido cuando permanece quieta: siendo la razón de ello que las ondas sonoras llegan a nuestro oído en el primer supuesto más rápidamente, con menores intervalos entre cada dos sucesivas, y más lentamente, o sea más espaciadas, en el segundo: razón de ello el aumento en un caso y disminución en otro de la distancia.

Y del mismo modo que el espectro, además de revelarnos la composición química de las estrellas, nos habla de sus movimientos, el fotómetro mide sus temperaturas.

Soberbio he llamado a este celeste luminar porque teniendo el Sol volumen un millón doscientas ochenta y tres mil setecientas veinte veces mayor que la Tierra, Arturo es a su vez trescientas sesenta y cinco mil quinientas veintiséis veces mayor que el Sol; o dicho de otro modo: que en Arturo cabrían 469.233 millones de mundos como la Tierra o Venus: según se sabe, muy poco discrepantes una de otra (1).

No obstante esto, todavía pareció Arturo, al cabo de una temporada, demasiado cercano y poco estable para asegurar la estabilidad del tiempo; y fué buscada para reemplazarlo la estrellita de que se ha hablado antes, incomparablemente más alejada, por hallarse a distancia que acaso llegue a millares de años de luz. Un año de luz vale nueve billones y medio de kilómetros.

Cuando, cada doscientos veintiséis días,

pasa esta estrella por el meridiano de Uo, un contacto eléctrico lanza la corriente que en el mismo instante dispara un ruidoso petardo en cada una de las ciudades venusianas, al oír el cual dicen sus habitantes "primero de año" y ponen en ufo cero (quiero decir en hora) sus relojes.

Diversas estrellas elegidas en el cielo, aun cuando ya no con tan exquisito cuidado como la indicadora del comienzo del año, que es la piedra miliaria del tiempo venusiano, dividen la redondez del firmamento en seis partes iguales, correspondientes a igual número de espacios de tiempo, llamados *mogos*: equivalentes no en duración, pero sí en aplicación usual, a nuestros meses.

Y ya no puedo escribir más porque Aol me está llamando, por ser ya la hora de embarcarnos para Ooz.

XXI

EL MARÍTIMO TROGLODISMO DE LOS HOMBRES NEGROS

Al cabo de once días de monótona navegación, desde la salida de Uo, llegó el submarino donde viajaban Ko, Aol y Sara frente a la *submarina puerta* de Ooz, principal ciudad de los noctovenusianos, por mal nombre hombres negros, ya que éste no responde, según creo haber dicho, al color de su tez, tan roja como la de los lumivenusianos, sino al de su conciencia.

La mencionada puerta, frente a la cual había llegado el sumergible, es un disforme boquete abierto bajo las aguas en la submarina ladera de la montaña en cuyas entrañas está Ooz: vastísima brecha suficiente a dar paso al puerto interior a los más grandes ictiokinos de carga que en él pululan, y adonde van en busca de material de hierro: producción en la que se concentra toda la actividad de esta capital para surtir de él y de acero a las demás ciudades de Venus.

Los tres viajeros contemplaban la puerta

a través del cristal de proa, apreciando sus desmesuradas dimensiones gracias a la luminosidad del túnel subterráneo al que da acceso aquélla: lleno, claro es, de agua, y perfectamente alumbrado en su interior, donde en aquel momento penetraba un ictiokino que precedía al submarino de Aol, mientras éste efectuaba la virada que había de colocarlo en la rectitud del túnel: maniobra previa para meterse en él.

—Supongo, Aol—dijo Sara—que ya no me harás desear más...

—No: ésta es ya la ocasión de que sobre el terreno...

—Querrás decir debajo del terreno.

—Bien; pues bajo el terreno, ya que tan puntual eres, o en los lugares mismos a que van a referirse, te daré mis explicaciones sobre el modo cómo se socavan las ciudades de este hemisferio mediante faena de titanes, que en nuestras épocas es más científica e incomparablemente más fácil, pero mucho menos maravillosa que la de los heroicos ciclopes que fundaron las primeras poblaciones del mundo de la sombra.

—Cual si dijéramos quienes pusieron la primera piedra de esta ciudad de Ooz.

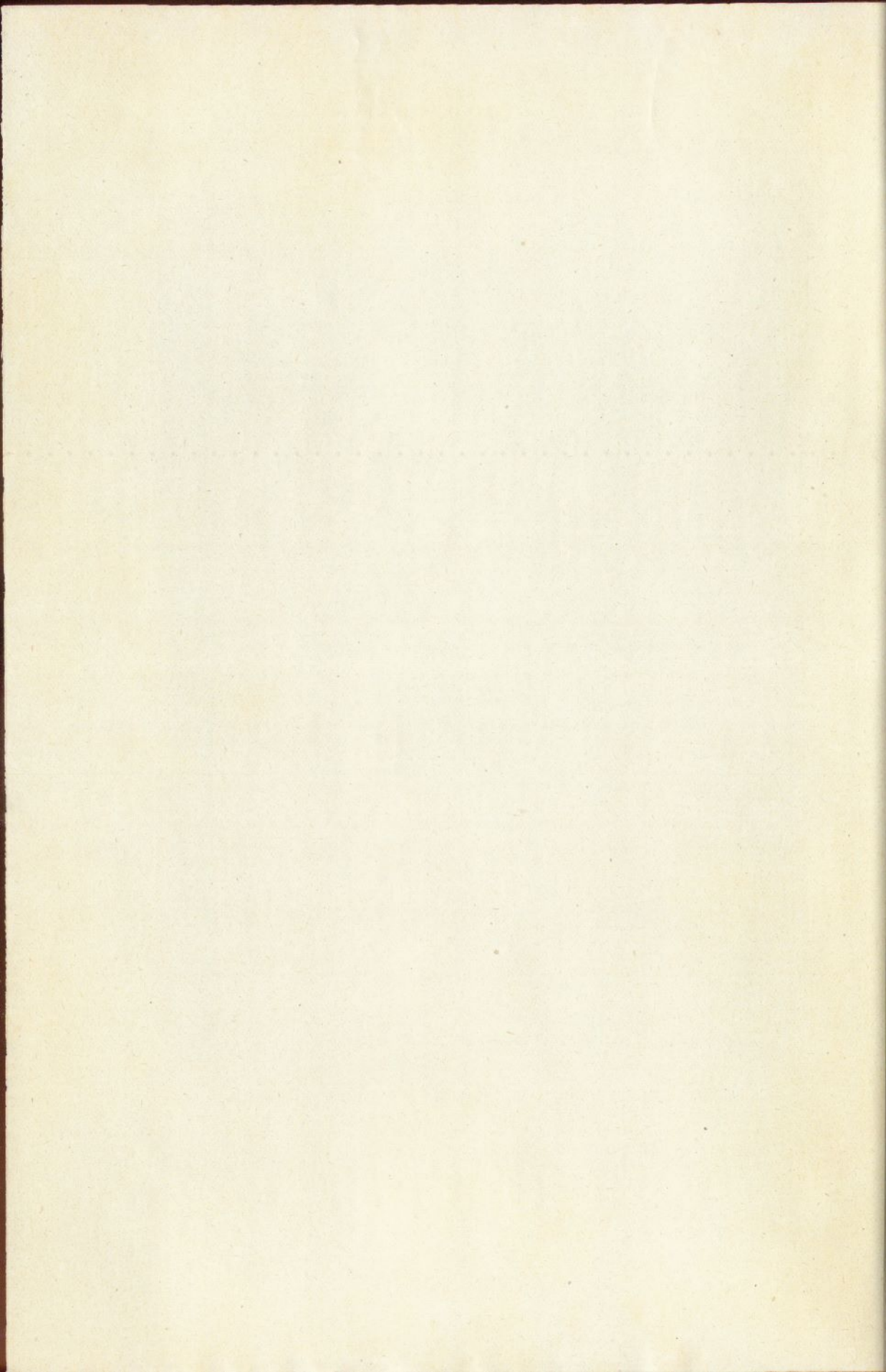
—No, Ko: querrás decir quienes quitaron la primera de las innumerables arrancadas al corazón de la montaña donde ahuecaron la ciudad.

—Ahora te ha tocado a ti el varapalo:

(1) De este sol gigantesco ha dicho el astrónomo Garret P. Servis que si estuviera colocado donde se halla el nuestro, Mercurio, distante de éste unos 58 millones de kilómetros, quedaría dentro de sus llamas; que al calor del vaho de tan inmensa hoguera se fundirían Venus y la Tierra como copos de nieve inmediatos a la boca de un horno, y que hasta el mismo alejadísimo Saturno (a 1.420 millones de kilómetros de distancia) tendría temperaturas abrasadoramente tórridas.



—Es grandioso, sí—dijo Sara—: una admirable obra de titanes; pero a despecho de la luz que la ilumina, triste, tétrica, abrumante.



con Sara no puede uno descuidarse; antes fui yo el vapuleado.

—Castigo de tu pavorra en satisfacer mi curiosidad y de las torturas en que pones mis facultades adivinatorias. Pero te participo que como hoy se han declarado en huelga, tú has de explicarlo todo.

—Conformes; porque hoy van mis noticias a entretenerse con una leccioncita de historia que tú no puedes adivinar.

—¿Historia?

—Sí: la de la fundación de Ooz.

—Pues hasta de preámbulo y comienza.

—En la actualidad, con nuestros rayos explosivo-desintegrantes (1) es brevísima y fácil la empresa de excavar una de estas ciudades; pero, cuando hace mil doscientos akos, llegaron donde nos encontramos ahora los temerarios héroes que arrancaron las primeras rocas del cantil donde ahora vemos la boca de ese túnel, la hazaña era para poner pavor en los más osados ánimos: tal que hoy apenas concebimos puedan jamás haber existido hombres del temple de aquellos colosos de la voluntad que se atre-

vieron a afrontarla, ni de sus sucesores, tan heroicos como ellos, y tenaces al punto de no desistir de la larguísima faena: no obstante haber costado la excavación del túnel cincuenta akos de trabajos, 300 la del puerto, que encontramos al final del túnel, y la de la ciudad, según estaba hace seiscientos, otros 250.

Desde tal época fueron ensanchándose túnel, puerto y población: pausadamente al principio y más despacio de lo que iban exigiendo la explotación de estas minas de hierro, la de sus hornos de fundición y las demandas, sin cesar crecientes, de todo el mundo venusiano; hasta que hace 350 akos el descubrimiento de los rayos desintegrantes permitió substituir el pico, el barreno y los explosivos químicos por los explosivos físicos, dando fáciles y rapidísimos medios de ampliar el puerto, la ciudad y las minas. Dicho descubrimiento ha convertido ya en juego de niños la fundación de ciudades como ésta, antaño empresa de gigantes.

—Pero, oye, Aol, ¿qué movió a los primi-

(1) Con ser muy grandes las fuerzas físicas visibles de la Naturaleza: fuerza del mar, ríos, vientos, estallido del rayo, etc., etc., todavía son incomparablemente mayores las que ocultan obran produciendo efectos que no vemos: gravitación, afinidad química, atracción molecular y cohesión, y a las cuales se deben el equilibrio y los movimientos de los astros, las combinaciones de unos cuerpos con otros, las formas de estos cuerpos, y tal vez más que todas las que dan lugar a la constitución del átomo, última expresión de la menor cantidad de materia, la cual ha llegado el hombre a conocer por la química, pero sin poder jamás aislar un átomo, de cuya pequeñez sólo por comparación puede juzgarse recordando lo que en una nota anterior se ha dicho sobre el tamaño de las moléculas que son compuestos de átomos.

Y todavía el átomo se compone de elementos infinitesimalmente pequeños con respecto a él, los *iones positivos*, partículas de materia electrizada positivamente, y los *electrones*, que no son materia, sino electricidad de un orden de grandor mil o dos mil veces menor que el *ion*.

Iones y electrones forman (según las más modernas teorías científicas) sistemas análogos a los estelares, en los cuales giran en torno de un núcleo central número variable de electrones, según se trate de átomos de hidrógeno, hierro, calcio, oro, magnesio... Son sistemas planetarios en miniatura, pero en los cuales las distancias son, con respecto al tamaño de estos planetas diminutos, que se llaman electrones, tan enormes como las estelares comparadas con las de los planetas-mundos. A tal extremo que buscando una comparación expresiva a la mente, dice Sir Oliver Lodge:

"Si se imagina una Iglesia de ciento sesenta pies de larga por ochenta de ancha y cuarenta de altura, y se la toma como representación del tamaño del átomo, a cada uno de los electrones que lo integran no le corresponderían en dicho átomo, disformemente amplificado, magnitud mayor que la del punto final que pongo al fin de este párrafo".

En estos astronómicos minúsculos sistemas voltean los micromundos electrónicos, a velocidades mucho mayores que las de los planetas verdaderos, inconcebibles y sólo comparables a las de la luz; las fuerzas que los impulsan en sus desenfundadas carreras y los retienen bajo la acción del núcleo de atracción, son enormes sobre toda ponderación; y gracias al estudio de los fenómenos de la radiactividad han sido medidas dentro de ciertos límites de aproximación. Tales fuerzas de índole electro-magnética, o, por lo menos principalmente electro-magnética, es lo que pudiéramos llamar la *gravitación de lo infinitamente pequeño*: pequeño por el tamaño, pero igualmente grande por el poder de tal fuerza, y por la textura de este universo atómico, que las del universo astronómico.

Las sustancias radiactivas (y según los últimos estudios parecen serlo, aunque en diversos grados, todos los cuerpos) van deshaciéndose con extraordinaria lentitud a través de siglos y siglos, por separación paulatina de los elementos integrantes del átomo, que al separarse de su núcleo *dejan en libertad* las fuerzas que así quedan sin empleo.

De la colosal cuantía de estas fuerzas se ha dado ya idea en otros libros de esta biblioteca, y es tal vez el más importante problema de la física de lo porvenir hallar medio de acelerar esta desintegración de la materia, para capturar con fines industriales tales energías. El día que esto se haya logrado tendrá el hombre a su disposición potencia al lado de la cual nada es la que en la actualidad mueve sus máquinas; entonces dispondrá de explosivos junto a los cuales parecerán inocentes bengalas los grandes explosivos químicos actuales.

A este medio ya descubierto en Venus y que cualquier día dirá Ignotus cómo se descubrirá en la Tierra, se refería Aol al hablar de rayos explosivos como agente acelerador de la descomposición de todo cuerpo al cual tocaban: es decir, rayos artificialmente producidos y al contacto de los cuales se desharía, *reduciéndose a la nada*, cualquier objeto.

tivos excavadores a fundar ciudades en este hemisferio?

—Por lo que a Ooz respecta, el convencimiento, dado por los magnetómetros, de la existencia en esta cordillera, cuyos cimientos submarinos vemos, de una masa de hierro tal vez constitutiva, por sí sola, de una tercera parte de la total existente en todo el planeta, y sobrada a satisfacer, por tiempo incalculable, cuantas necesidades de dicho metal podamos tener los venusianos. Por eso siglos ha fué abandonada la explotación de las demás minas de hierro de nuestro mundo.

—Mira, Aol: aunque la historia sea muy respetable, te agradeceré entres pronto en la parte ingenieril de tu explicación, que por ahora me interesa más.

—Pues bien, hace unos 1.200 akos llegaron aquí tres submarinos-barrenas.

—Y eso, ¿qué era?—preguntó Ko.

—Un submarino provisto en su proa de un cilindro en cuyo centro giraba un eje armado en su extremo anterior de una fresa con puntas de diamante, que al girar perforaba las rocas que entonces ocupaban el lugar, hoy hueco, de la puerta.

—En la Tierra se usaron mucho esos aparatos en la perforación de túneles de vías férreas, y en los subfluviales del Támesis en Londres, del Hudson en New-York... ¿Pero es que a fuerza de barrena ha sido abierto ese colosal túnel y vaciada la inmensa oquedad que no veo, mas presiento hemos de hallar a su otro extremo?... Es increíble.

—No, Sara: las tres barrenas, movidas eléctricamente por dinamos desde el interior de los submarinos, abrieron agujeros que tan sólo calaban tres metros en la roca, y situados de modo que sus bocas formaban un triángulo equilátero de doce de lado. Seguidamente fueron las barrenas reemplazadas por atacadores que rellenaron hasta un metro de profundidad lo hondo de los huecos con un explosivo poderoso cuya fórmula no ha conservado la historia, y, por último, fueron cerrados los barrenos con plomo.

Una vez retirados los submarinos a larguísima distancia, para ponerse fuera del alcance de las explosiones, se dió fuego a las cargas por medio de una corriente eléctrica lanzada por alambres aislados, tendidos desde uno de los barcos a los barrenos; pues entonces no estaba todavía resuelto el problema de la transmisión eléctrica sin conductores.

Cuando los submarinos volvieron a reconocer los efectos de aquella explosión primera, hallaron en la ladera un boquete irregular de unos veinte metros de ancho por cinco de profundidad.

—La primera piedra quitada de la venidera ciudad—dijo Sara—. No fué malo ese primer mordisco de 2.000 metros cúbicos de roca. Sigue, sigue, es muy interesante.

—Otros tres barrenos perforados en el fondo del boquete, y disparados luego dieron al túnel otro avance por el estilo del anterior; y así sucesivamente hasta alcanzar, al cabo de los 50 akos de que antes os he hablado el final de él. Aun cuando no tan ancho como ahora lo vemos, pues posteriormente ha sido agrandado. Su longitud era la actual de 5.750 metros.

—¿Y en ello dices que se tardaron 50 akos?

—Sí; porque los submarinos no podían pertrecharse de aire y alimentos sino para el tiempo invertido en tres series de explosiones; y una vez terminada tal tarea, tenían que volver al lumihemisferio a reavituallarse, reparar las barrenas, etc., etc. Más tarde se pusieron en trabajo mayor número de sumergibles para que siempre hubiera un equipo de tres trabajando, mientras los otros iban al mundo-luz o retornaban de él.

—¿Y una vez hecho el túnel?

—Comenzaron el puerto, y después la ciudad.

—Bien; pero dime, Aol, ¿no está esta boca por la que entramos ahora a unos 500 metros mal contados por debajo del nivel de los mares?

—Efectivamente, Sara.

—Y el puerto y la ciudad quedan, según has dicho, al extremo del túnel. ¿No es eso?

—Así es.

—Pues entonces, ¿cómo se evita que el mar anegue la población?

—Eso mismo se me estaba ocurriendo—dijo Ko—. Porque estando más baja que el nivel de las aguas por cima de este túnel...

—Porque la superficie del mar que baña la montaña en cuyo seno está ahuecada la ciudad, no está más alta que ésta.

—¿Cómo puede ser, si el túnel está 500 metros más bajo que el nivel del mar?

—Como hace rato que acabé de darte la lección de historia, y no hay peligro ya de que adulteres nuestras crónicas, voy a darte un rato hacer pinitos sola.

—¡Otra vez con la tema! He dicho que estoy en huelga adivinatoria... Que adivine Ko ahora, y me lo cuente luego.

—¡Yo!... Ni por pienso; yo no sé jota de vuestras ciencias: en cuanto me saquéis de mi anatomía y de mi terapéutica... Sara quiere reírse a costa mía.

—Pues yo te digo que no se va a reír, y para avergonzar a esa holgazana y darle una lección, tú eres quien va esta vez a adivinar.

—Como no adivine yo...

—Vaya, lo vas a ver. Mientras avanzamos enhebrados en este túnel de luminosas aguas eléctricamente alumbradas, me vas a hacer el favor de no perder de vista el gravímetro.

—Pero si va a ser inútil.

—Anda, hombre, anda, haz lo que dice Aol.

Conforme le decían se levantó Ko, yendo a colocarse enfrente del gravímetro, aparato venusiano que no ha de confundirse con el gravígrafo del malogrado sabio don Eduardo Mier, que floreció en España, su patria, a fines del siglo XIX y principios del XX, pues el aparato que el médico iba a vigilar es de manufactura netamente venusiana (1); y sin necesidad de máquina fotográfica, como aquél, ni de observar la velocidad de caída de los cuerpos, aprovecha la variabilidad del peso de éstos con sus distancias al centro del planeta, y consiguiente cambio de intensidad de la gravedad para deducir fácilmente, en virtud de tablas y fórmulas conocidas en ambos mundos, la altura con respecto al nivel de los mares del lugar donde se consulta el gravímetro.

A los pocos minutos de comenzar su observación, dijo el médico:

—La aguja ha pasado de la indicación menos 5 a menos 4,5, y sigue bajando...

Aol y Sara no se enteraron, pues cuchicheaban mientras el otro seguía observando y diciendo:

—Y sigue moviéndose. Ahora llega a menos 4... menos 3,5... menos 3.

Ko decía lo anterior a media voz, y monologando despacio, como reflexionando sobre el alcance de lo que iba diciendo, hasta que al ver llegar la aguja a 2, exclamó, cual

quien de pronto ve luz, en medio de la obscuridad:

—Ya sé lo que es.

—¿Qué?

—¿Qué?... ¡Ah!, sí.

—Esos números decrecientes indican... digo, eso se me figura, que según avanzamos vamos estando a menor profundidad... Y si digo un disparate me da lo mismo, porque los de esta clase no han de mermar la clientela.

—Lejos de ser disparate, es mucha verdad: a la par que avanzamos subimos, acercándonos al nivel del mar—contestó Aol.

—En vista de lo cual propongo que confiamos a Ko un premio en física gravitatoria.

—Concedido por unanimidad.

—Agradecidísimo.

—¿De modo, Aol, que gracias a la sabiduría del premiado sabemos que este líquido túnel *subterromarino* está en cuesta?

—Precisamente; y he ahí por qué no se inunda la ciudad para donde es camino que sube en pendiente fuerte, ganando ocho metros en altura por cada cien de recorrido horizontal. Si vas a la cabina de Nes podrás comprobarlo con sólo fijarte en el grado de inclinación en que hacia arriba mantiene el timón horizontal de altura; y aquí, mira el manómetro, ahora ya no estamos sino ochenta metros por bajo del nivel del mar que rodea la montaña en cuyo interior navegamos.

—Pero tanto los trabajos de perforación, como la maniobra de los sumergibles que aquí entran, se habrán dificultado, al abrir y al recorrer este túnel, a causa de esa fortísima inclinación de él, cuya necesidad no me explico; pues como tierra no había

de él no está en la utilización de aquél, sino en la exquisita sensibilidad del manómetro, sobre la cual es lástima no dé detalles la nota de Mistress Sam, de donde ésta se ha copiado, pues hasta ahora no hemos llegado en la Tierra a tales perfecciones en la medición manométrica.

Quien sea poco ducho en hidrostática hallará extraño que al gravímetro del submarino de Aol llegara la presión atmosférica de Venus, cuando aquél navegaba bajo la costra helada del noctohemisferio; que a primera vista y por estar soldada a la tierra firme de continentes e islas, parece deberá formar una bóveda que sobre sí soporte todo el peso de la atmósfera venusina, sin dejar que la acción de dicho peso se transmita al mar subglacial situado bajo ella.

Sin embargo, la cosa es muy sencilla, pues comunicándose estas aguas con las de los mares libres del hemisferio, sobre los cuales pesa todo el aire del planeta, dicha presión se transmite a los del otro: cual en los depósitos cubiertos donde se almacena el agua que abastece una población, se transmite a través de las cañerías la presión de la atmósfera que pesa sobre las acumuladas en los embalses.

(1) En una cámara cilíndrica, vertical, de escasa cabida y llena de aire, entra herméticamente un émbolo cargado en lo alto con un peso de diez kilogramos (muy grande con respecto a la cámara cuya cabida es sólo de diez centímetros cúbicos), y en comunicación con un indicador manométrico amplificador de exquisita precisión, donde se lee la presión soportada en cualquier momento por el aire del recipiente comunicante con el mar: presión que crece o mengua según aumenta o disminuye el peso de los diez kilogramos que la equilibran: de modo tal que al nivel del mar marca la larga aguja del manómetro cero de altitud.

Por efecto de la variación de la intensidad de la fuerza de la gravedad con la altura, o sea distancia al centro de la Tierra, cuando el aparato es colocado a mayor altura, la masa metálica pesa menos de los diez kilogramos; cuando a menor, mayor es su peso; y a las variaciones de él corresponden expansiones, en el primer caso, contracción, en el segundo, del gas que lo equilibra: dichos cambios de presión son los acusados por el manómetro.

El principio físico fundamental de este aparato es conocidísimo, por lo cual el verdadero mérito

de faltarles por delante a los fundadores de Ooz lo mismo podrían haber dado 5.750 metros que 23.000 de longitud al túnel; y con ésta no habrían necesitado pendiente en él mayor del dos por ciento, para hacer su pueblo al nivel del mar exterior.

—No, Sara; porque, con ser grandísimas las dificultades de que nos hemos hecho cargo al hablar de la fundación de estas ciudades, no hemos mencionado siquiera la mayor de todas: el acarreo de las rocas y tierras sueltas procedentes de la excavación, que habían de ser sacadas fuera del túnel, del puerto y de la ciudad.

—¡Es verdad!

—Ahora que en ello piensas comprenderás que, gracias a esa gran pendiente del túnel y del puerto, han podido resbalar por su propio peso hasta el fondo del mar los millones de toneladas de escombros que ocupaban el espacio minado en la montaña para instalar en él puerto y ciudad...

Pero ya hemos llegado. Mirad por los fales de babor y estribor, y en vez de la negrura de las paredes del canal, veréis la luminosidad de las aguas, en todas direcciones. Estamos en el fondo del puerto. Voy a dar orden a Nes de subir no a lo alto de las clas, puesto que aquí no hay oleaje, sino a la superficie de las aguas.

—¡Subir!... ¿Pero cómo hemos de subir a la superficie del mar si está helada? Ca, todavía peor: tenemos encima la montaña...

—No, Ko, no es eso; no pretendo subir a la superficie del mar libre, ni a la del mar helado, que tampoco está ya sobre nuestras cabezas; ni a la cumbre del monte bajo el cual ahora estamos, y cuya cima queda a 800 metros sobre el nivel del mar, sino únicamente a lo alto de las aguas del puerto de Ooz, tan enterrado como el túnel.

—¡Un puerto enterrado!—dijo Sara—. Por más que ya estuviera hecha a esa idea, y no debiera cogerme de sorpresa, no por eso son menores mi asombro en el momento de llegar a él y mi afán de verlo; pues hay gran diferencia de lo imaginado a lo real.

—Poco vas a aguardar, porque antes de un minuto flotaremos sobre sus aguas, y podrás contemplarlo desde la plataforma del submarino. Coge el teléfono, y sé tú misma quien dé la orden a Nes.

Empuñó Sara el teléfono, y, nerviosa, gritó:

—Arriba, Nes.

Un minuto después, según había dicho Aoi, los viajeros salían, por la escotilla, a la plataforma.

Estaban en el centro del soberbio puerto subterráneo de Ooz. El y el mar circundante del planeta forman lo que en hidrostáti-

ca se llaman dos vasos comunicantes haciendo veces de tubo de unión entre ellos el túnel recién recorrido.

Claro es que en virtud de una vulgarísima ley física, las aguas alcanzaban en ambos igual altura: la del mar libre del *lumihe-misferio*; pues la presión atmosférica por éste sufrida se transmitía hasta Ooz por las aguas inferiores a los hielos marinos del mundo de la noche.

* * *

Imagínese una sabana líquida intensamente iluminada por el alumbrado que inunda en luz el puerto, y encuadrada por paredes de roca viva a trechos refulgentes con reflejos metálicos de las vetas del hierro, carne de la montaña cuya osamenta forman esquistos y basaltos.

Pero estas paredes solamente son visibles para los barcos fondeados muy a proximidad de ellas; pues los anclados, o más bien amarrados, hacia el centro de la enorme dársena quedan circuidos por una verdadera selva de robustísimas columnas, no erigidas por mano de hombre, sino talladas en la roca natural a fuerza de barrenos, que habían arrancado las tierras y las peñas, que entre sí soldadas constituían el macizo interior de la montaña al comenzar a socavar el puerto.

Ni las paredes, ni las columnas presentan superficies lisas, sino contornos erizados con las rugosidades propias de un vaciado que no quiso perder tiempo en inútiles pulimentos ni enlucidos. Las bases de estos titánicos pilares asientan o, mejor dicho, emergen de lo hondo de la dársena, setenta metros por debajo de la superficie de las aguas; los fustes suben hasta ésta y se prolongan seis metros por encima de ella, arrancando a esta altura de sus capiteles arcos de sostenimiento de bóvedas elípticas sumamente achatadas, cuyas flechas no pasan, por lo común, de los diez metros: irregulares bóvedas de roca sin pulir, tan viva y brava como la de paredes y columnas, y salpicada, cual la de éstas, de metálicos reflejos.

La distancia de columna a columna es de ciento cincuenta metros; los entrecruzados arcos de las bóvedas estriban en 60 filas de columnas, cada una de las cuales consta de 90 de éstas, lo cual da al puerto total anchura de 9.300 metros y longitud de 13.800 entre las paredes extremas. El grueso de los pilares, no exactamente igual para todos, varía entre nueve y doce metros.

La impresión del conjunto no sugiere la idea de obra de hombres, sino la de una in-

mena gruta labrada por potentes agentes geológicos, o por titanes fabulosos.

El puerto es, pues, sumamente capaz para las necesidades del tráfico intensísimo de Ooz: tanto más por no haberse perdido espacio alguno en muelles, no existentes, y por no verse allí gabarras de transporte ni botes de viajeros; pues la carga cae directamente a las bodegas de los barcos, de lo alto de boquetes practicados en los centros de las bóvedas, resbalando a lo largo de embudos o mangas que penetran hasta el fondo de las calas en donde han de estivarse; y porque los viajeros no caen, pero en ascensores bajan del techo a las cubiertas mismas de los transoceánicos.

La descarga y los desembarcos se hacen por procedimiento inverso.

Claro es que no siendo preciso levantar como en nuestros barcos y puertos, pesos por cima de las bordas, las operaciones de carga son fáciles y rapidísimas, pues los cargamentos bajan solos por virtud de su peso.

A quien tiende la vista por el puerto de Ooz le es imposible abarcarlo entero en una ojeada, por impedirlo el bosque de columnas que en todas direcciones rodean al observador; siendo la impresión por éste recibida análoga a la que en el *turista* llegado a la Mezquita de Córdoba producen sus 812 columnas: salva, claro es, la diferencia resultante de la falta de ornamentación de aquéllas, de ser su número 5.400, y la de amplificación de las distancias.

Cuando Sara y Ko se repusieron de la abrumadora impresión que los sobrecojió al salir a la plataforma del submarino, y por igual a ambos, pues tan nuevo era el espectáculo para el médico *venusiano* como para la hija de la Tierra, expresaron su asombro en calurosos términos, pero cual si estuvieran agobiados; pues si bien es verdad que cuando miraban al frente o a los lados los fascinaba la gigantesca magnificencia de aquella insuperable, maravilla, con la ruda e imponente belleza de su grandiosidad, al levantar la vista a lo alto, los deprimía, los abrumaba; pues los diez y seis metros de altura de las bóvedas, rebajados a seis en los arranques de los arcos de columna a columna, resultaban elevación tan escasa, para lo vasto del recinto, que el techo

de él parecía pesar sobre las cabezas de quienes lo contemplaban, como amenaza de inminente derrumbamiento: fingido ya cual realidad iniciada en los límites de la *dárse-na*, pues la perspectiva de la lejanía hacía ver la techumbre casi en contacto con las aguas, cual gravitando ya sobre las partes altas de los *ictiokinos* a distancia fondeados: dando la sensación de estarse hundiendo bajo la mole de la montaña que sobre ellos pesaba.

—Es grandioso, grandioso, sí—dijo Sara, dando un hondo suspiro, como si le faltara aire—; una admirable obra de *cíclopes*, pero una maravilla que, a despecho del torrente de luz que la ilumina, es triste, tétrica, abrumante; que da a todo minuto sensación de amenaza de inevitable aplastamiento.

Mira, Aol, lugar tendremos, durante nuestra estancia en Ooz, de ver detalles de este puerto, sobrado interesantes para que yo quiera irme de aquí sin enterarme de ellos; pero otro día, cuando se me haya pasado la deprimente impresión de este primer momento. Vamos, vamos; saltemos a tierra, y llévame a la ciudad.

—No podremos saltar como dices, pues no te creo capaz de dar un salto de cien metros.

—Desde luego que no; me estróllaría al caer.

—Estás equivocada; no se trata de un salto de arriba a abajo, sino al contrario; porque el puerto está en el piso bajo y la ciudad en el principal.

—¡Encima de esto! ¿Encima de estas bóvedas?

—Precisamente; mas separado de ellas por un macizo de tierra y rocas de cien metros de espesor. No hay, pues, cuidado, ya lo ves, de que con tal espesor de bóveda y con pilares de sostenimiento de doce metros de diámetro, llegue la población a hundirse en el puerto. Vamos a tomar uno de los ascensores.

—¡Un puerto suburbano!—iba diciendo Sara mientras el sumergible atracaba a un ascensor.

—No comprendo que tanto te sorprenda, cuando me has dicho que en tu mundo tenéis ferrocarriles y túneles de igual clase.

—Sí, sí, es verdad; mas no es lo mismo, no es lo mismo.

XXII

DE PILLO A PILLO, Y A CUAL MAS ENGAÑADO

—Me ha dicho Orgo que habéis hablado—. Fueron las primeras palabras de Jum al ver entrar a Kuno y sentarse frente a él.

—Sí, hemos hablado... Pero te advierto que si tú empiezas con los rodeos que él, más vale no perder tiempo. Para meterme en el negocio necesito que primero me lo pongan muy claro: saber adónde voy, con quiénes, qué arriesgo y qué gano. Y nada de tapujos. Si conviene así, bien; si no...

—Eres vivo de genio... Pero ya te harás cargo que hasta no tener confianza en las gentes, no les cuenta uno de pe a pa sus asuntos.

—Yo no me mamo el dedo; y como no me he tragado lo del sacrificio por nuestros paisanos, y como me figuro que a ti y a mí nos da lo mismo que ese señor Aol viva muchos o pocos años, he visto ya claro que estas son conspiraciones políticas.

Y también sé, pues no he nacido ayer, que quien en estas cosas se berrea, se encuentra, cuando menos lo piensa, con una buena puñalada. Puedes, por tanto, estar tranquilo; que aun cuando no nos entendamos, no he de charlar, por la cuenta que me tiene; pero también te digo que ni a ciegas voy yo a ninguna parte, ni me meto en negocios como estos por cuatro cuartos.

—Veo que eres listo, y me alegro que coozcas tú sólo, sin que te lo digan, que a quien una vez se le va la lengua en cosas mías, no se le vuelve a ir otra. Creo que nos vamos a entender porque, según te explicas, se me figura que no es este el primer perro que desuellas.

—Aquí no: allá, en Nokún... Pero mis cosas no le importan a nadie más que a mí; y ahora, para saber si nos entendemos o no, lo que hace falta es que contestes a lo que he preguntado.

—Tienes razón; ya estamos perdiendo tiempo. Vamos a cargarnos a quien ya sabes, y a la otra.

—¿Quién es la otra?—preguntó el camarero, aparentando sorpresa, y haciéndose de nuevas.

—La ingeniera.

—¿Qué ingeniera?

—La que viaja con él.

—Entonces, son dos golpes en vez de uno.

—Se darán al mismo tiempo.

—Sí; pero cuando se compran dos perdices cuestan doble que una.

—Lo que es tú ya puedes andar solito; no, no te perderás.

—Eso quiero. Y, ¿cuánto cobro yo por la pareja de perdices?

—Diez mil pos.

—Se conoce que tienes barro a mano; pero es poco.

—¡Poco!... Pues no traes tú poco apetito. Y lo siento, porque no puedo dar más.

—Para el tomo que te crea; como que si no pudieras dar más, ibas a ofrecer los diez mil al primer embite... Cuando más, cinco mil... y gracias.

Acordándose de que a Nul le había pedido veinticinco mil para cada cómplice, y pensando que Kuno se acercaba bastante a la verdad en sus cuentas, no pudo Jum contener una espontánea exclamación, que intentó desvirtuar en seguida, con explicación de su sentido que engañara al otro.

—¡Canario! No eres tú poco desconfiado.

—Bueno, ya veo que acerté.

—Que lo ves: no sé en qué.

—En el canario que se te ha escapado. ¡Ja, ja, ja! Me ha salido un chiste... Pero mira, lo de la paga lo dejaremos para luego; porque, después de todo, hasta que yo no sepa cuál es tu plan, si me parece fácil o difícil, quiénes van a ser los compañeros, dónde va a darse el golpe, y si la paga es segura, no podré saber si es poco o mucho lo que ofreces.

Cuanto más en harina se metía Kuno más bribón le iba pareciendo a Jum, que, como de bribones había menester, cada vez lo iba hallando más simpático, pensando que su ayuda valía por la de cuatro como Zon, y proponiéndose no dejarlo escapar. En consecuencia, le explicó el plan que había esbozado ante Nul, sin otra variante que el número de bandidos de la cuadrilla: ocho en vez de doce.

—¿Qué te parece?

—No está mal; ocho hombres templados bastan, si saben aprovechar la sorpresa de un golpe rápido... Pero Misme está lejos... Luego no habrá más remedio que volverse a meter en aquella obscuridad de nuestra tierra... Y que aunque tu plan no sea malo, nada hay seguro en este mundo, y si falla...

—¿Acabarás?... Voy a decir mi última palabra, y buena, para que veas que quiero tratarte como amigo... Veinte mil pos.

—Eso es hablar; se me figura que nos vamos a entender.

—¿Qué?... ¿No lo estamos ya?

—Casi, casi; pero todavía tengo una curiosidad.

—¿Cuál?

—Saber quién paga.

—Yo.

—Bueno... Eso para quien te crea... Porque a menos que te hayas vuelto millonario... Y si lo fueras no te meterías en estos belenes.

—Pero, ¿a ti qué te importa?... En obrando.

—Ahí duele, ahí; porque para tener seguridad de que al final no ha de faltar la paga, hay que saber de dónde va a salir.

—Mira—dijo Jum, sacando y abiendo una cartera atestada de billetes de mil pos.

—¡Rediez! ¡Buena despensa llevas!

—Es gente que apalea millones.

—Basta que tú lo digas; pero me gustaría saber.

—Pues eso no puedo decirlo; y no lo digo.

—Ea, no se hable más; si no puedes me quedaré con la curiosidad.

En el momento de decir esto Kuno, temeroso de que si demostraba demasiado interés en conocer los nombres de los enemigos de Aol, podría el otro recelar la verdadera causa de él, nació en Jum otro recelo, por parecerle demasiado repentino el desistimiento de Kuno para obedecer a la leal renuncia de enterarse de lo que él no le decía, y sospechando pudiera provenir de propósito de averiguar por sí lo que se le callaba; cosa que para hombre tan vivo como Kuno no sería difícil, haciendo que un amigo suyo desconocido de Jum y Zon los espíara, o sonsacando por sí mismo al último, que era un bodeque.

La sospecha era demasiado alarmante para Jum; pues si Kuno llegaba a enterarse de que Nul era el pagano, bien pudiera después llegar a conocer lo que éste les pagaba a Zon y él, y entonces de seguro pediría mayor tajada o estropearía el negocio. Con objeto, por tanto, de evitar tal riesgo, se le ocurrió engañarlo matándole la curiosidad, para lo cual aprovechó la idea que el mismo Kuno le había dado al hablar de un complot político. En consecuencia, dijo:

—Pues, ea, no te quedas con las ganas de saberlo: como tú y yo somos quienes tenemos que manejar este tinglado, porque Zon no tiene nada en el meollo, más vale que lo sepas, y te enteres de que tendremos las espaldas bien guardadas por los mandones de

Lasga, enemigos de Aol, que necesitan quitarlo de en medio pronto, porque si no el mejor día se lo encuentran de podestá. Esto es lo que puedo decirte; pero nombres no puedo darte.

—Ni hace falta. Chócala; gracias por la confianza, y cuenta para todo con Kuno.

—Estimando. Se me figura que entre tú y yo somos capaces de algo.

Seguidamente, y preparándose para poner en planta su propósito de guardar el bulto cuanto pudiera en los preparativos del proyectado crimen, dijo que siendo él quien iba y venía y trataba con los señorones de allá, no podía, sin comprometerlos a ellos, cometer la imprudencia de echarse por sí mismo a reclutar la gente, trabajo para el cual contaba con Kuno, que, con sus sofismas en la taberna, había ganado gran prestigio con los más calientes, entre los cuales había que hacer la recluta, y a los cuales podría hablarles de una conspiración patriótica tramada en Ooz, diciéndoles que de allá venía el dinero.

En cuanto a ellos dos, no convenía volvieran a hablarse hasta tener completa la cuadrilla, y en tanto, por conducto de Orgo se comunicarían cuanto necesitaran decirse. Por último, encargó Jum a Kuno que se pusiera a la faena sin demora, pues el día menos pensado saldría Aol de Kanka para Misme; y, a poder ser, convendría mucho tomarle la delantera. Mientras Kuno se dedicaba al enganche de la gente, Jum se ocuparía en buscar y fletar barco.

—Bueno. ¿Y cuánto puedo yo ofrecer a cada uno?—preguntó el camarero.

—Pues en el último extremo, pero sólo en el último... hasta quince o veinte mil pos.

—Ah, lo mismo que voy a ganar yo.

—Claro.

—No, claro no: turbio—. Ilú pensaba que mientras tuviera que hacer creer a aquellos pillos que Kuno era tan bribón como ellos, debía seguir representando hasta el fin, y a conciencia, su papel de desalmado codicioso, para no delatar, en su actuación, otro interés que el del dinero; y en consecuencia continuó: —Eso es por el golpe en el que todos pondremos lo mismo; pero mi trabajo en la recluta vale algo... Digo, algo más que algo...

—Verdad es—contestó Jum de mala gana—. Pero, ¡chico!, tienes unas tragade-ars que no se hartan—. Yo no puedo dar más.

—Eso...

—De veras que no puedo.

—Bueno; si no puedes dar sino veinte mil por cada uno, todo lo que yo puedo hacer, para que veas que me hago cargo de la ra-

zón, y que deseo servirte, es proponerte un trato...

—¿Un trato? Según y cómo.

—Yo te traigo cinco hombres, y conmigo seis; tú me das a mí esos veinte mil pos por cada uno; yo los pago, y tú no te metes en cuánto los contrato.

—Ya sabía yo que no te perderías.

—No estamos a eso... Ya ves, yo no te pido más de lo que quieres dar; pero me cobro, como es justo, mi trabajo y el riesgo de ser quien da la cara.

—Hecho—contestó Jum, pensando que todavía le quedaba una buena tajada entre las uñas.

Y ya no pasó más por aquel día, sino que, al despedirse el pillastre auténtico del bribón fingido, dijo el primero:

—Oye, se me olvidaba; yo no he hablado de esto con nadie más que contigo.

—No sigas, ya te entiendo, y aunque yo no soy blando, y hombre a hombre no le tengo miedo a nadie, se lo tengo muy grande a las puñaladas por la espalda; y como sé que si hablo a quien no debo no vais a ser tan tontos, tú y los tuyos, que vengáis a buscar me cara a cara, puedes estar tranquilo. En estas cosas soy hombre de palabra; pero si no te fías de ella, te fiarás de esto.

Al decir lo anterior, tocó Kuno por cima de la chaqueta de Jum el cuchillo que éste llevaba escondido detrás de la cadera.

—Cuando te digo que los dos nos vamos a entender perfectamente... Con gente así da gusto trabajar... Pues al avío, Kuno.

—Hasta la vista, Jum.

XXIII

LA COMPLICADA POLICÍA DE LEN Y RAG

Enterado Ilú de las sospechas de Sara, que atribuían la persecución de Aol a un complot político, creyó a pies juntillas el embuste de Jum; y al retirarse aquel día al depósito, se pasó por el telégrafo, y puso el siguiente parte:

"Mistress Sara Sam Bull: Ingeniera Oscilografía-Kanka: Encontré gemelos negros. Como señora suponia, resultaron comprados por señores de Lasga. No puedo todavía salir de aquí. Escribo correo.—Ilú."

Al día siguiente salió una carta con igual destino, detallando los nuevos planes, fraguados por los bandidos, para ejecutarlos en Misme, la cual leyó Sara a sus amigos, que se rieron del chasco de los Ministros y del Podestá cuando, al llegar la gavilla de desarmados a Misme, supieran que allí no había sino un Aol falsificado, que los haría prender, caso de que llegaran; pues Ilú, que creía realmente en el viaje de Aol a Misme, decía en su carta que procuraría frustrar el plan y evitar la salida de Roni de los asesinos; pero que si no lo lograba, telegrafiaría el nombre del barco en donde hicieran la travesía y la fecha de salida.

Como el camarero no estaba en el secreto de la farsa del fingido Aol, creyó que la mejor manera de impedir la intentona sería fracasar en sus trabajos de recluta; pues faltando cuadrilla que lo diera, mal podría darse el golpe; mas cuando andaba preocupado con la manera de arreglarse, para hacer verosímil el fracaso del enganche, sin

inspirar a Jum sospechas que lo pusieran en guardia contra él, vió con gran gusto que entre los tertulianos de la taberna de Orgo no había gente a propósito para llevar a término el atrevido plan de aquél, pues la preocupación dominante por aquella época en los hombres negros de Roni, era ser muy juiciosos, para evitar les sucediera a ellos lo mismo que a sus paisanos de Lota y Nífis; y porque sintiéndose estrechamente vigilados por las autoridades desde hacía una temporada, estaban asustadísimos.

No tuvo, pues, por tanto, Kuno que mentir al enviar a Jum, por conducto de Orgo, la noticia de que todos los bravucones que con unas copas demás en el cuerpo despotricaban días atrás en la taberna, cual si fueran capaces de comerse los hombres crudos, no eran sino pollos mojados, con quienes no sólo no podía contarse para nada en que hicieran falta agallas, sino a los cuales era peligroso hablarles claro; pues los creía capaces de irse a contarlos todo a las autoridades para ponerse a bien con ellas.

En nueva conferencia, celebrada a los cuatro días de la primera, aprobó Jum explícitamente la prudencia de Kuno en no escurrirse con aquellos mandrias; pues ya había él visto que lo de vengar a los hermanos era jarabe de pico. Dijo, además, que como no por eso se iba a desistir del proyecto, se largaba él a Ooz, donde estaba seguro de encontrar, en dos días, los cinco hombres que necesitaba.

Como los periódicos decían que Aol pasaría una temporada un poco larga en Misme, y todavía no había emprendido el viaje, esto daría probablemente tiempo suficiente de alcanzarlo allí; y si no se irían detrás de él; porque según el golpe estaba planeado, podía darse en cualquier parte.

Una vez dicho lo anterior, invitó Jum a Kuno a irse con él y Zon, a lo cual accedió el camarero, para no hacerse sospechoso, comenzando en aquel momento a cavilar cómo se las arreglaría para zafarse del viaje a Ooz, donde nada se le había perdido, y cortar de una vez relaciones peligrosas con aquella canalla.

Tal vez estuviera relacionada con estas preocupaciones una larga conferencia que, al volver al depósito, donde seguía durmiendo, celebró Ilú con el Inspector; y puede que también tuviera algo que ver con la conferencia y las preocupaciones una visita que al día siguiente, y a la hora de mayor concurrencia a la taberna, hicieron a ésta dos guardias de seguridad para prender al camarero Kuno y llevárselo al tornóspiro, que dos horas después salía para Lasga, adonde lo enviaba confinado la autoridad de Roni.

Inútil le fué desatarse en maldiciones e improperios contra tal atropello, porque no tuvo más remedio que obedecer. Pero cuando los guardias le daban prisa a quitarse el mandil de servicio y a recoger su equipaje, Orgo, que acababa de hablar con Jum, se les acercó pidiéndoles le dejaran siquiera tiempo de pagar a aquel pobre hombre la soldada del mes en la taberna.

Obtenido el permiso, se llevó a Kuno detrás del mostrador, donde éste le dijo que aquello había de ser una denuncia de alguno de los... tales que él había tanteado para el negocio consabido. Después de manifestar su conformidad con aquella opinión, agregó el tabernero que Jum, que pensaba lo mismo, le había encargado decirle que en cuanto llegara a Lasga tomara el portante para Ooz, donde los dos se encontrarían en una taberna cuyas señas iban en un papel que, muy doblado, le metió en el bolsillo con unos cuantos billetes de banco que aquél le enviaba para el viaje a Ooz. Al volver donde estaban los guardias se arregló Kuno para hacerlo pasando junto a la mesa donde estaban Jum y Zon, diciendo:

—Gracias.

—Yo salgo mañana. ¿Irás?—preguntó Jum.

—Iré. Si en Lasga no me encierran.

—Si te encierran, escápite: estos memos no saben guardar presos.

Cuando salía del figón entre los guardias,

iba pensando Ilú: lo he conquistado; ese hombre no puede ya pasarse sin mí... Y si me espera en Ooz va a esperarme sentado, porque allí, o en Misme puede que vea a Ilú, pero lo que es a Kuno no vuelve a verle el pelo, pues por milagro escapó bien de este berenjenal donde me había metido... No, los amos no se quejarán de mi faena; porque, frustrado por mí el plan, ahora ya pueden ellos arreglarse, con lo que yo les lievo, para atrapar a estos pillos cuando lleguen a Misme.

Media hora después partía en el ictiókino de Lasga a ponerse a las órdenes de Len, según le había ordenado Sara para cuando pudiera salir de Roni; pero antes de embarcar puso el siguiente telegrama a aquélla:

“Deshecho todo. Acabado trabajo Roni, cumplo orden ir Lasga.”

Al día siguiente salían Jum y Zon para Ooz; al otro zarpaba de Nifs el ictiókino de Aol, llevando en el compartimiento de su lomo el submarino donde a él, a Sara y a Ko los hemos visto llegar al mundo negro.

* * *

Desde la llegada a Lasga de Len y de Rag pesaba sobre ellos abrumador trabajo, ocasionado por la organización primero, y el funcionamiento después, de un amplio cuerpo de policía privada, reclutada entre devosísimos partidarios de Aol, sumamente alarmados con la posibilidad de que una tercera tentativa de asesinato pudiera conseguir lo que no habían logrado las dos primeras intenciones.

La bisoña hueste de entusiastas esbirros estaba tan persuadida como sus dos organizadores de que la vil y cobarde persecución contra el ídolo de Lasga, de Kanka, más todavía, de todo el lumihemisterio, era obra infame del hipócrita Podestá y sus infames Ministros; convencimiento que no solamente ayudó a la recluta de agentes para la flamante policía, sino que reforzaba en favor del susodicho ídolo la eficacia de la propaganda para las elecciones próximas; pues el descrédito sobre su competidor arrojado por tan inícuo proceder era acicate del fervido entusiasmo de los mufidores electores y voluntarios polizontes; entusiasmo que, por lo grande, sólo cabe comparar con la incapacidad absoluta para pesquisas políticas de quienes, animados por la idea de que con éstas trabajaban en una noble causa y salvaban acaso la vida de Aol, derrochaban gustosos tiempo, cavilaciones e idas y venidas, no en descubrir, sino en fantasear pistas y más pistas, y en espiar a inofensivos ciudadanos: tan distantes de pensar en

criminales actos como limpios de culpa e intención estaban el pobre Podestá y sus pobres Ministros, en los atentados contra Aol.

Por dicha para el crédito de la improvisada y privada policía espontánea, nada había que averiguar en Lasga. Y digo por dicha para ella, porque no habiendo nada averiguable, el no averiguar nada no podía desdorarla, cual de seguro la habría desdorado y deslucido a haber algo que olfatear; pues por mucho que oliera, no lo habría olfateado: ya que los hijos de la luz—no más diáfana que sus limpias y candidas conciencias—son tan buenos, tan buenos a carta cabal, tan incapaces de maldades y ayunos de malicia, tan confiados y tan inocentones, que en la Tierra los llamaríamos simples—por ser nosotros, no más listos, sino meno buenos—y porque quien carezca de doblez y no acierte a fingir, nunca despuntará, por mucho que se empeñe, como buen policía.

Ya lo había dicho Jum: si las ciudades por la luz bañadas quieren alguna vez tener un buen cuerpo de policía, habrán de reclutarlo entre los agentes del umbrihemisferio, o enviar allá algunos pensionados para que al lado de aquéllos, y por ellos adiestrados, hagan tan fructuoso aprendizaje como en aquellas tierras lo había hecho Ilú.

A los dos días de salir de Roni, se presen-

tó el travieso camarero en el despacho de Len, a tiempo de hallarse éste abrumado bajo la balumba de dos o tres mil oficios de sus noveles auxiliares, en los que, con riqueza de detalles y derroche de prosa, daba parte cada uno de aquéllos de cuanto personalmente había hecho la víspera en el desempeño de sus funciones; adornando los relatos con todas sus sospechas, todas sus correrías, todas sus equivocaciones; mas sin que en todo ello se pudiera encontrar ni un dato positivo, ni un hecho interesante.

Estaba, pues, perplejo, el pobre Len, ante el grave problema planteado por la imposibilidad de leerse en menos de una semana los partes que sus agentes daban cada día. Rag, con quien se había repartido la tarea, se peleaba en una habitación inmediata con igual aluvión de comunicaciones; y, como Len, pensaba en la importancia de la dificultad; pues si en alguno de los partes hubiera, aun cuando no fuera probable, noticia alguna merecedora de atención, por raro evento, y que exigiera adoptar resolución urgente, seguramente se dictaría ésta cuando ya fuera inútil, por flambrea. Y uno y otro se devanaban los sesos infructuosamente para dar con el medio de que aquella brillante y nutrida policía pudiera servir de algo.

XXIV

ILÚ EN LASGA

Llegaba a Lasga Ilú a presentarse a sus jefes muy orondo de la campaña realizada, pudiendo, en verdad estarlo; pues había hecho cuanto, en su ignorancia de la farsa que en Misme iba a representar un falso Aol, podía y debía hacer: por lo pronto, había entorpecido la preparación del golpe que allí había de darse, ganando tiempo suficiente para avisar a las presuntas víctimas; además de esto había descubierto quiénes lo tramaban, y traía sus nombres y puntuales señas, por las cuales podría ver el juez de Nifs que eran los mismos y verosímiles autores de la explosión del Hotel de la Marina; y por si todo esto fuera poco, traía además la corroboración, obtenida por confidencia del propio Jum, de que el Podestá y el Gobierno eran los motores de la criminal persecución contra Aol y Sara.

—Te esperaba; me han avisado tu llega-

da de Kanka—dijo Len a Ilú, al darse éste a conocer.

—Sí, avisé allá por telégrafo mi salida de Roni.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer; mas cuando vine ayer no estabas ya aquí; volví esta mañana, y no habías aún venido.

—De modo que hace cuarenta y tantos años, casi nipo y medio que estás en Lasga, y nada me han participado mis agentes de tu llegada... Y eso que puede que esté el parte entre todos esos; pero debían haberlo participado de un modo más rápido. Bien merecía la pena que cosa de la importancia de la llegada de un sospechoso...

—Sospechoso... ¡Yo!

—Sí; para ellos debes serlo, por recién llegado... Como Pi Rag y yo andábamos un poco perplejos para puntualizar a nuestros subordinados en qué podrían conocer a los

rospechosos, al fin resolvimos que miren y vigilen como tales a todas las personas que lleguen a Lasga.

—Pero, entre las estaciones y el puerto, han de llegar aquí de cuatro a cinco mil viajeros diarios.

—Una cosa así.

—Pues en diez días van a tener sometidos a vigilancia a 50.000 sospechosos... Y luego los que sigan coleando. ¿Cuántos agentes tienes?

—Unos cinco mil.

—No son pocos; pero, aun así, tocan a diez sospechosos por barba; y en un mes a treinta: ya tienen faena.

—Así estamos, sin tiempo de rascarnos: esta tarea de la policía es agobiante, complicadísima.

—Ya, ya lo veo.

—Mira lo que aquí me espera... ¡Qué sé yo los millares de partes que habrá en este montón! Seguramente estará ahí el de tu llegada; pero Dios sabe dónde... Y cualquiera lo conoce, y cualquiera lo encuentra.

—No te cuides más de él; te lo doy yo en persona. Pero dices que ese carro de papeles...

—Son los partes diarios. Es el mayor sacrificio que por Aol podía yo hacer: nunca se figurará él cuán grande.

—No, ni yo tampoco me lo habría figurado; y te sobra razón para decir que eso es complicadísimo, porque mañana tendrás dos carros, en vez de uno; pasado...

—Eso es lo que me aterra, digo, nos aterra, pues Pi Rag está lo mismo. Por eso, como ahora estoy atareadísimo, vuelve mañana por aquí, a ver si he tenido tiempo de buscar tarea en qué emplearte.

—¿Mañana? Lo que tengo que deciros es importante y urgente.

—Pero ya ves que ahora estoy ocupado con el despacho oficial...

—Créeme, Len, lo mío corre más prisa que toda esa papelería, en la que estoy seguro no hay pizca de substancia.

—Hombre, eso es mucho decir.

—Vamos a ver. ¿Habéis descubierto algo?

—Descubrir, todavía no; pero es que apenas hemos hecho sino organizarnos, y no del todo; y yo espero que con el tiempo llegaremos...

—Pues yo no espero, porque ya llegué: lo he descubierto todo, he detenido un nuevo atentado en marcha ya contra los señores.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Lo que oyes. Comprenderás que no es cosa de esperar a mañana.

—No, no; habla en seguida.

Tomó Ilú la palabra para relatar sus proezas. Len, a quien no le parecía verosí-

mil que un solo agente suelto, y sin quien lo guiara, hubiera descubierto lo que cinco mil, trabajando a destajo y con dos jefes, no habían conseguido averiguar, le escuchaba al principio con clara prevención; pero tan pronto Ilú avanzó en el relato de sus personales actos en Roni, de sus disfraces, de sus fingimientos, cayó completamente del burro, sintiendo verdadera admiración por hombre capaz de realizar tan extraordinarias cosas, *sin escribir ni recibir un solo parte*; pues hasta entonces había estado convencido Len de que en aquel tinglado de los partes contribuía el intríngulis de la policía.

Tanto le interesó y tanto le admiró lo que Ilú refería, que en los pasajes más movidos de la narración no pudo contener calurosas demostraciones aprobatorias: no siendo óbice esto, sin embargo, para que al enterarse de una de las más culminantes peripecias de la gestión de Ilú, en donde resaltaba su maliciosa habilidad para engañar a los bandidos, se le escapara la siguiente escandalizada exclamación, muy propia de su buena fe, genuinamente heliovenusiana.

—Pero en todos esos días no has hecho sino mentir a todo trapo, con la mayor impudencia.

—¡Ah! ¿Querías que les dijera: señores asesinos, espero de vuestra bondad que me contéis de pe a pa vuestro plan para el crimen que traéis entre manos, porque como estoy al servicio de Pi Aol, me interesa mucho conocerlo.

—Pues es verdad; tienes razón.

—Mira, Len; mientras en vez de escribir tanto, no les enseñéis a vuestros agentes a mentir con descaro, no haréis nada de provecho con vuestra policía.

—Pues el oficio es todavía más difícil de lo que yo pensaba; porque, ¿cómo es posible que siendo yo su jefe les recomiende hacer cosa tan fea?... Pero, sigue, sigue.

Prosiguió Ilú; y cuando terminó la historia de su odisea policíaca, lo miraba Len como a un ser extraordinario, que en tanto estuvo hablando tuvo su atención subyugada con el interés de la hazaña realizada, metiéndose en el antro de los facinerosos; y su admiración a Ilú, que había probado tener tanto valor como malicia, crecía por ser lo hecho por él una revelación de los insospechados horizontes que los medios y recursos por aquél empleados desplegaban ante él sobre aquel modo de entender la policía.

Tan maravillado y fascinado estuvo mientras el otro hablaba, que solamente cuando acabó de oír todo lo ocurrido y todo lo alcanzado, echó de ver que el resultado de ello era, en definitiva, que Jum y Zon se iban a Ooz, y que si la fatalidad hiciera que Aol

llegara allá cuando ellos no hubieran acabado todavía de reclutar su gavilla de forajidos y lo vieran antes de salir con ella para Misme, sólo se habría logrado inutilizar el plan acordado en Kanka para librar a Aol de riesgo; pues en vez de un golpe en vago en Misme, podrían dar uno sobre seguro en Ooz. Cuando Len pudo hacerse cargo de todo esto, se asustó y dijo a Ilú:

—Pero, ¿sabes tú dónde va Aol ahora?

—Pues a Misme.

Cayó Len en la cuenta de la extrema reserva guardada sobre el lugar del verdadero viaje del auténtico Aol, comprendiendo que, ignorándolo Ilú, no podía haber procedido de mejor manera que como había obrado; pues si de lo hecho por él, en Roni, resultara cualquier mal venidero, culpa sería, no suya, sino de quienes le habían ocultado la verdad, que a punto estuvo de decirle en el mismo momento: absteniéndose de ello solamente por temor de asumir la personal responsabilidad de revelar el plan adoptado en Kanka con acuerdo de mantenerlo reservado a todo el mundo.

No sólo por esto, sino para informar a Rag de las graves noticias traídas por el

camarero y cambiar impresiones con aquél sobre la inesperada situación, preñada de amenazas que invalidaban las precauciones del plan en marcha, se fué en busca del anciano ingeniero, ordenando a Ilú que aguardara en el despacho su regreso, por si aquél deseaba hablar personalmente con él.

Tan pronto supo Rag que los bandidos se habían ya embarcado o estarían embarcándose para Ooz, se echó las manos a la cabeza. Buscó en seguida medio de evitar las peligrosas contingencias de aquella fatal combinación de circunstancias, y no ocurriéndosele de momento ninguno de provecho, y pareciéndole, por lo que le contaba Len, que Ilú había demostrado ser mozo de recursos, con aptitudes muy superiores a las de ellos para resolver problemas policíacos (máxime conociendo a fondo al enemigo), pensó que acaso a él se le ocurriera modo de echar algún remiendo al desgarrado plan de Kanka; y comprendiendo que no debía perderse tiempo, dijo:

—Vamos, vamos a hablar a ese hombre; es preciso enterarle de todo, pues voy creyendo que en este asunto él es el único que no ha tocado el violón.

XXV

DONDE RAG Y LEN SE ENTERAN DE LO QUE ES POLICÍA

—¿Es éste?—preguntó Rag a Len al entrar juntos en el despacho donde aguardaba Ilú.

—Sí—contestó Len.

—Soy Rag; me he enterado de cuanto has hecho en Roni, y me parece muy bien; digo, no, me parecería muy bien si Pi Aol estuviera ahora en camino de Misme, en vez de estar embarcado para Ooz.

—¿Qué dices?... No puede ser... A mí me han dicho... Estoy segurísimo...

—Sí, es verdad; pero, a pesar de todo cuanto se te ha dicho, no es a Misme, sino a Ooz donde va.

—Buena barbaridad hemos hecho: no, buena barbaridad habéis hecho: ¡Ocultarme lo más interesante!

—Se le ha ocultado a todo el mundo.

—A todo el mundo, sí; a mí, no. Si lo hubiera sabido, estarían a estas horas ese par de granujas camino de Misme; mientras que ahora sabe Dios lo que a Aol pueda ocurrirle en aquella tierra de bandidos donde se va a meter; precisamente cuando

Jum y Zon, que personalmente lo conocen, estarán allí.

—¿Y qué hacemos? ¿Qué hacemos?

—Con el coraje que los hombres negros le tienen, por creerle instigador de las expulsiones... Ni a intento podía escoger peor ocasión para zamparse en Ooz, lleno a estas horas de gentes expulsadas de Lota y de Nifis. ¡Y pensar que yo venía tan contento, creyendo que ya no quedaba por hacer sino ir a Nifis a llevar de las narices al juez de la causa de la explosión, para evitar que se le escapen esos pillos, como se le escaparán si lo dejamos andar solo!

—Pero ¿cómo? ¿Crees tú posible cogerlos? ¿Cómo te las ibas a arreflar?

—Muy sencillo: como sé sus nombres, se los habría dado al juez: como el inspector del depósito ha averiguado, no porque a él se le ocurriera, sino porque yo se lo apunté, las fechas de sus continuos viajes de ida y vuelta a Roni, y con ellos casan las intenciones de Lota y Nifis; como he hablado con los camareos del ictiódino que llevó a Ni-

fis a dos joyeros que no soltaban de la mano un maletín de cuero rojo, y las señas de ellos cuadran con las de Jum y Zon, y las del maletín con las del encontrado en su cuarto del hotel; como esos camareros dicen que en cuanto los vieran los conocerían, como el fondista y yo y el mozo que los mudó de habitación sin que le permitieran tocar al maletín, que por sí mismos trasladaron, diríamos que ellos son quienes pocas horas antes de la explosión hicieron la del humo, yéndose sin pagar la cuenta y abandonando los baños; como yo tengo ya declarado lo de los periódicos, claro es que por muy bonachón que sea el juez, habría tenido que conocer...

—Chico, esto es policía—dijo Rag a Len.

—Confieso que jamás se me habría ocurrido nada parecido.

—Para lo que va a servir...: porque teniendo ahora que atender a lo más urgente, no se puede ya perder tiempo en estas cosas.

—Ah, sí: Aol... ¿Qué hacemos, Rag?

—Qué sé yo... No se me ocurre nada... Como éste no nos saque del aprieto.

—Lo primero es que yo salga de él... Ante todo, necesito saber cuándo llegará Aol a Ooz.

—De fijo no lo sabemos; porque primero va a Uo, y no nos dijo cuánto tiempo estará en el observatorio.

—¿Pero ha salido ya de Nifis?

—No; es decir, hoy es el día en que pensaba salir.

—Pues telefonad inmediatamente diciéndole que de ningún modo se embarque para Ooz y que aguarde en Nifis mi llegada.

Rag se acercó al teléfono, pidió a la central comunicación con el Hotel Marina, de la ciudad citada—el mismo donde se verificó la explosión y donde Rag sabía se alojaban Aol y Sara en tanto embarcaran—, y en cuanto la obtuvo dijo que avisaran a Pi Aol que su amigo Rag lo llamaba al aparato. La contestación fué que no era posible por haber partido Pi Aol para Misme, en su ictiókino, cuatro horas antes.

La urgencia de comunicar a todo trance con Aol sugirió a Len entonces la siguiente pregunta:

—Oye, Rag, ¿no tiene el ictiókino de Aol aparato radiotelegráfico?

—Sí, es verdad, tenemos ese medio: vamos en seguida a la estación radiohídrológica.

—Cuidado, cuidado, señores—dijo Ilú deteniéndolos cuando ya se disponían a salir—. ¿Tiene Pi Aol en Lasga estación propia para comunicar directamente con sus ictiókinos?

—No; íbamos a la estación oficial.

—¿Oficial?... ¿Queréis decir que del gobierno?

—Sí.

—Pues entonces podemos poner las cosas peor que están.

—¿Cómo peor? No lo entiendo, Ilú.

—Muy sencillo: hasta ahora el único peligro es que cuando Pi Aol y la señora Ingeniera lleguen a Ooz sean vistos por Jum, por Zon o por algunos de los expulsados de Lota o de Nifis que puedan conocerlos; pero aunque no sea desdeñable, pues Aol es conocidísimo, tampoco es inminente, y hasta podría desvanecerse si tuviéramos la suerte de que no se tropezaran allá con ninguno de aquéllos; mientras que telegrafiarle que cambie de itinerario, y se vaya a Misme o a otra cualquier parte, equivale a telegrafiar a Jum la noticia de dónde puede ir a asesinarlo.

—¿Qué atrocidad!

—¿Cómo va ese hombre a saber lo que nosotros digamos en un despacho particular?

—Tiene razón Len: la correspondencia telegráfica privada es secreta aunque sea transmitida por las estaciones oficiales.

—Sois angelicales... Yo también lo sería si no hubiera vivido los años que he vivido con los hombres negros.

—¿Angelicales!

—Claro... ¿Estáis o no convencidos de que los bandidos están pagados por el Gobierno?

—Eso parece; y más después de lo que el mismo Jum te ha confesado a ti.

—Pues entonces comprenderéis que quienes no retroceden ante el asesinato no irán a detenerse en el escrúpulo de violar el secreto de la correspondencia telegráfica transmitida por estaciones que dependen de ellos.

—Verdad es.

—Pero eso sería un escandaloso abuso.

—Sí, Len, sí; pero Ilú dice bien; y nos está dando una lección de policía, de la que estábamos muy necesitados.

—Tienes razón: me voy figurando que nos hemos metido en unos trotes para los que ni tú ni yo servimos.

—Me alegro que veais el peligro de telegrafiar al ictiókino.

—Será preciso entonces aguardar que llegue a Uo o telegrafiarle allí por anticipado, para que al desembarcar le den el parte.

—Pero ¿qué más da telegrafiar al ictiókino que al Observatorio? Lo que no se puede es telegrafiar, sea dondequiera, por estación que no sea nuestra; y como no la tenemos, hay que dejarse de telegrama, que a las pocas horas de puesto sería seguido de

ctro a Ooz avisando a Jum de lo que a Aol dijéramos.

—Una carta llegaría probablemente tarde.

—O no llegaría, o llegaría después de abierta y leída aquí por los enemigos de Pi Aol. No hay que pensar en eso.

Pero entonces ¿qué hacemos?

—No se me ocurre nada por más que pienso.

—Yo no me avengo a estar un mes en esta incertidumbre de si matan o no matan a un hombre a quien quiero como a hermano. Es horrible.

—Ni yo me resigno a no hacer nada. Pero ¿qué es lo que hacemos? Piensa, Rag, piensa.

—Ya lo hago; y lo que pienso es que lo mejor es que ni tú ni yo pensemos, pues hasta ahora lo hemos hecho bastante mal. El único que aquí tiene la malicia y el conocimiento necesario de los bribones con quienes hemos de habérmolas es Ilú.

—Verdad, verdad; ya lo oyes, Ilú: yo digo lo que Pi Rag. Ya no somos jefes de Policía; te transmitimos nuestros poderes y funciones.

—Y haremos todo lo que tú nos digas.

—Enhorabuena: así podrán marchar mejor las cosas... No lo digo por molestaros, sino porque sois demasiado inocentes, demasiado buenos.

—No, no nos molestamos; no te preocupes, sino Aol y Sara. Discurre, hombre, discurre.

—Ya, ya estaba discurrendo mientras hablabais.

—¿Y has hallado algo?

—¿Tienes remedio?

—Eso se verá luego; mas por lo pronto, veo clara la necesidad de marcharme cuanto antes a Ooz.

—¡Ah!

—Es verdad: tú conoces a esos canallas.

—Allí veré lo que se pueda hacer... Lo primero que necesito saber es cuándo hay correo o combinación de barcos para irme.

—No te preocupes de eso. Lo que hace

falta es que salgas mañana mismo, si es que no puedes salir hoy; si no hay barco se fleta. Vámonos al puerto.

—No corras, no corras tanto, Pi Len. Mi soldada de la taberna de Orgo y el puñado de billetes que para el viaje a Ooz me dió mi amo de parte de Jum no dan para esos lujos.

—¿Pero quién te dice que vas tú a pagar el flete?... ¡Cómo íbamos a consentir!...

—No voy por ahí, señores: es que si desembarco en Ooz en día que no sea de llegada de buque de pasaje, Jum tendrá curiosidad de saber cómo se las ha arreglado su amigo Kuno para hacer la travesía; y como no va a creer que yo haya tenido la habilidad de estirar aquel dinero hasta hacerlo llegar para fletar un barco, le chocará ese lujo en un pobre mozo de taberna. De esto a querer enterarse de si bajo la piel de Kuno se esconde alguien de quien no deba fiarse hay muy poca distancia.

—Pues es verdad: no había pensado en eso.

—Hay que pensar en todo, Pi Len.

—Pero si pierdes días...

—Ya procuraré no perderlos. Además, Pi Aol va a detenerse en Uo, y yo iré directo: de modo que no parece difícil tomarle la delantera en Ooz.

—¿Y si no se la tomas?

—Malo será que apenas lleguen él y Sara a una gran población como aquella, se encuentren de manos a boca con Jum o Zon, que no tienen idea de que allí puedan estar los señores, o con quienes los conozcan y puedan y quieran contárselo a aquellos. No hay, pues, que amontonarse por peligros que por ahora no pasan de remotos, ni hacer las cosas mal por precipitarse; pues a menos de ponérsenos de uñas la fatalidad, con la que nadie puede luchar, tenemos por delante tiempo suficiente.

—Creo que tienes razón.

—Pues entonces ya no hay más que hablar. Ahora voy a informarme de cuándo podré embarcar. Hasta mañana.

XXVI

DONDE ILÚ VUELVE AL PELLEJO DE KUNO

Estando, al día siguiente, Rag y Len conversando en el despacho del primero, entró un criado anunciando que un hombre del pueblo, bastante mal vestido y de meciana traza, quería ver a los señores para

hacerles una confidencia: palabra sugestiva para todo policía, al oír la cual dió Len un bote en su asiento y precipitada orden al criado de que hiciera entrar en seguida al *confidente*.

Un minuto después un obrero, con grandes antiparras negras y una venda que le cubría media cara, se presentaba en la puerta del despacho diciendo:

—Aquí estoy ya. Hemos tenido suerte.

—¡Que hemos tenido suerte! ¿En qué, buen hombre?

—¿Eres alguno de nuestros agentes? ¿Has descubierto alguna pista?

—Pero ¿qué? ¿No me conocen los señores?

—Ya comprenderás que no es fácil conocer uno por uno a cinco mil agentes.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—No veo a qué viene esa risa.

Reprimiéndola a duras penas contestó el recién llegado:

—Soy Kuno.

—¿Kuno?... ¿Kuno?... Yo he oído antes ese nombre; pero no recuerdo.

—Ahora os acordaréis. Vengo de Roni, donde estaba colocado de mozo en la taberna de Maese Orgo.

—¡Calla! ¿Tú..., Ilú?

—No hay quien te conozca.

—A eso se tira...

—Pues lo consigues: ya lo creo.

—Estás admirablemente disfrazado. Pero ¿para qué te has disfrazado aquí en Lasga, donde no hay necesidad.

—Para darnos esta bromita.

—No, Pi Len, no; sino que nadie sabe qué compañeros de viaje va a tener; que en mi mismo barco irán probablemente hombres negros, pues Lasga está llena de expulsados de Lota y de Niñs, buscando trabajo; que por no encontrarlo se vuelven muchos a su país; y como no me conviene que esa gente se entere de que me transformo al llegar a Ooz, saldré de aquí ya transformado.

—A éste no se le escapa nada.

—Por eso quien mañana embarcará para Ooz, con pasaje de tercera, por no haber cuarta, no será Ilú el lumivenusiano, sino Kuno, el hombre negro. Felizmente tengo muy en regla los papeles que prueban mi identidad y mi mala conducta.

—Entonces llegarás antes que Aol.

—Según lo que su barco y el mío anden y lo que él pare en Uo. Pero, de no llegar yo primero, nunca podrá ganarme mucha delantera: a lo sumo, uno o dos días. Malo será que en tan poco tiempo vaya a toparse con aquéllos.

—¿Y qué plan tienes? ¿Qué vas a hacer allí?

—Eso no lo sé todavía, ni lo sabré hasta después de hablar con mi amigo Jum: como trabajamos juntos...

Ahora me van a dispensar los señores...; pero como me hicieron el honor de decirme que pensara por ellos, y al irme a Ooz se quedan por hacer algunas cosillas interesantes, si los señores me permiten les diré...

—Claro, hombre, claro; di todo lo que quieras.

—Bien: pues entonces...; pero... pero... los señores me dispensarán que les haga un encargo.

—Naturalmente.

—Y no se molestarán si les digo que no hagan nada más que lo que yo les encargue, sin que se les vaya a ocurrir...

—¡Ja, ja, ja! Oyes, Rag: éste nos tiene miedo; no se fía de nuestras iniciativas.

—Y tiene razón.

—No, no es eso, señores—¡cómo había yo de permitirme!...—, sino que cuando varias personas trabajan en lo mismo a distancia, sin facilidad de comunicarse a diario, y una cree que las otras van a hacer una cosa, y procede en consecuencia, puede ser sumamente peligroso que se encuentre con sorpresas...

—Lo que eres tú es más ladino...

—Puedes tranquilizarte; no nos ofendemos.

—Ya te hemos dicho que en estos asuntos mandas tú.

—Mandar, no, sino que como los señores no...

—No te preocupes, hombre: si encima te estamos agradecidos de que ayer nos llamaras angelicales; y ya comprenderás que si somos ángeles por no tener malicia, dejaríamos de serlo al tener vanidad. Acaba.

—¿Qué es lo que tienes que encargarnos?

—Tú, Pi Rag, tienes que venirte conmigo a Ooz: es decir, conmigo, no, sino por tu lado, como si no me conocieras, y llevándote tres o cuatro hombres de toda tu confianza, valientes y bien armados; porque aun cuando he de procurar engañar a Jum y dejarle sus planes en agua de cerrajas, no está de más ponerse en lo peor y prepararse por si fuera preciso acabar peleando. Pero por de contado que a esos no les mientas ni a Ilú ni a Kuno.

Si yo tuviera algo que decirte en el camino, ya sabré arreglármelas para enviarte un papel; pero si antes de llegar a Ooz no te digo nada nuevo, lo único que tienes que hacer, si Aol no está allí todavía, es tener a todas horas un auto a la puerta del Hall Alto de los ascensores, sin que tú o uno de los que contigo vayan falte nunca de allí para que en cuanto asomen Pi Aol y Ri Sará los metáis sin perder tiempo en el coche, evitando puedan ser vistos por quienes los conozcan. Yo, por mi parte, es-

taré a la mira e iré al hotel a veros en cuando pueda.

Si ya estuviera allí Aol a nuestra llegada, es preciso le digas que ni él ni la señora salgan a la calle hasta que yo me vea con ellos.

¿Sabéis a qué hotel van? ¿Lo tienen ya pensado?

—Sí, al Hotel de los Siglos.

—Mejor: así ya sabe uno a qué atenerse. Tú, Len, vas a tener que hacer un viaje a Nifis para llevar estos papeles al juez de la causa de la explosión. Mientras pensaba que Pi Aol estaba en camino para Misme tenía intención de llevárselos yo; pero ahora no puedo perder tiempo en eso. Léelos, y además una nota explicándote lo que del juez tienes que conseguir. Como has de avisarme de lo que hagas, conviene lo leas hoy mismo todo para poder preguntarme mañana antes de que me embarque, en caso de que tengas alguna duda.

Y perdonadme si os parece que abuso de las facultades que me habéis dado.

—No seas pesado, hombre.

—Bueno: tú necesitarás dinero...

—No vendrá mal.

Después de entregar a Ilú unos cuantos billetes de banco se quedó Len mirando al montón de los partes de sus agentes, el cual había crecido de un modo aterrador, y dijo a Rag:

—¿Y a quién dejamos encargado de leer todo esto?

—Mira, Len, me parece que de nuestra policía ya no hay que cuidarse.

—Yo creo, señor Len, que esos partes dirán lo mismo que hoy dentro de un mes, cuando volvamos. Si entonces te interesan todavía puedes leerlos a la vuelta; pero como ni entonces ni ahora van a servir de nada...

—Sois dos mozos de talento. Se acabó la esclavitud; muera la lectura; malditos sean los partes; maldita la burocracia policíaca.

Al decir esto barrió de la mesa a manotones los rimeros de partes que tenía encima de ella, y cuando la vió limpia se levantó para emprenderla a puntapiés con el montón de los que, todavía cerrados, estaban en el suelo, junto a aquélla; desparramándolos por la habitación y diciendo al hacerlo:

—Qué contenta se va a poner Lai.

—¡Lai!... ¿Porqué?—preguntó Rag.

—¿Qué le importa eso a ella?—dijo Ilú.

—Porque me ayudaba a leer estas tonterías; y entre hacer un viajecito de recreo a Nifis, adonde me la llevo, o echarse a diario al cuerpo ochocientos o novecientos de esos estúpidos oficios...

—¿Cómo?... ¡La señora también!...

—Sí, ella me ayudaba en la faena.

—¡Pobrecita!... Pues sí que puede estar-te agradecida por la luna de miel con que la has obsequiado.

Al día siguiente de la anterior escena salían los personajes de ella para Ooz unos, para Nifis el otro.

XXVII

UNA CIUDAD DE TOPOS Y UNA DESPENSA INTERNACIONALMENTE INTERVENIDA

Doce ascensores, cuyas plataformas bajas quedan en la parte central de la dársena de Ooz, son los dedicados a subir a los viajeros desde ésta a la población, mientras a lo largo de los lados menores del rectángulo que limita la primera se hallan, no sé si cincuenta o sesenta enormes montacargas, destinados a elevar a los almacenes de la Compañía General de Alimentación los víveres que del lumihemisferio traen verdaderas flotas de grandísimos ictiokinos de carga, que en número de quince o veinte, cuando menos, llegan a diario a Ooz; pues no habiendo en estas ciudades del mundo de la sombra otras producciones naturales que las del reino mineral, carnes, legumbres, cereales y frutos han de ser en su totalidad traídos del mundo de la luz: sien-

do los pescados el único alimento que en parte se recoge en submarinas campañas pesqueras realizadas en los mares circundantes.

Además de los tubos, más bien pozos, perforados a través de los 120 metros de espesor de la capa de roca, que sirve de techumbre al puerto y de piso a la ciudad (los cuales proporcionan acceso a ésta a los viajeros o suben las provisiones a los almacenes), existen otros, en gran número, para bajar, desde ella a los barcos de transporte, el material de hierro y acero que, desde todo el mundo venusiano vienen los transoceánicos a buscar a estas inmensas ferrerías, únicas en el planeta.

El sistema de carga está tan admirablemente estudiado, que los pozos para veri-

ficarla abren sus bocas superiores a los almacenes mismos de los altos hornos o a los diversos talleres de manufacturas siderúrgicas, desde los cuales, sin necesidad de transportes a través de la población, cae la carga directamente a las bodegas de los buques. Unida esta supresión de tráfico rodado entre la ciudad y el puerto a la de portes en lanchones y gabarras y botes, innecesarios donde los barcos van a colocarse bajo las bocas de montacargas y ascensores, redundan en economía de altísima importancia de trabajo y tiempo, personal y dinero.

Ya se ha dicho que así como las ciudades del heliohemisferio no pueden pasarse sin el hierro y el acero, únicamente producidos en Ooz, tampoco puede pasarse Ooz sin los alimentos que de aquéllas recibe; y lo mismo que de la capital del mundo de la noche puede decirse de las demás ciudades de éste en cada una de las cuales se halla centralizada la extracción y primera manufactura de uno o varios de los productos minerales del suelo: que si no en absoluta totalidad, son en su mayoría extraídos y beneficiados en el umbrihemisferio; mientras el mundo-luz cultiva preferentemente la agricultura, las industrias derivadas de ésta y las de transformación de los minerales en objetos destinados a los usos de la vida, fabricación de paños, muebles, maquinaria, industrias eléctricas, químicas, etc. etc.

Esta es la explicación del porqué, y a despecho de la profunda antipatía existente entre lumi y umbrivenusianos, no se interrumpen las relaciones entre ambos hemisferios, y se toleran, aunque a regañadientes, los habitantes de uno y otro; y esta es la causa de por qué, no obstante ser los hombres negros físicamente más fuertes, y moralmente más desaprensivos y violentos, sean, en realidad, los hombres-luz los verdaderos dueños del planeta entero: sin posibilidad para los otros de sublevarse contra ellos ni de moverles guerra, de lo que con frecuencia tienen vivísimos deseos; pues si bien el hemisferio claro no puede pasarse sin los minerales del oscuro, ésta es necesidad que, sin peligro de la vida, admite demora en satisfacerla, no ya de semanas, sino de meses, y para algunos artículos de años; mientras los hombres negros se verían en trance de morir tan pronto como unos cuantos días seguidos cesaran de llegar a sus puertos ictióquinos cargados de nutritivos bastimentos.

De aquí que en cuanto surgen dificultades diplomáticas entre la Confederación-Luz y la Confederación-Sombra o empieza a ponerse agria la canalla noctovenusiana,

obligan los otros a entrar en razón a sus ásperos vecinos, poniéndolos muy suaves y muy mansos, con sólo retardar por unos días la salida de los puertos de lumihemisferio de los barcos cargados de vituallas; medida cuya inmediata consecuencia es acortamiento de ración a todos los moradores del mundo negro, a quienes sus estómagos hacen comprender, con argumentación irrefutable, que de ocurrírseles mantenerse en sus trece y acudir a las armas, como en la Tierra hacemos, empleándolas cual supremo argumento que da la razón siempre a quien tiene más fuerza, no podrían proseguir la guerra que movieran; pues apenas iniciada sobrevendría supresión ya absoluta y total del envío de víveres: bastando esto para que en pocos días los hombres negros no tuvieran bocado que llevarse a la boca.

Algunas veces habían éstos intentado hacer grandes y subrepticios acopios de pitanza, que los permitieran subsistir en sus ciudades durante los seis o siete meses que los ejércitos con que soñaban invirtieran en la conquista del mundo de la luz; aspiración perenne de todo poblador del noctohemisferio, aun cuando tan irrealizable y tan soñada como la del levantamiento de los ejércitos y escuadras que tal conquista requería. Pero en cuanto los otros se percataron de tales intenciones y preparativos, adoptaron la prudente determinación—base de toda la política internacional de los podestás y gobiernos de Lasga—de vigilar estrechamente las existencias alimenticias de las ciudades negras: cosa muy fácil, por no exigir sino llevar metódica y continua estadística de la cuantía de los cargamentos de provisiones de boca salidas de los puertos del heliohemisferio, y estar al tanto de los censos de población de dichas ciudades; pues con tales datos, escrupulosamente recogidos, y contrastados mediante quincenales visitas de inspección a los almacenes de alimentos de las poblaciones del noctohemisferio—visitas que constituyen principalísima función de los cónsules residentes en ellas—, tiene el Gobierno de Lasga eficaz medio de regular la salida de los barcos de aprovisionamiento de todos los puertos de la Confederación Heliovenusiana de modo que jamás cuenten sus malévolos vecinos del lado de la sombra con reservas alimenticias para más de doce o quince días.

Si en la Tierra existiera una nación que, sobre las demás, tuviera la ventaja de poder esgrimir esta poderosa arma de la dieta, sería muy de temer que al poco tiempo gimieran en oprobiosa esclavitud todos los pueblos por la Luna alumbrados. Si los hom-

bres negros tuvieran en sus manos la llave de todos los estómagos del planeta, también es indudable que la habrían convertido en ominoso e insoportable yugo que sometiera a cruel e indigna servidumbre a los luminisianos hasta dejarlos flacos, esqueléticos, con los pellejos de las vacías barrigas pegados a los espinazos, contrastando con sus lozanos y rollizos opresores.

Bien están, pues, las cosas como están en Venus; pues la bondad y moderación ingénita de los hombres de la luz, no da lugar a abusos, porque esas buenas gentes usan morigeradamente el poder formidable que en sus manos tiene no más el necesario para mantener a raya la mala voluntad de sus enemigos; quitándoles, sólo por poco tiempo, el plato de delante cuando quieren sacar los pies del propio plato o meter mano en el ajeno, sin importarles que mientras son buenos muchachos coman y engorden cuanto quieran.

* * *

Volviendo a Ooz, o, mejor dicho, entrando en tal ciudad, a cuyas puertas nos detuvo la necesidad de dar noticia de la curiosa peculiaridad de un pueblo cuyo régimen alimenticio se encuentra regulado por internacionales convenios, ya es hora que digamos algo de la estructura de tal urbe.

Del mismo modo que las columnas de su dársena resultan ser naturales monolitos de roca dejados sin vaciar al socavar el puerto, así arquitectos y albañiles no hacen en Ooz las casas levantando sus muros sobre los solares por ellas ocupados, ni fabrican sus muros apilando ladrillos sobre ladrillos, ni piedra sobre piedra, sino arrancando éstas una en pos de otra del sólido macizo de roca en cuyo interior han de excavar las habitaciones, dejando aquélla intacta en las paredes naturales que las cierran. No son, pues, realmente albañiles, sino mineros.

La apertura en la ciudad de una nueva calle constituye labor idéntica a la de un túnel. Terminado y urbanizado éste, se trazan en sus paredes rayas verticales para determinar, entre cada dos contiguas, la anchura de fachadas de las futuras casas. La construcción de una de éstas comienza perforando, en la pared del túnel, el boquete que ha de servirle de puerta, por donde se entra en galería de mina de longitud igual al espesor que haya de darse al muro de fachada, y una vez franqueada dicha anchura, se va picando en el fondo, en lo alto y en los costados, rascando y desgranando hasta dejar ahuecado el portal o zaguán. En las paredes de éste se abren diversas puertas de acceso

a habitaciones o pasillos, entrando en unas y otras también en galerías de mina, a cuyos extremos se hace el vaciado de los aposentos. Tal es el sistema que, proseguido hasta la terminación de la vivienda entera, se ha empleado y continúa empleándose para el perforado de las vías de la población y para socavar los edificios que a ellas abren sus puertas.

A causa de lo penoso de los trabajos de mina, las *calles-túneles* no tienen, claro es, la amplitud ni la altura de las hermosas avenidas de Lasga; mas, con todo, la más estrecha no baja de seis metros de pared a pared, llegando algunas a los quince: la altura de techo de estas calles oscila entre siete y diez; la de las plazas, cuadrangulares todas, alcanza hasta catorce: para ciudad, muy poco; para mina, muchísimo.

Los habitantes de Ooz presumen de que lo amplio (para ellos) de sus vías, y la clara luz disfrutada a todas horas en ellas, e irradiante de luminosos tubos sujetos en los techos, a lo largo de las calles, hace alegrísima la ciudad; pero esto es ilusión hija del hábito de vivir en ella y de comparación con otras poblaciones todavía más ahogadas; mas quien no quiera faltar a la verdad habrá de reconocer que la abrumante impresión de tristeza y de falta de ambiente por Sara recibida a su llegada, es perfectamente explicable: como lo es que la análoga sensación ya por ella experimentada en el puerto se le acentuara al entrar en la ciudad, privada de la amplitud de perspectivas de aquél, y de las que a la vista ofrecen otros lugares, no de la capital, sino de sus afueras, en donde se disfruta de mayores amplitudes en sentidos laterales y en altura que en lo interior de la urbe. Estos lugares son las ferrierías de los arrabales, en las zonas dedicadas a altos hornos, talleres de forja, laminado, torneado, etc., etc., que en su conjunto constituyen un vasto emporio siderúrgico, con grandeza para calificar la cual no cuadra sino el calificativo de plutónica.

Las chimeneas son colosales tubos horadados en la montaña, que, con longitudes variables entre 80 y 130 metros, salen a la superficie exterior de ella, produciendo, por efecto de sus dimensiones y del gran desequilibrio entre las temperaturas de los hornos y la de la helada atmósfera exterior, el potentísimo tiro necesario para fundir el hierro y fabricar el acero.

El aire que penetra por la parte inferior de los hornos, procede de los *aspianedinos*, semejantes en mecánico funcionamiento a los de las ciudades del otro hemisferio, mas con la diferencia de estar sus tubos per-

forados a través de la montaña misma, en vez de ser de fundición. Las bocas de éstos se abren en las laderas del lado de barlovento. Ellos, los *aspianedinos*, proporcionan la fuerza para las dinamos del alumbrado, engendran la corriente que enciende los arcos voltaicos de los hornos eléctricos, de tipo análogo a los de Keller, muy usados en la Tierra, con respecto a los cuales ofrecen ligeras variantes, y de ellos procede además la fuerza mecánica necesaria para los diversos servicios de la explotación minera y de las urbanas necesidades de la población.

¡Sorprendente paradoja, que aun pareciendo absurda, es positiva verdad: que del aire a muchos grados bajo cero, obtienen las herrerías calor suficiente para fundir el hierro de las minas por millares de toneladas!

Pero como toda la energía desarrollada por el viento en los *aspianedinos* se consume en las anteriores aplicaciones, y en las de luz y fuerza, y como el aire, ya sin ésta a la salida de aquéllos, entra en los hornos para oxigenar las combustiones con la actividad exigida por la fundición, no queda ninguno para la ventilación de la ciudad, que, por lo tanto, no se verifica como las del *lumiemisferio*, sino mediante un método químico de saneamiento siderúrgico de las poblaciones, del cual se obtiene la doble ventaja de substraer a la atmósfera viciada un elemento perjudicial al hombre y de utilizarlo en la fabricación de acero: genial solución dada por estos siderúrgicos al difícil problema de producir fundiciones y aceros sin carbón de donde tomar el carbono de unas y otros, el cual fué planteado por el hecho de hallarse a 15.000 kilómetros de Ooz las más cercanas minas carboníferas, con lo cual el transporte del *cock* a las fábricas habría recargado el costo de los productos de ellas en términos de darles precios verdaderamente prohibitivos.

En tal conflicto, idearon estas gentes que, los vegetales alimenticios traídos del otro hemisferio, fueran introducidos, antes de repartirlos para el consumo, en grandes cámaras, y en ellas, sometidos a un tratamiento, cuyo secreto guardan sigilosamente, por efecto del cual salen de ellas desprovistos de la *clorofila* contenida en las partes verdes de sus tallos y hojas.

De otra parte, todo el ácido carbónico exhalado en la respiración de los habitantes de la ciudad, se recoge cuidadosamente en canalillos enterrados, casi a flor del suelo, donde se deposita por sí solo en virtud de su mayor peso en relación con el del aire, entrando en dichos canales a través de rejillas del piso, que a horas dadas se cierran

mediante chapas corredizas situadas debajo de ellas. Todos estos canalillos afluyen a canales maestros subterráneos, o, con más propiedad, sub-subterráneos, desembocantes a su vez en las cámaras, donde después de sacados de ellas los vegetales quedó la *clorofila*, entre la cual es inyectado todo el ácido carbónico de las alcantarillas, mediante la impulsión de una violenta corriente de aire puro, que ante sí lo barre, quedando, al fin, ocupando el lugar de él en los canales.

Por último, después de cerradas las cámaras, se produce artificialmente en ellas fenómeno análogo al que en la naturaleza realizan los tallos y las hojas verdes de los vegetales al capturar, del ácido carbónico de la atmósfera, el carbono necesario para la vida de las plantas, en virtud de proceso en el cual la influencia de la luz sobre la *clorofila*, en presencia del citado ácido obra como agente determinante de tal transformación. El mismo resultado se logra artificialmente en Ooz haciendo que en las cámaras se enciendan y se apaguen dos veces por segundo, y durante diez horas, millares de bombillas eléctricas, cuyas luces son repetidamente reflejadas, y enviadas cien y cien veces sobre las plantas, por espejos de que interiormente están revestidas las paredes de las cámaras.

Así, entre la luz y la *clorofila* van descomponiendo el ácido carbónico cuyo oxígeno se desprende, por rendijas de lo alto, diluyéndose en el ambiente de la población y purificándolo, mientras el carbono se combina con aquel elemento vegetal, formando no sé si carbonatos o carburos riquísimos en carbones, que son los que en lugar de *cok* se usan en los hornos de fundición. Mas como la cantidad de carbono así obtenida no basta para subvenir a todas las necesidades de la industria en las épocas de gran demanda de productos, se incrementa añadiendo azúcar—que ya se sabe es un carbohidrato—obtenido por destilación de las aguas del mar: dulces en Venus, según ya tienen olvidado los lectores de esta historia; y cuando la demanda aprieta, se agregan algas, que, además de su carbono, ceden al metal en fusión el iodo que en los aceros de Ooz reemplaza al manganeso de los aceros terrestres (1).

El agua generalmente usada en Ooz para la bebida es la azucarada del mar, elevada

(1) El níquel, el cromo, el fósforo, el volfranio y el tungsteno de aceros especiales son, o traídos, unos, de otras explotaciones mineras, u obtenidos, otros, aquí mismo, por procedimientos que no podemos describir, so pena de convertir este libro en un tratado de química industrial o en un prontuario de siderurgia venusiana.

con bombas, y perfectamente potable; pero por estarles prohibida a los diabéticos, y por ser impropia para el aseo personal y los baños a causa de que su empleo en tales usos deja el cutis demasiado almibarado y *peguntoso*, no se la utiliza en tales menesteres, empleándose, en vez de ella, *agua sosa*—como los venusianos dicen—, obtenida por fusión de la nieve que cubre la montaña, a expensas del calor desprendido de las chimeneas de los hornos, en torno de las cua-

les queda en hueco una cámara cilíndrica, por la cual sube el caliginoso vaho desprendido de las paredes de dichas chimeneas, y simultáneamente baja el agua procedente de la licuefacción del hielo de allá arriba a grandes tanques excavados en la roca, como todas las obras de esta ciudad.

Utilidad adicional de este sistema es la refrigeración constante de las chimeneas, lo cual activa ventajosamente el tiro de ellas.

XXVIII

EN LA BOCA DEL LOBO

Al salir Aol y Sara del ascensor, recibieron la grata sorpresa de encontrarse con su amigo Rag, y en seguida experimentaron el asombro de ver que, sin dejarles tiempo de expresarle su extrañeza y su alegría, los apremiara, casi desconsideradamente, para que, sin pararse a mirar nada, ni siquiera a cruzar dos palabras con él, salieran en seguida del *Hall de los Ascensores*, empujándolos hacia una puerta de él, diciéndoles: "ya hablaremos, ya hablaremos, vamos en seguida al hotel", y resistiéndose a dar explicaciones de tan desaforada prisa.

Al mismo tiempo, un hombre del pueblo se acercaba a Rag, le indicaba la puerta frente a la cual aguardaba un gran automóvil cerrado, se apoderaba del neceser de viaje de Sara, y diciendo "por aquí, por aquí; vengan, vengan de prisa los señores", echó a andar hacia el auto, donde entre él y Rag metieron a Aol poco menos que a puñados, en tanto Ko, obedeciendo a Rag, hacia lo propio con Sara.

Cuando el auto partió, dijo Aol amoscado:

—¿Qué significan estas prisas?

—Ni que fuera esto un rapto—agregó Sara.

—Casi, casi... Pero ya os lo explicaré en el hotel; porque no supondréis que me he vuelto loco.

—Cuando tú lo haces... Pero es extraordinario.

—Sara, ¿no has conocido al hombre que te ha cogido el maletín?

—¿Cómo he de conocerlo?

—Porque es Ilú.

—¿Cómo? El camarero de Nifis. El también aquí. ¿Y entonces Len?

—Ese está en Nifis. Pero los asesinos que os persiguen están aquí. Por eso hemos ve-

nido Ilú y yo... Ya llegamos: arriba os lo contaré todo, y luego vendrá Ilú, que es quien mientras en Ooz estemos manda en mí, en ti y en todos.

* * *

Los decretos de proscripción, inmediatamente ejecutados, de los hombres negros, eran asunto de sobrado y general interés nacional para que no preocuparan y hasta apasionaran la opinión en la capital del mundo noctovenusiano, para el cual constituían, aun en concepto de las personas a quienes no afectaban personalmente, verdadera e intolerable bofetada internacional que ya había dado lugar a reclamación diplomática sumamente enérgica: todo lo enérgico posible de formular cuando el gobierno, obligado a presentarla, estaba convencido de que echarlas de valiente con los heliovenusianos sería el más seguro medio de que éstos plantearan la discusión, adoptando como preliminar resolución para entablarla, la de acortamiento de la pitanza de los hombres negros, para llegar después, si éstos seguían valientes, a imposición de rigurosa dieta; que si no se quería condujera a inanición de todo un pueblo obligaría a éste a someterse a cuanto, en Lasga, dispusieran las confederadas ciudades de la luz.

Mas no teniendo los habitantes de Ooz porqué guardar en sus particulares conversaciones los miramientos que el Gobierno, se desquitaban de la moderación de las notas diplomáticas usando y abusando, en cafés, ateneos y casinos, en bares y tabernas, de las mayores violencias de lenguaje, atizadas por la llegada a la ciudad de dos millares de hombres negros, quienes, privados por las expulsiones de Lota y Nifis de sus

habituales medios de subsistir, y no teniendo ocupación más productiva en que emplearse a su llegada, se pasaban los días excitando a sus paisanos a rechazar la iniquidad, a tomar represalias contra los hijos de la luz residentes en el umbrimundo, y hasta venganza de la afrenta patria.

Abundando los gobernantes en iguales sentimientos, querían, sin embargo, rehuir violencias, para evitar a sus súbditos el consabido tratamiento; y, conscientes de su responsabilidad, se veían negros para evitar se produjeran nuevas violencias de la plebe irreflexiva que, ansiosa de satisfacer rencores, ya había insultado colectivamente a forasteros del opuesto hemisferio, y hasta intentado arrastrar a varios: librándose éstos de ello sólo porque los guardias de seguridad tenían consigna de evitar a todo trance atropellos capaces de repercutir en los vientres de los atropelladores; y porque la policía negra tiene poca paciencia y la mano muy dura con los agitadores.

Cuando Aol y Sara llegaron, llevaban ya nueve días en Ooz Jum y Zon, quienes apenas desembarcados, comenzaron a propalar entre el populacho las mismas insidias que contra aquéllos habían soliviantado en Roni a los parroquianos de la taberna de Orgo; mas con la diferencia de caer la semilla, no entre los bebedores de una, sino de muchas tabernas; no sobre los trescientos atemorizados residentes desparramados en una gran ciudad, como Roni, sino en toda la canalla de Ooz, perfectamente preparada para que en ella fructificara la simiente; aun sin el riego y el abono ampliamente proporcionado por las declamaciones de dos mil inmigrantes, convertidos en otros tantos energúmenos.

Así, cuando cuatro días antes que Aol y Sara llegaron Rag e Ilú a la ciudad, hallaron las calles llenas de letreros, pintados con tiza o almazarrón, donde se leía: "Muera Lota, muera Nifs, muera Aol"; y por doquier oían insultos, y cada día leían diatribas contra aquél en la prensa, y a cada paso se encontraban envueltos en algaradas y en manifestaciones, donde los manifestantes pedían al Gobierno que comunicara oficialmente a Lasga que para el mundo noctovenusiano constituiría *casus belli*, o cuando menos *casus* de interrupción de relaciones con el heliohemisferio, el hecho de que en las ya cercanas elecciones fuera encumbrado a la dignidad de Podestá el artero verdugo de los expulsados hombres negros.

El estado de irreflexiva efervescencia de aquel pueblo queda medido con la insensata solicitud relativa a la interrupción de relaciones. ¡Desdichados!

¿Y porqué todo? Todo lo relativo al odio contra Aol, se entiende... Por causa de Jum: no por creer que aquella cruzada pudiera hacer más fáciles los asesinatos de Sara y de Aol, pues ni remotamente sospechaba que hubieran de ir a Ooz, ni tampoco en obediencia, cual Rag e Ilú creían, al Gobierno de Lasga, con la finalidad de restar a aquél sufragios en la elección de Podestá, asustando a los electores partidarios suyos, sino por una vil cuestión de ochavos; pues pensó Jum que estando sus paisanos enfurecidos contra Aol, acaso encontraría algunos, o alguno, a quien el patriotismo hiciera alistarse gratis en la gavilla de asesinos que él iba a reclutar, o cuando menos que trabajara en ella más barato también por patriotismo, permitiéndole a él embolsarse la diferencia entre la paga que les diera y lo sacado a Nul.

Tal era la situación al entrar en la inhospitalaria capital Aol, Sara y Ko. Y gracias que llegaban con supuestos nombres.

Pero entre los dos mil repatriados había varios centenares que conocían personalmente a Aol.

* * *

Llegados los viajeros al Hotel de los Siglos, donde Aol se inscribió con el nombre del amigo que por aquellos días se desquitaba de tal usurpación usando en Misme el de aquél, los informó Rag, sin pérdida de tiempo, de todo lo hecho y averiguado por Ilú en Roni; del susto que entró a éste cuando en Lasga supo no ser lo de Misme sino una farsa, y una contrafigura el Aol que hacía allá iba; del espanto del relatante y de Len al oír que, por ignorar Ilú el plan convenido en Kanka, se las había arreglado para enviar a los asesinos a Ooz, casi en los antípodas de la población donde creía a su amo y a su ama.

Sumariamente referido lo anterior, describió el ingeniero, con vivo colorido, el estado de exaltación y de rabioso encono contra Aol, en que al llegar a la ciudad Ilú y él habían encontrado a la plebe, diciendo al comentarlo que, si gracias a la ignorancia general de que aquél hubiera de venir a ella, no constituía aquella odiosidad inminente peligro del momento, era, sin duda alguna, gravísima amenaza, si cualquier circunstancia llegara a revelar su presencia a la canalla que, de cierto, se amotinaría contra él: cosa peligrosísima, pues en Ooz son los motines mucho más terribles que en Lasga, porque de la plebe bonachona de las ciudades de la luz, asustadiza de la sangre vertida, a la ralea del umbrihemisferio, ca-

paz de todo exceso, hay enorme diferencia.

Desde que, tres días antes, había él, Rag, desembarcado, sólo dos veces había visto a Ilú, o mejor dicho a Kuno, pues por tal pasaba en Ooz: una, el día de la llegada, en una escapada de cinco minutos que el mozo había hecho para venir al hotel a informarse de si sus amos estaban ya en Ooz, y a decirle (sigue hablando Rag) que inmediatamente iba a buscar a Jum y a Zon, para saber cómo andaban las cosas; la otra cuando al salir Sara y Aol, un rato antes, del ascensor del puerto, lo había visto junto a ellos. Pero la víspera había tenido carta de él, manifestando su imposibilidad de zafarse de sus compinches, la de ir a verlo ostensiblemente, y diciendo que, aun cuando él procuraría rondar el puerto para ver cuando Sara y Aol llegaran, era preciso, por si acaso, que en cuanto esto ocurriese, enviara Rag un telefonema a LA FLOR DE LOS BUENOS BEBEDORES, calle 73, para entregar a Kuno, diciendo: "Arrastrao, hace tres días que no se te ve el pelo. Te aguardo a las (tres horas después de la de poner el telefonema) donde sabes. Y si no vienes no te vuelves a mirar esa cara de sinvergüenza.—Tansa."

Decía además la carta que en cuanto desembarcaran los señores no se perdiera tiempo en llevarlos recatadamente al hotel, para que no los viera sino el menor número posible de personas.

—Por último—dijo el viejo ingeniero al terminar su narración—, cuando allá lo vi hace un rato, y me ayudó a empaquetaros en el auto, me ha reiterado el encargo de que por nada os mováis del hotel hasta que él venga. Y no hay sino dejarse guiar por él, que caza más largo que todos nosotros juntos, vale más oro que pesa, y conoce a esta genticilla: siendo quien únicamente

sabe lo que aquí puede y debe hacerse. Ya, ya puedes decir, Sara, que al tomarlo a tu servicio has tenido buen ojo y buena mano.

Cuando Rag acabó de hablar, se hizo conversación sobre cuanto había contado, y en especial sobre el alarmante estado de los ánimos en la población, reputando Aol de un tanto exagerados los temores de sus amigos respecto a su persona, pues mucha casualidad había de ser tropezarse, en una población extranjera, con persona que lo hubiera conocido en el otro hemisferio; y que aunque en realidad no fueran gente recomendable los hombres negros, pareciale que todavía los pintaba Rag más fieros de lo que eran.

En cuanto a la encerrona, y en tanto llegara Ilú, se sometía a ella, siempre que no se prolongara al punto de llegar a ridículamente vergonzosa; pues, aun agradeciendo mucho los servicios de aquél, le parecía demasiado fuerte tomar en absoluto por mentor a su criado.

Valiente por naturaleza, o más bien temeraria, Sara habría compartido la opinión de Aol, a no pensar sino en sí misma; y hasta se le escapó en los comienzos de la conversación alguna frase parecida a las de su prometido; pero conforme Ko, los amigos que Rag había traído de Lasga, y sobre todo el mismo Rag, recargaban los colores del cuadro ofrecido por el odio del pueblo de Ooz, modificábase su instintivo criterio del primer momento, por ir pesando con mayor fuerza cada vez en su ánimo el miedo a los peligros que amenazaban a su amado.

Así, se quedó solo contra todos Aol en esta discusión, que todavía duraba cuando en la puerta del salón, donde con impaciencia era aguardado Ilú, se presentó éste; por supuesto, en la forma de Kuno.

XXIX

DONDE ILÚ SUBE A GENERAL EN JEFE

—Señores—dijo Ilú, tan pronto, entrado en el salón, se vió acosado a preguntas por todos—: cuanto queráis saber lo sabréis en seguida, si me dejáis hablar; pero a mí sólo, y sin interrumpirme. Importantísimas urgencias no me permiten disponer sino de media hora, y de ir contestando a lo que cada uno quiera preguntarme, nos exponemos a que llegue la hora y tenga que

irme sin deciros lo más interesante. Perdónenme, por tanto, los señores que les suplique me oigan sin interrumpirme; y si al final nos sobra tiempo, y quieren saber más, pueden entonces preguntarlo.

Previo asentimiento de Aol y Sara, a quienes iba dirigido el anterior párrafo, comenzó Ilú:

—El mismo día de mi llegada encontré a

esos granujas en "Los Buenos Bebedores", cuyas señas me había dado Jum en Roni. Todavía más que allí, he llegado aquí a ser su hombre de confianza. Por esas calles he vociferado "Muera Aol", con todos mis pulmones. No se escandalicen. Aun cuando yo no hubiera gritado, no por eso habría sido menos atronador el coro, y gritando me captaba, más cada vez, la confianza de este hato de bribones. Así, mezclándome a la canalla, he adquirido el convencimiento de la verdadera importancia del peligro, y puedo ahora aseguráros, sin miedo a equivocarme, que como alguien la diga: "ese es Aol, o ahí está Aol", llegará a todas las violencias.

Advirtió Ilú perfectamente la impresión que causaban sus palabras; y queriendo reforzarla, para que sus oyentes se dieran cabal cuenta de lo gravísimo del riesgo en que se hallaba Aol, se encaró con éste y dijo con firmeza:

—Para que en su verdadero alcance aprecies los peligros que te amenazan, y decidas después con conocimiento sobre el plan que tengo, debo decirte, leal y claramente, que si te conocen en la calle, o saben que estás aquí, no hay quien te libre del furor de las turbas: que en la calle, o aquí, o en cualquier parte donde puedas refugiarte, te arrastran, o te ahorcan, o te cosen a puñaladas.

La profunda convicción vibrante en las anteriores palabras sacudió con escalofríos de terror a todos los oyentes, sin exceptuar al valiente Aol, aun cuando fuera él quien, reponiéndose antes que los demás, contestara el primero:

—No sería de balde. No soy hombre que se deje...

—Y yo te juro que la vida de Aol les costaría cara a quienes quisieran arrancársela—dijo Sara.

—Sí, sí—dijeron los demás.

—Todo lo cara que queráis; pero la tomarían. ¿Qué habíais de poder contra una multitud ansiosa de sangre?

—Pero aquí hay un Gobierno, autoridades... Puedo acudir a ellas.

—El Gobierno condenaría el crimen, castigaría a tus asesinos... pero después de haberlos dejado asesinar; y hasta alegrándose del asesinato. Pero dejadme continuar: es demasiado importante lo que tengo que hacer, fuera de aquí, en cuanto acabe lo que aún me queda por deciros, para gastar el tiempo en discusiones.

Felizmente, ni Jum ni Zon, que son quienes más interés tienen en tu muerte, estarán ya dentro de poco en Ooz, porque de aquí a dos horas nos embarcamos para ir a Misme a asesinaros a ti y a la señora.

—¿A Misme al fin?—dijo Sara.

—Naturalmente: ellos os creen allí, y como yo no había de decirles que aguardándolos aquí os encontrarían antes...

—Pero tú, ¿porqué te vas tú?

—Primero, porque después de lo convenido con ellos, quedarme sería despertar su desconfianza; luego, para saber siempre por dónde andan, para que si nuestros enemigos de Lasga tienen soplo de por dónde andáis vosotros, y se lo avisan a mis amigos Jum, Zon y compañía, antes de que lleguen a Misme, o si después de ver que allí no estáis siguen éstos la caza, poder saberlo yo con tiempo suficiente, pues estaré con ellos, de avisaros para que nunca puedan encontraros en ninguna parte.

—Tienes razón: gracias, gracias, Ilú—dijo muy efusivamente Sara.

—Pero, ¿es que vamos a pasarnos la vida huyendo de esos forajidos? Eso es intolerable y bochornoso.

—Tienes razón, Aol; y ese es el principal motivo que tengo para irme con ellos: acabar de una vez con la persecución y los perseguidores.

—¿Cómo?

—Muy sencillo: hemos convenido Jum y yo, pues me ha hecho el honor de nombrarme su segundo, y no da un paso sin contar conmigo, que para enterarnos por la prensa de si seguís en Misme, e irnos allá a buscaros, nos conviene hacer escala en Tati, por ser el primer puerto del heliohemisferio que en el camino encontraremos. Si las noticias, al llegar a Tati, son que el Pl Aol de Misme saldrá de allá para tal o cual parte antes de que yo y mis compinches tengamos tiempo de llegar, Jum variará de plan para ir a dar el golpe en donde digan los periódicos que vais a trasladaros... Los periódicos o noticias, y esas son las que más temo, que Jum pueda recibir en Tati de vuestros enemigos de Lasga, quienes acaso sepan, cuando menos lo pensemos, que no eres tú el de Misme y dónde sea posible encontrar al verdadero Aol.

Yo no tengo tiempo ahora, pero Rag os explicará las gestiones que por encargo mío, y con los datos que yo dejé a Len debe haber hecho éste, a quien acabo de poner un telegrama, diciéndole que hoy salen para Tati Jum, Kuno y compañía en un ictiokiño pequeño de la matrícula de Ooz que se llama "El Audaz", y que en cuanto éste ancle en aquel puerto es preciso que la primera visita que reciba sea la de la policía para llevarnos bien amarraditos a todos a la cárcel.

—Pero ¿cómo? ¿A ti también? No puede ser—dijo Aol.

—*Tiene que ser:* como yo no esté allí para ratificarme sin pérdida de tiempo en mis declaraciones de Nifis y para decirle al juez de Tati que es preciso llamar al dueño del Hotel de la Marina y al camarero que allí mudó de cuarto a Jum y a Zon, a quienes reconocerán cuando los vean; como yo no esté allí para apuntarles que traigan a Orgo, asustándolo bien para que cante, como cantará seguramente si le hacen creer que si no canta le cierran su figón-garito y lo echarán de Roni; si yo no estoy allí para decirle al oído al juez cómo se llaman de verdad todos mis compañeros de cuadrilla, que en el "Audaz" embarcaran con nombres falsos, y que al verse descubiertos se atormentarán y confesarán de plano para qué los hemos contratado Jum y yo; si yo no estoy allí para hacer todo esto, es muy probable que entre la candidez de nuestros policías, la inocencia de nuestros jueces y la disimulada protección que de Lasga recibirán esos bandidos, hagan que se nos escapen de las manos.

—¿Qué os había dicho yo del mozo éste?... Creo que no exageraba—dijo Rag entusiasmado—: pregunta que sus amigos contestaron con un coro de alabanzas, efusivas gracias y apretones de manos al aludido, que con su venda y el pelo al rape, para substituir a los encrespados tufos que usaba cuando era camarero en el Hotel de la Marina, no parecía el buen Ilú, sino el tunante Kuno: a punto ya de dejar de ser Kuno para embarcar en el "Audaz" con otro nombre, como todos sus cómplices. Por cierto que el sacrificio de los tufos lo hizo cuando al trasladarse a Ooz tuvo que quitarse las antiparras, que en el mundo negro no tenían ya justificación, y que de conservarlas habrían podido despertar las sospechas de Jum.

—Basta, basta; acabemos, señores: ya me daréis las gracias cuando todo esto esté acabado; pues ahora no podemos perder ni un minuto de los cinco que tengo antes de irme a la cita de "Los Buenos Bebedores", y desde allí a embarcarme; y me queda por deciros lo más interesante.

—¿Más todavía?

—Sí, Rag, más; pero, por Dios, no me interrumpas—contestó impaciente Ilú; y volviéndose hacia Sara continuó—: Con la partida de Jum y Zon se habrá alejado dentro de dos horas la amenaza más temible; pero entre los dos mil inmigrantes retornados del mundo-luz hay hoy en Ooz varios centenares a quienes vosotros no conocéis, pues son unos pelagatos; pero Pi Aol es demasiado personaje para no ser perfectamente conocido de quienes lo hayan

visto en Nifis, Lota o Lasga. Y si lo ven, ya he dicho antes qué pasará. Lo único, por lo tanto, que en vuestro caso cabe hacer es que Rag salga de aquí media hora después de haberme yo ido; que baje al puerto a ponerse a la mira del "Audaz", que está amarrado a la columna 379 de la dársena: que aguarde allí a vernos embarcar, sumergirnos y a que el semáforo, con la señal de "túnel libre", avise que el "Audaz" ha salido a alta mar; que cuando vea esto os telefóneé desde allá diciéndolo "listos", y que tan pronto recibáis este aviso toméis el auto, y con cuidado de que desde aquí al puerto no pueda nadie verle a Aol la cara, os vayáis al sumergible y zarpéis para nuestro país sin perder tiempo. Cuando allá hayáis llegado no descuidaros en telegrafiar al juez de Tati para que me diga dónde estais y poder yo daros noticias mías y de esos bandidos.

—Pero es ignominioso que un hombre como yo huya de ese modo solamente por el riesgo de encontrar a unos cuantos que puedan conocerme, peligro muy remoto en una población de más de medio millón de habitantes y de la gran extensión de Ooz.

—La razón la tendremos tú o yo, según quiera la casualidad: puedes muy bien pasar dos meses sin tropezarte con ninguno de los que al verte puedan decir ahí está Aol; pero también puedes encontrártelo la primera vez que salgas a la calle.

—Mucha desgracia sería.

—Mucha sería, tienes razón; pero si te lo encuentras, mucha será. Yo sólo digo que si tú mandas en la casualidad, tienes razón; pero si no, hay que dármela a mí.

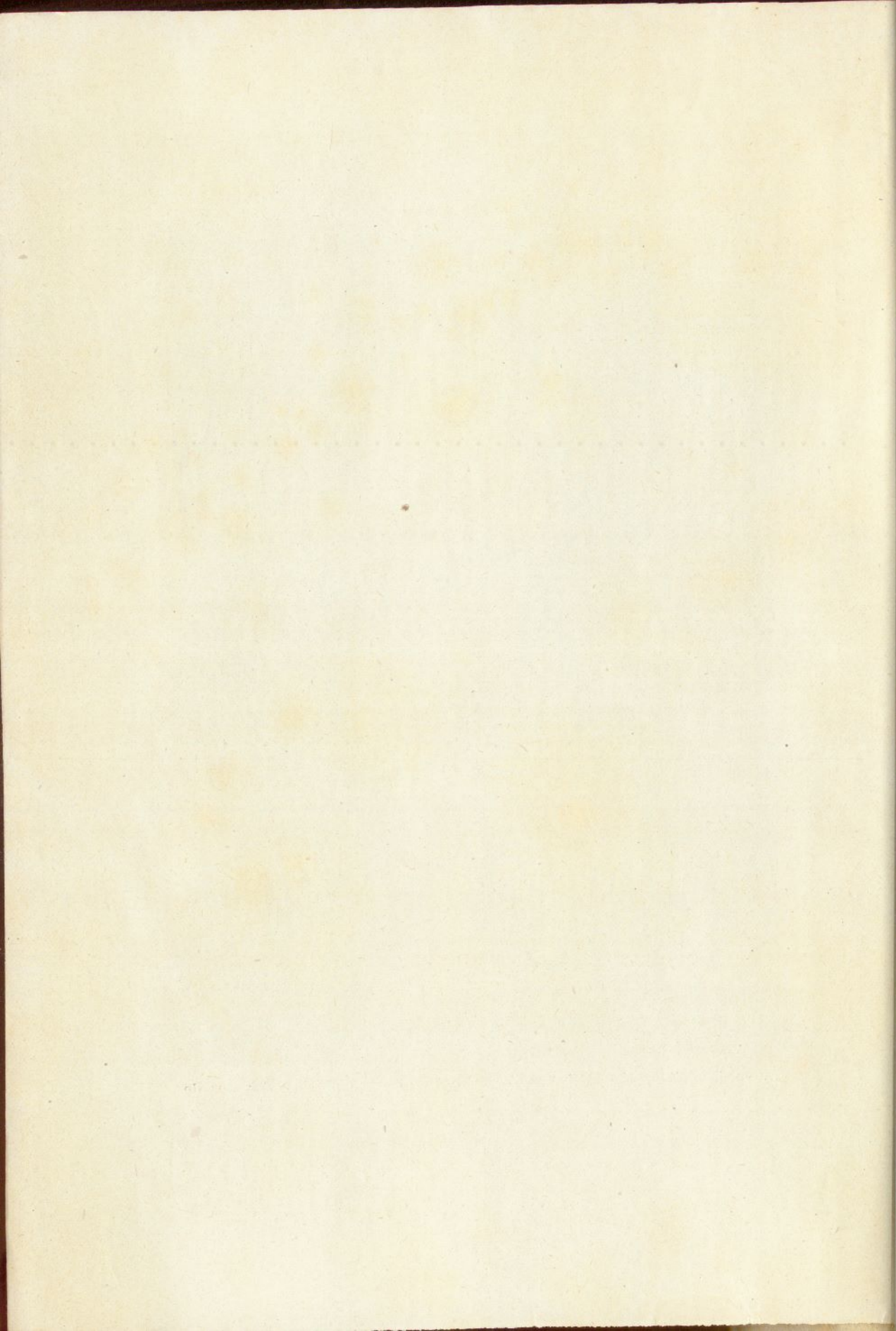
—Es indudable, Aol; el argumento de Ilú no tiene réplica—dijo Sara—. Sabiendo que no peco de cobarde, debes conceder algún peso a mi criterio de que no es valor, sino insensatez, el afrontar la ferocidad de toda la canalla de una población como Ooz; y menos cuando no tiene objeto el sacrificio. Hemos venido sin más finalidad que la de un viaje de recreo, emprendido en mi obsequio, y la cuestión es clara: no encuentro tal recreo; no me divierto; pues nos vamos...

—Me humilla, me subleva ceder a imposiciones de la fuerza bruta; me repugna avenirme a tomar el miedo por consejero de mis resoluciones.

—Es que esta vez no será el miedo, sino móvil más alto el que te obligue a seguir el consejo de Ilú... Si mi tranquilidad y mi amor valen para ti algo, espero no me niegues lo primero que mi amor te pide... Y si esto no bastara, piensa que no arriesgas solamente tu vida, sino la mía y la de estos



... un decrepito y esquelético viejo, en cuyos ojos relumbraban fulgores de demencia.



leales amigos, en cuyos rostros leo la decisión de morir a tu lado.

—Naturalmente.

—Sí sí.

—Todos, todos.

—Piensa si es obrar cuerdamente sacrificar sus vidas a vanidad o capricho.

—Basta, Sara: tienes razón, nos vamos.

—Pues señores, que nos ayude Dios a todos, y hasta que quiera Dios que nos veamos. Ya es hi hora—dijo Ilú dirigiéndose a la puerta—, y no puedo detenerme.

—¿Ni siquiera para darme un abrazo?—pregintó Aol.

—Para eso sí.

—Pues tómallo, que bien te lo has ganado.

De los brazos de Aol fué Ilú pasando a

los de todos los presentes, siendo los de Sara los últimos que lo estrecharon, mientras llorando de agradecimiento le decía:

—Yo también, Ilú, yo también: y que Dios te lo pague; pues por mucho que yo haga nunca podré pagártelo.

—¿Es que queréis hacerme llorar?... Pues ea, no lloro. Si Ilú estuviera allá tal vez llorara; pero lo que es aquí no llora Kuno.

Marchóse a toda prisa Ilú, y pasados los primeros momentos de emoción intensísima de que todos estaban poseídos, dijo Rag:

—¿Veis si tenía yo razón cuando decía que aquí no podía mandar nadie sino él?

—Y lo sabe hacer bien—contestó Ko—: este camarero había nacido para general en jefe.

XXX

LA FUGA

A la hora convenida, siguiendo puntualmente el programa de Ilú, bajó Rag a la dársena, instalándose en la plataforma inferior del ascensor más próximo a la columna número 379, a la cual vió amarrado, como aquél le había dicho, un icliókino pequeño, en cuya popa se leía: "El Audaz".

Reclinado en la barandilla de la plataforma, como quien pasa el rato entreteniéndose con el ir y venir de pasajeros que llegan o se van, vió Rag bajar, como veinte minutos después de estar allí, un grupo de ocho hombres de muy mala catadura, entre los cuales venía Ilú, es decir, Kuno. Los vió después dirigirse a la pasarela tendida entre la plataforma y el "Audaz", transponerla y desaparecer por el portalón del buque, que, cual si no esperara sino esto, recogió la pasarela, cerró el portalón y se sumergió en las claras y luminosas aguas, a través de las cuales se le divisó en seguida avanzar en dirección a la entrada del túnel por donde había de salir a alta mar.

Rag lo siguió con los ojos hasta perderlo de vista entre el submarino bosque formado por los robustos troncos de aquellos que parecían colosales árboles de inmensa selva petrificada en diversos periodos geológicos, y eran las partes bajas y sumergidas de los fustes de las columnas de roca viva de donde arrancan las bóvedas del techo del puerto.

A poco oyó el clamor de una bocina que

gritaba "túnel ocupado", y unos fanales rojos montados en todas las columnas cambiaron en verde el color rojo de la luz con que brillaban. Aquello era la señal de que un barco, el "Audaz", entraba en el túnel y de que en tanto no saliera no podría darse en él acceso a otro.

A los diez minutos, nuevo pregón diciéndolo "túnel libre", y nuevo cambio, pero de verde a rojo, en el color de la luz de los faroles, le indicó haber llegado ya la prevista ocasión de enviar a Ko el convenido aviso telefónico: lo cual hizo desde una de las estaciones instaladas en el Hall Bajo de los ascensores. Seguidamente, y en cumplimiento de encargo hecho por Sara, se trasladó al submarino de Aol, donde ésta y sus amigos habían de volver al hermoso mundo de la luz y la verdad para prevenir al mecánico Nes y a sus compañeros que lo pusieran en franquía de zarpar en cuanto a él llegaran los fugitivos de Ooz.

* * *

Cuando Ko fué llamado al teléfono, cuantos esperaban el aviso estaban asomados a las ventanas del salón en donde habían recibido a Ilú, a las cuales los había atraído un gran vocerío: es decir, todos no estaban asomados, pues Sara no consintió que Aol se mostrase en las ventanas, por temor de

que desde la plaza pudiera ser reconocido por alguien.

El estrépito procedía de una de tantas manifestaciones como en aquella temporada se sucedían en Ooz con el más leve pretexto; y lo producía una muchedumbre donde abundaban gentes desarrapadas berreando a grito herido "¡Muera Nifis!, ¡muera Lotai!, ¡muera Aol!".

Al oír estos mueras se miraron muy significativamente quienes los escuchaban con inquietud que subió de punto cuando, en vez de seguir la manifestación su marcha, se detuvo frente al hotel: es decir, así creyeron ellos; pero, en realidad, para hacer demostraciones hostiles ante el palacio de la Embajada del Heliohemisferio, que ocupa un edificio adyacente al Hotel de los Siglos.

Cuando Ko dió la noticia de que el esperado aviso llegaba, siendo esto prueba de que los bandidos habían marchado ya, según anunció Ilú, sintieron todos perplejidad, a causa de que los mueras arreciaban en la plaza con violencia imponente: perplejidad que hizo cesar Aol diciendo:

—¿A qué esperamos?... Si hemos de irnos, no creo que deban detenernos los gritos de esas turbas.

—Tienes razón—contestó Sara—. Y que además nada revela en su actitud conocimiento de nuestra presencia; pues en diez minutos que llevan ahí vociferando no han hecho intención de entrar.

—Como no sea el no moverse de delante del hotel.

—Pues si lo saben o si siquiera lo sospechan, mayor razón para marcharnos cuanto antes, para que si al cabo se deciden a asaltar el hotel no estemos ya nosotros dentro.

—Tienes razón, Sara; vamos.

—Sí, Aol; pero es preciso tener en cuenta que habremos de pasar por delante y por en medio de esa ralea.

—¿Y qué le hemos de hacer, Ko: pasaremos, pues no hay otro camino; lo peor es quedarse—repuso Sara, pálida como una muerta, al pensar en el peligro de Aol—; hazme el favor de ir a cerciorarte de si el auto está a la puerta. Y tú, Aol, ponte en la cara este pañuelo como si tuvieras dolor de muelas.. Déjate de remilgos: no es ésta hora de heroicidades, sobre inoportunas, tontas... Así está bien: apenas se te ve la cara sino de este lado, que puedes llevar vuelto hacia el rincón del auto.

En esto volvió Ko diciendo que el coche aguardaba a la puerta, pero que la plaza estaba imponente.

—Pues andando—dijo la valiente mu-

jer—; pero como todo hay que preverlo, revisad todos vuestras pistolas para ver si tenéis llenos los cargadores metidos en ellas. Somos seis: a ocho tiros, tenemos, pues, antes de volver a cargar, cuarenta y ocho disparos disponibles para un momento apurado.

Y al ver que las armas tenían, cual deseaban, completas las cargas, agregó:

—Pues ahora, andando: la pistola en el bolsillo derecho; la mano en la pistola y un cargador dispuesto para recargar, en el bolsillo izquierdo... ¡Ah! ¿Hay entre vosotros alguno que conozca el camino desde aquí al puerto?

—Yo—contestó uno de los venidos con Rag de Lasga.

—¿Sabes guiar un auto?

—Sí.

—Pues entonces, tú delante con el mecánico, sin quitarle la vista de encima, y si ves que cerdea le das un tiro en la cabeza y coges el volante.

—Y en cuanto subamos—dijo Ko—encárgale que salga a la carrera.

—De ningún modo: hay que disimular la prisa; al contrario, encárguele, al echar a andar, que, como hay mucha gente en la calle, vaya con tiento para no atropellar a nadie ni llamar la atención... Y, sobre todo, tú y él gritad ¡muera Aol! hasta desgañítaros. Es preciso hacerse simpáticos a esa canalla.

—¿Y no decimos en el hotel que nos...?

—Qué hemos de decir: ni palabra, desdichado... Vamos de paseo.

—Pero irse sin pagar...

—¿El qué? No hemos dormido aquí; no hemos hecho comida ninguna; todo lo que debemos son cuatro horas escasas de estancia en el salón... No se arruinará el amo... Y, sobre todo, si aun tienes escrúpulos, en llegando a nuestra tierra le giras lo que quieras.

—Aol: Sara tiene, como siempre, razón.

—Ea, acabemos.

Ni las pistolas salieron de los bolsillos de los fugitivos, pues felizmente nadie conoció a Aol, ni la fuga tropezó con obstáculo alguno hasta llegar a la dársena, ni entorpecimiento para embarcar en el sumergible, ni éste lo halló para salir del puerto hora y media escasa después que el "Audaz".

Otras dos horas habrían transcurrido desde la salida al mar libre, si libre cabe llamar al que encima tiene una infranqueable corteza de hielo, cuando por la gran porta acristalada de proa del submarino fué vista una tenue lucecilla lejana que Sara tomó

por el primero de los faros sumergidos a lo largo de la derrota que habría de seguirse; pero en seguida la sacó Aol de su error diciendo que no divisarían ninguno antes de otras dos horas, siendo indudablemente aquél el fanal de un barco que navegara en el mismo rumbo que ellos; pues de venir en el opuesto crecería el tamaño de la luz mucho más de prisa de como lo veían aumentar.

—Fuerza la marcha para alcanzarlo—dijo Sara—; tengo curiosidad de ver si es...

—¿El "Audaz"?... Casi lo tengo por seguro: salió muy poco antes que nosotros, y como probablemente tendrá mucho peor máquina que nuestro submarino...

—Pero yo creía—dijo Ko—que para ir a Nifis o a otro de los puertos cercanos a Kanka debíamos tomar, al salir del túnel, rumbo opuesto al que esa gentuza ha de llevar para ir a Tati.

—Es que también nosotros vamos a Tati; yo no dejo allí abandonado al hombre que me ha salvado la vida poniendo la suya en

riesgo: que cuando ya ha pasado para mí durará para él en tanto esté metido entre siete malvados.

—Ya lo sabía, Aol. Nada me has dicho, nada hemos hablado; desconocía el rumbo que para ir a Tati debíamos tomar; y sin embargo, como tu Sara conoce bien tu corazón, antes de oírte adónde vamos estaba cierta de que a Tati íbamos. Haces bien, haces bien.

—Mirad, mirad; ya les damos alcance—gritó Rag—. Ya se ve el letrero de la popa, mas no puede leerse todavía.

—"El Audaz". Ellos son... Si no fuera ahí Ilú, qué ocasión tan preciosa de librar al mundo de ese atajo de facinerosos, echándolos a pique con el cañón rompehielos del submarino. A tan corta distancia como estamos sería tiro seguro.

—Es una verdadera lástima; mas ¡qué le hemos de hacer!

XXXI

UN PROCESO SENSACIONAL, Y UN INCIDENTE TRISTE EN TATI

A los siete días de zarpar de Ooz entraba el submarino en los claros mares del lumihemisferio; dos después desembarcaban Aol y sus amigos en Tati, yendo a hospedarse en el hotel en donde Rag suponía, que de estar Len en la ciudad, como era de creer si había recibido el telegrama de Ilú, se alojaría el ex enamorado de la *Hija del Cielo* y actual amante esposo de la hija del alcalde.

Efectivamente, allí se hallaba disfrutando con su bellísima consorte luna de miel ya no amargada por partes policíacas, y ambos tuvieron satisfacción grandísima con la llegada inesperada de sus buenos amigos.

Espoleado Len por emulación que lo impulsaba a secundar con todo entusiasmo los planes de Ilú, para él admirables, no se había dormido, y aun se había despabilado hasta el extremo de comprender que la malicia no es censurable si se pone al servicio de buenas causas; y todavía más, ya había aprendido a decir alguna que otra mentirilla bien intencionada sin ruborizarse.

En Nifis se había multiplicado, en Tati se había centuplicado (lo cual es también multiplicarse, pero de un modo ya especificado), logrando apasionar a los magistra-

dos y a las autoridades en el interesante y *novísimo caso jurídico* (en cuya posibilidad apenas creían) que les traía Len para que lo desenredaran en cuanto llegaran los bribones, a quienes se tenía preparada recepción adecuada a sus merecimientos.

Aparte la favorable disposición de aquellos dignos funcionarios, dió Len a sus amigos la bonísima noticia de que el podestá y sus ministros ofrecían toda apetecible facilidad para la persecución de los criminales, y cuanto pudiera *resultar grato al ilustre Pi Aol*: cosa que, conocida la poca devoción a Pi Aol de los susodichos, maravillaba al *ilustre* y a sus amigos: sin poder explicársela, hasta que Sara se la puso clarísima, señalando por causa de la obsequiosa ayuda y de la veleidad de quienes la brindaban, convencimiento del Gobierno de Lasga de estar en la elección asegurado de antemano el triunfo de Aol, con quien, en calidad de sol naciente, querían congraciarse quienes caían al ocaso.

Aprovechando las gubernamentales facilidades, consiguieron Rag y Len del juez y del gobernador que por telégrafo se diera orden a Nifis de que a Tati enviaran con urgencia al fondista y al camarero del Ho-

tel de la Marina; de que preso embarcaran en Roni, para Tati, a Orgo el figonero: todo lo cual fué hecho con tal actividad, que a otro día de expedidas las órdenes llegaron respuestas radiográficas de que en camino estaban ya los reclamados.

Setenta y dos *ufos* (cuarenta y ocho horas) después de llegar Aol a Tati entraba en puerto el "Audaz", del que un *ufo* después salían, codo con codo, y entre guardias, camino de la cárcel, todos sus tripulantes y pasajeros: incluso Ilú, que para dar cima a sus proyectos necesitaba ser tratado hasta el día del juicio público como uno de tantos bribones con quienes andaba.

Como en aquel feliz país no tenía el juez más causa criminal a que atender que la resonante de "Jum, Kuno y consortes", con la cual estaba consternado todo el heliohemisferio, por no poder creer, ni aun viéndolo, en la existencia de hombres tan malos en el mundo como los citados "Jum, Kuno y consortes", las actuaciones fueron poco menos que a paso de juicio sumarísimo: tanto, que a los ocho nipsos de la llegada del "Audaz" y a los dos de la de Orgo y de las gentes del hotel de Nifis, se celebró la audiencia pública.

La primera sorpresa de los procesados fué oír al relator designarlos, no por sus nombres falsos, consignados en el registro de pasajeros del "Audaz", sino por los verdaderos, bastando esto para desconcertar a todos; la segunda, por Jum y Zon experimentada, fué hallarse, cuando menos lo esperaban, en presencia de testigos venidos de Nifis, y oír al mismo relator referir día por día todas sus idas y venidas entre Lasga, Roni, Lota, Nifis y Ooz; por si esto fuera poco, acabó de turbarlos la declaración de Orgo, que plenamente persuadido de haber sido ya todo descubierto, se acogía, como única manera de captarse la benevolencia de los jueces, a la sinceridad: no callando nada, contando de pe a pa los conciliábulos y propagandas de Jum y Kuno en su taberna, y diciendo que en los proyectos de asesinato nada tenía que ver, por no haber hecho sino oficiar de intermediario entre los dos.

Pero el golpe de gracia, que al fin dió al traste con la poca firmeza que les iba quedando a los sicarios de Nul, fué cuando el fondista de Nifis y el camarero que en el hotel mudó de cuarto sus efectos presentaron el maletín abandonado; cuando el fiscal leyó la hoja con instrucciones para la explosión y mostró la llave de la cuerda de la caja infernal; y cuando, finalmente, oyeron la declaración que, quitándose la venda de la nariz y reintegrándose en su

personalidad y nombre de Ilú, prestó Kuno, relatando lo ocurrido en Nifis, en Roni y en Ooz, hasta salir de esta última ciudad con la cuadrilla contratada para matar a Aol y a Sara.

Anonadado Zon, lo confesó todo, y Jum no tuvo más remedio que asentir, poniéndose con ello en claro que el podestá y sus ministros estaban limpios de culpa y mancha; pues la inicua trama era obra del cerebro enfermo de un pobre demente.

Definitivo resultado del proceso fueron varias sentencias de un año de prisión correccional para cada uno de los tunantes enganchados en Ooz; veinte de cadena para Zon, treinta para Jum, y libre absolución de Ilú, que en hombros del pueblo fué paseado y aclamado por las calles de Tati. Pero, además, un otrofí de la sentencia disponía se librara exhorto a Roni para que fuera detenido el doctor Nul, enviado al Manicomio de Lasga, y sometido en éste a observación, para que, si efectivamente resultara demente, quedara, en tal concepto, recluido en él, y de no comprobarse la locura, cual delincuente, y de por vida.

En el mismo establecimiento fueron confinados los otros criminales, habilitando una sección de él para presidio, por no existir estos establecimientos penitenciarios en el heliohemisferio.

Por último, simultáneamente con la publicación de la anterior sentencia, tuvo lugar el escrutinio de las elecciones generales, del cual salió Aol proclamado Podestá, por unanimidad casi absoluta; pues el saliente prefirió a una derrota, que veía segura, no presentarse candidato a reelección.

* * *

Dictada la sentencia contra Jum y sus cómplices, nada tenían que hacer ya en Tati el nuevo podestá, ni su futura cónyuge, ni los amigos que los acompañaban; y como urgía, además, llegar a Lasga con alguna anticipación a la fecha señalada para investir a Aol con la suprema autoridad, se fijó la salida para dos días después de publicada la sentencia: no haciéndolo para la inmediata, porque Ko deseaba no marcharse sin ver el Museo-Laboratorio de Biología de Tati, célebre en el planeta entero, por la riqueza de sus colecciones, lo concienzudo de sus estudios y lo numeroso de sus descubrimientos: museo que, por lo muy alejado que de Lasga se halla, no era probable viera Ko en su vida, si dejaba escapar la ocasión que se le ofrecía.

No teniendo Sara ni Aol nada mejor en que ocupar el tiempo, y habiendo despertado

su interés las ponderaciones oídas del científico establecimiento, decidieron acompañar en su visita al médico.

No vamos a describir las diversas secciones del museo, dignas del renombre de éste; pero como en la visita de la magnífica y completísima dedicada a anomalías biológicas ocurrió algo que tiene gran importancia en esta historia, preciso es referirlo.

Con ser tal sección curiosísima, en su aspecto científico, no solamente ofrece escasos atractivos a la vista, sino que la atormenta con la repulsiva fealdad de fenómenos y fenómenos, pacientemente reunidos en nutridísima colección de incompletos, imperfectos e inverosímiles seres, muertos unos, vivos otros y conservados de diferentes modos.

Entre tantas y tantas aberraciones o descuidos de la Naturaleza, la indagación de cuyas causas constituye cotidiana labor de aquellos pacienzudos sabios, había una que en la época de la visita de Sara y Aol era la preocupación predominante que a todos los profesores les obsesionaba.

Era el tal fenómeno un animal desconocido en todas las zoologías; un monstruo absurdamente repugnante, con miembros y órganos embrionarios, iniciación o más bien perversión de los correspondientes a conocidas especies animales, que entre sí nada tienen de común; con estructuras desnaturalizadas, retorcidas, semiabortadas, o resultantes de absurda fusión de heterogéneas formas semiatrofiadas. Aquel horrible ejemplar parecía inverosímil engendro híbrido de animales pertenecientes a diversos géneros de la naturaleza, y de constitución y traza tan irreductiblemente discrepantes, que parecía imposible pudieran haberse unido para procrear al monstruo, que, por estar vivo, producía impresión todavía más penosa a quienes lo miraran.

¿Son posibles crías de cocodrilo y águila, de una yegua y un pulpo, de la tortuga y el ciervo? Imposible, decía la ciencia biológica: tales cruces sólo dan frutos viables entre seres que, aun ofreciendo leve diferencias externas, se hallan constituidos con arreglo a un mismo tipo zoológico: el caballo y el burro, los perros de diversas castas, éstos y el lobo, el canario y el jilguero: dando lugar a crías que, aun no siendo idénticamente exactas a los padres, los recuerdan siquiera; pero son corrientemente imposibles entre vivientes cuyas esenciales diferencias de estructura externa o de organismo interno no permiten el nacimiento de mestizos de tipos regulares.

De faltar fundamental homogeneidad entre los padres, dice la ciencia que la procreación es imposible... Y, sin embargo, el monstruo estudiado por los sabios de Tati les hacía dudar, pues presentaba analogías tan evidentes con ciertas especies perfectamente conocidas, que a no pocos les llevó a sostener que, aun siendo en tesis general válida la regla, el fenómeno aquel era prueba fehaciente de que ninguna existe sin excepción en la naturaleza: porque no se trataba de un animal sin vida, abortado antes de llegar al normal desarrollo de sus diversos miembros, sino de una cría viva, nacida de una vaca, que al verla se asustó, al extremo de intentar matarla: como lo habría hecho a no quitársela los vaqueros, que para enseñarlo como fenómeno de feria lo criaron con leche de sus vacas.

¿Describirlo? ¿A qué describir repugnantes monstruosidades, cuya vista resulta penosamente insoportable?

El Director del Laboratorio, que al saber que el Podestá recién electo le hacía el honor de visitar el museo, no quiso ceder a nadie el honor de mostrárselo, dijo al llegar al bicharraco aquel, y después de enterar a los visitantes de los antecedentes de la estrambótica alimaña:

—Yo me inclino a creer que, por una excepcional violación de las normales leyes zoológicas, dos animales de razas diferentes y antagónicas organizaciones anatómicas han podido procrear, y que existiendo entre ellos irreductibles heterogeneidades, el resultado ha sido este monstruoso engendro.

Felizmente, esto no ocurre sino una vez en siglos, pues la Naturaleza suele oponer resistencia invencible a estas infracciones de sus leyes, y cuando, a pesar de ello, seres desemejantes se unen infringiendo dichas leyes, el castigo ordinario de la infracción es la esterilidad de esas uniones; mas también puede, según estamos viendo, penar la Providencia las uniones absurdas haciendo nacer de ellas monstruos como éste, del que se horrorizó la misma vaca de la cual nació.

Quando el sabio biólogo acababa la anterior frase, los ojos de Aol y los de Sara, que a despecho de la repugnancia que sentían no podían hacia un rato apartarse del monstruo, se alzaron, y al encontrarse se asustaron de leerse mutuamente un común pensamiento; y con viveza desviaron las miradas para no seguir mirándose.

—Vámonos—dijo Sara—, me hace daño ver eso.

—Sí, sí—dijo Aol.

XXXII

REDIMIDA

El viaje a Lasga, que debiera haber sido alegrísimo, fué muy triste. Sara y Aol, afectuosos cual nunca, uno para otro, se demostraban tal afecto procurando estar frecuentemente juntos, hablando cual solían en los tiempos en que no eran sino maestro y discípula; mas sólo con la voz y las palabras, *y rehuendo mirarse a los ojos*. La melancolía que a todas horas reflejaban sus rostros pesaba sobre todos sus compañeros de viaje, que no podían explicarse tal estado de ánimo en un hombre que iba a posesionarse de la más alta magistratura de su país, a la cual le llevaba el amor de su pueblo, y después a unirse con la mujer amada.

El único que habría podido decir algo, pero no lo decía, siendo después de Sara y Aol el más triste de los pasajeros, era Ko, el médico, a quien él y ella, cada uno por su parte, habían hecho consultas, sin que, con gran dolor de su alma, pudiera el consultado dar respuestas satisfactoriamente categóricas; porque, ¿qué sabía él, qué sabía su ciencia si de la unión de ambos nacerían humanas criaturas o podrían nacer monstruos? Pues lo más grave para Ko era que seguía creyendo en la posibilidad de la unión, según ya había dicho en tiempo atrás a Len y a Sara; pero sin haber pensado entonces en la eventualidad de la existencia de posibles y escondidas diferencias orgánicas de la índole de las señaladas por el director del Museo de Tati como causa de monstruosas degeneraciones.

Pasaron días y días de navegación; al fin llegó el del arribo a Lasga, en donde fué delirantemente aclamado el nuevo Podestá; llegó la conmovedora ceremonia de la jura, cuyo término fué la instalación, entre vítores y aplausos, de Aol en el Palacio de los Podestás del heliohemisferio; y pasó todo esto sin que Aol ni Sara recuperaran su alegría; sin que, habiéndose hablado en la pasada temporada varias horas a diario, se hubieran dicho nada de lo que a todas horas pensaban ambos, sabiendo cada uno lo que el otro pensaba, y sin que ni una sola vez desde la salida de Tati hubieran mencionado la acordada boda.

El mismo día de la proclamación, cuando Sara se retiró de palacio al alojamiento que a la llegada a Lasga se había improvisado

transitoriamente en dos habitaciones adyacentes a su despacho en las oficinas de la Compañía Oscilográfica, iba aun más meditada que en los anteriores días. A su llegada a casa no se acostó, no obstante lo avanzado de la hora, pasándose en vela las que a diario dedicaba al descanso.

Consecuencia de sus cavilaciones y sus lágrimas, fué la decisión de romper sin demora el doloroso mutismo en que Aol y ella se habían encerrado; y resuelta a no retrasar más el planteamiento del terrible dilema, al día siguiente se fué temprano a palacio, diciendo a su prometido en cuanto a solas estuvieron:

—Aol, es necesario que hablemos.

—¡Hablar!

—Sí, no te asustes... Estás tan convencido como yo de esa necesidad; varias veces he adivinado las luchas de tus deseos con tus temores de hablarme; y como vivir así no es vida, yo misma soy quien te pide hoy que hables.

—¡Sara, Sara!... ¡Qué días!... Si supieras lo que yo he...

—No lo he de saber... Lo sé: tú y yo nos morimos de pena; pero, ya ves, por nuestro mal, no acabamos de morirnos: yo tengo la desgracia de ser más fuerte que el acero; tú... Tu caso es diferente, tienes ante ti deberes... Sobre ti pesan, además de las penas que mi amor te causa, el deber de regir los destinos y labrar la felicidad del pueblo, que también te ama, y que porque te ama te ha puesto donde estás.

—¡Qué noble eres, Sara! ¡Qué abnegada! ¡Cómo nos comprendemos; cuán acordes van siempre nuestros sentires y pesares, y qué iguales son nuestros corazones!

—Sí, ¡cuán igual a la tuya has modelado mi alma; pero cuán diferentes son, por desdicha, nuestros cuerpos!

—¡Sara!

—Había que decirlo; seguir callando sería tal vez mayor tormento, indisculpable o acaso criminal cobardía; y una vez dicho, es preciso salir de esta perplejidad, buscando solución que no nos arrebatase todo, todo lo que habíamos soñado... Necesito saber lo que tú piensas.

—Yo no puedo pensar: sufro.

—Sin embargo, varias veces he creído ver en ti intención de preguntarme algo.

—Sí; pero no sé: no acierto a dar a esa pregunta forma que no me espante... Era... No puedo, Sara mía... Me aterra, me aterra.

—No la hagas: la adivino, y mi respuesta es que nuestro amor no nos da derecho a engendrar monstruosos hijos: seres desgraciados, más que hijos víctimas de nuestro amor; monstruos capaces de matar de espanto este amor, que ambos queremos sea inmortal, que para serlo nos obliga a inmolarse deseos, felicidad, cuanto preciso sea.

—¡Sara, Sara, qué horrible es lo que dices!

—Lo que tú piensas, y a los dos nos tortura desde que vimos...

La infeliz no pudo continuar, por quedar sus palabras ahogadas por el llanto. Aol también lloraba, diciendo entre sollozos:

—Tienes razón, tienes razón: nuestro hermoso amor ya no sería hermoso, sino terror de horrenda pesadilla..., nuestros hijos maldecirían el criminal amor de que nacieran, y si hasta para maldecirnos les faltara inteligencia, en la contemplación de su monstruosidad leeríamos nosotros sus mudas maldiciones... Pero ¿quién sabe?... Tal vez..., acaso.

—No, Aol. No te defiendas engañándote con un acaso que, de fallar, nos pondría frente a un mal ya causado e irremediable... Aol mío, mi Aol, te adoro tanto, que, aunque ciego por mí quisieras tú afrontar este terrible acaso, jamás consentiría que por mi causa pudiera ser tu vida un remordimiento eterno. De ti he aprendido que en la satisfacción de cumplir el deber hallan las almas grandes fortaleza para sobrellevar torturas del dolor y recompensa a esas torturas.

—Sara de mi alma, si cupiera consuelo en mi duro padecer me lo darían tus palabras de héroe, de ángel... Pero yo no consigo substraerme a mis flaquezas... Te amo, tú bien lo sabes, desinteresadamente, mas con legítimo anhelo de unirme a ti como en su amor se unen las humanas criaturas... Y mi razón y mi conciencia hace tiempo me hablan como acabas de hablar-me; pero no quiero oír las.

—¿Qué desdichados somos, Aol! ¡Amar-se como nosotros nos amamos y tenernos miedo!

—Sí, eso es: una vida repartida entre ansiosos impulsos de acercarnos, terrores de acercarnos y espantos de habernos acercado.

—Todo antes que eso, Aol.

—Si pudiéramos volver a aquellos tiempos...

—Sí, cuando nos amábamos sin decirnoslo. Pero, ¿podremos?... Y es preciso poder, porque yo sabré tener la fortaleza de renunciar a que seas mío, como yo había soñado; pero vivir sin tu presencia, alejada de ti, no, no.

—No, dejar de vernos, no. Eso no puede ser, Sara... Nos refugiaremos en el amor de nuestras almas, viviremos como antes de habernos confesado nuestro amor.

—Sí, Aol. Nos costará trabajo, nos dolerá; pero más que la renuncia a la completa unión, nos dolería absoluto apartamiento; porque esto de ahora es resignación que llora, como tú y yo lloramos, pero lo otro sería desesperación que nos llevara a la demencia.

—No; separarnos, no. Pero es preciso encontrar algo que nos defienda contra nuestros impulsos.

—Sí, sí; hallar ese algo es la única solución para no separarnos por completo... Busca, Aol, busca, como yo busco, medio que nos permita vivir uno para otro, sin que entre nosotros resuciten los humanos anhelos de este amor que hoy matamos.

El golpe de la terrible frase que pronunciara Sara hirió tan hondo en los dos corazones a los pobres desdichados, que ambos prorrumplieron en amargo llanto desolado, sin intentar decirse nada, sin poder hacer otra cosa que llorar sobre aquel inmortal amor ya sentenciado a irremisible muerte.

Y lloraban, lloraban...

* * *

Sentados uno frente a otro, con los codos sobre las rodillas y entre las manos las cabezas, ya no lloraban Aol ni Sara; pero al cabo de una hora seguían mudos y absortos en su acerbísimo dolor, que ni a uno ni a otro les permitió enterarse de que detrás de Sara un decrepito y esquelético viejo, en cuyos ojos relumbraban, con terrible expresión, fulgores de demencia, alzaba el cortinaje de una puerta cercana y avanzaba pausada y sigilosamente hacia aquélla.

Era Nul, que, aprovechando un descuido de sus guardianes, se había escapado del manicomio, y llegaba arrastrado por la idea fija que perturbaba su cerebro.

A paso de lobo llegó junto a Sara, sacó un cuchillo que traía escondido en el pecho y lo clavó hasta el mango en la espalda de la infeliz desterrada de la Tierra, gritando al dar el golpe: